

Toni
MORRISON



Paraíso

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

PARAÍSO

TONI MORRISON

LIBROS DE LECTURA



Muchas son las formas en que existe el pecado
y las incontenencias,
y las pasiones desgraciadas,
y los placeres fugaces,
que (los hombres) abrazan antes de recuperar la sobriedad
al regresar al lugar donde reposan.
Allí se encontrarán,
y vivirán,
y volverán a morir.

RUBY

Disparan primero contra la chica blanca. Con las demás, pueden tomarse el tiempo que quieran. En el lugar donde están, no hace falta que se den prisa. Se encuentran a veintisiete kilómetros de una población que, a su vez, está a ciento cuarenta y cinco kilómetros de la más cercana. En el convento seguramente habrá muchos escondrijos, pero hay tiempo y el día acaba de empezar.

Ellos son nueve, casi el doble del número de mujeres que tienen que poner en fuga o matar, y cuentan con los elementos necesarios para ambos fines: cuerda, una cruz de hojas de palma, esposas, gas lacrimógeno Maze y gafas de sol, además de unas armas limpias y hermosas.

Nunca han entrado tanto en el convento. Alguna vez, alguno de ellos ha aparcado el Chevrolet cerca del porche para recoger una ristra de pimientos, o ha entrado en la cocina para comprar una botella de salsa para barbacoa; pero sólo unos pocos han visto los pasillos, la capilla, el aula, los dormitorios. Ahora, todos los verán. Y por fin verán el sótano y expondrán su inmundicia a la luz que pronto barrerá el cielo de Oklahoma. Mientras tanto, se sobresaltan por la ropa que llevan y caen súbitamente en la cuenta de que no van vestidos de la manera adecuada. ¿Quién iba a decir que haría tanto frío en ese lugar en un amanecer de julio? Las camisetas, camisas de trabajo o camisas de estilo africano absorben el frío como si fuera fiebre. Los que se han puesto zapatos de trabajo se sienten incómodos por el estruendo de sus pasos sobre los suelos de mármol; los que llevan zapatillas de deporte Pro-Keds, por el silencio. Y, además, el lugar es grandioso. Sólo los dos que llevan corbata parecen encajar con él, y uno por uno, todos recuerdan que, antes de convertirse en convento, esa casa fue el capricho de un estafador. Una mansión donde se suceden sin interrupción los suelos de mármol en tonos ocre y rosados y los de madera de teca. La mica conserva la luz de otros tiempos y forma dibujos en las paredes, a las que hace cincuenta años se les quitó el papel para blanquearlas. La vistosa grifería del cuarto de baño, que asqueaba a las monjas, fue sustituida por unos grifos buenos y sencillos, pero los lavabos y bañeras costosas, que no podían cambiarse sin un gran gasto, permanecieron en su lugar con corrupto descaro. Las locuras del estafador que pudieron demolerse fueron demolidas, especialmente en el comedor, que las monjas convirtieron en aula y donde hacían sentar y callar a las chicas arapajo para que aprendieran a olvidar.

Ahora, unos hombres armados registran unas habitaciones donde flotan cestos de macramé junto a candelabros flamencos, ahí donde Cristo y Su madre resplandecen en hornacinas adornadas con parras. Las Hermanas de la Santa Cruz arrancaron todas las ninfas, pero las curvas de su cabello de mármol todavía estrangulan las hojas de parra y juguetean con su fruto. El frío se hace más intenso a medida que los hombres avanzan por las profundidades de la mansión mientras se entretienen, miran, escuchan, atentos a la maldad femenina que se esconde allí y al olor a levadura y mantequilla de la masa cuando fermenta.

Uno de ellos, el más joven, mira hacia atrás, esforzándose en ver cómo transcurre el sueño en que se encuentra. La mujer que ha recibido el disparo, tendida incómodamente sobre el mármol, le hace un gesto con los dedos, o eso parece. Así pues, su sueño va bien, excepto en lo que respecta al color. Nunca ha soñado en unos colores como éstos: el negro imperial luce un remolino rojo y un amarillo denso, febril. Como las ropas de una mujer fácil. El cabecilla del grupo hace una pausa, levanta la mano izquierda para detener las siluetas que van detrás de él. Se paran, conteniendo el aliento, y aprovechan para coger mejor

los rifles y pistolas. El cabecilla se vuelve e indica con gestos que se separen: vosotros dos, por ahí, a la cocina; dos más, al piso de arriba; otros dos, a la capilla. Para ir al sótano sólo quedan él, su hermano y el que cree estar soñando.

Se separan con agilidad, sin palabras ni apresuramiento. Antes, cuando han abierto de un disparo la puerta del convento, la naturaleza de su misión ha hecho que se sintieran aturridos; pero, después de todo, su objetivo es la basura: un desecho humano que a veces, después de barrerlo hacia fuera, vuelve a entrar. De manera que ahora pueden hacer frente al veneno. Tras disparar contra la primera mujer (la blanca), todo se ha aclarado como si fuera mantequilla: el aceite del odio queda arriba; la parte dura, abajo.

Fuera, la niebla llega a la altura de la cintura. Pronto se volverá de color de plata y formará arcos iris en la hierba, lo bastante bajos como para que jueguen los niños, antes de que el sol la haga desaparecer y deje a la vista hectáreas de sorgo y, quizás, huellas de brujas.

La cocina es más grande que las casas donde ellos han nacido. Alto techo con vigas. Más estantes que en el Ace's Grocery Store, la tienda del pueblo. La mesa mide más de cuatro metros, por lo menos, y es fácil advertir que las mujeres a las que persiguen han sido pilladas por sorpresa. En un extremo, hay una jarra llena de leche junto a cuatro tazones de cereales Shredded Wheat. En el otro extremo, quedan las verduras a medio picar: las cebolletas apiladas como un puñado de confeti verde hacen de nido a brillantes discos de zanahoria, y las patatas, mondadas y enteras, parecen blancas como huesos, húmedas y crujientes. El caldo hierve a fuego lento en la cocina. Ésta tiene el tamaño de la de un restaurante, con ocho quemadores y una docena de rebanadas de pan se hinchan en una bandeja bajo la gran tapa de acero. Hay un taburete caído. No hay ventanas.

Un hombre indica a otro con un ademán que abra la despensa mientras él se dirige hacia la puerta trasera. Está cerrada, pero no con llave. Escudriñando el exterior, ve una vieja gallina, cuyas abultadas y enrojadas partes traseras están bien atendidas, supone, por poner monstruos: yemas dobles y triples dentro de cáscaras enormes y deformes. Del gallinero, situado algo más lejos, llega un suave tartamudeo; los pollos que caminan con paso suave entre la niebla del patio desaparecen, aparecen y vuelven a desaparecer, con sus ojos planos indiferentes a cuanto no sea su desayuno. Ninguna pisada altera el barro alrededor de los escalones de piedra. El hombre cierra la puerta y se une a su compañero en la despensa. Juntos escrutan los polvorientos frascos de conservas y lo que queda del año pasado: tomates, judías verdes, melocotones. Descuidadas, piensan. Agosto está al llegar y estas mujeres no han ordenado los frascos ni, por supuesto, los han lavado.

Apaga el fuego de debajo de la olla. Su madre lo bañaba en una no más grande que ésa. Un lujo en la casa de barro y paja en la que ella había nacido.

La casa donde él vive es grande, cómoda, y el pueblo resplandece, comparado con el lugar donde nació, que en cincuenta años pasó de la posición vertical a la horizontal. Haven, una población soñada del territorio de Oklahoma se convirtió en Haven, población fantasma del estado de Oklahoma. Los libertos que se pusieron en pie en 1889 cayeron de rodillas en 1934 y se arrastraron boca abajo en 1948. Por eso están en este convento. Para garantizar que nunca volverá a suceder. Que nada interno o externo pudre la única población negra que merece la pena. Todas las otras que él conocía o de las que había oído hablar no habían logrado resistir o se habían mezclado con ciudades blancas; si ése no era el caso, como Haven, se habían ido consumiendo en una tracería: los contornos de los cimientos habían quedado enmarcados por la hierba, el papel de las paredes se había convertido en su propio negativo tras los cristales rotos, el suelo de la escuela se había levantado sobre las raíces de los árboles que crecían hacia la campana. Los mil habitantes de 1905 se convirtieron en quinientos en 1934. Más tarde, en doscientos; después, a medida que el cultivo del algodón desaparecía o las compañías ferroviarias tendían las vías en otros lugares, quedaron reducidos a ochenta. La agricultura de subsistencia, que en otras épocas era la única fuente de riqueza que necesitaba una familia grande, fue fragmentándose a medida que cada hijo casado recibía una parte que, a su vez, debía repartir entre sus hijos, hasta que finalmente, los propietarios de los trocitos, si aún no se habían marchado disgustados, recibían con agrado cualquier oferta de un especulador blanco, pues estaban ansiosos por ir a probar fortuna a otro lugar. A una ciudad grande o pequeña, a cualquier sitio que ya estuviera construido.

Pero él y los demás, todos veteranos, pensaban de otra manera. Amaban lo que había sido Haven, la idea y su realización, y habían alentado esa devoción con mimo desde Bataán a Guam, de Iwo Jima a Stuttgart, decididos a construirla otra vez.

Tocó la campana de la cocina, admirando su construcción y su potencia. Era del mismo tamaño que el horno de ladrillos que se alzaba en medio de su pueblo natal. El que desmontaron y volvieron a montar cuando regresaron a Estados Unidos. Llevaron los ladrillos, la piedra de la chimenea y la placa de hierro durante casi cuatrocientos kilómetros en dirección al oeste: lejos, lejos de la vieja nación creek que una vez un político ingenioso denominó «tierra no asignada». Recuerda la ceremonia que se llevó a cabo cuando volvieron a pegar en su sitio, con cemento, la boca de hierro, y pulieron sus desgastadas letras para que

todo el mundo las viera. Él mismo ayudó a limpiar sesenta y dos años de carbón y grasa animal a fin de que las palabras brillaran tanto como en 1890, cuando eran nuevas. Y si dolía —separar lo que sus abuelos habían unido—, no era nada comparado con lo que habían soportado ni con lo que podría ser de ellos si volvían a empezar. Como nuevos padres, que habían luchado contra el mundo, no podían (no querían) ser menos que los Viejos Padres, que lo habían burlado con ingenio, que no habían permitido que el peligro o el mal natural les impidiera apartar a Haven del fango, y sabían que debían sellar su triunfo con esa prioridad. Un horno. Redondo como una cabeza, profundo como el deseo. Vivían dentro de sus carromatos o junto a ellos, cocían la comida al aire libre, levantaban cabañas de barro y paja, y lo primero que hicieron los Viejos Padres fue eso: dedicar gran parte de sus fuerzas a construir un horno enorme, perfectamente diseñado, que no sólo los alimentara sino que sirviera de monumento a su esfuerzo. Cuando lo hubieron terminado y cada ladrillo estuvo perfectamente alineado, la alta chimenea erguida, las clavijas y la parrilla en su sitio, la corriente de aire circuló, constante, desde el agujero trasero y la puerta se colocó en su justo lugar, el herrero hizo su trabajo. Con duelas de barriles y ejes rotos, con teteras y clavos torcidos, fabricó una placa de hierro que medía medio metro por metro y medio y la colocó en la base de la boca del horno. Todavía no está claro de dónde procedían las palabras. Tal vez fuese algo que había oído, inventado o que le habían susurrado mientras dormía acurrucado sobre sus herramientas en el catre de un carromato. Se llamaba Morgan y quién sabe si inventó o robó la media docena de palabras que forjó. Unas palabras que, al principio, parecían bendecirlos; después, confundirlos, y, finalmente, anunciar que habían perdido.

El hombre observa el fregadero de la cocina. Se acerca a la larga mesa y levanta la jarra de leche. Huele primero su contenido y después, con la pistola en la mano derecha, utiliza la izquierda para llevarse la jarra a la boca y tomar tragos tan largos y acompasados que, cuando percibe el olor a pesgua, la mitad de la leche ha desaparecido.

En el piso de arriba, dos hombres recorren el pasillo y examinan los cuatro dormitorios, cada uno con una tarjeta pegada a la puerta con cinta adhesiva. El primer nombre, escrito con lápiz de labios, es Seneca. El siguiente, Divine, está escrito con tinta en mayúsculas. Cruzan miradas de complicidad cuando advierten que las mujeres no duermen en camas, como la gente normal, sino en hamacas. No hay más muebles, excepto un estrecho escritorio o una mesilla auxiliar. No hay ropa en los armarios, naturalmente, puesto que las mujeres llevaban vestidos sucios e informes y nada digno de ser llamado zapato. Sin embargo, hay cosas extrañas clavadas, pegadas con cinta adhesiva a las paredes o apoyadas contra la pared en un rincón. Un calendario de 1968 con grandes equis que indican diversas fechas (4 de abril, 19 de julio); una carta escrita con sangre cuyo satánico mensaje está tan borroso que no puede descifrarse; una carta astral; un sombrero inclinado sobre el cuello de plástico de un torso femenino y, en un lugar que, en otros tiempos, alojó a cristianos —bueno, a católicos—, no aparece ni una sola cruz de Jesús. Pero lo que más alarma a los dos hombres es la serie de zapatos y botitas infantiles atados a una cuerda que cuelga de una cuna en la última habitación en la que entran. Entre los diminutos zapatos hay un aro de dentición, agrietado y rígido. Indicándolo con la mirada, uno de los hombres envía a su compañero a cuatro dormitorios más situados al otro lado del pasillo mientras él se acerca al ramillete de zapatitos. ¿Qué busca? ¿Más pruebas? No está seguro. ¿Sangre? ¿Tal vez un dedito que haya quedado dentro de un zapato de blanca piel de becerro? Quita el seguro del arma y se suma a la búsqueda en el otro lado del pasillo.

Esas habitaciones son normales. Están revueltas —en una de ellas, el suelo aparece cubierto de tazas sucias y platos con costras de comida, la cama es invisible bajo un montón de ropa; en otra habitación hay dos mecedoras llenas de muñecas; en una tercera, los desechos y el olor indican que su inquilino bebe mucho— pero, por lo menos, son normales.

Su saliva es amarga y, aunque sabe que este lugar está enfermo, lo sobresalta un latigazo de pena en el pecho. ¿Qué es lo que puede haber transformado de esta manera a unas mujeres? ¿Cómo es posible que sus simples cerebros idearan esas cosas: sexo repugnante, engaño y maliciosa tortura de niños? En este remoto lugar, en un espacio abierto, encerradas en una mansión —nadie que las insultara ni las molestara—, habían conseguido que pusiera en duda el valor de casi todas las mujeres que conocía. El dinero destinado a un abrigo que su padre ahorró en secreto durante dos cosechas; la luz de los ojos de su madre cuando acariciaba el cuello de piel de foca. La fiesta sorpresa que él y sus hermanos organizaron para el decimosexto cumpleaños de una hermana. Sin embargo, en ese lugar, a menos de treinta kilómetros de una comunidad tranquila y ordenada, había mujeres como no había conocido ninguna ni había oído hablar siquiera. Precisamente en ese lugar. Único y aislado, su pueblo estaba satisfecho de sí mismo, y con razón. No tenía cárcel ni la necesitaba. Ningún criminal había salido de él, y las escasas personas que daban guerra, humillaban a sus familias o amenazaban la imagen que el pueblo tenía de sí mismo, estaban controladas. Naturalmente, no había ni una mujer descuidada o abandonada en toda la población, y las razones le parecían evidentes. Desde el principio, sus gentes eran libres y estaban protegidas. Una mujer insomne podía levantarse de la cama, echarse un chal sobre los hombros y sentarse en las escaleras de su casa a la luz de la luna. Y, si le apetecía, podía salir paseando de su jardín a la calle. Sin luz y sin miedo.

Los crujidos junto a la carretera no la asustaban porque, fuera lo fuere aquello que había producido el ruido, no se trataba de algo que se acercara a ella sigilosamente. En un radio de ciento cuarenta kilómetros no había nada que acechase. Podía pasear tan despacio como quisiera, pensar en guisos, en la guerra, en asuntos familiares, o alzar los ojos al cielo y no pensar en nada. Sin luz y sin miedo, podía seguir su camino, y, si una luz brillaba en una casa situada calle arriba y oía el llanto de un lactante con cólico, podría acercarse a la casa y llamar en un susurro a la mujer que estaba dentro, intentado calmar a la criatura. Las dos se turnarían para dar masajes en la barriga del niño, mecerlo o intentar que bebiera un poco de soda. Cuando el bebé se callara, se sentarían un rato a chismorrear, riendo en voz baja para no despertar a nadie.

Entonces, la mujer decidiría si volvía a su casa, descansada y dispuesta a dormir, o seguía por la calle y pasaba por delante de otras casas, las tres iglesias, el horno. O más allá, fuera de los límites de la población, porque allí no había nada que la acechase.

En los extremos del pasillo hay sendos cuartos de baño. Cuando los dos hombres entran en ellos, simultáneamente, nada los inquieta, porque creen que están preparados para todo. En uno de los cuartos de baño, el más grande, los grifos son demasiado pequeños y toscos para el amplio lavabo. La bañera descansa sobre las espaldas de cuatro sirenas con la cola bien abierta para darle seguridad y el pecho arqueado para conferirle estabilidad. Las baldosas son de color verde botella. Sobre la cisterna hay una caja de compresas Modess y a su lado un cubo de otras usadas. No hay papel higiénico. Sólo un espejo no ha sido cubierto con pintura blanquecina, y el hombre hace caso omiso de él. No quiere verse acechando mujeres o sus líquidos. Sale marcha atrás con alivio y cierra la puerta. Con alivio, deja que el arma apunte al suelo.

En el piso de abajo, dos hombres, padre e hijo, no sonríen, aunque cuando han entrado en la capilla han tenido ganas de hacerlo, porque era cierto: allí se adoraban imágenes de ídolos. En los estantes tallados en las hornacinas de la pared hay unos hombres y mujeres diminutos vestidos de blanco con capas azules y doradas. Mientras sostienen un bebé en brazos o gesticulan, sus rostros inexpresivos simulan inocencia. No cabe duda de que han quemado velas a sus pies, como había dicho el reverendo Pulliam, y también es probable que les hayan ofrecido comida, puesto que hay pequeños tazones a ambos lados. Cuando esto termine, le contarán al reverendo Pulliam cuánta razón tenía y se reirán en la cara del reverendo Misner.

Había diferencias irreconciliables entre las congregaciones de la población, pero los miembros de todas ellas coincidían firmemente en la necesidad de esta acción: haced lo que tengáis que hacer. Ni el convento ni las mujeres que hay en él pueden seguir así.

Qué pena. Tiempo atrás, el convento era un vecino fiel, aunque distante, rodeado de campos de maíz, hierba y trébol, al que se llegaba por una pista de tierra que apenas se veía desde la carretera. La mansión convertida en convento estaba allí antes que el pueblo, y cuando llegaron las quince familias, las últimas internas arapajo ya se habían marchado. Eso fue veinticinco años antes, cuando los sueños trascendían de los hombres que los albergaban. Se había abierto una carretera bien recta que cruzaba el pueblo por la mitad, bordeada por aceras adoquinadas. Siete de las familias tenían más de doscientas hectáreas; tres, casi cuatrocientas. Poco a poco, cuando la carretera se convirtió en una calle con nombre, un hombre llamado Ossie organizó una carrera de caballos para celebrarlo. La gente se acercó desde las tiendas del ejército, las casas a medio acabar y las tierras recién desbrozadas, trayendo consigo lo que tenía. Salieron las cosas guardadas y se improvisó una fiesta: guitarras y sandías tardías, avellanas, tartas de ruibarbo y un arpa de boca, una tabla de lavar, cordero asado, arroz con pimientos, In the Dark, de Lil Green, Louis Jordan y sus Tympany Five; cerveza casera y carne de marmota frita y cocida en salsa. Las mujeres se cubrieron el cabello con pañuelos de vivos colores; los niños se fabricaron sombreros con amapolas y parras. Ossie tenía un caballo de dos años y otro de cuatro, rápidos y bonitos. Los demás eran simples comparsas: el caballo manchado de Ace, el antiguo peso pluma de la señorita Esther, y cuatro de los caballos de tiro de Nathan más su yegua y un pony a medio domesticar que, sin que nadie lo reclamara, pastaba a orillas del río.

Los jinetes pasaron tanto rato riñendo por si debían correr con silla o a pelo que las madres de los niños de pecho les dijeron que montasen o cambiaran con ellos los papeles. Los hombres discutieron sobre las ventajas que debían darse y apostaron sin freno monedas de un cuarto de dólar. Tras sonar el disparo, sólo tres caballos saltaron hacia delante. El resto dio un paso a un lado o saltó sobre la madera apilada junto a las casas sin terminar. Cuando finalmente la carrera se inició, las mujeres gritaron desde el prado mientras sus hijos chillaban entre la hierba, que de tan alta les llegaba a los hombros. El pony terminó primero, pero dado que había perdido a su jinete a cuatrocientos metros de la salida, se consideró ganadora a la yegua castaña de Nathan. Para entregar la banda del vencedor con el Corazón Púrpura de Ossie se escogió a la niña que lucía más amapolas en la cabeza. El ganador tenía siete años y sonreía como si hubiera llegado el primero en el Derby de Kentucky. Ahora aquel niño se encontraba en el sótano de un

convento tras unas mujeres horribles que, cuando llegaron, una a una, resultó evidente que no eran monjas ni simulaban serlo, pero se pensó que tal vez fuesen miembros de alguna otra clase de culto. Nadie lo sabía. Sin embargo, tampoco era importante saberlo, porque cada una de ellas, igual que la vieja madre superiora y la criada, aún vendían productos del huerto, salsa para la barbacoa, buen pan y los pimientos más picantes del mundo. A un precio algo caro, se podía comprar una ristra de pimientos rojo oscuro o una salsa preparada con ellos. Tenían un éxito enorme porque picaban ferozmente. En buenas condiciones de conservación, la salsa duraba años y, aunque muchos clientes habían intentado plantar las semillas, los pimientos no crecían fuera del huerto del convento. Casi todos decían que eran vecinas extrañas, aunque inofensivas. Más que eso, en ocasiones, incluso útiles. Acogían a las personas perdidas que necesitaban un poco de descanso. Las primeras noticias hablaban de amabilidad y muy buena comida. Pero ahora todo el mundo sabía que aquello era mentira, una tapadera, un disfraz cuidadosamente planeado para encubrir lo que estaba pasando en realidad. En cuanto resultó evidente que se trataba de una situación de emergencia, representantes de las tres iglesias se reunieron en el horno porque no pudieron ponerse de acuerdo acerca de qué iglesia tenía que acoger la reunión, si es que alguna debía hacerlo, para decidir qué acción llevar a cabo, dado que las mujeres habían hecho caso omiso de todas las advertencias.

Fue una reunión secreta, pero hacía más de un año que corrían los rumores. Las atrocidades que se habían acumulado a lo largo del tiempo se transformaron en pruebas. Una hija de ojos fríos había arrojado a su madre por las escaleras. En una familia, habían nacido cuatro niños con problemas. Las hijas se negaban a abandonar la cama. Las novias desaparecían en la noche de bodas. Dos hermanos se habían liado a tiros el día de Año Nuevo. Se habían hecho frecuentes los viajes a Demby para recibir inyecciones por enfermedades venéreas. Y era increíble lo que estaba sucediendo junto al horno últimamente. De manera que, cuando nueve hombres decidieron reunirse allí, tuvieron que vaciar el lugar a tiros para poder sentarse a la luz de las linternas y tomar las riendas del asunto. Las pruebas que habían ido recogiendo desde el terrible descubrimiento hecho en primavera no podían negarse: el único nexo de unión entre todas aquellas catástrofes se encontraba en el convento. Y en el convento estaban esas mujeres.

El padre recorre el pasillo de la nave examinando los bancos situados a izquierda y derecha. Desliza debajo de cada asiento la hoja luminosa procedente de su linterna Black & Decker. Los reclinatorios están vueltos hacia arriba. Se detienen ante el altar. Una ventana amarillo pálido flota sobre él en la penumbra. Todo parece sucio. Da un golpe con el pie a una bandeja con vasitos situada junto a la pared para ver si queda alguna ofrenda de comida. A excepción de la mugre y las telas de araña, los vasos rojos están vacíos. Quizá su finalidad no fuera la comida, sino el dinero. ¿O la basura? En el más sucio hay un envoltorio de chicle. Doublemint.

Sacude la cabeza y se reúne con su hijo en el altar. El hijo señala con el dedo. El padre ilumina la pared situada debajo de la ventana, el sol anuncia su salida. Se percibe el contorno de una cruz enorme. El espacio donde había un Cristo parece recién pintado.

Los hermanos que se acercan al sótano fueron idénticos años atrás. Aunque son gemelos, sus mujeres se parecen más que ellos. Uno es amable, ágil y fuma puros Te Amo. El otro es más fuerte y mezquino, pero esconde el rostro cuando reza. Aunque ambos tienen ojos grandes e inocentes y se muestran muy decididos, aquí, delante de una puerta cerrada, como lo estaban en 1942, cuando se alistaron. Buscaban una salida: alejarse de una vida donde todo se debía, nada se poseía. Ahora no quieren salidas. Entonces, en los años cuarenta, no tenían nada que perder. Ahora, todo necesita su protección. Desde el principio, cuando se fundó el pueblo, sabían que el aislamiento no garantizaba la seguridad. Hacían falta hombres fuertes y dispuestos por si los desconocidos perdidos o sin rumbo no se limitaban a cruzar sin mirar la población soñolienta que tenía tres iglesias en menos de un kilómetro y medio pero nada que ofrecer a un viajero: ni cafetería, ni policía, ni comisaría, ni teléfono público, ni cine, ni hospital. Algunas veces, si eran jóvenes y estaban borrachos, o eran viejos y estaban sobrios, los forasteros podían distinguir a tres o cuatro chicas de color que paseaban despacio por la carretera. Caminaban unos metros, se detenían si la conversación lo exigía; seguían adelante, se paraban a reír o dar una palmada a la otra en el brazo, jugando. Tal vez los hombres se interesaran por ellas. Tres coches, pongamos un Bel Air del 53, verde con el interior de color crema, matrícula 085 B, seis cilindros, doble moldura en el pontón del guardabarros trasero, transmisión automática de dos marchas Powerglide; otro podría ser un Dodge Wayfarer del 49, negro, con la ventanilla trasera agrietada, faldones en los guardabarros, transmisión hidráulica, parrilla en damero; y el tercero, un Oldsmobile del 53 con matrícula de Arkansas. Los conductores reducen la velocidad, sacan la cabeza por las ventanillas y gritan. Con los ojos entornados y aire travieso, dan vueltas con el coche alrededor de las niñas, giran en torno a ellas, agitando la hierba delante de las casas, haciendo salir a los gatos a la puerta de la tienda de Ace. Describen círculos. Las chicas retroceden, la una hacia la otra, mientras sus ojos se hielan. Entonces, de uno en uno, los hombres salen de las casas, de los patios traseros, del andamio del banco, de la tienda. Uno de los pasajeros se ha abierto la parte delantera del pantalón y se asoma por la ventanilla para asustar a las chicas, quienes, aun cuando sus corazoncitos resisten, no pueden cerrar los ojos a tiempo y vuelven la cabeza. Pero los

hombres del pueblo sí miran, ven el deseo en su gesto más combativo y sonrían. Sonríen con desgarro y a pesar de sí mismos, porque saben que a partir de este momento, si no lo ha hecho ya, ese hombre hará tanto daño como pueda a la gente de color hasta que le llegue la enfermedad que lo lleve a la tumba. Salen más hombres, y otros. Sus armas no apuntan a ningún lugar, cuelgan junto a sus muslos. Veinte hombres; ahora, veinticinco. Rodean a los coches que dan vueltas. Están a ciento cuarenta y cinco kilómetros del puesto de socorro más cercano y a ciento cuarenta y cinco de la placa de policía más próxima. Si hubiera sido un día seco, el polvo que se levanta tras los neumáticos habría apagado el color de todos ellos, pero sólo levantan un poco de gravilla en el rastro que dejan.

Los gemelos tienen muy buena memoria. Entre los dos, recuerdan los detalles de todo lo que ha sucedido, de cosas que han presenciado y otras que no han visto. La temperatura exacta que hacía cuando los coches rodearon a las chicas, así como la producción por superficie de cada granja del condado. Y no han olvidado, ni por un instante, el mensaje o los detalles de ninguna historia, especialmente aquella tan decisiva que les contaba su abuelo, el hombre que puso las palabras en la negra boca del horno. Una historia que explicaba por qué ni los fundadores de Haven ni sus descendientes podían tolerar a nadie más que a ellos mismos. En el viaje de 1890 desde Misisipí y desde dos parroquias de Luisiana hacia Oklahoma, los ciento cincuenta y ocho libertos fueron mal recibidos en cada centímetro de tierra desde Yazoo a Fort Smith. A pesar de haber sido rechazados por los choctaw ricos y los blancos pobres, perseguidos por los perros de los pueblos, despreciados por las prostitutas de los campamentos y sus hijos, no estaban preparados para la agresiva oposición que encontraron en las poblaciones negras ya establecidas. No era posible que el titular de un artículo del Herald, «Venid preparados o no vengáis» hiciera referencia a ellos, ¿verdad? Listos, fuertes y deseosos de trabajar su propia tierra, creían estar más que preparados: estaban predestinados. Al enterarse de que no tenían dinero suficiente para satisfacer las condiciones que les exigían los negros «económicamente independientes» se sintieron heridos y confusos. En definitiva, eran demasiado pobres y su aspecto demasiado desaliñado para entrar siquiera en las comunidades que pedían colonos negros y mucho menos para residir en ellas. Este despectivo rechazo por parte de los más afortunados les cambió la temperatura de la sangre: primero, hirvió cuando vieron que escribían sobre ellos que eran «gentes que preferían las tabernas y los juegos de dados a los hogares, iglesias y colegios». Después, al recordar su grandiosa historia, se enfrió. Lo que al comienzo había sido una decisión acalorada, se convirtió en una fría obsesión. «No nos conocen –dijo uno–. Somos libres como ellos; éramos esclavos como ellos. ¿A qué viene esta diferencia?»

Puesto que se defendían y renegaban de ellos, cambiaron de camino y se dirigieron al oeste de las tierras sin asignar, al sur del condado de Logan, al otro lado del río Canadian, hacia el territorio arapajo. Con cada desgracia se hacían más duros, más orgullosos, y todos estos detalles estaban grabados en la buena memoria de los gemelos. Historias sin adornar, contadas una y otra vez en cabañas oscuras, cerca del horno al ponerse el sol, a la luz del domingo por la tarde, cuando se reunían a rezar. Acerca de las sillas de montar de los cuatro bandidos de piel negra que les dieron de comer carne seca de búfalo antes de robarles los rifles. Acerca del silencio del embudo del tornado que giró alrededor del campamento; de los niños dormidos que despertaron navegando por el aire. El brillo de los caballos sobre los que montaban los choctaw que los vigilaban. A la hora de cenar, cuando estaba demasiado oscuro para hacer nada que no pudiera hacerse a la luz del fuego, los Viejos Padres recitaban las historias de aquel viaje; las señales que Dios les daba para guiarlos hacia las fuentes, hacia los indios creek, con los que podían intercambiar trabajo por carromatos, caballos y pasto, lejos de las poblaciones de perros de la pradera, que ocupaban hasta ochenta kilómetros, y de las fechorías de Satán: mujeres abandonadas sin ninguna pertenencia, rumores de oro en el lecho de un río.

Los gemelos creían que su abuelo había escogido las palabras que colocar junto a la boca del horno cuando descubrió lo estrecho que era el buen camino. Los muebles se sujetaban con clavijas de madera porque los clavos eran muy caros, pero sacrificó su tesoro de clavos de siete y diez centímetros, fuesen rectos o doblados, para decir algo importante y duradero.

Cuando las letras estuvieron colocadas, pero antes de que nadie hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre las palabras que formaban, levantaron un tejadillo junto al lugar donde el horno esperaba los últimos retoques. Sobre cajas de embalaje y bancos improvisados, la gente de Haven se reunía allí para charlar, convivir y practicar juegos reñidos. Más tarde, cuando la hierba dio paso a una bonita población con una calle que la cruzaba por el medio, casas de madera, una iglesia, una escuela, una tienda, los ciudadanos seguían reuniéndose allí. Atravesaban gallinas de Guinea y ciervos enteros para asarlos; abrían los costillares y echaban mucha sal en los costados de la ternera puesta a enfriar. Aquellos eran días de guisos a fuego lento, cuando las llamas se mantenían tan bajas que un pavo de nueve kilos tardaba toda la noche en asarse y podía llevar hasta dos días que media res quedase cocida hasta el hueso. Siempre que se sacrificaba el ganado, o les apetecía comer una pieza de caza sin ahumar, la gente de Haven llevaba el animal al horno y se quedaba allí, en ocasiones para discutir y pelearse con la familia Morgan por la manera de sazonar y el método adecuado para dictaminar si estaba cocido. Se quedaban allí para chismorrear, quejarse, reír a carcajadas y tomar café bajo los aleros. Y cualquier niño que estuviera cerca podía ser

llamado para ahuyentar las moscas, transportar leña, limpiar la mesa de trabajo o golpear la tierra con un bloque de apisonar.

En 1910 había en Haven dos iglesias, el Banco de Todos los Ciudadanos, cuatro aulas en la escuela, cinco tiendas que vendían artículos de confección, comestibles y pienso; pero el movimiento alrededor del horno era mayor que el que había en esos lugares. Ninguna familia necesitaba más que una sencilla cocina cuando el horno estaba encendido, y siempre lo estaba. Incluso en 1934, cuando todo lo que formaba parte de la población moría, cuando estaba claro como la luz del día que las conversaciones sobre la electricidad quedarían en eso, en conversaciones, y cuando los conductos del gas y las alcantarillas eran maravillas propias de Tulsa, el horno seguía vivo. Hasta la Gran Sequía, nunca echaron de menos el agua corriente, porque el pozo era profundo. De niños, los gemelos se habían mecido en las ramas del álamo de Virginia, inclinándose cerca del pozo y colgando peligrosamente sobre las claras aguas para mirar el reflejo de sus pies. Habían oído una y otra vez la historia de los vestidos y los sombreros azules que los hombres compraron para las mujeres con el dinero en metálico de la primera cosecha o las primeras reses sacrificadas. La teatral llegada del piano de Saint Louis, encargado en cuando estuvo puesto el suelo del templo de la Iglesia de Sión. Imaginaban a su madre, con diez años, tocar furtivamente el piano entre otras niñas apiñadas en torno a él, pulsar una tecla antes de que la diaconisa les apartara las manos de una palmada. Su voz pura de soprano cuando ensayaban el canto, «El os cuidará...», lo cual podía decirse, sin temor a equivocarse, que hizo, hasta que dejó de hacerlo. Los gemelos nacieron en 1924, y durante veinte años oyeron contar cómo habían sido los cuarenta años anteriores. Escuchaban, imaginaban y lo recordaban todo, porque cada detalle suponía un estremecimiento de placer, erótico como un sueño, una escapatoria emocionante y más llena de sentido incluso que la guerra en que habían luchado.

En 1949, jóvenes y recién casados, no eran más que unos tontos. Mucho antes de la guerra, los residentes de Haven se marchaban, y los que aún no habían hecho las maletas tenían la intención de hacerlo. Los gemelos contemplaron el magro futuro de posguerra que les esperaba y no costó mucho convencer a otros chicos del pueblo de que repitieran lo que habían hecho los Viejos Padres en 1890. Diez generaciones habían conocido lo que había Ahí Fuera: el espacio, en otros tiempos acogedor y libre, se había convertido en un hervidero sin control, en un vacío donde el mal organizado e improvisado surgía por doquier: detrás de cualquier árbol erguido, tras la puerta de cualquier casa, humilde o lujosa. Ahí Fuera, donde tus hijos eran víctimas, tu mujer era presa fácil, donde uno mismo podía ser anulado, donde la congregación llevaba armas a la iglesia y cada silla de montar tenía una cuerda enrollada. Ahí Fuera, donde cada grupo de hombres blancos parecía una partida dirigida por un sheriff, donde estar solo equivalía a estar muerto. Pero durante las tres últimas generaciones habían aprendido una y otra vez las lecciones sobre el modo de proteger una población. Así que, como aquellos ex esclavos que conocían sus prioridades, los ex soldados desmontaron el horno y lo cargaron en dos camiones antes incluso de desarmar sus propias camas. Antes de que saliera el primer rayo de sol, a mediados de agosto, quince familias se marcharon de Haven, pero no se dirigieron, como otros, hacia Muskogee o California, Saint Louis, Houston, Langston o Chicago, sino que se adentraron en Oklahoma, para huir lo más lejos posible de la degradación que contaminaba el pueblo que habían levantado sus abuelos.

«¿Cuándo llegamos?», preguntaban los niños desde los asientos traseros de los coches. «¿Cuándo llegaremos?»

«Pronto», contestaban los padres.

Pasaban las horas y la respuesta era la misma. «Pronto, muy pronto.» Cuando vieron Beaver Creek, que se extendía a través de la boca de un estado en forma de pistola sobre hectáreas de tierras herbosas (baratísima tras los tornados de 1949) compradas con el fondo común formado con el dinero que les habían dado por marcharse, era justo el momento adecuado.

Lo que dejaban atrás era una población con calles antaño orgullosas y ahora cubiertas de malas hierbas, controlada por dieciocho personas tercas que se preguntaban cómo podrían llegar a la oficina de correos donde tal vez hubiera una carta de un nieto que había partido hacía mucho tiempo.

En el lugar en que había estado el horno dormían al sol pequeñas serpientes verdes. Quién hubiese imaginado que veinticinco años más tarde, en una población completamente nueva, un convento superaría la capacidad destructiva de las serpientes, la Depresión, el fisco y el ferrocarril.

Ahora, uno de los hermanos, el que lleva la iniciativa en todo, rompe la puerta del sótano con la culata del rifle. El otro espera, unos pasos más atrás, junto al sobrino de ambos. Los tres bajan deprisa por las escaleras, con ganas de saber qué hay allí. Lo que encuentran no los decepciona: es el dormitorio del diablo, su cuarto de baño y su inundo corralito.

El sobrino siempre ha sabido que su madre había intentado seguir adelante. Consiguió verlo montar el caballo ganador, pero no le quedaban más fuerzas. Ni siquiera para interesarse por los debates sobre cómo llamar el lugar al que había viajado con sus hermanos y su hijito. Durante tres años, casi todos habían coincidido en el nombre de New Haven, aunque algunos insistían en sugerir otros nombres que no hicieran

referencia, decían, a un fracaso nuevo o repetido. Los veteranos del Pacífico preferían Guam; otros, Inchon. Los que habían combatido en Europa no paraban de sugerir nombres que sólo los niños encontraban divertido pronunciar. Las mujeres no tenían una opinión firme hasta que murió la madre del sobrino. Su funeral —el primero del lugar— detuvo la discusión y su necesidad. Dieron al pueblo el nombre de uno de ellos, y los hombres no discutieron la decisión. De acuerdo. Bien. Ruby. Como la joven Ruby.

Aquello agradó a sus tíos, que así podían llorar a su hermana y honrar al amigo y cuñado que no había conseguido regresar. Pero el sobrino, ganador del Corazón Púrpura de Ossie, heredero de las placas de identificación de su padre, tuvo que ver durante el resto de su vida el nombre de su madre pintado en rótulos y escrito en los sobres, y se sentía incómodo ante esas tristes señales. El corazón, las etiquetas, la denominación de la oficina de Correos de algún modo lo engrandecían. Las mujeres que habían conocido y cuidado a Ruby, mimaron en exceso a su hijo. Los hombres que se habían alistado con su padre, trataron con favoritismo al hijo del marido de Ruby. Sus tíos contaban con él sin preguntarle nada. Cuando habían tomado la decisión junto al horno, él estaba allí. Sin embargo, hacía un par de horas, después de tragar el último trozo de carne roja, uno de sus tíos se limitó a darle un golpecito en el hombro y decide: «Tenemos café en el camión. Coge tu rifle.»

Lo hizo, pero también cogió la cruz de palma. Aunque salieron a las cuatro de la mañana, no llegaron hasta las cinco, porque, dado que no querían que el rumor del motor ni los faros delataran su presencia en la oscuridad, habían recorrido andando los últimos kilómetros. Aparcaron los camiones en un chaparral, ya que en aquellas tierras la luz se divisaba a kilómetros de distancia. A decenas de kilómetros, allí donde era imposible distinguir las cabezas de ganado, se veía una velita de cumpleaños en cuanto se encendía una cerilla. A menos de un kilómetro de su destino, la niebla los envolvió hasta las caderas. Llegaron al convento segundos antes de que lo hiciera el sol y tuvieron un momento para ver y fijarse para siempre en el modo en que flotaba la mansión, oscura y malignamente separada de la tierra del Señor.

Desde el aula, que en tiempos fue comedor y ahora no cumple otra función que la de almacén de pupitres arrumbados contra la pared, la visión es clara. Los hombres de Ruby se apiñan en las ventanas. No han descubierto nada, pero tras confirmar sus pruebas en todo el convento, se reúnen aquí. Los Nuevos Padres de Ruby, Oklahoma. El frío que han encontrado al entrar ha desaparecido, igual que la niebla. Están animados, el sudor y el olor nocturno a rectitud moral los ha acalorado. La visión es clara.

Una competición de atletismo. Eso es lo único que se le ocurre al sobrino. Velocistas corriendo los cuatrocientos metros, o incluso los cinco mil. Dos de ellas echan la cabeza hacia atrás todo lo que les permite el cuello; aprietan los puños mientras mueven rítmicamente los brazos y se estiran hacia delante. Una de ellas agacha la negra cabeza, embistiendo el aire y el tiempo, con una mano extendida hacia una línea de meta que el futuro no le ofrece. Tienen la boca abierta, para tomar un aire que no exhalan. Sus piernas abiertas sobre el trébol, no tocan el suelo.

Audaces evas negras no redimidas por María; como gamos presas del pánico que saltan hacia un sol que ha fundido la niebla y ahora vierte su santo óleo sobre la piel de las piezas de caza.

Con Dios a su lado, los hombres apuntan. Por Ruby.

MAVIS

Los vecinos parecieron alegrarse cuando los bebés se asfixiaron. Quizá, porque hacía tiempo que les molestaba el Cadillac verde menta en que murieron. Por supuesto, hicieron todo lo que había que hacer: llevaron comida, telefonearon dando el pésame, hicieron una colecta; pero el brillo de la excitación en sus ojos resultaba evidente.

Cuando llegó la periodista, Mavis se sentó en el rincón del sofá, sin saber si rascar con las uñas las migajas de patatas fritas que había en las costuras de la tapicería de plástico o empujarlas más adentro. La periodista, sin embargo, quería que primero se tomara la foto, de modo que el fotógrafo hizo colocar a Mavis en el centro del sofá, con los hijos supervivientes a cada lado de su acongojada madre. Por supuesto, preguntó dónde estaba el padre. ¿Jim? ¿Es Jim Albright? Pero Mavis dijo que no se encontraba muy bien, no podía salir, así que tendrían que seguir sin él. La periodista y el fotógrafo cambiaron una mirada y Mavis pensó que tal vez supieran que Frank —no Jim— estaba sentado en el borde de la bañera bebiendo Seagram's de la botella. Mavis se desplazó hacia el centro del sofá y se quitó de las uñas los restos de patatas fritas hasta que los otros niños fueron con ella. A partir de ese momento, siempre serían los «otros niños». Sal rodeó la cintura de su madre con el brazo. Frankie y Billy James se apretujaron a su derecha. Sal la pellizcó, con fuerza. Mavis cayó en la cuenta al instante de que su hija no estaba nerviosa delante de la cámara y todo eso, porque el pellizco se hizo largo, agudo. Las uñas de Sal buscaban la sangre.

–Debe de haber sido terrible para usted.

Según había dicho, se llamaba June.

–Sí, señora. Es terrible para todos nosotros.

–¿Quiere decir algo? ¿Desea transmitir algún mensaje a otras madres?

–¿Perdón?

June cruzó las piernas y Mavis observó que era la primera vez que se ponía aquellos zapatos blancos de tacón alto. Las suelas apenas estaban sucias.

–Pues algún consejo, para que tengan cuidado, algo sobre la negligencia.

–Bueno. –Mavis inspiró profundamente–. No se me ocurre nada. No sé.

El fotógrafo se agachó e inclinó la cabeza mientras examinaba lo que aquello daba de sí.

Para que podamos extraer alguna enseñanza de esta terrible tragedia. –La sonrisa de June reflejaba tristeza.

Mavis se irguió para evitar que las uñas de Sal consiguieran su objetivo. La cámara soltó un chasquido. June tapó el rotulador. Aquello estaba muy bien. Mavis nunca había visto nada parecido, la tinta se secaba al instante en el papel, sin riesgo de borrones.

En este momento no tengo nada que decir a gente que no conozco. –Por segunda vez, el fotógrafo ajustó la persiana de la ventana que daba a la calle y retrocedió hacia el sofá para acercar una caja negra a la cara de Mavis.

Lo entiendo –dijo June. Sus ojos adoptaron una expresión amable, pero brillaban como los de los vecinos–. Y le aseguro que no me gusta tener que hacerle esta pregunta, pero ¿podría contarme qué sucedió exactamente? Nuestros lectores están consternados. Como eran gemelos..., ya sabe. Ah, y quieren que sepa que está presente en sus oraciones diarias. –Miró a los chicos y a Sal–. Y los demás también. Rezan por todos y cada uno de ustedes.

Frankie y Billy James bajaron la vista hacia sus pies descalzos. Sal apoyó la cabeza en el hombro de su madre mientras apretaba la carne de su cintura.

–Así que, ¿podría decirnos algo? –June esbozó una sonrisa que significaba «hazme ese favor».

Bueno. –Mavis frunció el entrecejo. Esta vez quería hacerlo bien–. A él no le gusta la carne enlatada Spam. Vamos, a los niños les gusta, pero a él no. Con este calor, no se puede guardar mucha carne. Una vez, se me puso verde un filete, así que salí y cogí el coche con la intención de ir a comprar unas salchichas, y pensé, Merle y Pearl. Al principio yo no estaba de acuerdo, pero él dijo...

–¿Merle?

–Sí, señora.

Siga, siga.

No lloraban ni nada, pero dijo que le dolía la cabeza. Lo entendí, claro. No se puede esperar que un hombre vuelva a casa de un trabajo como ése y tenga que cuidar a unos críos mientras yo voy a buscar algo decente para ponerle en la mesa, ya me doy cuenta de que eso no puede ser.

Así que usted cogió a los gemelos. ¿Por qué no se llevó a los otros niños?

Hay una comadreja ahí detrás –dijo Frankie.

–Una marmota –lo corrigió Billy James.

–¡A callar! –Sal se inclinó sobre el vientre de Mavis y señaló a sus hermanos con el dedo.

June sonrió.

¿No habría sido más seguro ir con los otros niños en el coche? Porque son mayores, quiero decir.

Mavis se levantó con el pulgar el tirante del sostén, que se había deslizado de su hombro.

–No esperaba que pasara nada malo. La tienda no está lejos... Podría haber ido a Convenience, pero cae más lejos.

–De modo que dejó a los recién nacidos en el coche y fue a comprar un poco de carne.

–No, señora. Salchichas.

–Bien, salchichas. –June escribía deprisa, pero no parecía tachar nada–. Lo que quisiera preguntarle es por qué tardó tanto tiempo. Era una sola cosa.

–No. No tardé. Cinco minutos, a lo más.

–Señora Albright, sus hijos se asfixiaron. En un coche caliente con las ventanillas cerradas. No había aire. Es difícil que eso sucediera en cinco minutos.

Quizá fuese sudor, pero le dolía lo bastante como para que se tratara de sangre. No se atrevía a pegar un manotazo a Sal o a hacer el menor gesto que revelara su dolor. En lugar de ello, se rascó la comisura de la boca y dijo:

Hice mal, pero no estuve más que eso. Fui directa al estante y cogí dos paquetes de Armour, que son caras, pero ni miré el precio. Aunque hay otras igual de buenas y menos caras, tenía prisa y no miré.

Se dio prisa?

—Ah, sí, señora. Él estaba que echaba chispas. La carne en lata no es para un hombre que trabaja.

¿Y las salchichas sí?

—Pensaba en chuletas. Pensaba en chuletas.

—¿No sabía que su marido venía a casa a cenar, señora Albright? ¿No viene a cenar todos los días?

Es una persona encantadora, pensó Mavis. Educada. No había mirado la habitación ni los pies de los niños, ni se había sobresaltado al oír el estrépito procedente de la parte trasera de la casa, seguido del ruido de la cisterna. Cuando cesó el ruido en el cuarto de baño, se oyó el de las maletas del fotógrafo al cerrarse.

—Ha sido todo —dijo—. Encantado de conocerla, señora. —June se inclinó para estrechar la mano de Mavis, cuyo cabello era del mismo color que el de ella—. ¿Tienes suficientes del Cadillac? —le preguntó luego al fotógrafo.

—Muchas. Él hizo una O con el pulgar y el índice—. Que estéis bien. —Se llevó una mano al sombrero y se marchó.

Sal dejó de pellizcar la cintura de su madre. Se inclinó hacia delante y se concentró en mecer los pies; de vez en cuando, daba una patada a Mavis en la espinilla.

Desde el lugar donde estaban sentados, nadie podía ver el Cadillac aparcado delante de la casa. Sin embargo, todo el vecindario lo había visto durante meses, y ahora lo vería todo el mundo en Maryland, puesto que el fotógrafo le había hecho más fotos que a ellos. Verde menta. Verde lechuga. Impresionante. Pero el color no se vería en los periódicos. Se vería el tamaño, el destello del lugar donde habían muerto los niños. Unos bebés que nadie vería nunca más porque ni siquiera existía una foto de sus rostros confiados.

Sal se levantó de un brinco.

—¡Oh, mira! ¡Un escarabajo! —chilló, y dio un pisotón a su madre.

Mavis había dicho: «Sí, señora, viene a cenar todos los días», y se preguntaba cómo sería tener un marido que volviera a casa todos los días. Después de que se marchara la periodista, quiso ir a ver la herida que le había hecho Sal, pero Frank seguía en el lavabo, probablemente dormido, y no era buena idea molestarlo. Pensó en limpiar las migas de patatas fritas de las costuras del sofá, pero lo que deseaba era estar en el Cadillac. No era suyo, sino de Frank, pero a Mavis le gustaba todavía más que a él y mintió al decirle que había perdido el segundo juego de llaves. Cuando June se marchaba, las últimas palabras fueron sobre el coche:

—Aunque no es nuevo, tiene tres años. Es del 65.

Si hubiera podido, habría dormido allí, en el asiento trasero, acurrucada en el lugar donde habían estado los gemelos, los únicos que disfrutaban con su compañía y no eran una cruz. No podía hacerlo, claro. Frank le había dicho que no se le ocurriera tocar el Cadillac, y menos aún conducirlo, en toda su vida. De manera que se sintió tan sorprendida como los demás cuando lo robó.

—¿Te sientes bien?

Frank ya estaba bajo la sábana y Mavis despertó con un sobresalto de terror que se disolvió rápidamente para transformarse en su estado habitual de temor.

—Me siento bien.

Mavis buscó una señal en la oscuridad intentando captar, oler su estado de ánimo por anticipado, pero era completamente inexpresivo, igual que a la hora de cenar la noche de la entrevista del periódico. El pastel de carne, perfecto (no demasiado denso ni demasiado suelto: el secreto estaba en poner dos huevos), debía de haberle gustado. Era eso, o bien que había alcanzado cierto equilibrio: todo aquello ya era suficiente. En cualquier caso, había estado bien en la mesa, casi juguetón, mientras los otros niños se comportaban con descaro. Sal tenía la vieja navaja de afeitar de Frank abierta junto a su plato y no paraba de hacer preguntas a su padre; todas ellas empezaban por: «¿Es lo bastante afilada para cortar...?», y Frank contestaba: «Puede cortarlo todo, desde la barba a un cartílago», o bien: «Podría cortar las pestañas de una chinche, lo que provocaba las carcajadas de Sal. Cuando Billy James escupió su refresco Kool-Aid en el plato de Mavis, su padre dijo: «Pásame la salsa de tomate, Frankie, y Billy, deja de jugar con la comida de tu madre, ¿me oyes?» No creía que durara mucho rato y, al ver cómo estaban a la hora de cenar, divirtiéndose con las bromas de los demás y todo eso, sabía que Frank permitiría que los niños lo

hicieran. La gente del periódico pensaría en algo que llamara la atención, y June, «la única periodista del Courier de Hopewell», se encargaría del lado humano del asunto.

Mavis intentó no ponerse rígida cuando Frank hizo ruido al acomodarse en la cama. ¿Llevaba calzoncillos? Si averiguaba eso, sabría si quería sexo, pero no podía saberlo sin tocarlo. Como si quisiera satisfacer su curiosidad, Frank hizo restallar la goma elástica del calzoncillo. Mavis se permitió soltar un suspiro y confió en que pareciera un ronquido. Antes de que hubiera terminado de hacerlo la sábana estaba fuera. El le subió el camisón hasta taparle la cara con él, y ella lo dejó ahí, como si le produjese alivio. Se había equivocado. Otra vez. Primero iba a hacer eso y después lo otro. Los otros niños estarían detrás de la puerta, riendo por lo bajo; los ojos de Sal serían tan fríos e implacables como cuando le contaron lo del accidente. Antes de que Frank se acostara, Mavis había estado pensando en que tenía que hacer algo importante, pero no recordaba qué era. Cuando se acordó, Frank ya le había preguntado si se sentía bien. Ahora suponía que sí lo estaba, porque ya no era necesario hacer eso tan importante que había olvidado.

¿Sería algo rápido, como casi siempre, o lento, trabajoso, hasta colapsarse en muda fatiga? Ninguna de las dos cosas. No la penetró, sino que se limitó a restregarse contra ella hasta alcanzar el orgasmo mientras mascaba un mechón de su pelo a través del camisón que le cubría el rostro. Como si fuera una muñeca de trapo Raggedy Ann de tamaño natural.

Después le dijo en la oscuridad:

—No lo sé, Mave. No. Sencillamente, no lo sé.

¿Debía preguntarle el qué, qué quería decir, qué era lo que no sabía? ¿O debía quedarse callada? Mavis optó por el silencio, porque, de repente, entendió que no hablaba con ella, sino con los otros niños, que reían por lo bajo tras la puerta.

—Quizá podamos arreglarlo —dijo él. Quizá no. No lo sé. —Bostezó y añadió—: Aunque no sé cómo.

Ella cayó en la cuenta de que era la señal: para Sal, para Frankie, para Billy James. Durante el resto de la noche esperó sin cerrar los ojos ni por un segundo. Frank estaba profundamente dormido, y ella se habría deslizado fuera de la cama (ya que no la había asfixiado ni estrangulado) y habría abierto la puerta de no haber sido por la respiración que oía a sus espaldas. Tenía la certeza de que Sal se encontraba acurrucada detrás, lista para saltar o agarrarle las piernas. Su labio superior estaría encogido, revelando unos dientes de once años, demasiado grandes para una boca que gruñía. El amanecer, pensó Mavis, sería crítico. Se pondrían de acuerdo sobre la trampa, aunque tal vez no la hubiesen puesto todavía. Tenía que concentrarse mucho para localizarla antes de que saltara.

Al primer indicio de luz grisácea, Mavis salió de la cama con cautela. Si Frank despertaba, todo estaba perdido. Agarró unos pantalones ceñidos de color rojo y una sudadera con la imagen de Daffy Duck, y se dirigió al lavabo. Cogió un sujetador sucio del cesto de la ropa y se vistió deprisa. Iba sin bragas, y no podía volver al dormitorio a buscar los zapatos. Lo peor era pasar por delante de la habitación de los otros niños. La puerta estaba abierta y, aunque no salía ni un sonido, Mavis sentía escalofríos sólo de pensar en acercarse. A la izquierda del pasillo, estaba la pequeña cocina-comedor, y el cuarto de estar a la derecha. Tenía que decidir hacia dónde se dirigía antes de pasar corriendo junto a esa puerta. Probablemente esperaran que fuese directamente a la cocina, como siempre, de manera que quizá debería lanzarse hacia la puerta de la casa. O quizá contaban con que cambiara de costumbre y la trampa no estuviese en la cocina.

De repente, recordó que el bolso se encontraba en el cuarto de estar, colgado del mueble del televisor, que desde que éste se había roto, hacía las veces de armario para trastos. Y las llaves de repuesto estaban prendidas bajo un desgarrón del forro del bolso. Conteniendo el aliento, con los ojos bien abiertos en la oscuridad, Mavis pasó caminando sin hacer ruido por delante de la puerta de los otros niños. El que tuviese la espalda expuesta a aquel tremendo peligro, hizo que se sintiese febril, con sudor y frío a la vez.

Recordó que no sólo estaba allí su bolso, sino las botas de lluvia de Sal, junto a la puerta. Mavis agarró el bolso, se puso las botas amarillas de su hija y escapó hacia el porche delantero. No miró en dirección a la cocina y no volvió a verla nunca más. La idea de salir de la casa había sido tan absorbente que cuando puso en marcha el Cadillac cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Se dirigió hacia la casa de Peg; aunque no era muy amiga de aquella mujer, sus lágrimas en el funeral la habían impresionado. Siempre había querido tratarla más, pero Frank encontraba modos de impedir que los conocidos se convirtieran en amigos.

La única farola parecía estar a kilómetros de distancia y el sol se mostraba renuente a salir, de manera que le costó encontrar la casa de Peg. Cuando, finalmente, lo consiguió, aparcó al otro lado de la calle para esperar que aclarara un poco antes de llamar a la puerta. La casa de Peg estaba a oscuras, con la persiana del ventanal baja y completamente en silencio. Entre las petunias, la figura de madera de una niña, a cuyos pies había una familia de patos tallados, inclinaba una regadera, con el rostro cubierto por un

brillante sombrero azul. El césped, corto y bien delimitado, parecía una muestra de alfombra de lana cara. Nada se movía, ni el diminuto molino ni la hiedra que lo rodeaba. Sin embargo, junto a la casa se agitaba una altea, más alta y vieja que el tejado de Peg. Movida por las ráfagas que salían del aparato de aire acondicionado, bailaba maltratando las flores y los capullos hasta tirarlos al césped. La altea parecía enloquecida, y el pulso de Mavis se aceleró con ella. Según el reloj del Cadillac, todavía no eran las cinco. Mavis decidió dar una vuelta y volver a una hora decente, quizá las seis, pero para entonces ellos también habrían despertado y Frank vería que el Caddy había desaparecido. Con seguridad llamaría a la policía.

Mavis se apartó de la cuneta, triste y asustada al pensar en lo tonta que era. No sólo todo el vecindario estaba familiarizado con el coche, sino que aparecería una fotografía en el periódico. Cuando Frank lo compró y fue a casa con él, los hombres de su calle dieron una palmada en el capó con una sonrisa, se inclinaron para oler el interior y tocar la bocina, y rieron. Rieron y rieron porque su dueño tenía que pedir prestada cada dos semanas la máquina para recortar el césped; porque su dueño no tenía cortinas en las ventanas y su televisor no funcionaba; porque dos de los seis pilares del porche habían sido pintados de blanco tres meses antes y el resto seguía de color amarillo allí donde no había perdido el enlucido; porque a veces su dueño dormía –toda la noche detrás del volante del coche que había comprado, delante de su propia casa. Y las mujeres, que veían a Mavis llevar a los chicos en coche a la hamburguesería White Castle con gafas de sol en días nublados, la miraban intensamente antes de sacudir la cabeza, como si supieran desde el principio que algún día el Cadillac se haría famoso.

Avanzando a treinta kilómetros por hora, Mavis tomó la carretera 121, agradecida por el cobijo que todavía le proporcionaba la oscuridad. Cuando pasó junto al hospital del condado, salió de él una ambulancia silenciosa. Una cruz verde sobre fondo blanco se deslizó desde la brillante luz de emergencia hacia las sombras. Había ingresado allí en quince ocasiones, cuatro de ellas para dar a luz. Durante la penúltima admisión, cuando iban a nacer los gemelos, su madre viajó desde Nueva Jersey para ayudar. Por tres días se ocupó de la casa y cuidó a los otros niños. Cuando les dieron los gemelos, volvió a Paterson: unas tres horas de viaje, pensó Mavis. Podría estar allí antes de que empezara *The Secret Storm*, que se había perdido durante todo el verano. En una estación de servicio Fill'n Go, Mavis miró en el monedero antes de contestar al empleado. Debajo de su carné de conducir, había tres billetes de diez dólares.

Treinta –dijo.

¿Litros o dólares, señora?

Litros.

En el aparcamiento adyacente, Mavis vio el ventanal de una cafetería que reflejaba el coral de la primera luz.

–¿Está abierto ese sitio? –gritó por encima del ruido de los camiones.

Sí, señora.

Trastabillando de vez en cuando se dirigió por el sendero de gravilla hacia la cafetería. Dentro, la camarera comía pastelitos de cangrejo y sémola de cereales tras la barra. Tapó el plato con un trapo y se tocó las comisuras de la boca antes de desear a Mavis un buen día y preguntarle qué quería. Cuando Mavis salió, llevando consigo una taza de papel con café y dos rosquillas bañadas en miel en una servilleta, vio la ancha sonrisa de la camarera reflejada en un espejo de cerveza Hires situado junto a la puerta. La sonrisa le fastidió durante todo el camino de regreso al surtidor de gasolina hasta que, al subir al coche, vio sus pies color amarillo canario.

Se alejó de la gasolinera, aparcó detrás de la cafetería y puso su desayuno sobre el salpicadero, mientras registraba la guantera. Encontró una botella sin abrir de whisky *Early Times*, otra botella con un dedo de whisky escocés, servilletas de papel, un anillo de dentición de bebé, varias gomas, un par de calcetines sucios, una linterna con la pila gastada, un pintalabios, un mapa de Florida, paquetes de pastillas de menta balsámicas y unas cuantas multas de tráfico. Dejó caer el anillo de dentición en el bolso, se retorció el pelo para formar una triste coleta que sobresalía de la goma como si fuera un puñado de plumas de gallina, y se embadurnó la boca con el pintalabios de la desconocida. Después se recostó y sorbió el café. Había estado demasiado nerviosa para pedir azúcar o leche, pero aun así fue capaz de tomar más de tres sorbos de café solo. El pintalabios de la desconocida sonreía desde el borde de cartón.

El Cadillac consumía más de treinta litros cada ciento cincuenta kilómetros. Mavis se preguntó si debía llamar a su madre o aparecer sin avisar. Lo último parecía más inteligente. Si Frank no había llamado ya a su suegra, lo haría en cualquier momento. Sería mejor que su madre pudiera contestar sinceramente «No sé dónde está».

No tardó tres horas en llegar a Peterson, sino cinco, y tenía cuatro dólares y sesenta y seis centavos cuando vio el cartel que anunciaba la ciudad. El indicador de la gasolina marcaba que el depósito estaba vacío. Las calles parecían más estrechas de lo que recordaba y las tiendas eran distintas. Allí, más al norte, las hojas empezaban a cambiar de color. Mientras conducía por el pasillo moteado que formaban, tenía la

sensación de que el asfalto se alejaba en lugar de pasar por debajo de sus ruedas. Cuanto más corría, más calle aparecía por delante.

El Cadillac se paró a una manzana de la casa de su madre, pero Mavis consiguió cruzar la calle y acercarlo al bordillo.

Era demasiado pronto. Su madre no habría vuelto del jardín de infancia hasta que hubieran recogido a los niños de la tarde. La llave de la puerta ya no estaba bajo la figura del caribú, de manera que Mavis se sentó en el porche trasero y forcejeó para quitarse las botas amarillas. Sus pies parecían pertenecer a otra persona.

Frank había llamado a las cinco y media de la mañana, cuando Mavis contemplaba la altea de Peg. Birdie Goodroe le contó a Mavis que había colgado el auricular después de decirle que no tenía ni idea de qué le estaba hablando y que quién se creía que era al sacarla de la cama a esas horas. No se alegró. Ni entonces ni más tarde, cuando su hija llamó a la ventana de la cocina como si fuera un alma en pena, que fue lo que le dijo en cuanto abrió la puerta.

Hija, pareces un alma en pena, ¿qué haces aquí con esas botas de niña?

–Mamá, haz el favor de dejarme entrar, ¿de acuerdo?

Birdie Goodroe apenas tenía hígado de ternera para dos. Madre e hija comieron en la cocina. Tras tomar una aspirina, lavarse y peinarse, Mavis tenía un aspecto presentable con un vestido casero de Birdie que le iba algo holgado.

–Bueno, deja que lo asimile. Aunque no hace falta que me cuentes nada.

Mavis quería más guisantes e inclinó el cuenco para ver si quedaban.

Lo veía venir, ¿sabes? Cualquiera podía verlo –prosiguió Birdie–. No hacía falta ser muy listo.

Había unos pocos. Un par de cucharadas. Mavis los echó en su plato preguntándose si habría algo de postre. En el plato de su madre quedaban unas pocas patatas fritas.

¿Vas a comértelas, mamá?

Birdie empujó su plato hacia Mavis. También quedaba un trozo diminuto de hígado y algunas cebollas. Mavis se lo sirvió todo.

–Tienes más hijos. Los niños necesitan de una madre. Sé por lo que has pasado, hija, pero tienes otros hijos.

El hígado era un milagro. Su madre siempre le quitaba toda partícula de membrana.

–Mamá... –Mavis se secó los labios con una servilleta de papel–. ¿Por qué no pudiste ir al funeral?

Birdie se puso rígida.

–¿No os llegó el giro? ¿Y las flores?

–Sí, llegaron.

–Entonces, ya sabes por qué. Tuve que escoger entre ayudaros a pagar el entierro o pagar el viaje. No podía hacer las dos cosas. Ya te lo dije. Os pregunté de entrada qué sería lo mejor, y los dos respondisteis que el dinero; los dos.

–Van a matarme, mamá.

–¿Vas a reprochármelo durante el resto de mi vida? ¿Con todo lo que he hecho por ti y por esos niños?

–Ya lo han intentado, pero me escapé.

–Sois todo lo que tengo, ahora que tus hermanos se han ido y los han matado como... –Birdie dio una palmada en la mesa.

–No tienen derecho a matarme.

–¿Qué?

–Está intentando que los otros niños lo hagan.

–¿Qué? ¿Que hagan qué cosa? Habla más alto para que pueda oírte.

–Digo que van a matarme.

–¿Ellos? ¿Quién? ¿Frank? ¿Quiénes?

–Todos. Los niños también.

–¿Matarte? ¿Tus hijos?

Mavis asintió. Birdie Goodroe abrió primero los ojos, después fijó la vista en el regazo mientras apoyaba la frente en la palma de la mano. Durante un rato permanecieron en silencio, pero más tarde, ante el fregadero, Birdie le preguntó:

–¿Los gemelos también intentaban matarte?

Mavis miró fijamente a su madre.

–¡No! ¡Pero qué dices, mamá! ¿Estás loca? ¡Si son bebés!

–De acuerdo, de acuerdo. Sólo preguntaba. Es un poco raro pensar que unos niños pequeños...

–¿Raro? ¡Es... es una barbaridad! Pero ellos harán lo que él diga. Y ahora harán cualquier cosa. ¡Ya lo han intentado, mamá!

–¿Cómo? ¿Qué han hecho?

Sal tenía una navaja de afeitar y reían y me miraban. Me miraban todo el rato.

–¿Qué hacía Sal con la navaja?

–La tenía junto al plato y me miraba. Todos me miraban.

Ninguna de las dos volvió a mencionar el tema, porque Birdie le dijo a Mavis que podía quedarse si no le hablaba otra vez de aquella manera, que si Frank o cualquier otra persona volvía a llamar no diría que estaba allí, pero que si pronunciaba una palabra más sobre lo de que querían matarla, lo llamaría de inmediato.

Al cabo de una semana Mavis estaba en la carretera; esta vez, sin embargo, tenía un plan. Días antes había oído a su madre hablar en voz baja por teléfono: «Será mejor que vengas rápido –decía–, y eso significa enseguida.» Mientras Birdie estaba en el jardín infantil, Mavis recorrió la casa pensando: dinero, aspirinas, pintura, ropa interior; dinero, aspirinas, pintura, ropa interior. De las dos primeras cosas, cogió tanto como consiguió encontrar: los cheques de dos sobres marrones del Gobierno, apoyados contra la fotografía de uno de sus hermanos muertos en combate, y dos frascos de Bayer. Cogió unos pendientes de bisutería del joyero de Birdie y las llaves del coche, que ésta creía haber escondido tan bien; echó siete litros de gasolina de la cortacésped en el depósito del Cadillac y se marchó en busca de más. En Newark, encontró un taller de pintura Earl Scheib y esperó dos días en el albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes a que el coche estuviera pintado de color rojo oscuro. Los veintinueve dólares del anuncio resultaron ser sólo para un coche de tamaño normal. Por el Cadillac le hicieron pagar sesenta y nueve. En Woolworth's compró la ropa interior y las sandalias, y en Goodwill un traje pantalón azul claro de los que no necesitan planchado y un jersey blanco de cuello alto. Perfecto para California. Perfecto.

Con un mapa Mobil nuevo y flamante a su lado, sobre el asiento, aceleró para salir de Newark y se dirigió hacia la carretera 70. Cuanto más territorio del Este dejaba a sus espaldas, más feliz era. Sólo había sentido una vez esa clase de felicidad. En el cohete del parque de atracciones, cuando era niña. Cuando el cohete pasaba zumbando hacia abajo, la velocidad la aturdía de placer; cuando frenaba antes de ponerla cabeza abajo en lo alto del círculo que describía, la emoción era intensa, pero tranquila. Chillaba con los otros pasajeros, pero en su interior sentía la excitación serena de enfrentarse al peligro mientras el fuerte metal la sujetaba. Cuando, tiempo después, los llevó al parque de atracciones, a Sal no le gustó nada, y tampoco a los chicos. Ahora, huyendo hacia California, podía evocar a voluntad el recuerdo de haber subido en el cohete y su ímpetu.

Según el mapa, el camino era recto. Lo único que tenía que hacer era encontrar la 70, seguirla hasta Utah, girar a la derecha en dirección a Los Ángeles. Más tarde recordó haber viajado así: en línea recta. Un estado, después el siguiente, tal como prometía el mapa.

Cuando su dinero se redujo a unas monedas, se vio obligada a buscar autostopistas. Sin embargo, no podía recordar, a excepción de la primera y la última, en qué orden habían subido las chicas. Era más fácil recoger chicas. Suponían una compañía más segura, o al menos eso esperaba, la ayudaban a pagar la gasolina y la comida, y, en ocasiones, la invitaban a algún sitio donde dormir. Adornaban las carreteras principales, los cruces, las rampas de subida a los puentes, las salidas de los moteles y gasolineras, vestidas con tejanos acampanados y el cinturón en las caderas. De cabello suelto y lacio o peinado a lo afro. Las blancas eran más amistosas; las de color más lentas para fundir el hielo, pero todas ellas le hablaban del mundo antes de California. Por debajo de la charla cómplice, la risa sonora, los silencios mordaces, el mundo que describían era igual que su existencia anterior a California: triste, espantoso, erróneo. Los institutos eran lugares de mala muerte; los padres, estúpidos; Johnson, un asqueroso; los policías, unos cerdos; los hombres, unas ratas; los chicos, unos estúpidos.

La primera chica estaba a las afueras de Zanesville. Allí, mientras contaba su dinero sentada en un bar de carretera, apareció la fugitiva. Mavis la había visto entrar en el lavabo de señoras; después, bastante más tarde, salió vestida con ropas distintas: en esta ocasión, una falda larga y una blusa floreada que le llegaba a los muslos. Fuera, en el aparcamiento, la chica corrió hacia la ventanilla del acompañante y le pidió que la llevara. Cuando Mavis asintió, abrió la puerta de un tirón, con una sonrisa de felicidad. Dijo su nombre –Sandra, pero llámame Dusty– y habló durante cincuenta kilómetros. Sin mostrar el menor interés por Mavis, Dusty comió dos Mallomars y charló, sobre todo, de los propietarios de las seis placas de identificación que colgaban de su cuello. Chicos de su clase en el instituto, o de antes. Consiguió dos

cuando salía con ellos; las demás tuvo que pedirles a sus familias, como recuerdo. Todos ellos habían desaparecido o estaban muertos.

Mavis accedió a cruzar Columbus y dejar a Dusty en casa de su amiga. Llegaron bajo una lluvia suave. Alguien había segado el césped por última vez hasta que llegase la nueva estación. El pelo de Dusty enmarañado en mechones castaños; el maravilloso olor de la hierba recién cortada bajo la lluvia, el tintineo de las placas de identificación, medio Mallo. Ese era el recuerdo de Mavis del primer rodeo que había dado con una autostopista. Excepto la última, no tenía clara la secuencia de las otras. ¿Fue en Colorado donde vio a un hombre sentado en un banco bajo unos pinos, en un área de descanso? Comía despacio, muy despacio, mientras leía el periódico. ¿O fue antes? Brillaba el sol, hacía frío. Por ahí recogió a la chica que le robó los pendientes de bisutería. Pero antes –cerca de Saint Louis, ¿no?–, abrió la puerta del acompañante a dos chicas que temblaban en la carretera 70. Azotadas por el viento, con las chaquetas del ejército cerradas hasta la barbilla, zuecos de piel y gruesos calcetines grises, se secaban la nariz sin sacar las manos de los bolsillos. No muy lejos, dijeron. A un lugar que estaba a unos kilómetros de allí, dijeron. El lugar, un cementerio de un verde brillante, estaba tan lleno como si fuera un parque. Hileras de coches festoneaban la entrada. Grupos de personas, paseantes solitarios, todos a merced del viento, pacientemente, se mezclaban con chicos de una escuela militar. Las chicas dieron las gracias a Mavis, bajaron del coche y corrieron unos metros para unirse a un grupo de personas junto a una tumba. Mavis tardó un poco en marcharse, sorprendida ante el brillo poco natural del verde. Los que había tomado por estudiantes resultaron ser soldados de verdad, pero jóvenes, tan jóvenes y nuevos como las lápidas que tenían delante.

Debió de ser después de esto cuando Mavis recogió a Bennie, la última y la que más le gustó, y también la que le robó el impermeable y las botas de Sal. Bennie se alegró de saber que, como ella, Mavis se dirigía a L. A. Ella, Bennie, iba a San Diego. No hablaba ni poco ni mucho, pero cantaba. Canciones de amor verdadero, amor falso, redención; canciones de una alegría exagerada. Algunas hacían llorar, otras eran deliberadamente tontas. Mavis cantó una vez, pero casi todo el rato se limitó a escuchar y, durante ciento setenta kilómetros, no se cansó de oírla. Uno tras otro, pasaron los kilómetros, animados y relajados por el magnífico dolor de la voz de Bennie.

No le gustaba comer en las áreas de descanso de la autopista. Cuando pararon en alguna, porque Mavis insistió, Bennie sólo bebía agua mientras Mavis engullía hamburguesas con queso y patatas fritas. En dos ocasiones, Bennie la guió a través de alguna población buscando barrios donde viviese gente de color, para que pudieran comer algo “sano”, decía. En esos lugares, Bennie comía varios platos, despacio, ininterrumpidamente, repetía y pedía algo para llevar. Gastaba con prudencia, pero no parecía preocuparle el dinero y compartían el gasto en las gasolineras.

Mavis no se enteró de qué pensaba hacer o encontrar en L. A. (bueno, en San Diego). “Salir adelante”, fue la única respuesta a la pregunta de Mavis. Sin embargo, entre Topeka y Lawrence, Kansas, desapareció con el impermeable de plástico claro de Mavis y las botas amarillas de Sal. Qué raro, porque el billete de cinco dólares de Mavis todavía estaba atado al cambio de marchas con una goma elástica. Habían terminado la carne a la brasa y la ensalada de patatas en un restaurante mediocre llamado Hickey's. Lo que Bennie había pedido «para llevar» estaba envuelto sobre la mesa.

–Yo me encargo de esto –dijo, señalando la cuenta–. Ve al lavabo antes de que volvamos a la carretera.

Cuando Mavis salió, Bennie y sus costillas para llevar habían desaparecido.

–¿Cómo voy a saberlo? –contestó la camarera–. Ni siquiera ha dejado propina.

Mavis pescó en el bolsillo una moneda de veinticinco centavos y la dejó en la barra. Esperó unos minutos en el coche antes de intentar encontrar el camino de regreso a la estuenda carretera 70.

El silencio que Bennie había dejado en el Cadillac era insoportable. Mavis tenía la radio puesta y, si emitían una de las canciones de Bennie, se ponía a cantar, lamentando que su interpretación fuera mucho peor. El pánico la asaltó en una estación Esso.

Cuando devolvía la llave del lavabo, Mavis miró a través del cristal. Al otro lado, bajo las luces fluorescentes que protegían el surtidor, Frank se inclinaba hacia la ventanilla del Cadillac. ¿Podía haberle crecido tanto el pelo en dos semanas? Y la ropa. Cazadora de cuero negro, camisa abierta casi hasta el ombligo, cadenas de oro. Mavis se agachó y cuando el encargado la miró, intentó simular que había tropezado. No tenía modo de huir. Rebuscó entre los mapas de Colorado expuestos. Miró de nuevo. Se había ido. Habría aparcado por ahí, pensó, y debía de estar esperando para salir.

Gritaré, se dijo, simularé que no lo conozco, lucharé con él, llamaré a la policía. El coche ya no era de color verde menta, pero –¡Dios mío!–, la matrícula era la misma. Ella tenía los papeles. ¿Y si él traía un papel que demostraba que era el propietario? ¿Habrían dado parte? No podía quedarse quieta ni echarse

atrás. Mavis avanzó. Sin correr. Sin tropezar. Con la cabeza gacha, buscando en el bolso un billete de veinte dólares.

De regreso en el coche, mientras esperaba a que el encargado cogiera el dinero, examinó los alrededores por las ventanillas laterales y la trasera. Nada. Pagó y puso el coche en marcha. En ese momento, el torso con la cazadora negra y la camisa abierta apareció en el retrovisor de la derecha. Las cadenas de otro atrapaban la luz fluorescente. Mientras intentaba controlarlo, el Cadillac daba bandazos y se salía del carril de la gasolinera. Asustada, se olvidó de la señal que tenía que buscar. ¿Qué entrada era? a la derecha para ir al sur. No, al oeste. ¿Por dónde se entra en la 70? Pero eso era el este. ¿Adónde lleva la salida?

Una hora más tarde, circulaba por una calle por la que ya había pasado dos veces. Salió de allí en cuanto pudo y se encontró en un puente estrecho y en una calle con almacenes a los lados. De todos modos, las carreteras secundarias serían mejores, decidió. Menos policía, menos farolas. Temblando en cada semáforo, consiguió salir de la ciudad. Cuando anocheció estaba en la carretera 15, y siguió adelante hasta que no hubo más que vapores de gasolina para alimentar el motor. El Cadillac no suspiró ni tosió, sino que se limitó a detenerse en un pozo de oscuridad; los faros hacían resaltar diez metros de asfalto. Mavis apagó las luces y cerró las puertas. Un poco de valor, susurró. Como las chicas que huían de algo, hacia algo. Si ellas podían vagar por ahí, subirse a los coches, hacer dedo para ir a un entierro, buscar comida en barrios desconocidos, hacer su camino solas o con otra persona como única protección, seguro que ella podía esperar en la oscuridad a que llegase la mañana. Dormía mejor a la luz del día, lo había hecho durante toda su vida adulta. Al fin y al cabo, no era una niña, sino una mujer de veintisiete años, madre de...

El whisky de la botella de Early Times no la ayudó. Las lágrimas le mojaban la barbilla, le bajaban por el cuello. Al final, hizo que perdiera el sentido.

Mavis despertó con la boca seca, fea, desorientada, y cayó en la cuenta de que estaba hambrienta porque el sol, de un rojo sandía, parecía comestible. El horizonte, de un azul cegado, sostenido por mil millones de kilómetros de vacío, no le ofrecía una invitación ni un reproche. No había elección. Orinó tal como Dusty le había enseñado y volvió al Cadillac para esperar a que pasara otro coche. Bennie era lista; no se iba de ningún sitio sin una caja llena de comida. Mavis sintió que su estupidez se cerraba sobre ella como un saco. Una mujer crecida incapaz de cruzar el país o trazar un plan que abarcara más de veinte minutos. Habían tenido que enseñarle a secarse con hierbas. Demasiado estúpida como para abrir la ventana de un coche para que unos bebés pudieran respirar. Ahora no sabía por qué había huido de los eslabones de oro que iban hacia ella. Frank tenía razón. Desde el principio, había tenido toda la razón sobre ella: era la puta más idiota del planeta.

Mientras esperaba no apareció ningún coche ni camión. Se adormiló, despertó con pensamientos terribles y volvió a dormirse. De repente, se irguió en el asiento, completamente despierta, y decidió no morirse de hambre. ¿Las chicas de la carretera se quedarían ahí sentadas? ¿Dusty lo haría? ¿Bennie? Mavis miró atentamente lo que la rodeaba. Vio árboles a lo lejos, en el vacío de mil millones de kilómetros. ¿Aquello era hierba o alguna clase de cultivo? Todos los caminos llevaban a algún sitio, ¿no? Mavis cogió su bolso, buscó el impermeable y descubrió que había desaparecido.

–¡Joder! –gritó, y cerró de un portazo.

Pasó el resto de la mañana en la misma carretera. Cuando el sol estaba en el cenit, optó por otra más estrecha, porque tenía sombra. Estaba asfaltada, pero no era lo bastante ancha como para que pasaran dos coches sin tener que usar la cuneta. Cuando la carretera se quedó sin árboles, Mavis vio delante de ella, a la izquierda, una casa. Parecía pequeña y cercana, y le llevó un rato descubrir que ninguna de las dos cosas era cierta. Tuvo que cruzar hectáreas de maizales para acercarse a ella, y, o bien estaba viendo la casa por detrás, o bien no tenía camino de acceso. A medida que fue acercándose, comprobó que era de piedra, tal vez arenisca, pero oscura por los años. Al principio, no vio que tuviese ventanas, pero luego distinguió el principio de un porche y el reflejo de enormes ventanas en la planta baja. Rodeó la casa por la derecha y descubrió un camino que no llevaba a la puerta principal, sino a un lado de aquélla. Mavis giró hacia la izquierda. El césped cercano al porche estaba bien cuidado. Unas garras remataban la barandilla a los lados de los escalones de piedra. Mavis subió por las escaleras y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Se dirigió hacia el camino y vio a una mujer sentada en una silla roja de madera junto a un pequeño huerto.

–¡Oiga! –gritó Mavis, llevándose las manos a la boca a modo de bocina.

La mujer levantó la cara hacia ella, pero Mavis no consiguió saber qué estaba mirando, pues llevaba gafas oscuras.

–Perdone. –Mavis se acercó. Ya no hacía falta gritar–. Se me ha parado el coche. ¿Sabe si alguien puede ayudarme? ¿Me permite llamar por teléfono a algún sitio?

La mujer se levantó cogiéndose con las dos manos el dobladillo del delantal, que parecía de lona, y se acercó. Debajo del delantal lucía un vestido de algodón amarillo con pequeñas flores blancas y botones de fantasía. Llevaba zapatos planos, que estaban desatados, y en la cabeza un sombrero de paja de ala ancha. El sol picaba con fuerza; una ráfaga de viento caliente le dobló hacia arriba el ala del sombrero.

—No hay teléfono —dijo—. Ven.

Mavis la siguió a la cocina, donde la mujer dejó caer unas pacanas del delantal en una caja situada junto a la cocina y se quitó el sombrero. Dos trenzas a lo Hiawatha le cayeron sobre los hombros. Se quitó los zapatos, dejó la puerta abierta sosteniéndola con un ladrillo y se quitó las gafas de sol. La cocina era grande, impregnada de fragancias y con el desorden propio de una mujer solitaria. Le dio la espalda a Mavis y preguntó:

—¿Bebes? —Mavis no supo si le pedía bebida o si se la ofrecía. —No, no bebo.

—Aquí no se admiten mentiras. Aquí se acepta cualquier verdad.

Sorprendida, Mavis se echó el aliento sobre la palma de la mano.

—Vaya. Me he bebido el whisky que guarda mi marido, pero no soy lo que se dice bebedora. Sólo estaba..., bueno, agotada. Después de conducir tanto, me quedé sin gasolina.

La mujer estaba ocupada encendiendo la cocina. Las trenzas le caían hacia delante.

—No le he preguntado cómo se llama. Yo me llamo Mavis Albright.

—La gente me llama Connie.

—Le agradecería que me diera un poco de café, Connie, si tiene un poco.

Connie asintió sin volverse.

—Trabaja usted aquí? —preguntó Mavis.

—Trabajo aquí. —Connie se echó las trenzas hacia atrás.

—¿Hay alguien de la familia en la casa? Al parecer hace tiempo que no viene nadie por aquí.

—No hay nadie. Sólo ella, arriba. No podría abrir la puerta aunque quisiera, y no quiere.

—Voy para California, ¿cree que podría ayudarme a conseguir un poco de gasolina para el coche y enseñarme a salir de aquí? La mujer dejó escapar un suspiro, pero no contestó ni se movió de donde estaba.

—¿Connie?

—Estoy pensando.

Mavis miró la cocina, que se le antojó tan grande como la cafetería de su instituto; tenía puertas de vaivén de madera, y se imaginó que al otro lado había habitaciones y más habitaciones.

—¿No les asusta vivir aquí solas? Parece como si no hubiera nada en un montón de kilómetros a la redonda.

Connie rió.

—Las cosas que asustan no siempre están fuera. La mayoría están dentro.

Se apartó de la cocina con un tazón y lo colocó delante de Mavis, que miró con desesperación las patatas humeantes, sobre las que se fundía una pizca de mantequilla. La borrachera de Early Times había convertido el hambre en náusea, pero dio las gracias y aceptó el tenedor que Connie le tendía. De todos modos, el olor a café era prometedor.

Connie se sentó a su lado.

—Puede que me vaya contigo —dijo.

Mavis levantó la cabeza. Era la primera vez que veía el rostro de la mujer sin las gafas de sol. Enseguida volvió a mirar la comida y clavó el tenedor dentro del tazón.

—¿Con lo que me ha dicho y quiere ir a California?

Mavis sintió la sonrisa de la mujer, pero no pudo mirarla. ¿Se habría lavado las manos antes de calentar las patatas? Olía a nueces, no a pacanas.

—¿Y el trabajo que tiene aquí?

Mavis se forzó a probar un trocito de patata. Salada.

—¿California está junto al mar?

—Sí, en la costa.

—Estaría bien volver a ver agua. —Connie miraba fijamente a Mavis—.

—Ola tras ola tras ola. Mucha agua. Azul, azul, azul, ¿no?

—Eso dicen. Soleada California. Playas, naranjas...

–Quizá haya demasiado sol para mí. –Connie se levantó bruscamente y se dirigió hacia la cocina.

–No puede hacer más sol que aquí. –Mavis comía rápidamente. La mantequilla, la sal y la pimienta machacadas con las patatas no estaban nada mal–. Uno recorre kilómetros y no ve una manchita de sombra.

–Es verdad –admitió Connie. Puso dos tazas de café y un tarro de miel en la mesa–. Demasiado sol en el mundo. No lo aguanto. No puedo más.

Una suave brisa entró por la puerta de la cocina, sustituyendo el olor a comida por otro más agradable. Mavis había pensado que cuando llegara el café se lo bebería de un trago, pero la satisfacción de las patatas calientes y saladas hizo que fuera paciente. Siguiendo el ejemplo de Connie, echó una cucharada de miel en su taza y removió despacio.

–¿Se le ocurre cómo puedo conseguir un poco de gasolina?

–Espera un poco. Quizás hoy, quizá mañana. La gente vendrá a comprar.

–¿A comprar? ¿A comprar qué?

–Cosas del huerto. Lo que cocino. Lo que ellos no quieren cultivar.

–¿alguno de ellos puede llevarme a ver si consigo un poco de gasolina?

–Claro.

–¿Y si no viene nadie?

–Siempre viene alguien. Todos los días. Esta mañana ya he vendido cuarenta y ocho mazorcas de maíz y media kilo de pimientos. –Dio unas palmaditas en el bolsillo del delantal.

Mientras soplaba suavemente su taza, Mavis se acercó a la puerta de la cocina y miró hacia fuera. Al llegar, estaba tan contenta de encontrar a alguien en casa que no se había fijado en el huerto. Ahora, tras la silla roja, vio flores que crecían en hileras paralelas a las verduras o mezcladas con ellas. En algunos lugares, las plantas guiadas con cañas crecían, formaban círculos sobre unos montículos. Las gallinas cloqueaban, fuera del alcance de la vista. Al observar atentamente una parte del huerto que al llegar le había parecido invadida por las malas hierbas, descubrió que estaba cubierta de sandías. Detrás de todo aquello, se extendía un imperio de maíz.

–No lo cuida todo usted sola, ¿verdad? –Mavis señaló el huerto con un gesto.

–Todo, menos el maíz –respondió Connie.

–¡Caramba!

Connie dejó el tazón del desayuno en el fregadero.

–¿Quieres lavarte un poco?

Las enormes habitaciones que Mavis había imaginado al otro lado de las puertas de vaivén le habían impedido pedir permiso para ir al cuarto de baño. En la cocina se sentía a salvo; la idea de marcharse la inquietaba.

–Me quedaré aquí para ver quién viene. Más tarde intentaré arreglarme un poco. Ya sé que estoy fatal. –Sonrió, con la esperanza de que el que rehusare la oferta no dejara entrever su aprensión.

–Como quieras –dijo Connie, que se había colocado otra vez las gafas de sol y, tras darle una palmadita en el hombro y ponerse los zapatos abiertos, salió al patio.

Mavis esperaba que, al quedarse sola, la gran cocina perdiera su aspecto acogedor, pero no fue así. En realidad, tenía la sensación de que la cocina estaba llena de niños –¿reían?, ¿cantaban?–, dos de los cuales eran Merle y Pearl. Cerró los ojos con fuerza para disipar esa sensación, pero no hizo más que intensificarla. Cuando los abrió, Connie estaba allí, arrastrando un cesto de treinta litros de capacidad.

–Venga, échame una mano –le pidió.

Mavis frunció el entrecejo al ver las pacanas y sacudió la cabeza ante la presencia del cascanueces, las púas y los tazones que Connie estaba preparando.

–No –dijo–. ¿No puedo hacer otra cosa para ayudar? Quitarle la cáscara a todo eso va a volverme loca.

–Claro que no. Inténtalo.

–No, no. –Mavis la observó disponer los cubiertos–. ¿No sería mejor poner en el suelo unos papeles de periódico? Luego será más fácil de limpiar.

–En esta casa no hay periódicos –repuso Connie–. Tampoco hay radio. Las noticias nos llegan cuando nos las cuenta alguien, cara a cara.

–Estupendo. En los tiempos que corren todas las noticias son desastrosas. Aunque no podemos hacer nada al respecto.

–Te rindes enseguida. Mira tus uñas. Fuertes, curvadas como las de los pájaros, buenas para las pacanas. Con uñas así siempre se puede sacar la nuez entera. Volverte Loca; a mí lo que me vuelve loca es ver que alguien desperdicia unas buenas uñas.

Más tarde, mientras miraba el modo en que sus manos, repentinamente bellas, se movían al trabajar, Mavis recordó a su profesora de sexto grado en el momento de abrir un libro: levantaba la esquina de la cubierta, rozaba el canto hasta llegar a la señal, acariciaba la página, deslizaba la yema de los dedos sobre las líneas impresas. Recordó la sensación de placer que sentía al observarla. Ahora, mientras pelaba pacanas, intentaba economizar gestos sin sacrificar su gracia. Connie, tras embarcarla en el trabajo, se había marchado para ver, según sus palabras, «cómo va la madre». Sentada ante la mesa, oliendo con placer la brisa que entraba por la puerta, Mavis se preguntaba qué edad tendría la madre de Connie. A juzgar por la edad de la hija, debía de rondar los noventa. También se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que llegara un cliente, si alguien se habría acercado al Cadillac y si en la gasolinera a la que consiguiese llegar tendrían un mapa que enseñara el camino de vuelta a la excelente carretera 70, o incluso a la 287. Entonces iría hacia el norte, en dirección a Denver, y después pitando hacia el oeste. Con suerte, se pondría en camino antes de la hora de la cena. Sin suerte, podría salir por la mañana. Estaría de nuevo sobre el asfalto, escuchando la radio del coche que la había ayudado a soportar el silencio que había dejado Bennie, horas de conducir sin parar mientras dos dedos se movían impacientes buscando la mejor canción, la mejor voz. Ahora, la radio estaba al otro lado de un campo, una carretera abajo, luego otra. Lejos. En el espacio donde debía estar su sonido no había nada. Sólo una ausencia, que no creía poder llenar adecuadamente sin el bendito sonido de la radio. Desde la mesa ante la que estaba sentada admirando sus ocupadas manos, la ausencia de la radio crecía por momentos. Un fuego silencioso, secreto, que respiraba y exhalaba los sonidos que producía mientras se extendía: el crujido de las cáscaras, el ruido de la nuez al lanzarla al tazón, los utensilios de cocina en un ajuste eterno, el susurro de los insectos, la discusión de la larga hierba, la tos lejana de los tallos del maíz. Reinaba la paz, pero deseaba que Connie volviese, no fuera a empezar de nuevo a imaginar bebés que cantaban. Cuando la ausencia de la mujer empezaba a parecerle excesiva, Mavis oyó que un coche hacía crujir la gravilla. Después el freno. Un portazo.

–¡Hola!

Una voz femenina, ligera, relajada.

Mavis se volvió y vio a una mujer de piel oscura, que se movía rápidamente, subía con agilidad los peldaños y se detenía al no encontrar lo que esperaba.

–¡Oh, perdona!

–No te preocupes –dijo Mavis–. Connie está arriba.

–Bien.

Mavis pensó que la mujer examinaba sus ropas con detenimiento.

–¡Oh, qué bien! –exclamó, acercándose a la mesa–. ¡Qué bien! –Metió los dedos en el tazón de pacanas y cogió unas pocas. Mavis esperaba que comiera algunas, pero las dejó caer de nuevo en el montón–. –¿Qué sería el día de Acción de Gracias sin una tarta de pacanas? Nada de nada.

Ninguna de las dos había oído el rumor de los pies descalzos y, dado que las puertas de vaivén no hacían ruido, la entrada de Connie fue como una aparición.

–¡Aquí estás! –La mujer negra abrió los brazos y se mecieron en un largo abrazo–. He dado a esta chica un susto de muerte. Nunca había visto por aquí a nadie de fuera.

–Es la primera vez –le explicó Connie–. Mavis Albright, ésta es Soane Morgan.

–Hola, guapa.

–Se llama Morgan, señora Morgan.

Mavis se sonrojó, pero sonrió igualmente y dijo:

–Lo siento, señora Morgan. –Observó los caros zapatos acordonados, las medias finas, la chaqueta de lana y el corte del vestido: crespón ligero, azul claro, con cuello blanco.

Soane abrió un bolso de ganchillo.

–He comprado más –informó, y le tendió unas gafas de sol tipo aviador.

–Estupendo. Me quedan otras.

Soane volvió la mirada hacia Mavis.

–Devora las gafas de sol.

–Yo no. Esta casa. –Connie se colocó las gafas y, tras volverse en dirección a la puerta, miró directamente hacia el sol y soltó un ¡Ah!» en el que se advertía un tono de desafío.

–¿Alguien te ha pedido pacanas peladas, o es idea tuya?

–Mía.

–Haz muchas tartas.

–Haré más que tartas. –Connie enjuagó las gafas bajo el chorro del grifo y quitó la etiqueta.

–No quiero oírlo, así que no me lo digas. Ya sabes para qué he venido.

Connie asintió.

–Puedes conseguirle a esta chica un poco de gasolina, o llevarla y después acompañarla hasta su coche? –preguntó mientras secaba sus gafas nuevas y les sacaba brillo, buscando manchitas y pelusa de la toalla.

–¿Dónde está tu coche? –quiso saber Soane. Parecía sorprendida, como si dudara que alguien vestido con sandalias, pantalones arrugados y una camiseta sucia de niña pudiera tener automóvil.

–En la carretera 18 –contestó Mavis–. Tardé horas en llegar aquí andando, pero en coche...

Soane asintió.

–Has tenido suerte, pero deberé buscar a otro para que te acompañe al coche. Lo haría encantada, pero tengo demasiado trabajo. Mis dos hijos están de permiso. –Miró con orgullo a Connie–. La casa estará llena antes de que me dé cuenta. –A continuación, añadió: ¿Cómo se encuentra la madre?

–No puede durar mucho.

–¿No crees que sería mejor llevarla a Demby o a Middleton? Connie deslizó las gafas de aviador en el bolsillo del delantal y se encaminó hacia la despensa.

–En un hospital no llegaría a suspirar más de dos veces. La segunda sería la última.

La pequeña bolsa que Connie puso sobre un cesto de pacanas podría haber sido una granada de mano. Colocado en el asiento del Oldsmobile entre Mavis y Soane Morgan, el paquete de ropa emanaba tensión. Soane lo tocaba de vez en cuando, como para recordar que estaba allí. La conversación fluida de la cocina había desaparecido.

Repentinamente formal, Soane apenas abrió la boca, contestó a las preguntas de Mavis dando la menor información posible y no preguntó nada.

–Connie es muy agradable, ¿no?

Soane la miró.

–Sí, sí que lo es.

Avanzaron durante veinte minutos; Soane conducía con prudencia a cada subida o curva de la carretera, por pequeña que fuera. Parecía ir buscando algo. Se detuvieron en una gasolinera con un solo surtidor, situada en medio de ninguna parte, y pidieron al hombre que se acercó renqueando a la ventanilla que les diera un bidón con veinte litros para llevarse. Se produjo una discusión, salpicada con largos silencios, sobre la lata de veinte litros. El hombre quería que le pagasen por ella; Mavis dijo que se la devolvería una vez que llenase el depósito. Él lo dudaba. Al final se pusieron de acuerdo en una prenda de dos dólares. Soane y Mavis se alejaron, giraron hacia otra carretera y se dirigieron hacia el este durante lo que pareció una hora. Señalando una bonita señal de madera, Soane anunció:

–Hemos llegado.

El cartel rezaba “Ruby. Pobl. 360”., en la parte superior y “Log. 16.”, en la parte inferior.

La primera impresión de Mavis sobre la pequeña población fue que era muy silenciosa, como si allí no viviera nadie. Exceptuando la tienda de comestibles y un banco de crédito y ahorro, no tenía nada parecido a una zona comercial. Avanzaron por una calle ancha, junto a enormes parcelas de césped cortado hasta deslumbrar pues se extendían delante de iglesias y casas pintadas en tonos pastel. El aire estaba perfumado. Los árboles eran jóvenes. Soane giró por una calle lateral con jardines más grandes que las casas, llenos de flores y nevados de mariposas.

En el coche de Soane, el olor que despedía la lata de veinte litros era intenso, pero en el camión del chico, sostenido entre los pies de Mavis, no se distinguía de los demás. La combinación de olores a pegamento, aceite, metal le habría provocado arcadas si él no hubiera hecho de modo voluntario lo que Mavis había sido incapaz de pedirle a Soane Morgan: poner la radio. El locutor anunciaba las canciones como si fueran de sus parientes o de sus mejores amigos: el rey Salomón; el hermano Otis; la nena Dinah; Ike y su chica, Tina; la hermana Dakota; los Temps.

Mientras avanzaban dando tumbos, Mavis, ahora alegre, disfrutaba con la música y la zona afeitada de la cabeza del chico. Aunque era más amable que Soane, no tenía mucho más que decir que ella. Estaban a varios kilómetros de Ruby, población, 360, e iban escuchando el séptimo de los veinte principales

del programa de Jet cuando Mavis cayó en la cuenta de que, aparte del individuo de la gasolinera, no había visto a un solo blanco.

–¿No hay blancos en tu pueblo?

–Que vivan en él, no. A veces vienen por asuntos de negocios. Cuando divisaron a lo lejos la mansión, de camino al Cadillac, el chico preguntó:

–¿Cómo es ese sitio?

–Sólo he estado en la cocina –contestó Mavis.

–Dos mujeres viejas en un sitio tan grande... No me parece bien.

El Cadillac estaba intacto, pero tan caliente que el chico se lamió los dedos antes y después de abrir el tapón del depósito. Y fue tan amable de ponerlo en marcha y aconsejarle que antes de entrar dejara las puertas abiertas durante un rato. Mavis no tuvo que forcejear con él para que aceptara algo de dinero – Soane se habría horrorizado– y el chico se alejó con su radio, en la que ahora sonaba Hey, Jude.

Tras el volante, refrescándose con el aire acondicionado, Mavis lamentó no haber apuntado el número de la emisora que aparecía en el dial del camión del chico. Jugueteó sin éxito con el botón mientras conducía el Cadillac de regreso a la casa de Connie. Aparcó, y el Cadillac, rojo oscuro, como sangre seca, se quedó allí durante dos años.

Anochece cuando el chico puso el coche en marcha. Además, se había olvidado de preguntarle por dónde debía ir. Además, tampoco se acordaba de dónde estaba la gasolinera en la que había dejado los dólares en prenda y no quería buscarla a oscuras. Y, además, Connie había rellenado y asado un pollo. Pero la decisión de pasar allí la noche se debía, sobre todo, a la madre. En el centro, la blancura era cegadora. Mavis tardó en distinguir la forma articulada entre las almohadas y las sábanas de color blanco hueso, y habría seguido ciega si una voz no hubiera dicho en tono autoritario:

–Niña, no se mira fijamente.

Connie se inclinó sobre los pies de la cama y metió la mano bajo la sábana. Con la derecha levantó los talones de la madre y con la izquierda ahuecó las almohadas situadas debajo.

–Uñas como cuchillas –murmuró, y volvió a depositar los pies con suavidad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a aquel claroscuro, Mavis vio el contorno de una cama demasiado pequeña para una mujer enferma –parecía la cama de un niño–, y una serie de mesas y sillas en la orla de oscuridad que la rodeaba. Connie escogió un objeto de una de las mesas y se inclinó hacia la luz que rodeaba a la paciente. Mavis siguió sus movimientos y la vio aplicar vaselina en los labios y el rostro de la enferma, más pálido que el paño blanco que tenía en torno a la cabeza.

–Debe de haber algo que sepa mejor que esto –dijo la madre mientras se pasaba la punta de la lengua por los labios engrasados. –La comida –repuso Connie–. ¿Quiere un poco?

–No.

–¿Un poco de pollo?

–No. ¿A quién has traído? ¿Por qué has traído a alguien?

–Una mujer a la que se le averió el coche, ya se lo he dicho.

–Eso fue ayer.

–No, se lo he dicho esta mañana.

–Bueno, entonces, hace horas, pero ¿quién la ha invitado a invadir mi intimidad? ¿Quién ha sido?

–Adivine. Usted ha sido. ¿Quiere un masaje en la cabeza?

–Ahora no. ¿Cómo te llamas, hija?

Mavis susurró su nombre desde la oscuridad donde se encontraba.

–Acércate. No puedo ver nada a menos que lo tenga encima. Es como vivir dentro de una cáscara de huevo.

–No le hagas caso –dijo Connie a Mavis–. Ve todo lo que hay en el universo. –Arrastró una silla junto a la cama, se sentó, cogió la mano de la mujer y, una por una, apartó las cutículas de los encorvados dedos.

Mavis se acercó, entró en el círculo de luz y puso la mano sobre el pie de metal de la cama.

–¿Ya está arreglado? ¿Funciona el coche?

–Sí, señora. Va bien. Gracias.

–¿Dónde están tus hijos?

Mavis no pudo hablar.

—Antes había muchas niñas aquí. Esto fue una escuela. Una bonita escuela para chicas. Chicas indias.

Mavis miró a Connie, pero cuando ella le devolvió la mirada, Mavis bajó los ojos. La mujer de la cama soltó una risa alegre.

—Es difícil mirar a esos ojos, ¿verdad? —dijo—. Cuando la traje aquí eran verdes como la hierba.

—Y los suyos eran azules —señaló Connie.

—Todavía lo son.

—Eso dice usted.

—Entonces, ¿de qué color son?

—Del mismo que los míos: del tono descolorido de las viejas.

—Dame un espejo, hija.

—No le des nada.

—Todavía soy yo quien manda aquí.

—Claro, claro.

Las tres contemplaron los dedos morenos acariciar los blancos. La mujer de la cama suspiró.

—Mírame. No puedo sentarme sola y soy arrogante hasta el final. Dios debe de estar partiéndose de risa.

—Dios no se ríe ni se toma las cosas a broma.

—Sí, claro, tú lo sabes todo sobre Él, estoy segura. La próxima vez que lo veas, dile que deje entrar a las niñas. Se amontonan en la puerta, pero no entran. Durante el día no me importa, pero no me dejan dormir. ¿Les das de comer bien? Siempre tienen tanta hambre... Hay muchas, ¿verdad? Nada de esos dulces fritos que a ellas les gustan sino buena comida, los inviernos son tan malos que necesitamos carbón es un pecado quemar los árboles de la pradera ayer la nieve entró por debajo de la puerta y lo espolvoreé todo quaesumus, da propitius pacem in diebus nostris la hermana Roberta pela las cebollas et a peccato simus semper liben no puedes ab omni perturbatione securi...

Connie cruzó las manos de la madre sobre la sábana, se puso de pie y le hizo una seña a Mavis de que la siguiera. Salieron al pasillo y cerró la puerta.

—Pensaba que era su madre. Por el modo en que hablaba de ella, creía que era su propia madre.

Estaban bajando por la amplia escalera central.

—Es mi madre. También la tuya. ¿Qué madre tienes?

Mavis no contestó; en parte, porque no se sentía capaz de hacerlo, pero también porque estaba intentando recordar de dónde venía la luz de la habitación de la madre en una casa sin electricidad.

Después de cenar el pollo asado, Connie acompañó a Mavis a un gran dormitorio. De los cuatro camastros, escogió el más cercano a la ventana y se arrodilló en él para mirar hacia fuera. Si hubiera visto dos lunas lácteas en lugar de una sola habrían sido como los ojos de Connie. Bajo ellas, un mundo barrido. Ecuánime. Ordenado. Amplio. Eterno.

¿Por dónde se va a California?

¿Por dónde se va a Maryland?

¿Merle? ¿Pearl?

El cachorro de león que se la comió esa noche tenía los ojos azules en lugar de pardos, y en esta ocasión no tuvo que sujetarla contra el suelo. Cuando rodeó sus hombros con la pata izquierda, ella echó voluntariamente la cabeza hacia atrás, dejando el cuello expuesto. Tampoco luchó por salir del sueño. El mordisco fue jugoso, pero ella siguió durmiendo tras éste y otros sueños hasta que los cantos la despertaron.

Mavis Albright entró y salió del convento en más de una ocasión, pero siempre volvió, de modo que en 1976 estaba allí.

Aquella mañana de julio hacía ya meses que era consciente de la tirantez entre el convento y el pueblo, y podría haber previsto que llegarían camiones llenos de hombres y las acecharían en la niebla, pero estaba pensando en otras cosas: en marineros tatuados y niños que se bañaban en aguas de color esmeralda, y, agotada por los placeres de la noche anterior, siguió durmiendo a intervalos. Una hora más tarde, mientras espantaba a las gallinas y las echaba del aula, olió el humo del puro y un ligero rastro de Aqua Velva.

GRACE

El asfalto ardía o llevaba zafiros escondidos dentro de los zapatos. K. D., que nunca había visto a una mujer caminar con tanta afectación ni hacer quiebros de aquella manera, creía que sus andares eran la causa de todos los problemas. Ni él ni sus amigos, que haraganeaban junto al horno, la vieron bajar del autobús, pero, cuando éste se marchó, apareció de repente, al otro lado de la calle, vestida con unos pantalones tan ceñidos, unos tacones tan altos, unos pendientes tan largos, que olvidaron reírse de su pelo. Cruzó Central Avenue hacia ellos dando unos pasitos diminutos sobre unos altísimos zapatos de plataforma que no se habían vuelto a ver desde 1949.

Andaba deprisa, como si tropezase con carbones al rojo o le hiciera daño algún objeto que tuviera en la puntera del zapato. Algo vahoso, pensó K. D., porque, si no, lo habría quitado de ahí.

K. D. cruzó el cuarto de estar con la caja del equipo. De una cesta situada en una mesilla auxiliar caían estrechas piezas de encaje. La tía Soane trabajaba con el hilo como si fuera una presa: a diario, metódicamente, a cambio de nada, produciendo más encaje del que nadie utilizaría jamás. Detrás, el jardín que bordeaba la casa por la izquierda estaba muy bien cuidado y no se veían malas hierbas en él. K. D. giró a la derecha, en dirección al cobertizo, y entró. Los collies se entusiasmaron al verlo. Tuvo que separarle las patas a Good, la perra, para que se echara. Tenía las orejas suaves y le pasó el trapo de algodón empapado en alcanfor con mano firme. Las garrapatas se desprendían como si fueran el poso del café. Puso la palma de la mano bajo la mandíbula; la perra le lamió la barbilla. Ben, el otro collie, lo miraba con la cabeza sobre las patas.

La vida en el rancho de Steward Morgan hacía que los perros siempre estuviesen muy sucios. Necesitaban unos pocos días en Ruby, al cuidado de K. D., un par de veces al año. Cogió de la caja el cepillo de cerdas y lo hundió con suavidad en el pelo de Good mientras canturreaba con voz de falsete, a lo Motown, la canción que había inventado para ella cuando era cachorra:

–Eh, perrita buena; sé una perrita buena; mi vieja buena perra, mi buena perra. Todo el mundo necesita un buen buen buen perro. Todo el mundo necesita un buen buen buen perro.

Good se desperezaba con satisfacción.

Esa noche, sólo asistirían a la reunión los interesados. Todo el mundo, eso es, excepto quien había empezado aquello. Sus tíos Deek y Steward, el reverendo Misner, el padre y el hermano de Arnette. Discutirían sobre la bofetada, pero no sobre el embarazo, y, desde luego, tampoco sobre la chica con zafiros escondidos en los zapatos.

Si ella no hubiera estado allí, si su ombligo no hubiera asomado sobre la cintura de sus tejanos, o si sus pechos sólo los hubieran hecho callar durante unos pocos segundos, dándoles tiempo para pensar cómo actuar, qué actitud adoptar en público, pero sin chicas alrededor, habrían sabido qué hacer. Como grupo, habrían asumido de inmediato el tono adecuado; pero Arnette estaba por allí, lloriqueando, y también Billie Delia.

K. D. y Arnette se habían separado de los demás. Para hablar. Estaban cerca del chaparral, tras los bancos para comer al aire libre, para mantener una conversación: nunca había pensado que hablar pudiera ser tan desagradable.

–Bien, ¿qué vas a hacer? –preguntó Arnette. Lo que quería decir era: me voy a Langston en septiembre y no quiero estar embarazada ni abortar ni casarme ni sentirme mal ni enfrentarme con mi familia.

–Bien, ¿y qué vas a hacer tú? –repuso él, mientras pensaba: me has arrinconado en todas las reuniones sociales que puedo recordar y cuando al final cedí no tuve que quitarte las bragas, me obligaste, así que no es mi problema.

Acababan de empezar a velar las amenazas y desvelar su desagrado mutuo cuando el autobús se marchó. Todas las cabezas, todas, se volvieron. En primer lugar, porque nunca habían visto un autobús en el pueblo: Ruby no era una parada de camino a otro lugar. En segundo, para averiguar por qué se detenía. Cuando el autobús se hubo marchado, la visión que apareció de pie en el arcén, entre la escuela y el Sagrado Redentor, captó la atención de todos los que haraganeaban junto al horno. No llevaba los labios pintados, pero se le veían los ojos a quinientos metros. El silencio que descendió pareció permanente hasta que Arnette lo rompió.

–Si ése es el tipo de golfa que te gusta, adelante, negro.

K. D. examinó a Arnette, desde el pulcro vestido camisero al flequillo, para terminar en la cara –hosca, gruñona, acusadora–, y le dio una bofetada.

Alguien exclamó, «¡Oh!», pero la mayoría de sus amigos estaban calibrando las espléndidas tetas que se acercaban a ellos. Arnette se marchó corriendo; Billie Delia también, pero, como buena amiga que era, volvió la cabeza para ver cómo todos se veían obligados a mirar el suelo, el brillante cielo de mayo o el largo de sus uñas.

Terminó con Good. Tendría que recortarle un poco el pelo de la barriga, era imposible deshacer los enredos, pero estaba muy bonita. K. D. empezó con el pelo de Ben mientras ensayaba su línea de defensa con la familia de Arnette. Cuando describió el incidente a sus tíos, éstos frunció el entrecejo al mismo tiempo. Y, como una imagen especular, en los gestos, si no en el aspecto, Steward escupió el tabaco Blue Boy mientras Deek encendía un puro. Por disgustados que estuvieran, K. D. sabía que no negociarían una solución que supusiese un peligro para él o para el futuro del dinero de los Morgan. Por algo su abuelo había llamado a sus gemelos Deacon y Steward, diácono y administrador. Además, su familia no había levantado dos pueblos y luchado contra la ley de los blancos, los mestizos creek, los bandidos y las inclemencias del tiempo para ver cómo los ranchos y las casas, un banco con hipotecas sobre una tienda de alimentación, otra de artículos diversos y otra de muebles terminaban en el bolsillo de Arnold Fleetwood. Puesto que los huesos dispersos de sus primos habían sido enterrados dos años atrás, K. D., su esperanza y su desesperación, era el último varón de un linaje que incluía a un lugarteniente del gobernador, un auditor del Estado y dos alcaldes. Como siempre, era necesario seguir de cerca su conducta y reprenderlo. ¿O, a lo mejor, sus tíos lo verían de otra manera? Quizás Arnette tuviera un niño, un sobrino nieto de Morgan. ¿Su padre, Arnold, tendría algún derecho que los Morgan debiesen respetar?

Mientras acariciaba el pelo de Ben y le quitaba abrojos de los suaves mechones, K. D. intentó pensar como sus tíos, lo que no era fácil. De manera que dejó de intentarlo y se refugió en su sueño favorito. Pero esta vez incluía a Gigi y sus espléndidas tetas.

–Hola. –Hizo estallar el chicle con maestría–. ¿Esto es Ruby? El conductor del autobús dijo que lo era.

–Eh... Sí... Ah..., claro que sí. –Los chicos ociosos hablaron como uno solo.

–Hay algún motel por aquí?

Al oír aquello rieron y se sintieron lo bastante cómodos como para preguntarle a quién buscaba y de dónde venía.

–Frisco –respondió–. Y quisiera pastel de ruibarbo. ¿Tenéis fuego?

El sueño, entonces, estaría situado en Frisco, San Francisco.

Los hombres de la familia Morgan no admitían nada, pero se sentían incómodos por el lugar escogido para la reunión. El reverendo Misner había pensado que sería mejor seguir el protocolo e ir a ver a Fleetwood en lugar de insistir en el insulto dirigido contra la familia haciendo que los agraviados fueran a la casa del agresor.

K. D., Deek y Steward se habían sentado en el cuarto de estar del párroco, todo asentimientos y gruñidos conciliatorios, pero K. D. sabía en qué estaban pensando sus tíos. Observó a Steward mover el tabaco en la boca y retener el jugo. Hasta el momento, la asociación de crédito que había formado Misner no tenía afán de lucro y su función consistía en otorgar pequeños préstamos de emergencia a los miembros de la iglesia, sin penalizaciones por el retraso en los pagos. Como una hucha, había dicho Deek, pero Steward replicó que por el momento. La reputación de la iglesia que había dejado Misner para ir a Ruby flotaba tras él: reuniones secretas cuyo propósito era agitar a la población, enfrentamientos contra la ley de los blancos. No cabía duda de que había puesto sus esperanzas en un estado que en una ocasión había decidido construir una nueva facultad de Derecho para acoger a una estudiante –una chica negra– y, al mismo tiempo, mantener la segregación. No cabía duda de que se había tomado en serio la posibilidad de cambiar las cosas en un estado que también había construido un recinto abierto junto a un aula para que otro estudiante negro se sentara solo. Eso había sido en los años cuarenta, cuando K. D. era un niño pequeño, antes de que su madre, los hermanos de ésta, sus primos y todos los demás dejaran Haven. Ahora, decenas de años más tarde, sus tíos escuchaban todas las semanas los sermones de Misner, pero cuando terminaban se ponían al volante de su Oldsmobile y su Impala y repetían el lema de los Viejos Padres: «Oklahoma es indios y negros mezclados con Dios. Lo demás es forraje.»

Ante su consternación, el reverendo Misner a menudo trataba al forraje como si fuera comida. Un hombre como aquél podía fomentar conductas extrañas, ponerse al lado de una quinceañera, alinearse con Fleetwood. Un hombre así, deseoso de tirar el dinero, podía dar ideas a los clientes, hacerles creer que era posible escoger el tipo de interés.

Sin embargo, los baptistas formaban la congregación más numerosa del pueblo, así como la más poderosa. De manera que los Morgan clasificaban las opiniones del reverendo Misner para juzgar cuáles eran recomendaciones que podían desoír fácilmente y cuáles las órdenes que debían obedecer.

Recorrieron en dos coches los cinco kilómetros escasos que separaban el cuarto de estar de Misner de la casa de Fleetwood.

En algún lugar, en una ciudad de Oklahoma, las voces de junio están acompañadas por el agua de una piscina iluminada por el sol. K. D. había estado allí una vez. Había subido a la línea férrea de Misuri, Kansas, Tejas y esperaba fuera, en la acera, mientras ellos hablaban de negocios dentro de un edificio de ladrillo rojo. Oyó cerca unas voces excitadas y fue a ver. Tras una valla de tela metálica y hormigón vio el agua verde. Ahora sabe que era de un tamaño normal, pero entonces tuvo la impresión de que llenaba el horizonte. Le pareció como si en ella se sumergieran cientos de niños blancos cuyas voces eran una cascada de la felicidad más pura de este mundo, un júbilo tan intenso que hacía brotar las lágrimas. Ahora que el Oldsmobile cambiaba de sentido al llegar al horno, allí donde Gigi había hecho estallar el chicle, K. D. sintió de nuevo la anhelante excitación del agua brillante y las voces de junio de los nadadores. A sus tíos no les gustó tener que buscarlo por toda la zona comercial de la ciudad, y no pararon de reprenderlo durante todo el camino de regreso a Ruby en tren y en coche. De poco habría servido entonces y seguía sin servir de gran cosa. Los estallidos de: “¿cómo demonios haces para meterte en estos líos?; deberías ir con gente de tu edad; ¿y por qué demonios querías follarte a una Fleetwood?; ¿has visto a los hijos de ese tipo?; ¡maldita sea!”, se produjeron sin hacer daño. Igual que había visto el agua brillar al sol, había visto a Gigi, pero, a diferencia de la piscina, a ésta volvería a verla.

Estacionaron los coches muy juntos al lado de la casa de Fleetwood. Cuando llamaron a la puerta, los hombres, excepto el reverendo Misner, empezaron a respirar por la boca para evitar percibir el olor a enfermedad de la casa.

Arnold Fleetwood no quiso volver a dormir en una tienda o en el suelo, de modo que la espaciosa casa que construyó en Central Avenue tenía cuatro habitaciones. Además de los dormitorios para él y su mujer y cada uno de sus dos hijos, había otro para los invitados, del que se sentían orgullosos. Cuando su hijo, Jefferson, volvió de Vietnam y se llevó a su cama a Sweetie, con quien acababa de casarse, la habitación de invitados siguió libre. Se habría convertido en el cuarto de los niños si no la hubieran necesitado como sala de hospital para los hijos de Jeff y Sweetie. Tal como habían ido las cosas, ahora Fleet dormía en un rincón del comedor.

Los hombres se sentaron sobre una tapicería impecable mientras esperaban a que el reverendo Misner terminara de ver a las mujeres en otro lugar de la casa. Las dos señoras Fleetwood dedicaban todo su tiempo, energía y afecto a los cuatro niños que todavía estaban vivos, por el momento. Fleet y Jeff, agradecidos pero ofendidos por tal devoción, disimulaban la vergüenza que sentían. Era difícil estar con ellos, sentarse cerca de ellos, y más difícil aún mantener una conversación.

K. D. sabía que Fleet debía dinero a sus tíos, y también que Jeff tenía ganas de matar a alguien. Ya que no podía matar a la Administración de Veteranos, otros tendrían que cargar con su rabia. Todos sintieron alivio cuando Misner bajó sonriendo por las escaleras.

–Bien. –El reverendo Misner juntó las manos y las movió en un ademán de victoria–. Las señoras han prometido traernos café y creo que han dicho que también servirían pudín de arroz. Es el mejor motivo que conozco para empezar.

Volvió a sonreír. Estaba muy cerca de ser demasiado guapo para tratarse de un predicador. No sólo su rostro y su cabeza, sino su cuerpo, muy bien formado, suscitaban la admiración de casi todo el mundo. Como era un hombre serio, tomaba su evidente belleza como un freno para la pereza que lo forzaba a tratar con cuidado a su congregación, a no dar nada por sentado ni la adoración de las mujeres ni la envidia de los hombres.

Nadie le festejó el comentario acerca del pudín.

–Permítanme exponer la situación tal como la entiendo –prosiguió– y corríjanme si me equivoco o me olvido algo. Por lo que sé, K. D. ha herido, gravemente por cierto, a Arnette. Así que, de entrada, podemos decir que K. D. tiene un problema con su mal carácter y una obligación...

–¿No es un poco mayor para enfadarse con una niña? –lo interrumpió, furioso, Jefferson Fleetwood, que estaba sentado en una silla baja, lejos de la luz de la lámpara–. Yo a esto no lo llamo mal carácter: lo llamo acto ilegal.

–Bueno, en ese momento, estaba fuera de sí.

–Con perdón, reverendo. Arnette tiene quince años. –Jeff miraba a K. D. fijamente a los ojos.

–Es cierto –intervino Fleet–. Nadie le ha dado una bofetada desde que tenía dos años.

–Pues quizás ése sea el problema –dijo Steward, cuya tendencia a exaltarse era bien conocida. Deek le había aconsejado que mantuviera la boca cerrada y dejase que él, el sutil, hablara. Ahora, sus palabras hicieron que Jeff saltase de la silla.

–¡No tolero que vengáis a mi casa a insultar a mi familia!

–¿Tu casa? –Steward miró a Jeff y luego a Arnold Fleetwood.

–¡Ya me habéis oído! ¡Papá, será mejor que suspendamos la reunión antes de que alguien resulte herido!

–Tienes razón –convino Fleet–. Estamos hablando de mi hija, ¡mi hija!

Sólo Jeff estaba de pie, pero Misner se levantó.

–Señores, ¡basta ya! –Alzó las manos e, irguiéndose sobre los hombres sentados, recurrió a la voz que empleaba para los sermones–. Ésta es una reunión de hombres, hombres de Dios. ¿Van a denigrar así la obra del Señor?

K. D. observó que Steward luchaba contra la necesidad de escupir y también se puso de pie.

–Lo lamento –dijo–, de verdad. Si pudiera, desharía lo hecho.

–Lo hecho, hecho está. –Misner bajó las manos.

–Respeto a su hija... –prosiguió K. D.

–¿Desde cuándo? –preguntó Jeff.

–Siempre la he respetado. Desde que era así –respondió K. D. poniendo la mano a la altura de la cintura–. Pregúnteselo a quien quiera; pregúnteselo a su amiga, Billie Delia. Billie Delia se lo dirá.

El efecto de aquel golpe maestro fue inmediato. Los tíos Morgan reprimieron una sonrisa, mientras que a los Fleetwood, padre e hijo, se les erizó el cabello. Billie Delia era la chica más lanzada de la población, y cada vez iba más deprisa.

–Esto no va de Billie Delia –le espetó Jeff–; va de lo que le hiciste a mi hermanita.

–Un minuto –dijo Misner–. Quizá podríamos llegar a un acuerdo mejor si tú, K. D., nos dijeras por qué lo hiciste. ¿Por qué? ¿Qué sucedió? ¿Estabas bebiendo? ¿Te irritó de alguna manera?

Misner esperaba que aquella pregunta tan franca diera pie a un ambiente de sinceridad en el que los hombres dejaran de comportarse como osos y llegaran a un acuerdo. El repentino silencio que se produjo lo sorprendió. Steward y Deck se sonaron al mismo tiempo. Arnold Fleetwood se miró los zapatos. Misner advirtió que había algo que no funcionaba. En aquel incómodo silencio, podían oír por encima de sus cabezas el ligero taconeo de las mujeres al caminar, atender, coger, alimentar, hacer todo lo necesario para salvar a unos niños incapaces de salvarse por sí mismos.

–Nos da igual el motivo –dijo Jeff–. Lo que quiero saber es qué vais a hacer. –Al pronunciar la palabra «hacer» clavó el índice en el brazo de la butaca.

Deck se echó hacia atrás y separó los muslos, como si le diera la bienvenida a un territorio que le pertenecía.

–¿Qué has pensado acerca de eso? –preguntó.

–En primer lugar, que se disculpe –respondió Fleet.

–Acabo de hacerlo –dijo K. D.

–A mí no, a ella. ¡A ella!

Sí, señor; lo haré –prometió K. D.

–De acuerdo –repuso Deek–. Eso es lo primero. ¿Lo segundo?

–No vuelvas a ponerle la mano encima –dijo Jeff.

–No volveré a tocarla, señor.

–¿Hay un tercer punto? –preguntó Deck.

–Necesitamos estar seguros de que habla en serio –dijo Fleet–. Hace falta alguna señal.

–¿Una señal? –Deck consiguió adoptar una expresión de desconcierto.

–La reputación de mi hermana está en entredicho, ¿verdad?

–Ah, ya veo.

–Nada puede devolvérsela, ¿verdad? –El tono con que Jeff formulaba la pregunta combinaba el desafío y la interrogación. Deek se inclinó hacia delante.

–Bueno, no sé... He oído que va a marcharse a estudiar fuera. Eso haría que todo se olvidara. Quizá podamos ayudar un poco. Jeff gruñó.

–No sé. –Miró a su padre–. ¿Qué te parece, papá? ¿Eso sería...?

–Tengo que preguntárselo a su madre. Ella también está ofendida, ya lo sabes. Más que yo, quizá.

–Bien –dijo Deek–, entonces, ¿por qué no lo hablas con ella? Si está de acuerdo, mañana os pasáis por el banco.

Fleet se rascó la barbilla.

–No puedo prometer nada. Mable es una mujer muy orgullosa. Muy orgullosa.

Deek asintió.

–Y no le faltan motivos. Eso de tener una hija que va a irse a estudiar fuera y demás... No queremos que nada lo impida. Da prestigio al pueblo.

–¿Y cuándo empieza en ese colegio universitario, Fleet? –quiso saber Steward, ladeando la cabeza.

–Creo que en agosto.

–¿Estará lista?

¿Qué quieres decir?

–Pues que para el mes de agosto falta mucho –contestó Steward–. Estamos en mayo. Podría cambiar de opinión. Decidir quedarse.

–Soy su padre. Ya me encargaré de que piense lo que quiero.

–Bien –dijo Steward.

–¿De acuerdo, entonces? –preguntó Deek.

–Como he dicho, tengo que hablar con su madre.

–Claro.

–Ella es la clave. Mi mujer es la clave.

Deek sonrió abiertamente por primera vez en toda la tarde.

–Las mujeres siempre lo son, Dios las bendiga.

El reverendo Misner suspiró como si el aire volviera a hacerse respirable.

–El amor de Dios está en esta casa –dijo–. Lo siento siempre que entro. Siempre. –Elevó la vista hacia el techo mientras Jefferson Fleetwood lo miraba fijamente con ojos afligidos–. Valoramos Su fuerza, pero no debemos ignorar Su amor. Eso es lo que nos mantiene fuertes. Señores, hermanos, oremos.

Inclinaron la cabeza y escucharon obedientemente las bellas palabras de Misner y el repiqueteo de los pasos de las mujeres que estaban fuera de su vista.

A la mañana siguiente, el reverendo Misner se sorprendió por lo bien que había dormido. La reunión con los Morgan y los Fleetwood la noche anterior lo había inquietado. Había un oso pardo en el cuarto de estar de los Fleetwood –callado, invisible, pero que imposibilitaba todo movimiento hábil–. En el piso de arriba, había conseguido que las mujeres rieran; bueno, al menos Mable. Sweetie sonrió, pero saltaba a la vista que no le había hecho gracia su broma. Siempre estaba pendiente de sus hijos.,Un resbalón. Una pendiente. Una corriente de aire: se inclinó sobre una cuna y la arregló con rapidez y habilidad. Pero su expresión era algo condescendiente, como si se preguntara qué podía tener aquello de divertido y por qué intentaba él ser gracioso. Cuando dijo que se unieran a él en una oración, accedió. Inclinó la cabeza y cerró los ojos, pero cuando lo miró con un silencioso «Amén», tuvo la sensación de que su relación con el Dios con el que él hablaba era algo vago o nuevo, mientras que el de ella era superior, más antiguo y definitivo. Tuvo mejor suerte con Mable Fleetwood, quien se mostró tan encantada con su visita como para prolongar la charla innecesariamente. En el piso de abajo, los hombres que él había reunido, tras enterarse de lo que había sucedido en el horno, esperaban; igual que el oso pardo.

Misner se convenció de que el resultado era satisfactorio. Los enfados se habían encauzado, habían dado con una solución y se había llegado a un acuerdo de paz. O al menos eso esperaba. Los Morgan siempre parecían estar sosteniendo una segunda conversación, un diálogo inaudible paralelo al que mantenían en voz alta. Actuaban como un solo hombre, pero algo en la actitud de Deek hacía que se preguntara si no estaría encubriendo a su hermano, apoyándolo tal como se haría con un niño algo retrasado. En cuanto a lo ofendido que pudiese estar Arnold, era una fórmula que todos esperaban y a la que no concedían ningún valor. Jefferson no dejaba traslucir ningún sentimiento. Sin embargo, era K. D. quien más irritaba a Misner. Demasiado dispuesto a gustar. Una disculpa empalagosa. Una sonrisa taimada. Misner despreciaba a los hombres que pegaban a las mujeres. Pegar a una chica de quince años..., ¿en qué estaría pensando K. D.? Su parentesco con Deek y Steward lo protegía, naturalmente, pero costaba apreciar a un hombre que confiara en eso. Servil con sus tíos; brutal con las mujeres.

Más tarde, esa misma noche, cuando Misner calentaba el filete frito y las patatas que Anna Flood le había llevado para cenar, miró por la ventana y vio a K. D. pasar a toda velocidad por Central Avenue en el Impala de Steward. Habría apostado que lucía su sonrisa taimada. Pensaba que aquellos fastidiosos pensamientos lo mantendrían despierto durante casi toda la noche, pero por la mañana despertó como si

hubiera dormido apaciblemente. Supuso que se debía a la comida de Anna. Sin embargo, se preguntó por qué K. D. saldría del pueblo zumbando.

Un hombre y una mujer follando sin cesar. Cuando la luz cambia, cada cuatro horas, hacen algo nuevo. En el borde del desierto, follan bajo el cielo de Arizona. Nada puede hacer que paren. Nada quiere que paren. La luz de la luna arquea la espalda de él; la luz del sol calienta la lengua de ella. Es imposible no verlos o confundirlos, si uno sabe dónde están: a la salida de Tucson, en la interestatal 3, en una ciudad llamada Deseo. Crúzala; coge la primera a la izquierda. Donde termina la carretera y empieza el desierto de verdad, sigue adelante. Las tarántulas son venenosas, pero hay que continuar a pie porque no hay neumáticos capaces de ir por ese terreno. Una hora, como máximo, y verás a los amantes contra el cielo. Algunas veces son tiernos; otras, duros. Pero nunca se detienen. Ni durante las tormentas de polvo ni cuando el calor pasa de los cuarenta y dos grados. Y si tienes paciencia y los pillas bajo una de las escasas lluvias del desierto, verás que el color de sus cuerpos se hace más intenso. Pero siguen haciéndolo bajo la pura y poco frecuente lluvia: la pareja negra de Deseo, Arizona.

Mikey le contó a Gigi una y otra vez cómo eran y cómo podía encontrarlos a la salida de la ciudad donde él había nacido. Podrían haber sido una atracción turística, tendrían que haberlo sido, decía, pero a los del lugar los ponía nerviosos. Se organizó un comité de metodistas preocupados para volarlos o disfrazarlos con cemento, pero se disolvió tras las primeras investigaciones. Los miembros del comité dijeron que sus objeciones no se debían a que fueran contrarios al sexo, sino a las perversiones, puesto que algunos que habían examinado atentamente a la pareja sostenían que estaba formada por dos mujeres que hacían el amor en la tierra. Otros, tras un excurso igualmente cuidadoso (de cerca y con prismáticos), decían que no, que eran dos varones, osados como si estuvieran en Gomorra. Sin embargo, Mikey había tocado sus partes y sabía bien que uno era una mujer y el otro era un hombre.

—¿Y qué más da? —decía; al fin y al cabo, tampoco lo hacen en una autopista. Hay que alejarse mucho de la carretera para encontrarlos.

Según Mikey, los metodistas querían librarse de ellos, pero también querían que estuvieran allí, pues incluso aquel hatajo de paletos reprimidos, demasiado asustados como para tener sueños eróticos, sabían que necesitaban a la pareja. Aunque nunca hubieran estado cerca de ellos, decía, necesitaban saber que estaban allí. Al amanecer, explicaba, se volvían de color cobre y era evidente que habían pasado toda la noche haciéndolo. A mediodía eran de color gris plata. Azules por la tarde, negros por la noche y no paraban de moverse, de moverse, de moverse.

A Gigi le gustaba oír el modo en que decía esto último: «Y no paraban de moverse, de moverse, de moverse.»

Cuando los separaron, Mikey fue condenado a noventa días. A Gigi la soltaron en la sala de urgencias con una venda Ace en la muñeca. Todo fue tan rápido que no tuvieron tiempo de planear dónde encontrarse. El abogado de oficio dijo que ni fianza ni libertad condicional. Su cliente tenía que cumplir los tres meses. Tras calcular la sentencia, restadas las tres semanas que había pasado en la cárcel, Gigi le envió a Mikey un mensaje a través del abogado. El mensaje era el siguiente: «Deseo quince abril.»

—¿Qué?—preguntó el abogado.

Dígale eso: «Deseo quince abril.»

—¿Y qué había dicho Mikey al recibir su recado?

—De acuerdo. De acuerdo.

Nada de Mikey, nada de Wish, nada de interestatal 3 y nadie follaba en el desierto. Cuando lo preguntó en Tucson, pensaron que estaba loca.

Quizás el pueblo que busco sea demasiado pequeño para que aparezca en el mapa —sugirió ella.

Entonces, pregúntaselo a la policía. No hay pueblo, por pequeño que sea, que no conozcan.

—Esa formación rocosa está lejos de la carretera. Parece una pareja haciendo el amor.

—Bueno, señorita, he visto algunas lagartijas haciéndolo en el desierto.

—¿Y no son cactus?

—Es posible.

Rieron por lo bajo.

Tras recorrer con el dedo las columnas de la guía telefónica y no encontrar a nadie en el estado con el apellido de Mikey, Rood, Gigi se rindió. A regañadientes. Sin embargo, se aferró a la idea de la pareja que se unía en el desierto eternamente. Por debajo de los apasionantes sueños de justicia social, de una policía honrada al servicio del pueblo, los amantes del desierto le rompían el corazón, con más fuerza

incluso que el recuerdo del chico que escupía sangre en sus propias manos. Mikey no se lo había inventado. Quizá los hubiese situado mal, pero se había limitado a sacar a la superficie algo que ella siempre había sabido que existía... en algún lugar.

Quizás en México, y hacia allí se dirigía. La droga era fuerte, los hombres siempre estaban dispuestos; pero al cabo de diez días despertó llorando. Llamó a Alcorn, Misipí, a cobro revertido.

–Vuelve a casa, niña. ¿Ha cambiado el mundo lo suficiente para ti? En cualquier caso, todos han muerto. King, otro de los Kennedy, Medgar Evers, un negro llamado X. Señor no puedo recordarlos a todos desde que te fuiste para no hablar de los de aquí, te acuerdas de L. J. que trabajaba en el centro comercial de la carretera 2 alguien entró en pleno día con una pistola con una forma que nadie había visto nunca...

Gigi apoyó la cabeza contra la pared de yeso situada junto al teléfono. Fuera de la tienda de comestibles, un empleado agitaba una escoba contra unos niños. Eran niñas. Sin ropa interior.

–Voy para allá, abuelo. Me voy derecha a casa.

Durante casi todo el rato tuvo los dos asientos para ella. Espacio para estirarse. Dormir. Leer los ejemplares atrasados de Ramparts que llevaba enrollados en la mochila. Cuando subió al de Santa Fe, el tren arrancó lleno de hombres del ejército del aire vestidos de azul. Pronto los que salían de trabajar a las cuatro llenaron los vagones, pero cuando cambió de tren y subió al MKT, los vagones dejaron de estar llenos.

El hombre con el pendiente no fue a buscarla, sino que fue ella quien lo buscó a él. Sólo para hablar con alguien que no estuviese revestido de poliéster y pareciera capaz de fumar otra cosa que Chesterfield.

Era bajo, casi enano, pero su ropa seguía la onda de la Costa Este. Llevaba el pelo estilo «afro», pero cuidado, no desgreñado, semillas de oro alrededor del cuello y un pendiente a juego en la oreja.

Estaban juntos, uno al lado del otro, junto a la barra del bar, que el encargado insistía en llamar vagón restaurante. Ella pidió una Coca-Cola sin hielo y un pastel de chocolate. Él sólo pidió unos cubos de hielo en una copa.

–Esto tendría que ser gratis –dijo Gigi al hombre situado detrás de la barra–. No debería pagar por el hielo.

–Disculpe, señora. Me limito a cumplir las normas.

–Yo le he pedido que no me pusiera hielo. ¿Me ha hecho una rebaja?

–Claro que no.

–No te molestes –dijo el hombre bajo.

–No me molesto –contestó Gigi, y a continuación, dirigiéndose al camarero, añadió–: Oiga. Déle el hielo que no iba a cobrarme, ¿de acuerdo?

–Señorita, ¿quiere que llame al revisor?

–Si no lo hace usted, lo haré yo. Este tren es un asalto: eso es, los trenes asaltan a las personas.

–Da lo mismo –dijo el hombre–. Si sólo son cinco centavos.

–Es una cuestión de principios –repuso Gigi.

–Un principio de cinco centavos no es ningún principio. Ese tipo necesita cinco centavos. Los necesita de verdad. –El hombre bajo sonrió.

–Yo no necesito nada. Son las normas –insistió el camarero.

–Tenga dos –dijo el hombre, y echó otra moneda en el platillo.

Salieron del bar juntos; Gigi resplandecía, el hombre del pendiente sonreía. Ella se sentó cerca de él, al otro lado del pasillo, para comentar el incidente mientras el hombre hacía crujir el hielo.

–Me llamo Gigi –se presentó, tendiendo la mano–. ¿Y tú?

–Dice contestó él.

La tocó con una mano muy fría y a lo largo de kilómetros se dedicaron a contarse historias inventadas. Gigi incluso se sintió lo bastante cómoda con él como para preguntarle si alguna vez había visto o había oído hablar de una formación rocosa que parecía un hombre y una mujer dándose el lote. El río y contestó que no, pero que en una ocasión había oído hablar de un lugar donde había un lago en mitad de un campo de trigo, y que cerca de ese lago, crecían dos árboles entrelazados. Si uno conseguía meterse entre ellos del modo adecuado, entraba en un estado de éxtasis que ningún humano podía inventar o copiar.

–Dicen que, después de eso, nadie puede rechazarte.

–Nadie me rechaza.

- ¿Nadie?
–¡Quiero decir nadie!
–¿Dónde está eso?
–En Ruby. Ruby, Oklahoma. En mitad de ninguna parte.

¿Has estado allí?

–Todavía no, pero tengo intención de ir a comprobarlo. Dicen que preparan el mejor pastel de ruibarbo del país.

–No soporto el ruibarbo.

–¿Que no lo soportas? Chica, tú no has vivido. No has vivido nada.

–Me voy a casa. A ver a mi gente.

–Dónde está tu casa?

–En Frisco. Toda mi gente vive allí. Acabo de hablar con mi abuelo. Me esperan.

Dice asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Gigi metió el envoltorio del pastel de chocolate en el vaso de papel vacío. No estoy perdida. Nada de eso. Puedo ir a ver al abuelo o volver a la Bahía o...

El tren redujo la velocidad. Dice se puso de pie para coger su maleta de la red situada encima de los asientos. Era tan bajo que tenía que ponerse de puntillas. Gigi lo ayudó y a él no pareció importarle.

–Bueno, me marchó. Me ha gustado charlar contigo.

–Lo mismo digo.

–Buena suerte. Ten cuidado.

Si los chicos que estaban delante de una especie de barbacoa hubieran dicho «No, esto es Alcorn, Misisipí», ella se lo habría creído. El mismo corte de pelo, la misma mirada, la misma sonrisa de paleta. Era lo que su abuelo llamaba «el pueblo del país». También había algunas chicas, que al parecer discutían con uno de ellos. En cualquier caso, no fueron de gran ayuda, pero le gustaron las oleadas de deseo que chocaron contra su espalda mientras se alejaba por la calle.

Primero, el polvo, fino como harina, se le metió en los ojos y la boca. Después, el viento le arruinó el peinado. De repente, se encontró fuera de la población. Lo que los habitantes locales llamaban Central Avenue desapareció súbitamente y, al mismo tiempo que llegaba al centro, Gigi se encontró en el límite de Ruby. El viento, silencioso, soplaba de la tierra más que del cielo. El minuto anterior, sus tacones repiqueteaban; al minuto siguiente, parecían mudos sobre los remolinos de tierra. A ambos lados, la hierba alta se ondulaba como si fuese agua. Cinco minutos antes se había detenido en una tienda, había comprado cigarrillos y se habían enterado de que los chicos de la barbacoa decían la verdad: no había ningún motel. Y si alguien preparaba alguna clase de pastel, no se servía en un restaurante, porque tampoco había ninguno. No había ningún lugar público donde sentarse que no fueran los bancos para comer al aire libre y aquella especie de barbacoa. Alrededor de ella no había más que puertas y ventanas cerradas en las que las cortinas descorridas volvían rápidamente a su sitio.

Vaya con Ruby, pensó. Aquel bicho raro y mentiroso del tren debía de habérselo enviado Mikey. Ella sólo quería ver. No la cosa ésa en el campo de trigo, sino si el mundo tenía algo que decir (en forma de roca, árbol o agua) que no fueran bolsas para cadáveres o chicos escupiendo sangre en sus propias manos para no estropearse los zapatos. Vaya. Alcorn. De la misma manera, habría podido empezar de nuevo en Alcorn, Misisipí. Tarde o temprano, uno de aquellos camiones aparcados junto a la tienda de alimentación y semillas tendría que ponerse en marcha, y ella se largaría de allí a dedo.

Mientras se sujetaba el pelo y entornaba los ojos para protegerse del viento, Gigi pensó en volver a la tienda. Con los tacones altos, la mochila le resultaba pesada, y si no se movía podría caer al suelo a causa del viento. Cuando éste cesó, lo cual ocurrió tan súbitamente como había empezado, oyó un motor que se acercaba.

–Vas hacia el convento? –Un hombre con sombrero de a la ancha abrió la puerta de su camioneta.

Gigi puso la mochila sobre el asiento y subió.

–¿A un convento? ¿Estás de broma? Qué va. ¿Puedes acercarme a una parada de autobús de verdad, una estación de tren o algo parecido?

–Tienes suerte. Te llevo directa a las vías.

–¡Estupendo! –Gigi hurgó en la bolsa situada entre sus rodillas–. Esto huele a nuevo.

–Completamente nuevo. Sois mis primeros viajeros.

–¿Somos?

–Tengo que detenerme. Otra persona también va a coger el tren. –Sonrió–. Me llamo Roger. Roger Best.

–Gigi.

–Para ti el viaje es gratis. Al otro le cobro –dijo él, y apartó los ojos de la carretera. Fingiendo mirar el paisaje a través de la ventanilla del acompañante, echó un vistazo a su ombligo, después más abajo, luego más arriba.

Gigi sacó un espejo y arregló como pudo el estropicio que había hecho el viento en su pelo mientras pensaba, sí, soy libre.

Y así fue. Como había dicho Roger Best, no cobraba a los vivos, pero a la muerta le cobraba veinticinco dólares.

De vez en cuando, la mujer sentada en los escalones del porche se levantaba las gafas de aviador para secarse los ojos. De debajo de su sombrero de paja una trenza le cayó sobre la espalda. Roger se inclinó y le habló durante lo que a Gigi le pareció largo rato; después, los dos entraron. Cuando Roger salió, estaba cerrando el billeteo y fruncía el entrecejo.

–No tengo a nadie para que me ayude. Será mejor que esperes dentro. Me va a costar un rato bajar el cadáver.

Gigi se volvió, pero no consiguió ver nada a través del tabique separador.

–¡Mierda! ¿Esto es un coche fúnebre?

–Algunas veces. Otras es una ambulancia. Hoy es un coche fúnebre. –Ahora estaba ocupado y no le lanzaba miradas de soslayo a los pechos. Tengo que meterlo en el MKT a las ocho y veinte de la tarde, y debo estar allí a la hora exacta.

Si bien con cierta torpeza, Gigi bajó rápidamente de la camioneta, ahora coche fúnebre, rodeó la casa, subió por los amplios escalones de piedra y entró por la puerta delantera a toda prisa. El hombre había dicho "convento", de manera que había esperado encontrar mujeres dulces pero estrictas flotando bajo tocados como veleros y con largas mangas negras. Pero no había nadie y la mujer del sombrero de paja había desaparecido. Gigi cruzó un vestíbulo de mármol y entró en otro que era el doble de grande. En la penumbra, divisó un pasillo que se extendía hacia la derecha y hacia la izquierda. Delante de ella, otra amplia escalinata. Antes de que lograra decidir qué camino tomar, Roger estaba detrás de ella empujando un trasto metálico con ruedas. Se dirigió hacia la escalera, murmurando "Nada de ayuda, nada". Gigi giró a la derecha y se encaminó a toda prisa hacia la luz que salía de debajo de una puerta de vaivén de dos hojas. Dentro descubrió la mesa más grande que había visto nunca, en la más grande de las cocinas. Se sentó allí y, mientras se mordisqueaba la uña del pulgar, se preguntó hasta qué punto podría ser desagradable viajar con un muerto. Tenía algo de hierba en la mochila. No mucha, pero suficiente, pensó, para no cagarse de miedo. Estiró el brazo y cogió un trozo de masa de un pastel que tenía delante, y entonces advirtió que el lugar estaba lleno de comida, casi toda ella intacta. Varios pasteles, más tartas, ensalada de patatas, un jamón, una gran fuente de judías estofadas. Debía de haber monjas, pensó, o quizá todo aquello fuera para los asistentes al funeral. De repente, como si en efecto fuese uno de éstos, se sintió hambrienta. Se puso a engullir con avidez; mientras comía a grandes cucharadas y con la otra mano seguía llenando el plato de comida, entró la mujer, ahora sin el sombrero de paja ni las gafas, y se tumbó en el frío suelo de piedra.

Gigi no podía hablar, pues tenía la boca llena de judías y de pastel de chocolate. Fuera, la bocina del coche de Roger sonó con estruendo. Gigi dejó la cuchara y con el pastel en la mano se acercó a la mujer tendida. Se puso en cuclillas, se secó la boca y dijo:

–¿Puedo ayudarte?

La mujer negó con la cabeza, sin abrir los ojos.

–¿Quieres que vaya a buscar a alguien de la casa?

La mujer abrió los ojos y Gigi sólo vio un tenue círculo allí donde estaba el contorno del iris.

–Eh, chica, ¿vienes o qué? –La voz de Roger sonaba débil y distante sobre la vibración del motor–. ¡Tengo que llegar a la hora sino quiero perder ese tren!

Gigi se inclinó más sobre aquellos ojos sin nada que decir. –¿Hay alguien más en la casa?

–Tú –murmuró la mujer–. Estás aquí.

Cada una de las palabras navegó hacia Gigi sobre una ola de aliento a alcohol.

–¿Me oyes? ¡No puedo esperar todo el día! –la urgió Roger.

Gigi agitó la mano que tenía libre delante del rostro de la mujer para comprobar no sólo si estaba borracha, sino también si era ciega.

–Para –susurró la mujer, enfadada.

–¡Oh! –dijo Gigi–. Pensaba... ¿Quieres que te traiga una silla?

–¡Me voy! ¿Lo oyes? ¡Me voy!

Gigi oyó que el motor del coche fúnebre aceleraba y Roger ponía la marcha atrás.

–Me quedo sin viaje. ¿Qué quieres que haga?

La mujer se colocó sobre un costado y juntó las manos bajo la mejilla.

–Sé buena. Limitate a mirar. Llevo diecisiete días sin cerrar los ojos.

–¿En el suelo?

Pero estaba dormida. Respiraba como un niño.

Gigi se puso de pie y miró alrededor, tragando lentamente el pastel. Por lo menos, allí no había muertos. El ruido del coche fúnebre fue haciéndose más débil y desapareció.

Cada centímetro de la mansión del estafador hablaba de miedo, no de triunfo. Tenía forma de bala y en el extremo norte, allí donde originalmente habían estado el comedor y la sala, trazaba una curva. El hombre debía de pensar que sus perseguidores vendrían del norte, porque todas las ventanas de la planta baja se apiñaban en esas dos habitaciones, como si se tratara de puntos de observación. En el extremo sur, los signos de sus deseos se hallaban en dos estancias: una cocina enorme y una habitación donde podía dedicarse a los juegos de los ricos. Ninguna de éstas tenía ventanas, pero una de las dos entradas de la mansión se encontraba en la cocina. Un porche recorría la punta norte, seguía la pared de la entrada principal y terminaba en el extremo plano de la bala, el lado sur. Como la salida del sol sólo se podía ver desde los dormitorios y la puerta no se divisaba desde ningún lugar de la casa, la luz resultaba siempre engañosa.

Debía de haber planeado tener mucha compañía en su fortaleza, pues había ocho dormitorios, dos baños gigantescos y un sótano con almacenes que ocupaba tanto lugar como la planta baja.

Al parecer deseaba divertir tanto a sus invitados como para que éstos no pensarán en salir de allí durante días. Sus esfuerzos para entretener no eran más sofisticados ni interesantes que él mismo: sobre todo, se trataba de ofrecer comida, sexo y juguetes. Tras dos años de construcción semientrecubierta, organizó una fastuosa fiesta antes de ser detenido, justo como temía, por agentes del orden venidos del Norte, uno de los cuales había asistido a su primera y única fiesta.

Las cuatro hermanas maestras que se mudaron a la casa cuando se puso a la venta a precio de ganga, cancelaron diligentemente los obvios ecos de sus placeres, pero no pudieron hacer nada para esconder su terror. La parte trasera cerrada, protegida, la punta dispuesta y vigilante, una puerta de entrada guardada por unas garras, último resto de una estatua monstruosa que las hermanas retiraron enseguida. El único punto vulnerable se encontraba en la desvencijada puerta de la cocina.

Gigi, tan colocada como era posible con lo poco que le quedaba, deambuló por la mansión mientras la mujer borracha dormía en el suelo de la cocina, y reconoció de inmediato la transformación del comedor en aula, del cuarto de estar en capilla y de la sala de juegos en oficina: quedaban las bolas y los tacos, pero no la mesa de billar. Después descubrió los restos de la fracasada laboriosidad de las hermanas. Los soportes de los candelabros en figura de torso femenino colgaban del alto techo. Los bucles de cabello enroscado en las parras, que en otro tiempo tocaban rostros ahora arrancados. Los querubines que emergían de capas de pintura en el vestíbulo. Los tiradores en forma de pezón. Los haraganes medio vestidos con ropas antiguas, bebiendo y bromeando en los cuadros apilados en los armarios. Una Venus o dos entre varias estatuas desnudas bajo las escaleras del sótano. Incluso encontró, en un arcón lleno de serrín, los genitales masculinos de latón que habían arrancado de los lavabos y bañeras, como si las monjas, aunque sintieran repugnancia por las exigencias de semejantes instalaciones, valoraran el metal. Gigi jugueteó con la grifería haciendo girar los testículos diseñados para abrir el paso del agua a través del pene. Dio la última calada al porro –hierba de la mejor– y dejó la colilla en una de las vaginas de alabastro de la sala de juegos. Se imaginó a los hombres que, con satisfacción, golpeaban aquellos ceniceros con sus puros. O quizá se limitaban a dejarlos encima, sabiendo, sin mirar, que la punta brillante iba formando lentamente un delicado glande.

Evitó los dormitorios porque no sabía cuál había pertenecido a la persona que había muerto, pero cuando fue a utilizar uno de los cuartos de baño, advirtió que ninguna actividad propia del lugar podría reflejarse en un espejo que se reflejaba en otro. La mayor parte de ellos, bien sujetos a la pared de

azulejos, habían sido pintados. Se inclinó para examinar las sirenas que sostenían la bañera y descubrió un asa sujeta a una tabla de madera rodeada por las baldosas del suelo. Cogió la anilla y tiró de ella, pero no consiguió moverla. De repente, volvió a sentirse hambrienta y regresó a la cocina para comer y hacer lo que la mujer le había pedido: ser buena y mirarla mientras dormía –como si se hubiera tomado un tripi y tuviera miedo de que le diera una mala bajada estando sola–. Había terminado los macarrones, algo de jamón y otro trozo de pastel cuando la mujer del suelo se movió y se sentó. Escondió la cara entre las manos por unos instantes, después se frotó los ojos.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Gigi.

La mujer sacó unas gafas de sol de un bolsillo del delantal y se las puso.

–No; pero he descansado.

–Bueno, eso ya es estar mejor.

La mujer se levantó.

–Supongo que sí. Gracias por quedarte.

–Tranquila. La resaca es un coñazo. Me llamo Gigi. ¿Quién se ha muerto?

–Un amor –respondió la mujer–. He tenido dos; ella fue el primero y el último.

–Vaya, perdona –dijo Gigi–. ¿Adónde se la lleva? Me refiero al tipo del coche fúnebre.

–Lejos. A un lago que se llama como ella. Superior. Así es como ella lo quería.

–¿Quién más vive aquí? No habrás preparado toda esta comida tú sola, ¿no?

La mujer llenó un cazo con agua y negó con la cabeza.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Gigi Gigi Gigi Gigi Gigi. Eso es lo que cantan las ranas. ¿Cómo te llamó tu madre?

–¿Mi madre? Igual que ella.

–Cómo?

–Grace.

–Grace. ¿Qué hay mejor que la gracia?

Nada. Nada de nada. Si alguna vez llegaba una mañana en que la misericordia y la simple buena suerte salieran corriendo, la gracia tendría que hacerse cargo de todo; pero ¿de dónde vendría y cuánta prisa se dada? ¿Podría colarse la gracia en ese santo agujero?

Fue la mujer con expresión de rendición, que servía sus pechos sobre una bandeja, como dos pasteles redondos, lo que le quitó todo interés al juego de mirar fijamente al chico. Gigi observó cómo luchaba por no apartar los ojos de los de ella y perdía una y otra vez. Dijo que se llamaba K. D. e hizo todo lo posible por mirarle a un tiempo la cara y el escote mientras hablaba. Por lo general, ella esperaba esa clase de lucha, la provocaba y le resultaba divertida. Pero el cuadro que había visto al despertar una hora antes se la fastidió. Como no quería dormir en el primer piso, donde acababa de morir una persona, Gigi había escogido el sofá de piel de la antigua sala de juegos reconvertida en oficina. La habitación no tenía ventanas y sólo podía iluminarse con la desaparecida luz eléctrica, lo que propició un sueño largo y profundo. Durmió durante toda la mañana y despertó por la tarde, en una oscuridad menos intensa que cuando el sueño la había vencido. Colgado en la pared, delante de ella, se encontraba el grabado al que apenas había echado un vistazo cuando curioseó el día anterior. Ahora surgía en su línea de visión bajo la débil luz procedente del pasillo. Una mujer. De rodillas. Los ojos alzados con una mirada de derrota, implorante, los brazos extendidos sosteniendo una ofrenda en una bandeja ante un caballero. Gigi caminó de puntillas y se acercó para ver quién era aquella mujer con expresión de rendición. “Santa Catalina de Siena”, aparecía grabado en una pequeña placa sobre el marco dorado. Gigi se rió –pollas de latón escondidas en una caja; tetas expuestas como un pastel en una bandeja–, pero lo cierto es que no le parecía gracioso. Así que cuando el chico que había visto en el pueblo el día anterior aparcó el coche cerca de la puerta de la cocina y tocó la bocina, su interés por él tenía cierto matiz de fastidio. Apoyada contra el marco de la puerta, Gigi comía pan con jamón mientras lo escuchaba y contemplaba la lucha que libraban sus ojos.

La sonrisa del chico era agradable y su voz, atractiva.

–He estado dando vueltas, buscándote. He oído que estabas aquí y he pensado que a lo mejor aquí seguías.

–Quién te lo dijo?

–Un amigo. Bueno, el amigo de un amigo.

–¿Te refieres al tipo del coche fúnebre?

–Ajá. Dijo que habías cambiado de opinión y no habías ido a la estación de tren.

–Vaya, las noticias viajan deprisa por aquí, al contrario que todo lo demás.

–Nos movemos. ¿Te apetece dar una vuelta en coche? Puede ir tan deprisa como quieras.

Gigi se lamió el pulgar y el índice para limpiar los restos del jamón. Miró a la izquierda, hacia el huerto, y le pareció vislumbrar en la distancia un brillo metálico, o quizá fuese un espejo que reflejaba la luz; por ejemplo, las gafas de un agente de policía.

–Aguarda un minuto a que me cambie –dijo.

En la sala de juegos, se puso una falda amarilla y una camiseta ceñida de color rojo oscuro. Tras consultar su carta astral metió sus pertenencias (y unos pocos recuerdos) en la mochila, y lanzó ésta al asiento trasero del coche.

–Eh –dijo K. D.–, sólo vamos a dar una vuelta.

–Lo sé –contestó ella–, pero ¿quién sabe? Podría cambiar de opinión otra vez.

Avanzaron kilómetro tras kilómetro bajo un cielo azul celeste. Gigi apenas había contemplado el paisaje por las ventanillas del tren o el autobús. En su opinión, ahí no había nada que mirar. Pero ir lanzado a toda velocidad en el Impala era como viajar en un DC10 y la nada resultara ser el cielo: imposible no verlo, hecho a medida por un diseñador. No estaba vacío, sino lleno de aire fresco y todo lo que la vista necesitaba.

–Llevas la falda más corta que he visto en mi vida –dijo él, con su agradable sonrisa.

–Mini –dijo Gigi–. En el mundo real, se llama minifalda.

–¿Y la gente no te mira?

–Me miran. Conducen durante kilómetros. Chocan. Dicen tonterías.

–Supongo que te gusta. Para eso es, ¿no?

–Háblame de la ropa que llevas que yo te hablaré de la mía. Por ejemplo, ¿de dónde has sacado esos pantalones?

–¿Qué tienen de malo?

–Nada. Mira, si quieres discutir, llévame de vuelta.

–No. No, no quiero discutir; sólo quiero... conducir un rato.

–¿Sí? ¿Muy deprisa?

–Ya te lo he dicho: tan deprisa como quieras.

–¿Durante cuánto rato?

–Tanto como quieras.

–¿Muy lejos?

–Muy lejos.

La pareja del desierto era grande, había dicho Mikey. Desde cualquier ángulo que miraras, había dicho, ocupaban todo el cielo, sin parar de moverse, sin parar de moverse. Mentiroso, pensó Gigi; este cielo no. Allí, el cielo era más grande que cualquier cosa, incluida una mujer con los pechos en una bandeja.

Cuando Mavis se acercó por el camino a la puerta de la cocina, frenó con tanta fuerza que los paquetes se deslizaron del asiento y cayeron bajo el salpicadero. La figura sentada en la silla roja del huerto estaba totalmente desnuda. No podía verle la cara bajo el ala del sombrero, pero sabía que no llevaba gafas de sol. Sólo había pasado fuera un mes y, durante tres semanas, había estado rabiando por volver. Algo tenía que haber pasado, pensó. A la madre. A Connie. La figura que tomaba el sol no se movió a pesar del chirrido de los frenos. Cuando cerró la puerta del Cadillac de golpe, aquella persona se incorporó en el asiento y se echó hacia atrás el sombrero.

–¡Connie, Connie! –gritó Mavis, corriendo hacia el extremo del huerto–.

–Y tú, ¿quién demonios eres? ¿Dónde está Connie?

La chica desnuda bostezó y se rascó el vello pubiano. –¿Eres Mavis? –preguntó.

Algo más tranquila al ver que la conocía, que le habían hablado de ella, Mavis bajó el tono de voz.

–¿Qué estás haciendo aquí así? ¿Dónde está Connie?

–¿Cómo estoy? Está dentro.

–¡Estás desnuda!

–Sí, ¿Y qué?

–¿Lo saben? –preguntó Mavis, mirando en dirección a la casa.

–Mire, señora –dijo Grace–, ¿está viendo algo que nunca ha visto, algo que usted no tiene, es una obsesa de la ropa o qué?

–Bueno, ya has llegado. –Connie bajó por los escalones con los brazos abiertos, en dirección a Mavis–. Te he echado de menos.

Se dieron un abrazo y Mavis se rindió al latido del corazón de la mujer contra el suyo.

–Quién es, Connie, y dónde está su ropa?

–¡Ah!, es la pequeña Grace. Llegó el día siguiente de que muriera la madre.

–¿Murió? ¿Cuándo?

–Hace siete días. Siete.

–Pero si he traído las cosas, lo tengo todo en el coche.

–No hacen falta; por lo menos, para ella. Tengo el corazón encogido, pero ahora que has vuelto me apetece cocinar.

–¿No has comido nada? –Mavis lanzó una mirada gélida a Grace.

–Un poco. La comida del funeral. Pero ahora guisaré de nuevo.

–Está lleno de comida –dijo Grace–. Ni hemos tocado los...

–¡Vístete!

–¡Vete a la mierda!

–Vístete, Grace –insistió Connie–. Vamos, sé buena chica. Tápate un poco, te querremos igual.

–¿Ésta no ha oído hablar nunca de tomar el sol?

–Anda, ve.

Grace se fue tras ofrecer con ademán exagerado las dos mejillas a Mavis.

–¿Debajo de qué piedra ha salido? –preguntó Mavis.

–Calla, calla –repuso Connie–. Enseguida te gustará.

Ni hablar, pensó Mavis. Ni hablar. La madre se ha ido, pero Connie está bien. Llevo aquí casi tres años y esta casa es nuestro sitio. El nuestro. No el suyo.

Menos darse de botefadas hicieron de todo. Y, al final, incluso eso. Lo que pospuso lo inevitable fueron los amores desesperados y una chica muy joven vestida con ropas demasiado ceñidas que apareció llamando a la puerta mosquitera.

–Por favor, ayúdenme –dijo–. Tienen que ayudarme. Me han violado y casi estamos en agosto.

Sólo en parte era cierto.

SENECA

Algo rascaba el cristal. Otra vez. Dovey se puso boca abajo, negándose a mirar por la ventana cada vez que lo oía. Él no estaba allí. Nunca iba de noche. Deliberadamente, se dedicó a pensar en temas cotidianos. ¿Qué pondría para cenar al día siguiente?

No tenía mucho sentido poner guisantes frescos. Los de lata servirían igual. Steward sería incapaz de distinguirlos, pues su boca era absolutamente insensible al sabor. Mascar Blue Boy durante veinte años había empezado por limitar su paladar al ansia de especias y, al final, lo había reducido a la mera exigencia de pimientos picantes.

Cuando se casaron, Dovey estaba segura de que nunca podría cocinar lo bastante bien como para contentar a Steward, más quisquilloso que su gemelo Deek. A la vuelta de la guerra, los dos hombres estaban hambrientos de cocina casera, pero soñar con ella durante tres años había hecho crecer sus expectativas, había exagerado las posibilidades de la manteca en unas galletas más ligeras que la nieve, la responsabilidad del queso curado en el hominy de maíz molido. Cuando los licenciaron y volvieron a casa, Deek canturreaba con placer mientras sorbía el tuétano de los codillos o chafaba los huesos de pollo hasta convertirlos en polvo. Pero Steward lo recordaba todo de otra manera. ¿No había que meter el clavo de olor

bajo la piel, en lugar de hacerlo en la superficie del jamón? Y el filete de pollo, ¿debía llevar cebollas Vidalia o españolas?

El día de su boda, Dovey se volvió hacia el papel floreado de la pared, de espaldas a la ventana, para que su hermana, Soane, pudiera ver mejor. Dovey sostenía la enagua mientras Soane le pintaba las costuras. Sintió las cosquillas del pincel en la parte trasera de las piernas, pero permaneció completamente quieta. En 1949 no había medias de seda en Haven ni en el mundo entero, pero casarse sin medias era una burla a Dios y a aquella ceremonia.

–Creo que no queda satisfecho en la mesa le dijo Dovey a su hermana.

–¿Por qué no?

–No lo sé. Alaba mis guisos, pero a continuación me sugiere cómo hacerlo mejor la siguiente vez.

–Aguanta, Dovey.

–Deek no te hace eso, ¿verdad?

–Eso no, pero es quisquilloso en otras cosas. De todos modos, yo en tu lugar no me preocuparía. Si está satisfecho en la cama, la mesa no importa nada.

Se rieron y Soane tuvo que pintar otra vez la costura.

Con el tiempo, la dificultad que se planteaba en 1949 fue resuelta por el tabaco. No importaba si los guisantes eran frescos o de lata. Los pimientos del convento, picantes como demonios, resolvían todos sus problemas culinarios. No merecía la pena cultivar guisantes. Una cucharada de azúcar y una pizca de mantequilla en los de lata servía perfectamente, puesto que los trozos de pimiento de color rojo oscuro que él echaría por encima arrasarían con cualquier sabor delicado. Como el de las últimas calabazas, por ejemplo.

Esas noches, cuando Dovey Morgan pensaba en su marido, casi siempre lo hacía en relación con lo que había perdido. Su paladar no era más que un ejemplo entre los muchos que podía enumerar. En contra del criterio de éste (y de todo Ruby), creía que cuantas más cosas adquiriría Steward, más visibles eran sus pérdidas. La venta de su ganado en 1958, cuando el dólar estaba en lo más alto, acompañó a su derrota en la elección como secretario de la iglesia para todo el estado, debido a su abierto desprecio hacia los escolares que habían ocupado aquella tienda de Oklahoma City. Incluso había escrito una carta muy desagradable contra las mujeres que los habían organizado. No le sorprendió su posición, puesto que diez años antes había llamado «agitador negro» a Thurgood Marshall por llevar adelante el juicio de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color contra la segregación en Norman. En 1962, el gas natural que surgía a trescientos metros de profundidad bajo su rancho le llenó los bolsillos pero mermó sus tierras, que quedaron convertidas en un rancho de juguete, y perdió los árboles que lo habían hecho tan bonito de contemplar. Las entradas en el pelo y su paladar fueron desdibujándose. Todas estas pequeñas pérdidas culminaron con la mayor de todas: en 1964, cuando tenía cuarenta años, la maldición de los cuentos de hadas se hizo cierta: supieron que ninguno de los dos podría tener nunca hijos.

Ahora, casi diez años más tarde, se había «forrado», tal como él decía, gracias a un negocio de fincas en Muskogee, y Dovey no tenía que preguntarse qué perdería en esta ocasión, porque ya estaba librando una batalla perdida contra el reverendo Misner por las palabras clavadas junto a la boca del horno. Semejante discusión se veía estimulada, en parte, por aquello que nadie decía: los jóvenes estaban metiéndose en líos o dando guerra detrás de todas las puertas. Arnette, de vuelta del instituto, no quería levantarse de la cama. Menus, el chico de Harper Jury, se emborrachaba todos los fines de semana desde que había vuelto de Vietnam. Billie Delia, la nieta de Roger, había desaparecido sin dejar rastro. Sweetie, la mujer de Jeff, reía bromas que nadie hacía. K. D. se había liado con esa chica que vivía en el convento. Por no hablar del descaro, los gestos, la actitud abiertamente desafiante de algunos de los otros, de los que querían llamar al horno «tal o cual cosa» y tras decidir que las palabras originales de éste hacían alusión a algo que había hecho enfadar a Steward y a Deek. Dovey había hablado de todo eso con su hermana (y cuñada), con Mable Fleetwood, con Anna Flood, con un par de mujeres del Club. Las opiniones eran variadas, confusas, incluso incoherentes, porque los ánimos estaban muy acalorados. Y también porque algunos jóvenes, al burlarse de la memoria de los dedos de la señorita Esther, habían insultado a las generaciones precedentes. No habían sugerido de manera educada que la señorita Esther tal vez se hubiese equivocado, sino que habían aullado de risa ante la idea de que pudiese recordar palabras invisibles, que ni siquiera sabía leer, y trazar Letras cuya pronunciación ignoraba.

–¿Ella las vio? –preguntaron los hijos.

–¡Mejor que eso! –respondieron los padres–. ¡Las sintió, las tocó, puso los dedos encima!

–Si fuera ciega, podríamos creer lo que dice, pues sería como leer Braille, pero no en el caso de una niña de cinco años que ni siquiera sabría leer su propia lápida si saliera de la tumba y se plantara delante.

Los gemelos fruncieron el entrecejo. Fleet se puso de pie de un salto al pensar en la famosa generosidad de su suegra, y tuvieron que sujetarlo.

Al principio, los metodistas sonrieron ante la disensión entre los baptistas. Los pentecostales rieron abiertamente; pero no durante mucho tiempo. Los miembros jóvenes de ambas iglesias también empezaron a decir en voz alta sus opiniones sobre las palabras. Cada congregación tenía miembros que estaban relacionados o pertenecían a las quince familias que habían dejado Haven para empezar de nuevo. El horno no pertenecía a ninguno de los grupos religiosos; era de todos, y se pidió a todos que se reunieran en El Calvario, la iglesia de los baptistas. Para hablar de ello, dijo el reverendo Misner.

El tiempo era fresco; el perfume de los jardines, intenso y, cuando a las siete y media se reunieron, la atmósfera era agradable y la gente se sentía sencillamente curiosa. Y así se mantuvo durante las primeras observaciones de Misner. Quizá los jóvenes estuvieran nerviosos, pero lo cierto es que hablaron, empezando por los hijos de Luther Beauchamp, Royal y Destry, sus voces sonaron tan estridentes que las mujeres, desconcertadas clavaron los ojos en el bolso; los hombres, pasmados, se olvidaron de parpadear.

Habría sido mejor para todos si los jóvenes hubieran expuesto sus puntos de vista con voz suave y digna de la educación que habían recibido; pero no querían discutir: querían instruir.

—Ningún ex esclavo nos diría que debemos estar permanentemente asustados, que «tengamos cuidado» con Dios, que agachemos la cabeza intentando permanecer vigilantes por si Él está a punto de lanzarnos alguna cosa para mantenernos sumisos.

—Di «señor» cuando te dirijas a los hombres —soltó Sargeant Person.

—Lo siento, señor; pero ¿qué clase de mensaje es ése? Ningún ex esclavo que tuviera redaños suficientes para recorrer su propio camino y levantar un pueblo de la nada, podría pensar así. Ningún ex esclavo...

—Estás hablando de mi abuelo —lo interrumpió Deacon Morgan—. Deja de llamarlo ex esclavo, como si sólo fuera eso. También era ex lugarteniente del gobernador, ex banquero, ex diácono y un montón de cosas más, y no recorría su propio camino, sino que formaba parte de un grupo.

El chico captó la mirada del reverendo Misner e insistió.

—Nació en la época de la esclavitud, de modo que era un esclavo, ¿no, señor?

—No todos los nacidos en la época de la esclavitud eran esclavos, por lo menos en el sentido en que tú lo dices.

—Sólo hay un sentido, señor —dijo Destry.

—¡No sabéis de qué estáis hablando!

—¡Ninguno lo sabe! ¡No tienen ni cochina idea! —gritó Harper Jury.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó el reverendo Misner—. Hermanos. Hermanas. Hemos convocado esta reunión en la casa del Señor para intentar encontrar...

—En una de sus casas —gruñó Sargeant.

—De acuerdo, en una de sus casas, pero, sea la que sea, exige respeto a los que se encuentran en ella. ¿Tengo o no razón?

Harper se sentó.

—Pido disculpas por mi lenguaje. A Él —añadió, señalando hacia arriba.

—Eso tal vez le parezca bien —dijo Misner—, y tal vez no. No limite su respeto a Él, hermano Jury. El nos advierte que no lo hagamos nunca.

—Reverendo. —El reverendo Pulliam se puso de pie. Era un hombre oscuro, enjuto, con el cabello blanco, impresionante—. Tenemos un problema. Usted, yo. Todos. El problema reside en el modo en que algunos de nosotros hablamos. Por supuesto, los mayores deberían emplear un lenguaje correcto, pero los jóvenes... dicen más impertinencias que otra cosa. Hemos venido para...

Royal Beauchamp lo interrumpió, ¡al reverendo!

—¿Y para qué hablar si no se puede decir lo que uno piensa? Lo que pasa es que no quiere que hablemos en absoluto. Cuando uno no está de acuerdo con lo que ha oído resulta que es un impertinente..., señor.

Todos estaban tan asombrados por el descaro del muchacho que apenas se enteraron de lo que había dicho.

Pulliam, desechando la posibilidad de que los padres de Roy —Luther y Helen Beauchamp— estuvieran allí, se volvió lentamente hacia Misner.

—Reverendo, ¿no puede hacer que este chico se calle?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Misner—. No sólo hemos venido a hablar, sino también a escuchar.

Las exclamaciones de asombro, más que oírse, se sintieron. Pulliam entornó los ojos y estaba a punto de hablar cuando Deek Morgan se levantó y salió al pasillo.

—Bien, señor, he escuchado y creo que ya he oído bastante. Ahora escuchadme a mí, atentamente. Nadie, y quiero decir nadie, va a cambiar el horno ni va a llamarlo de manera extraña. Nadie va a jugar con algo que construyeron nuestros abuelos. Hicieron cada uno de los ladrillos, uno por uno, con sus propias manos —Miró fijamente a Roy—. Fueron ellos quienes cavaron para sacar la arcilla, no vosotros. Fueron ellos quienes llevaron el capazo, no vosotros —añadió, volviendo la cabeza hacia Destry, Hurston y Celine Poole, Lorcás y Linda Sands—. Fueron ellos quienes mezclaron el mortero, no ninguno de vosotros. Hicieron ladrillos buenos y fuertes para el horno mientras vivían en casas de barro y cañas. ¿Me entendéis? Y respetamos todo lo que soportaron para hacerlo. Nada se manejó con más cuidado que los ladrillos que aquellos hombres habían hecho. He dicho hombres, no esclavos ni ex esclavos, ¿me oís? Cuéntaselo, Sargeant, háblales de lo delicado que fue separarlos, del cuidado con que envolvimos cada uno de ellos. Cuéntaselo, Fleet. decidles si miento. Yo y mi hermano levantamos esa plancha de hierro. Los dos. Y si algunas letras se cayeron, no fuimos nosotros los responsables, porque lo envolvimos en paja, como si fuera un corderito.

»Así que haced el favor de entenderme cuando os digo que, ochenta años más tarde, nadie me va a salir con que sabe más cosas que los hombres que pasaron por un infierno para aprender. Podéis hacer el tonto conmigo tanto como queráis, pero os metéis en un lío si creéis que podéis tratar sin respeto un esfuerzo que no fue el vuestro.

Veinte formas diferentes de aquiescencia subrayaron la declaración de Deck. Su observación habría zanjado la discusión si Misner no hubiera dicho:

—Deck, a mí me parece que lo respetan. Precisamente, porque conocen bien el valor del horno, quieren darle nueva vida.

El murmullo que desencadenó este segundo gesto a favor de la postura de los jóvenes se convirtió en un rugido que amainó sólo para oír cómo respondían los antagonistas.

—No quieren darle nada. Sólo quieren cargárselo, convertirlo en algo inventado por ellos.

También es nuestra historia, señor. No sólo la suya —señaló Roy.

—Entonces, obrad en consecuencia. Os lo he advertido: ese horno ya tiene una historia, no necesita que os la inventéis.

—Espere, Deek —dijo Richard Misner—. Piense en lo que se ha dicho. Olvide el horno. De lo que se trata ahora es de clarificar el lema.

—¿Lema? ¿Lema? ¡Es una orden! —El reverendo Pulliam señaló el techo con un elegante dedo—. «Ten cuidado con el surco de Su ceño.» Eso es lo que dice, y está claro como la luz del día. No es una sugerencia, ¡es una orden!

Bueno, no exactamente. No está claro como la luz del día —repuso Misner—. Dice «el surco de Su ceño», no «ten cuidado».

—¡Usted no estaba allí! ¡Esther sí estaba! ¡Y usted tampoco estaba aquí al principio! ¡Esther sí estaba!— Arnold Fleetwood agitó la mano derecha en señal de advertencia.

—Era una niña pequeña. Pudo confundirse —dijo Misner. En ese momento, Fleet también salió al pasillo con Deek.

—Esther nunca cometió un error como ése en su vida. Sabía todo lo que había que saber sobre Haven y también sobre Ruby. Nos visitó antes de que tuviéramos carretera. Dio nombre a este pueblo, maldita sea, con perdón de las señoras presentes.

Destry, con aspecto crispado y al borde de las lágrimas, levantó la mano y preguntó:

—Disculpe, señor. ¿Qué tiene de malo «Sé el surco»? ¿«Sé el surco de Su ceño»?

—No puedes ser Dios, muchacho —repuso Nathan DuPres amablemente mientras negaba con la cabeza.

—No se trata de ser Él, señor, sino Su instrumento, Su justicia. Como raza...

—La justicia de Dios sólo le pertenece a Él. ¿Cómo vas a ser Su instrumento si no haces lo que Él dice? —preguntó el reverendo Pulliam—. Tienes que obedecerle.

—Sí, señor, claro que le obedecemos —le dijo Destry—. Si seguimos Sus mandamientos, seremos Su voz, Su castigo. Como pueblo...

Harper Jury lo hizo callar.

–Dice «ten cuidado», no «sé». Ten cuidado significa «atención, el poder es mío, acostúmbrate a la idea».

–«Sé» significa que lo haces a un lado y tú eres el poder –intervino Sargeant.

–En realidad, sí somos el poder, si...

–¿Veis lo que quiero decir? ¿Veis lo que quiero decir? ¡Oíd esto! ¿Ha oído esto, reverendo? Este chico necesita unos correazos ¡Blasfemia!

Como era de prever, Steward dijo la última palabra; o, por lo menos, la última que todos recordaban, porque disolvieron la reunión.

–Oíd todos –dijo con voz densa y pastosa por el Blue Boy–. Si alguno de vosotros hace caso omiso, cambia, retira o añade algo a las palabras de la boca de ese horno, le arrancaré la cabeza de un tiro como si fuera una serpiente venenosa.

Dovey Morgan, helada por la amenaza de su marido, no pudo hacer otra cosa que mirar las tablas del suelo y preguntarse qué forma visible tomaría su pérdida en esta ocasión.

Días más tarde, Dovey aún no había decidido quién o qué bando tenía razón, y cuando discutía con otros, incluido Steward, tendía a mostrarse de acuerdo con su interlocutor. Sacaría el tema con su Amigo, cuando volviera a su lado.

Mientras se alejaban en coche de la reunión celebrada en el Calvario, Steward y Dovey discutieron un poco, como siempre, sobre adónde debían ir. El se dirigía hacia el rancho. Ahora que se habían vendido los derechos de explotación del gas, había quedado reducido a un rancho de juguete, pero para Steward seguía siendo su hogar, allí donde su bandera americana ondeaba los días de fiesta; donde estaba enmarcado el papel que demostraba que había sido licenciado del ejército con honores; donde podía dar por hecho que Ben y Good moverían la cola como locos cuando apareciera. Pero Dovey cada vez tendía más a considerar que su hogar era la casita que tenían en St. Matthew Street, resultado de una hipoteca ejecutada que los gemelos no volvieron a vender. Estaba más cerca de su hermana, de la iglesia del Monte Calvario, del Club de las Mujeres. Era también allí donde recibía las visitas de su Amigo.

–Déjame aquí, Steward. Iré andando el resto del camino.

–Vas a pillar una pulmonía.

–No te preocupes. El fresco de la noche es agradable.

–Chica, eres un tormento –dijo él, pero antes de que bajara le dio una palmadita en el muslo.

Dovey recorrió lentamente Central Avenue. A lo lejos, cerca del horno, veía los farolillos que habían colocado en junio para celebrar el aniversario de la emancipación de los esclavos. Hacía ya cuatro meses de aquello, y nadie los había guardado para el año siguiente. Ahora daban luz –sólo un poco, lo suficiente– para otra clase de celebraciones de la libertad que se producía entre sus sombras. A la izquierda de Dovey estaba el banco; no era tan alto como las dos iglesias, aunque parecía dominar toda la calle. Ninguno de los dos hermanos había querido que se construyera otro piso, como había ocurrido con el banco de Haven, como sede de la logia. No querían que en el edificio se desarrollase ninguna actividad que no estuviera relacionada directamente con el banco.

El banco de Haven, cuyo propietario era su padre, se fue a pique por múltiples razones, y una de ellas, sostenía Steward, era que en él se celebraban las reuniones de la logia. «Impide la concentración», argumentó. Tres calles más allá, a la derecha, cerca de la casa de Patricia Best, estaba la escuela, donde Dovey había dado clases mientras se construía la casa del rancho, pero Soane había enseñado durante más tiempo porque vivía muy cerca. Ahora, Pat llevaba sola la escuela, y el reverendo Misner y Anna Flood se encargaban de los cursos de historia del pueblo negro y de las lecciones de mecanografía que se llevaban a cabo después de las clases. Las Flores y las verduras que crecían a un lado del colegio eran una extensión del huerto situado delante de la casa de Pat.

Dovey giró a la izquierda para tomar St. Matthew Street. La luz de la luna brillaba sobre la valla blanca, torcida en su intento de contener crisantemos, dedaleras, girasoles, hemerocallis, y en cuya base, entre las tablas, asomaba la menta. El cielo nocturno, como una hermosa tapa, retenía el perfume cerca de la tierra haciéndolo más intenso, negándole la brisa sobre la que escapar.

Las batallas libradas con los jardines –ganadas, perdidas– ya habían pasado. Empezaron repentinamente en 1963, cuando tuvieron tiempo, y habían durado unos diez años. Las mujeres que rondaban la veintena cuando en 1950 se fundó Ruby, contemplaron durante trece años cómo iba creciendo una riqueza que sus sueños nunca habían previsto. Compraban papel higiénico suave, utilizaban bayetas en lugar de trapos, jabón especial para la cara o los pañales. En cada casa de Ruby los electrodomésticos bombeaban, zumbaban, aspiraban, ronroneaban, susurraban y fluían. Y había tiempo libre: quince minutos cuando ya no fue necesario vigilar el fuego de la cocina; una hora entera cuando ya no hubo que restregar

las sábanas o los monos de trabajo sobre una tabla de lavar; diez minutos ganados porque ya no era necesario sacudir la alfombra ni planchar las cortinas; dos horas porque la comida duraba y, por lo tanto, se podía recoger o comprar en mayor cantidad. Sus maridos e hijos, entusiasmados y no menos orgullosos que ellas, tradujeron sus beneficios en Kelvinators y tractores John Deere; en Philco y Body by Fisher. La porcelana blanca que revestía las piezas de acero, las correas, válvulas y componentes de baquelita hacían que se sintiesen satisfechos. A las mujeres, el zumbido, el latido y el ronroneo les proporcionaba tiempo.

Los patios de tierra, cuidadosamente barridos y regados en Haven, en Ruby se convirtieron en espacios cubiertos de césped hasta que, finalmente, los jardines delanteros se llenaron de flores por el simple motivo de que había tiempo para atenderlas. La costumbre, el interés en cultivar plantas que no fueran para comer se extendió, así como el terreno dedicado á ellas. La práctica de intercambiar, compartir, un esqueje por aquí, una raíz por allá, un bulbo o dos, fue ocupando tanto espacio que los maridos se quejaron de lo que consideraban negligencia y de la escasa cosecha de rábanos o de lo cortas que eran las hileras de coles o remolachas. Las mujeres siguieron cultivando sus huertos en la parte trasera de la casa, pero, poco a poco, la producción fue transformándose, como las flores, en algo hecho por placer y no por necesidad. Los lirios, polemonios, rosas y peonías se llevaban cada vez más tiempo, suponían un silencioso alarde y requerían tanto espacio que mariposas desconocidas hasta entonces recorrían kilómetros para reproducirse en Ruby. Sus crisálidas colgaban secretamente bajo las acacias y, desde allí, se unían a los tonos de azul y de azufre que durante décadas se habían alimentado de alforfón y trébol. Las bandas rojas que libaban el zumaque competían con los cremas y blancos recién llegados que sentían debilidad por las balsaminas y las capuchinas. Las anaranjadas alas gigantes, cubiertas de encaje negro, se mantenían inmóviles en el aire sobre los pensamientos y las violetas.

Igual que sucedía durante los años de rivalidad entre jardines, aquella fría noche de octubre las mariposas se habían ido, pero las consecuencias quedaban: jardines cargados; racimos y cadenas de huevos. Ocultos. Hasta la primavera.

Dovey subió por las escaleras tocando las estacas que se alineaban junto al camino. En el porche, vaciló por un instante y pensó en ir a ver a Soane, que se había marchado pronto de la reunión. Soane le preocupaba; parecía pasar por períodos de fragilidad que no tenían una relación directa con la muerte de sus hijos, que había ocurrido cinco años antes. Quizá Soane percibiera lo que Dovey hacía: el peso de tener dos maridos en lugar de uno. Dovey hizo una pausa, después cambió de opinión y abrió la puerta. O intentó hacerlo. Estaba cerrada con llave, otra vez. A Steward le había dado por ahí desde hacía un tiempo y la ponía furiosa: cerrar con llave la casa, como si también fuera un banco. Dovey estaba segura de que la suya era la única puerta cerrada con llave de todo Ruby. ¿De qué tenía miedo? Tanteó el plato situado bajo una maceta en que crecía una dracaena y cogió la llave maestra.

Antes de que sucediera por primera vez, hubo una señal, pero eso nunca se repitió. Ella había estado arriba, ordenando la pequeña casa de la hipoteca ejecutada, y se detuvo para mirar por la ventana de un dormitorio. Abajo, los árboles cargados de hojas estaban inmóviles como en un cuadro. Julio. Sin lluvia. Treinta y ocho grados. Sin embargo, una ventana abierta haría que la habitación, que llevaba cerrada un año, se ventilara. Le costó un poco –un tirón, un par de golpecitos–, pero consiguió abrirla del todo e inclinarse para comprobar qué quedaba del jardín. Los árboles ocultaban casi todo el jardín trasero, de modo que se estiró un poco para ver más allá. En ese momento, una mano poderosa se hundió en un saco gigante y lanzó puñados de pétalos al aire. O eso parecía. Mariposas. Un tembloroso camino de alas anaranjadas cruzó las verdes copas y después se desvaneció.

Más tarde, mientras estaba sentada en una mecedora bajo aquellos árboles, él pasó por allí. Nunca lo había visto, y no reconoció en sus rasgos a ninguna familia local. Al principio, pensó que era Menu, el hijo de Harper, que bebía y había sido propietario de la casa; pero aquel hombre caminaba deprisa y en línea recta, como si llegara tarde a una cita y atajara por el jardín. Tal vez oyera el leve crujido de la mecedora. Tal vez se preguntase si podía pasar por una propiedad privada. En cualquier caso, cuando dio media vuelta y la vio, sonrió y alzó la mano a modo de saludo.

–Buenas tardes –gritó ella.

Él cambió de dirección y se acercó al lugar donde ella estaba sentada.

–¿Es usted de por aquí?

–De aquí cerca –respondió él, sin mover los labios. Le hacía falta un buen corte de pelo.

–Acabo de ver unas mariposas, allá arriba –dijo Dovey, señalando con el dedo–. Del color de las naranjas, e igual de brillantes. Nunca había visto ese color. Cuando era pequeña lo llamábamos coral. Como el calabaza, pero más fuerte.

Mientras lo decía, se preguntaba de qué demonios estaba hablando, y habría intentado zanjar la conversación con algún tartamudeo cortés –probablemente, algo sobre el calor, el alivio que traería la noche– si él no hubiera parecido tan interesado en lo que estaba describiéndole. Sus pantalones de trabajo

estaban limpios y recién planchados. La camisa era blanca, y la llevaba arremangada por encima de los codos. Los antebrazos, bien musculados, le hicieron reconsiderar la impresión de hombre subalimentado que le había producido su rostro.

—¿Ha visto alguna vez mariposas como éstas?

El negó con la cabeza, pero, sin duda, la pregunta le pareció lo bastante seria como para acucillarse delante de ella.

—No quiero retenerlo, pero es que... Dios mío, ha sido algo extraordinario.

Él sonrió con aire de comprenderla y miró hacia el lugar que ella había señalado. Se puso de pie, sacudiéndose la parte trasera del pantalón, aunque no se había sentado en la hierba, y dijo:

—¿Le importa que cruce por aquí?

—Claro que no, pase cuando quiera. Ahora no vive nadie. El antiguo propietario la perdió. Es bonita, ¿verdad? Estamos pensando en usarla de vez en cuando. Mi marido... —Sabía que estaba charlando más de lo que se consideraba correcto, pero él parecía escucharla atentamente y con interés. Al final, se calló, demasiado avergonzada por su tontedad para seguir, y repitió la invitación de que utilizara el atajo siempre que quisiera.

Nunca más volvió a ver las alas anaranjadas. El, en cambio, sí volvió. Al cabo de un mes, aproximadamente, y a partir de entonces, cada uno o dos meses. A Dovey se le olvidaba preguntar a Steward, o a cualquier otro, quién podría ser. Los jóvenes eran cada vez más difíciles de identificar y cuando los amigos o parientes visitaban Ruby, no siempre asistían a las ceremonias religiosas y eran presentados a la congregación, como se hacía en otro tiempo. No podía preguntarle su edad, pero suponía que debía de ser unos veinte años más joven que ella, y quizás ése fuera el único motivo por el que mantenía sus visitas en secreto.

Lo cierto era que, cuando venía, ella hablaba de tonterías. De cosas que ignoraba que tuviera en la cabeza. Placeres, preocupaciones, temas que no tenían nada que ver con los asuntos serios del mundo. Y, sin embargo, él escuchaba atentamente todo lo que ella decía. Por una intuición que se sentía incapaz de explicar, sabía que en cuanto le preguntara cómo se llamaba él nunca volvería.

En una ocasión, ella le dio una rebanada de pan con compota de manzana, y él se la comió toda.

Cada vez con mayor frecuencia, encontraba razones para quedarse en St. Matthew Street. No lo esperaba ni lo buscaba, pero se alegraba de saber que había venido y vendría otra vez a charlar un rato, comer un poco, tomar algo de agua fresca en una tarde calurosa. Sólo temía que alguien más hablara de él, apareciese en su compañía o proclamara un derecho mayor sobre su amistad. Nadie lo hizo. Parecía ser sólo de ella.

De manera que, la noche de la discusión con los jóvenes en la iglesia del Monte Calvario, Dovey metió la llave en la casa, enfadada con Steward por hacer necesario ese gesto y agitada por el sesgo desagradable que había tomado la reunión. Deseaba sentarse con una taza de té caliente, leer unos pocos versos o algunos salmos, y poner en orden sus pensamientos sobre el asunto que estaba haciendo enfadar a todo el mundo, por si su Amigo pasaba por allí por la mañana. En el caso de que lo hiciera le preguntaría qué pensaba al respecto. Sin embargo, cambió de opinión sobre el té y la lectura y, tras rezar sus plegarias, se acostó en la cama, donde una pregunta sin respuesta le impidió dormir: si un hombre rico no renuncia a su riqueza, ¿puede ser un hombre bueno? También le preguntaría a su Amigo acerca de eso.

Ahora, por fin el jardín trasero era lo bastante agradable como para recibirlo. En su primera visita, era un desastre, estaba abandonado, lleno de basura —hogar de gatos, serpientes y pollos perdidos—, y su único encanto eran las alas color coral. Había tenido que encargarse ella sola. K. D. eludía el trabajo con excusas poco imaginativas. Y resultaba difícil hacer que los jóvenes se interesaran. Billie Delia solía ayudarla, lo cual era sorprendente, pues en todo lo demás los chicos dominaban su cerebro. Sin embargo, también le pasaba algo. Hacía tiempo que nadie la veía, y la madre de la chica, Pat Best, se negaba a responder cualquier pregunta. Dovey pensaba que debía de seguir enfadada por el trato que el pueblo había dado a su padre. Aunque Billie Delia no había asistido a la reunión, sí había estado presente en ella su actitud. Incluso de niña, con esa extraña piel sonrosada y su díscolo cabello castaño, ponía gesto de disgusto ante todo, excepto cuidar del jardín. Dovey la echaba de menos y se preguntaba qué pensaría Billie Delia de cambiar el mensaje del horno.

¿«Ten cuidado con el surco de Su ceño»? ¿«Sé el surco de Su ceño»? En su opinión, las palabras «surco de Su ceño» bastaban para cualquier edad o generación. Era fútil especificar su significado, establecido con certeza, remachar la idea. Ya se habían remachado bastante los clavos de la cruz, ¿a que

sí? Se lo preguntaría a su Amigo. Y después se lo contaría a Soane. Entretanto, el ruido de lo que rascaba había cesado, y en la cúspide de su sueño supo que los guisantes en lata servirían igual.

Steward bajó la ventanilla y escupió. Con cuidado, para que el viento no se lo devolviera a la cara. Estaba indignado. «Ten manga ancha conmigo», ése era el lema que, en realidad, los tontos esos querían poner en el horno. Como su sobrino, K. D., no tenían ni idea de lo que había costado construir aquel pueblo, de todo lo que estaban protegidos, de las humillaciones a las que no tenían que hacer frente. Mientras conducía —como siempre, en cuanto estuvo en la carretera comarcal, de camino al rancho, se puso a la máxima velocidad que permitía el coche—, Steward reflexionó sobre la diferencia entre «ten cuidado» y «sé», y a continuación se preguntó cómo lo había explicado Big Papa, su abuelo. A él, personalmente, le importaba un cuerno. La cuestión no era por qué debía o no debía cambiarse, sino qué ganaba el reverendo Misner al promover aquella idea. Escupió de nuevo, pensando en lo tonto que había resultado ser Misner. Tonto y, tal vez, incluso peligroso. Se preguntaba si esa generación —la de Misner y K. D.— tendría que ser sacrificada para llegar a la siguiente. Los nietos y biznietos que podrían ser formados, puestos a punto, igual que su padre y su abuelo habían hecho con la generación de Steward. Sin interrupción; sin tener manga ancha. Las expectativas eran muchas, y estaban a la altura. Nadie era más responsable de su conducta que aquellos hombres buenos. Recordó el relato de su hermano, Elder Morgan, acerca de lo que le sucedió en 1919 después de desembarcar en Hoboken, el puerto de Nueva Jersey, al volver de Liverpool. Mientras daba un paseo por la ciudad de Nueva York antes de coger el tren, vio a dos hombres que discutían con una mujer. Por el modo en que ésta vestía, contaba Elder, había deducido que se trataba de una prostituta callejera y, dado que despreciaba a las de su oficio, al principio sintió cierta afinidad con los hombres que gritaban. De repente, uno de éstos le dio un violento puñetazo en la cara a la mujer, que cayó al suelo. En ese mismo momento, la escena perdió sus colores cotidianos para convertirse en otra en blanco y negro. Elder contaba que la boca se le había quedado seca. Los dos hombres blancos se alejaron de la mujer negra, que quedó tendida en la acera inconsciente. Antes de que Elder pudiera pensar en nada, uno de los hombres cambió de opinión y volvió para darle a la mujer una patada en el estómago. Elder no cayó en la cuenta de que estaba corriendo hasta que se encontró allí y apartó al hombre. Llevaba diez meses corriendo y luchando, de modo que seguía acostumbrado a la violencia espontánea. Le dio un puñetazo al blanco en la mandíbula y siguió golpeándolo hasta que lo atacó el segundo hombre. No ganó nadie. Todos recibieron golpes. La mujer seguía tendida en el suelo cuando el corro que se había formado alrededor de ellos empezó a llamar a la policía a gritos. Asustado, Elder salió corriendo y pasó todo el viaje de regreso a Oklahoma con el abrigo puesto ante el temor de que un oficial viera en qué estado se encontraba su uniforme. Más tarde, cuando su esposa, Susannah, lo lavó, planchó y zurció, le dijo que descosiera las puntadas, dejara la solapa suelta, el cuello desgarrado, los botones colgando o ausentes. Era demasiado tarde para conservar las manchas de sangre, de manera que guardó el pañuelo ensangrentado en el bolsillo de los pantalones, junto con las dos medallas que había ganado.

Nunca se le borró de la cabeza la imagen del puño del hombre blanco contra el rostro de la mujer de color. Al margen de lo que sintiera hacia la profesión de aquella mujer, pensó en ella, rezó por ella hasta el final de su vida.

Susannah discutió una y otra vez, pero los hombres de la familia Morgan ganaron: Elder fue enterrado tal como quería, vestido con el uniforme y los rotos bien a la vista. No se había perdonado el haber salido corriendo, el que hubiese abandonado a la mujer, y no esperaba que Dios tuviera manga ancha con él, y estaba preparado para cuando le preguntase cómo había sucedido todo. A Steward le gustaba aquella historia, pero saber que estaba basada en la defensa de una prostituta y en los rezos por ella hacía que se sintiese incómodo. Aunque no simpatizaba con los hombres blancos, entendía su punto de vista, incluso podía sentir la adrenalina al imaginar que el puño agresor era el suyo.

Steward aparcó y entró en la casa. No deseaba meterse en ninguna cama si Dovey no estaba en ella, y una vez más intentó pensar en algún argumento para impedir que se quedara tan a menudo en el pueblo. Sería inútil; él no podía negarle nada. Encontró a los collies y se los llevó para ver si los peones habían hecho bien su trabajo. Eran hombres locales, a cuyas esposas y padres conocía, que asistían a la misma iglesia o a otra cercana y odiaban tanto como él la idea del «ten manga ancha conmigo». De nuevo lo invadió la amargura. Si hubiera tenido hijos, habrían sido excelentes ejemplos de rectitud y se habría reído del concepto de hombría que tenía Misner: impertinencias, cambio de nombres, como si la magia de las palabras guardase alguna relación con el valor que hacía falta para ser un hombre.

Tras atar a los perros, Steward descorrió el pestillo del establo. Le gustaba montar a Night hasta las cuatro de la mañana, hasta que salía el sol. Le gustaba vagar por los prados, donde todo estaba al aire libre. Montado en Night, descubría cada vez la maravilla de saber que en la propia tierra uno nunca podía perderse como Big Papa y Big Daddy, su abuelo y su padre, y los otros setenta y nueve, después de salir de Fairly, en Oklahoma. A pie y totalmente perdidos. Y furiosos. Pero sólo temían por el estado de los pies de sus hijos. En general, estaban sanos. Sin embargo, las mujeres embarazadas necesitaban descansar cada vez más a menudo. Celeste, la esposa de Drum Blackhorse; su abuela, a la que llamaban señorita

Mindy; y Beck, su propia madre, estaban esperando un niño. Fue la vergüenza de ver cómo se negaba cobijo a la mujer, a la hermana o a la hija embarazada lo que los sacudió y los cambió para siempre. La humillación les produjo algo más intenso que el dolor: amenazó con rajarles los huesos.

Steward recordaba cada detalle de la historia que contaban su padre y su abuelo y no le costaba imaginar aquel sentimiento de vergüenza. Dovey, por ejemplo, antes de cada uno de los abonos, con la mano sobre los riñones, los ojos entornados, mirando hacia dentro, mirando siempre hacia la criatura que tenía dentro. ¿Cómo se habría sentido si unos hombres pomposos vestidos con cuello duro y zapatos de calidad le hubieran dicho «Lárgate de aquí», y él, Steward, no hubiera podido hacer nada? Incluso ahora, en 1973, mientras recorría a caballo sus propias tierras y el viento agitaba las crines de Night, al pensar en semejante indefensión le daban ganas de pegarle un tiro a alguien. Setenta y nueve. Con todas sus pertenencias a la espalda o sobre la cabeza. Los jóvenes se turnaban en el uso de los zapatos. Sólo paraban para aliviar sus necesidades básicas, dormir y comer basura. Basura y carne hervida, basura y pastel de carne, basura y algo de caza, basura y diente de león. Mientras soñaban con tener techo, pescado, arroz, fruta en almíbar. Vestidos con andrajos, soñaban con ropas limpias con botones, camisas con las dos mangas. Caminaban en línea: Drum y Thomas Blackhorse en cabeza; Big Papa, cojo ya, a la cola, llevado sobre un tablón.

Después de Fairly, no supieron hacia dónde ir y no querían conocer a nadie que se lo dijera o tuviese otros planes para ellos. Se mantenían alejados de las pistas para carromatos, intentaban seguir los pinares y los arroyos, y se dirigían hacia el noroeste sólo porque les parecía que así se alejaban más de Fairly.

A la tercera noche, Big Papa despertó a su hijo, Rector, e hizo que se levantara. Cojeando pesadamente sobre dos bastones, se alejó mucho del lugar donde habían acampado y susurró:

–Tú, sígueme.

Rector volvió para coger el sombrero y siguió los pasos lentos y dolorosos de su padre. Pensó, alarmado, que el viejo iba a intentar encontrar una población en plena noche, o llamar a una de las granjas donde las oscuras casas hechas con tepes se acurrucaban junto algún montículo. Pero Big Papa lo llevó hacia el interior del pinar, donde el olor a resina, al principio agradable, pronto le dio dolor de cabeza. El brillo de las estrellas en el cielo encogía la luna hasta convertirla en una pluma suspendida en el aire. Big Papa se detuvo y con un gruñido de esfuerzo, se arrodilló.

–Padre –dijo–, aquí está Zachariah.

Después, tras unos segundos de total silencio, se puso a canturrear los sonidos más dulces y tristes que Rector había oído en su vida. Rector se arrodilló junto a Big Papa, que permaneció así durante toda la noche. No se atrevía a tocar al anciano ni a interferir en la oración que canturreaba, pero el dolor que sentía en las rodillas se hizo insoportable y tuvo que ponerse en cuclillas para aliviarlo. Al cabo de un rato se sentó por completo, con el sombrero en la mano, la cabeza inclinada, intentando escuchar, permanecer despierto, entender. Finalmente, se tendió boca arriba y contempló el paso de las estrellas por encima de los árboles. La desgarradora música lo absorbía y se sentía suspendido sobre la tierra. Más tarde, juraba que no se había dormido. Que había pasado toda la noche escuchando y mirando. Rodeado por los pinos, sentía, más que veía, cómo el cielo empezaba a desvanecerse en el horizonte. Entonces fue cuando oyó los pasos, fuertes como los de un gigante. Big Papa, que no había movido un músculo ni había dejado de cantar, calló al instante. Rector se sentó y miró alrededor. Los pasos eran atronadores, pero no atinaba a saber de dónde procedían. A medida que la franja de luz se hacía más ancha, fue distinguiendo las siluetas de tres troncos.

Lo vieron al mismo tiempo. Un hombre menudo, que parecía demasiado pequeño para el sonido de sus pasos. Se alejaba de ellos. Vestido con un traje negro, la chaqueta sobre el hombro, colgada en el índice de la mano derecha. Su camisa blanca brillaba entre los anchos tirantes. Sin la ayuda del bastón y sin un gruñido, Big Papa se puso de pie. Contemplaron juntos al hombre que se alejaba de la zona más pálida del cielo. En una ocasión, se detuvo para volver la mirada hacia ellos, pero no consiguieron ver los rasgos de su cara. Cuando empezó a andar de nuevo, advirtieron que llevaba una cartera de colegial en la mano izquierda.

–Corre –le indicó Big Papa–, reúne a la gente.

–No puede quedarse solo, padre –dijo Rector.

–¡Corre!

Y Rector lo hizo.

Cuando todos estuvieron en pie, Rector los condujo al lugar donde él y Big Papa habían pasado la noche. Lo encontraron allí mismo, más derecho que los pinos y de espaldas al sol naciente; sus bastones estaban en el suelo, a cierta distancia de él. Del hombre no había ni rastro, pero la paz que reflejaba el rostro de Zechariah se extendió a sus espíritus, calmándolos.

–Él está con nosotros –anunció Zechariah–. Él nos marca el camino.

A partir de aquel momento, el viaje tuvo un objetivo indiscutido. De vez en cuando, el caminante reaparecía: junto al lecho de un río, en la cima de una colina, apoyado contra una formación rocosa. Sólo en una ocasión alguien se atrevió a preguntar a Big Papa cuánto duraría el viaje.

Este tiempo es de Dios –contestó–. Uno no puede empezarlo ni detenerlo. Y otra cosa: él no hará tu trabajo por ti, así que camina deprisa.

Si los fuertes pasos continuaron, ellos no los oyeron. Sólo Zechariah y, en alguna ocasión, un niño vieron nuevamente al caminante. Rector nunca volvió a verlo, hasta el final. Hasta veintinueve días más tarde.

Después de que los ahuyentaran a tiros, de que unas mujeres negras les ofrecieran comida en un campo, de que dos vaqueros les robaran sus rifles –nada de lo cual alteró su paso decidido–, Rector y su padre lo vieron.

Ya era septiembre. Otros viajeros habrían dudado antes de adentrarse en el territorio indio sin un destino concreto y con el invierno en camino. No obstante, si se sentían inquietos, no se notaba. Rector estaba tendido sobre la alta hierba, junto a una tosca trampa –esperaba que cayese en ella un conejo, una marmota o, incluso, una ardilla de tierra– cuando, justo delante, a través de un hueco en la hierba, vio al caminante de pie, mirando alrededor. Después el hombre se acuclilló, abrió su mochila y se puso a hurgar en su interior. Rector lo miró durante un rato, después se deslizó hacia atrás, entre la hierba, antes de ponerse de pie de un brinco y correr de regreso al campamento, donde Big Papa estaba terminando de tomar un desayuno frío. Rector describió lo que había visto y los dos se dirigieron hacia el lugar donde estaba la trampa. El caminante todavía se encontraba allí, sacando cosas de la mochila y volviendo a guardar algunas de ellas. Mientras lo observaban, el hombre empezó a desvanecerse. Cuando se hubo disuelto por completo, oyeron de nuevo los pasos, que resonaban en una dirección indeterminada: detrás, a la izquierda, ahora a la derecha. ¿O era por encima? Después, de repente, se hizo el silencio. Rector se arrastró hacia delante; Big Papa también se arrastraba para ver lo que el caminante había dejado atrás. No habían avanzado dos metros cuando oyeron un ruido de pelea en la hierba. En la trampa, sin ayuda de cuerda o de mano, había una pintada. Se trataba de un macho, cuyo plumaje golpeaba contra el aro. Tras mirarse, la dejaron allí y se dirigieron hacia el lugar donde creían que encontrarían los objetos que había sacado de su mochila. No había nada a la vista. Sólo una depresión en la hierba. Big Papa se inclinó para tocarla. Apoyó la mano con fuerza sobre la hierba aplastada y cerró los ojos.

–Aquí dijo–. Éste es nuestro sitio.

Naturalmente, no lo era, al menos por el momento. Pertenece a una familia de indios reconocidos por el estado, y tenerla les costó un año y cuatro meses de negociaciones, de ofrecer su trabajo a cambio de la tierra.

Puesto que venían de una zona de vegetación exuberante, aquel espacio desmesurado en que la hierba les llegaba hasta las caderas podría haber hecho que se sintieran pequeños al ver más cielo que tierra. Para los Viejos Padres aquello era un símbolo de lujo: una amplitud de alma y de talla que suponía libertad sin fronteras y sin profundos bosques amenazadores en los que pudieran esconderse los enemigos. Allí, la libertad no era una diversión, como una feria o un baile que se celebra una vez al año, ni las sobras de la mesa de los que tenían derechos auténticos. Allí, la libertad era una prueba a la que el mundo natural los sometía y que un hombre debía superar a diario. Y si superaba suficientes pruebas durante el tiempo suficiente, era rey.

Quizá Zechariah ya no quisiera comer más conejo asado o carne de búfalo fría. Quizá, después de que los blancos los hicieran huir y los de color les negaran tierra para trabajar, quisiera establecerse de manera permanente en aquella tierra abierta, tan distinta de Luisiana. En cualquier caso, cuando instalaron viviendas temporales –cobertizos, refugios subterráneos– y transportaron madera en un carro tirado por dos caballos que los indios les habían prestado, Zechariah apremió a algunos de los hombres para que construyeran un horno para cocinar. Estaban orgullosos de que ninguna de sus mujeres hubiera trabajado nunca en la cocina de un hombre blanco ni hubiese alimentado a un niño blanco. Aunque el trabajo del campo era más duro y no tenía la menor consideración social, creían que la violación de las mujeres que trabajaban en las cocinas de los blancos era, si no segura, por lo menos una posibilidad bien cierta, y ambas ideas les resultaban insoportables. De manera que cambiaron ese peligro por la relativa seguridad de un trabajo brutal. Fue eso lo que hizo que la idea de una “cocina” comunitaria resultase tan atractiva. Eran extraordinarios. Habían servido, cosechado, arado y comerciado en Luisiana desde 1755, cuando este estado incluía el actual de Misisipí; cuando lo fragmentaron, colaboraron en el gobierno de los nuevos estados entre 1868 y 1875, y a partir de entonces quedaron reducidos a mano de obra. Durante más de

doscientos años habían conservado el fruto de sus entrañas. No se habían negado nada mutuamente, no se habían inclinado ante nadie, sólo se habían arrodillado ante su Creador. Ahora, al recordar su vida y su obra, Steward se sentía más tranquilo, su determinación se fortalecía. ¿Qué pensarían Big Papa o Drum Blackhorse o Juvenal DuPres de aquellos cachorros que querían cambiar palabras de hierro batido?

El sol aún tardaría en salir y Steward no podía seguir cabalgando, de manera que hizo que Night girase en redondo y se dirigiera hacia la casa mientras él se preguntaba qué podría decir o hacer para impedir que Dovey pasara las noches en la ciudad. Era imposible dormir sin la fragancia de su cabello al lado.

En ese mismo momento, antes de que llegara la luz del amanecer, Soane estaba de pie en la cocina de la casa más grande de Ruby, susurrando a la oscuridad que se extendía al otro lado de su ventana.

—Cuidado, codornices. Deek quiere cazaros. Y, cuando vuelva, arrojará un morral lleno de vosotras a mi suelo limpio y dirá algo así como: «Aquí tienes la cena.» Orgullosa. Como si me diera un regalo. Como si estuvierais desplumadas, limpias y guisadas.

Dado que la cocina estaba inundada de la luz de los fluorescentes recién instalados, Soane no podía ver en la oscuridad del exterior mientras esperaba a que hirviese el agua de la tetera. Quería que la infusión tónica reposara adecuadamente antes de que su marido estuviese de regreso. Sostenía con la punta de los dedos uno de los preparados de Connie, un saquito doblado dentro de un paquete de papel encerado. Su contenido simbolizaba la segunda vez que Connie la había salvado. La primera había sido un error terrible. Tremendo. No, un error no: un pecado.

Le pareció que era medianoche cuando Deek salió de la cama y se puso ropa de caza. Pero cuando él bajó por las escaleras en calcetines, ella miró el reloj luminoso: las tres y media. Dos horas más de sueño, pensó; sin embargo, cuando se levantó eran las seis de la mañana, y tuvo que darse prisa. Preparar el desayuno, sacar la ropa de trabajo de Deek. No obstante, antes de todo eso, su tónico; ahora lo necesitaba más que nunca, porque el aire volvía a estar enrarecido. Había empezado a hacerse más tenue, como si estuviera gastado, dos semanas después de que mataran a Scout, antes de que enviaran su cadáver, cuando les comunicaron que Easter también había muerto. Eran niños. Uno diecinueve, otro veintiuno. Qué orgullosa y feliz estaba ella cuando se alistaron; los había animado a que lo hicieran. Su padre había estado en el ejército en los años cuarenta. Sus tíos también. Jeff Fleetwood ya había regresado de Vietnam, y tan entero como al marcharse. También Menu Jury había vuelto vivo, aunque parecía un poco alterado. Como una idiota,

había creído que sus hijos estarían seguros. Más seguros que en cualquier otro lugar de Oklahoma que no fuera Ruby. Más seguros en el ejército que en Chicago, adonde Easter quería ir. Más seguros que en Birmingham, que en Montgomery, en Selma, en Watts. Más seguros que en Money, Misisipí, en 1955, y en Jackson, Misisipí, en 1963. Más seguros que en Newark, Detroit, que en Washington, D. C. Ella creía que la guerra era más segura que cualquier ciudad de Estados Unidos. Ahora, tenía cuatro cartas sin abrir enviadas en 1968 y entregadas en la oficina de correos de Demby cuatro días después de que enterrara al último de sus hijos. Nunca había sido capaz de abrirlas. En 1968 estuvieron en casa con permiso para el día de Acción de Gracias. Habían pasado siete meses del asesinato de King, y Soane lloró como una Magdalena al verlos vivos. Sus chicos de bonita piel oscura, a los que nadie había disparado, linchado, molestado, encarcelado. «¡Mis ruegos han sido oídos!», gritó cuando bajaron del coche. Fue la última vez que los vio sanos y salvos. Connie le había vendido suficientes pacanas peladas para hacer dos pasteles de Acción de Gracias. Aquel día, había una chica con el coche estropeado y, aunque Soane la acompañó a comprar la gasolina que necesitaba para ir a donde se dirigía, la chica se había quedado. Aunque debió de marcharse a algún sitio antes de que la madre muriera, de lo contrario Connie no habría tenido que encender una hoguera en el campo. Nadie se habría enterado si no hubiera sido por la columna de humo negro. Anna Flood la vio, se acercó con el coche y trajo la noticia.

Soane tuvo que darse prisa, hablar con Roger, ir al banco para telefonar a unos desconocidos del norte, recoger comida de las mujeres del vecindario y guisar algunas cosas. Ella, Dovey y Anna lo llevaron todo, aunque sabían que sólo estarían ellas para comérsela. Deprisa, deprisa, porque el cadáver tenía que enviarse al norte. En hielo. Connie parecía rara, destrozada, y Soane la añadió a la lista de personas que le inquietaban. Junto con K. D., por ejemplo. Y Arnette. Y Sweetie. Y ahora se preocupaba por el horno. Según decía la gente, alrededor de él se reunían unos pocos jóvenes para beber cerveza de 3,2 grados de alcohol y habían dicho a los niños que gustaban de jugar por la zona que se marcharan a casa, o eso decían sus madres. Después, unas pocas chicas (que, según Soane, necesitaban un par de bofetadas), habían encontrado pretextos para quedarse allí. Como solían hacer Arnette y Billie Delia.

La gente decía que aquellos jóvenes necesitaban algo que hacer, pero Soane, que sabía que había mucho por hacer, no creía que fuera eso. Algo estaba sucediendo. Además de lo del puño, negro como el azabache, con las uñas rojas, pintado en la pared posterior del horno. Nadie se declaró autor, pero más sorprendente aún que esa ausencia de reconocimiento fue la negativa a quitarlo. Los chicos que estaban por ahí holgazaneando dijeron que no, que no lo habían hecho ellos, y que no, que no querían quitarlo. Aunque al final Kate Golightly y Anna Flood lo hicieron desaparecer con Brillo, disolvente y un cubo de agua caliente con jabón, durante cinco días los dirigentes del pueblo, furiosos, prohibieron a todo el mundo, excepto a los chicos, que lo borrarán. El puño de dedos doblados, con las puntas rojas y colocado de lado, no hacía arriba, dolió más que un golpe y duró más tiempo. Produjo un dolor persistente, odioso, que la limpieza llevada a cabo por Kate y Anna no logró borrar. Soane no podía entenderlo. No había blancos (moralizantes o malévolos) que los irritaran, que hiciesen que ensuciaran el horno y desafiasen a los adultos. Lo cierto era que los ciudadanos del lugar prosperaban, hacía más de una década que tenían una buena racha: buenos dólares a cambio del ganado, del trigo; se habían vendido los derechos de explotación del gas, se habían producido compras como consecuencia del petróleo y la correspondiente especulación. Sin embargo, durante la guerra, mientras Ruby prosperaba la rabia castigaba otras zonas como una enfermedad. Tiempos funestos, decía el reverendo Pulliam desde el púlpito de la Nueva Sión. Los últimos días, decía el pastor Cary en el Santo Redentor. No se dijo nada en la iglesia del Calvario porque la congregación todavía estaba esperando al nuevo predicador, que por fin llegó en 1970, con buenas noticias: «Venceré a tus enemigos ante tus ojos», dijo el Señor, Señor, Señor.

Eso había sido tres años antes. Ahora estaban en 1973. Su niña —¿era niña?— tendría diecinueve años si Soane no hubiera ido al convento a buscar la ayuda que el pecado siempre necesitaba. Poco tiempo después, mientras estaba junto al tendedero luchando contra el viento para tender las sábanas, Soane levantó la vista y descubrió a una señora en el patio. Llevaba un vestido de lana marrón, un gorrito de lino blanco anticuado y un cesto grande, y sonreía. Cuando la señora la saludó con la mano, Soane devolvió el saludo lo mejor que pudo, con la boca llena de pinzas, confiando en que un movimiento de la cabeza fuera suficiente. La señora dio media vuelta y se marchó. Soane advirtió dos cosas: el cesto estaba vacío, pero ella lo llevaba con las dos manos, como si estuviese lleno, lo cual, ahora lo sabía, era una señal de lo que iba a venir: un vacío que la aplastaría, una ausencia demasiado pesada. Y sabía quién había enviado a la señora para decirselo.

El siseo del vapor interrumpió su retahíla de lamentaciones. Soane echó agua caliente en una taza, sobre la bolsita de gasa. Puso un plato sobre la taza y dejó que el medicamento reposara.

Quizá deberían volver a hacer las cosas igual que cuando sus niños eran pequeños, cuando todo el mundo estaba demasiado ocupado construyendo, almacenando, cosechando, como para pelearse o tener malos pensamientos. Tal como eran las cosas antes de que se terminara la iglesia del Calvario. Cuando se bautizaba con agua potable. Hermosos bautismos, conmovedores, llenos de acordes mayores, lágrimas y la emoción de la salvación. El pastor sostenía a las niñas en sus brazos y las sumergía una por una en el agua recién bendecida, sin soltarlas. Conteniendo la respiración, los demás miraban. Conteniendo la respiración, las niñas salían, una por una. Sus ropas mojadas, blancas, se hinchaban en el agua iluminada por el sol. Con el pelo y el rostro chorreando, miraban el cielo antes de agachar la cabeza para oír la orden: «Ahora, vete.» Y, después, la tranquilizadora frase: «Hija mía, estás salvada.» La nota más suave vibraba, resonaba al chocar con el agua; otras notas procedentes de otras gargantas salían y se elevaban con la primera. Tres pájaros, ahora callados, intentaban aprender. Entonces, lentamente, cogidas de la mano, la cabeza apoyada en un hombro consolador, las benditas y salvadas caminaban por el agua hasta la orilla y se dirigían hacia el horno. Para secarse, abrazarse, felicitarse mutuamente.

Ahora, el Calvario contaba con una piscina interior; Nueva Sión y el Santo Redentor tenían pilas especiales para derramar un poco de agua sobre la cabeza erguida.

Aparte de los bautismos, el horno carecía de cualquier valor real. Lo que se necesitaba en los primeros días de Haven nunca había sido necesario en Ruby. Los camiones en que llegaron también traían cocinas. La carne que comían cloqueaba en el patio, o caía bajo el peso de una maza, o chillaba a través de un tajo en el cuello. A diferencia de lo que sucedía al principio en Haven, cuando se fundó Ruby la caza sólo era un juego. Las mujeres asintieron cuando los hombres desmontaron el horno, lo embalaron, lo trasladaron y volvieron a montarlo. En privado, sin embargo, lamentaban el espacio del camión que se le había destinado, donde podría haber más sacos de semillas, algún cochinillo o incluso la cuna de un niño. Lamentaban también las horas malgastadas en montarlo, horas que podrían haberse dedicado a colocar antes la puerta del retrete. Si la placa era tan importante —y, a juzgar por la parte de la reunión que había presenciado, Soane suponía que lo era—, ¿por qué no se habían limitado a llevársela suelta y dejar los ladrillos allí donde habían estado durante cincuenta años?

Oh, qué bien se lo pasaron los hombres montándolo de nuevo; qué orgullosos se sintieron, con qué dedicación se entregaron a ello. No era mala idea, pero la habían llevado demasiado lejos. Un objeto

funcional se había convertido en un santuario (el Levítico prevenía contra eso) y, como cualquier cosa que ofendía al Señor, destruía su propia esencia. Nadie mejor para advertirlo que los jóvenes caprichosos que lo habían transformado en otro tipo de horno. Un horno donde la carne que se calentaba era humana.

Cuando Royal y los otros dos, Descry y una de las hijas de Pious DuPres, solicitaron que se celebrara una reunión, rápidamente se les dijo que sí. Hacía años que nadie solicitaba una reunión de la población al completo. Todos, incluida Soane y Dovey, pensaron que los jóvenes empezarían por pedir disculpas por su conducta y después prometerían limpiar el lugar y conservarlo en condiciones. En lugar de ello, llegaron con un plan propio. Un plan que completaba lo que habían empezado los primeros. Royal, al que llamaban Roy, subió al estrado y, sin llevar ninguna nota con él, pronunció un discurso perfecto en todos los sentidos, aunque ininteligible. Nadie sabía de qué estaba hablando y los fragmentos comprensibles eran rematadamente disparatados. Dijo que estaban pasados de moda, que las cosas habían cambiado en todas partes menos en Ruby. Quería dar un nombre al horno, reunirse allí para hablar de lo hermosos que eran mientras se adjudicaban nombres feos. Como si no fueran americanos. Como si fueran africanos. Todo lo que Soane sabía acerca de África se limitaba a los setenta y cinco centavos que daba a la colecta de las misiones. Sentía el mismo interés por los africanos que éstos por ella, ninguno; pero Roy hablaba de ellos como si fueran vecinos o, peor aún, parte de la familia. Y hablaba de los blancos como si acabara de descubrirlos y pareciera creer que lo que había aprendido era una noticia de última hora.

Con todo, había algo más en su discurso. No se trataba de un argumento sobre el que pudiera estarse de acuerdo o en desacuerdo, sino de una especie de acusación velada. Contra los blancos, efectivamente, pero también contra ellos: la gente del pueblo que escuchaba, sus propios padres, abuelos, los mayores de Ruby. Como si hubiera un modo nuevo y más viril de tratar a los blancos. No como habían hecho los Blackhorse o los Morgan, sino un modo africano, lleno de palabras nuevas, combinaciones de color nuevas y nuevos cortes de pelo.

Sugerían que eludir a los blancos era una cobardía. Había que enfrentarse abiertamente, porque la vieja manera de relacionarse con ellos era lenta, estaba limitada a unos pocos y resultaba débil. Esta última acusación hizo que a Deek se le hinchara el cuello y que, en un día laborable, saliera a volarle el cerebro a las codornices para evitar que le estallara el suyo.

Estaba a punto de llegar con un morral lleno y, más tarde, ella le serviría una fuente Llena de medias codornices tiernas y doradas. Mientras el contenido de su taza reposaba, Soane se preguntaba si poner arroz o boniatos. Cuando bebía la última gota, la puerta trasera se abrió.

—¿Qué es eso?

Le gustaba cómo olía. A viento húmedo y hierba.

—Nada.

Deck arrojó el morral al suelo.

—Entonces, dame un poco.

—Vamos, Deek. ¿Cuántas?

—Doce. Dale seis a Sargeant. —Deek se sentó y, antes de quitarse la chaqueta, se desató las botas—. Tienes para dos cenas.

—¿K. D. ha ido contigo?

—No. ¿Por qué? —Deek gruñó a causa del esfuerzo de quitarse las botas.

Soane recogió las botas y las puso en el porche trasero.

—Últimamente, es difícil encontrarlo. Supongo que estará ocupado con algo.

—¿Me sirves café? ¿Con qué?

Soane olfateó el aire oscuro, comprobando su densidad.

—No lo sé exactamente, pero lleva zapatos de suela delgada.

—Supongo que andará detrás de algunas faldas. ¿Te acuerdas de la chica que se arrastró por la ciudad hace un tiempo y se quedó en ese convento?

Soane se volvió hacia él, con la lata de café apretada contra el pecho, mientras abría la tapa.

—¿Por qué dices «se arrastró»? ¿Por qué tienes que decir «arrastró» de esta manera? ¿Tú la viste?

—No, pero otros, sí.

—¿Y?

Deek bostezó.

—Y nada. Café, mujer. Café, café.

—Entonces, no digas que «se arrastró».

–De acuerdo. No se arrastró. –Deek rió y dejó caer la ropa de abrigo al suelo–. Llegó flotando.

–¿Qué le pasa al armario, Deek? –Soane miró los pantalones impermeables, la chaqueta negra y roja, la camisa de franela–. ¿Y qué se supone que significa eso?

–He oído que llevaba unos tacones de quince centímetros.

–Mentira.

–Y que volaba.

–Bien. Si todavía está en el convento, debe de ser buena chica. Deek se dio un masaje en los dedos de los pies.

–Eres parcial con las mujeres de ese sitio. Yo, en tu lugar, me andaría con cuidado. ¿Cuántas hay? ¿Cuatro?

–Tres. La señora mayor murió, ¿no te acuerdas?

Deek la miró, después apartó la vista.

–¿Qué señora mayor?

–La reverenda madre, quién sino.

–Ah, claro. Sí. –Deek siguió dándose un masaje en los pies para reactivar la circulación. Al cabo de un momento, se echó a reír–. La primera vez que Roger pudo usar su gran camioneta nueva.

–Ambulancia –lo corrigió Soane al tiempo que recogía la ropa.

–Al día siguiente, me pagó tres plazos. Espero que pueda pagar el resto. No hay suficientes enfermos ni muertos por aquí para justificar el cochecito enorme que se ha comprado.

Empezaba a oler a café y Deek se frotó las manos.

¿Le van mal las cosas? –preguntó Soane.

–Todavía no, pero, puesto que sus beneficios dependen de los enfermos y los muertos, pronto se arruinará.

–¡Deek!

–No pudo hacer nada por mis chicos. Enterrados en un saco como crías de gato.

–¡Tuvieron unos ataúdes preciosos! ¡Preciosos!

–Sí, pero dentro...

–Basta, Deek. Basta ya. –Soane se llevó la mano a la garganta.

–Espero que salga adelante. Si me voy antes que él, claro. En ese caso, bueno, ya sabes lo que tienes que hacer. Aunque no me imagino por nada del mundo en esa camioneta, pero quiero un ataúd de primera, para que él también obtenga algún beneficio. Ahora es Fleet quien tiene problemas. –Se acercó al fregadero y se enjabonó las manos.

–No es la primera vez que lo dices, ¿por qué?

–Las ventas por correo.

–Qué es eso? –Soane echó café en la gran taza azul que prefería su marido.

–Todas vosotras vais a Demby, ¿verdad? Cuando queréis un tostador o una plancha eléctrica, lo pedís por catálogo y vais a buscarlo. Y eso, ¿en qué situación lo deja a él?

–Fleet nunca tiene gran cosa. Y lo que tiene, lleva mucho tiempo en la tienda. La butaca del escaparate se ha desteñido hasta cambiar de color.

Ése es el motivo –dijo Deek–, si no puede vender la mercadería vieja, no puede comprar nueva.

–Antes no le iba mal.

Deek derramó un poco de café en el plato.

–Hace diez años. Cinco. –El charco oscuro tembló bajo su aliento–. Los chicos venían del Vietnam, se casaban, se instalaban. Dinero de la guerra. Las granjas iban bien, a todo el mundo le iba bien. –Sorbió el borde del platillo y suspiró con placer–. Ahora, bien...

–No lo entiendo.

–Yo sí. –Deek le dirigió una sonrisa–. No hace falta que lo entiendas.

Ella no había querido decir que no entendiera de qué le estaba hablando. Quería decir que no entendía por qué no se preocupaba lo bastante por los problemas monetarios de sus amigos como para ayudarlos. Por qué, por ejemplo, Menus no había podido quedarse con la casa que había comprado. Pero Soane no intentó explicárselo; se limitó a mirar atentamente su cara. Torsa, todavía hermosa tras veintiséis años y, ahora, resplandeciente de satisfacción. El haber disparado bien aquella mañana lo había

tranquilizado y devolvía las cosas al lugar donde debían estar. El café tenía el color y la temperatura adecuados. Y más tarde, ese mismo día, las codornices sin cerebro se fundirían en su boca.

Siempre que el tiempo lo permitía, Deacon Morgan cogía su brillante sedán negro para recorrer poco más de un kilómetro. Desde su casa, situada en St. John Street, giraba en la esquina hacia Central Avenue, dejaba atrás las calles Luke, Mark y Matthew, y aparcaba pulcramente delante del banco. La tontería que suponía ir en coche a un lugar donde podía ir andando en menos tiempo del que tardaba en fumarse un puro quedaba compensada, bajo su punto de vista, por la importancia del gesto. El coche era grande y todo lo que hiciese en él era digno de comentario: cómo lo lavaba y enceraba él mismo, sin permitir que lo tocara K. D. ni ningún joven con iniciativa; cómo mascaba los cigarrillos en él, sin encenderlos; cómo nunca se apoyaba en él, pero si uno sostenía una conversación cerca del coche, se dedicaba a pasar los dedos por la capota para quitar motas de polvo que sólo él veía y frotar manchas invisibles con el pañuelo. Se reía con sus amigos de su vanidad, porque sabía que la gracia que les hacía esa debilidad iba pareja con el respeto que les inspiraba el modo mágico en que él y su gemelo acumulaban dinero. Su sabiduría profética. Su memoria, que abarcaba toda clase de recuerdos, el más poderoso de los cuales era uno de los primeros.

Recordaba que, cuarenta y dos años antes, había luchado por tener un poco de espacio en la ventanilla trasera del Ford T de su padre, Big Daddy Morgan, para decir adiós con la mano a su madre y a su hermanita, Ruby. El resto de la familia –papá, el tío Pryor, su hermano mayor, Elder, y Steward, su gemelo– estaba apretujado entre dos grandes cestas de comida. El viaje que iban a emprender duraría días, quizá dos semanas. El Segundo Gran Viaje, había dicho su padre. El Último Gran Viaje, añadió entre risas el tío Pryor.

El primero había sido en 1910, antes de que nacieran los gemelos, mientras Haven todavía luchaba por sobrevivir. Big Daddy Llevó a su hermano Pryor y a su primogénito, Elder, por todo el estado, e incluso más allá, para examinar, repasar y juzgar otras ciudades habitadas por gente de color. Tenían intención de visitar dos fuera de Oklahoma y cinco dentro: Boley, Langston City, Rentiesville, Taft, Clearview, Mound Bayou y Nicodemus. Al final, sólo llegaron a cuatro. Big Daddy, el tío Pryor y Elder hablaron sin cesar de ese viaje, del modo en que habían hablado de igual a igual con predicadores, farmacéuticos, tenderos, doctores, directores de periódico, maestros de escuela, banqueros. Conversaron acerca de la malaria, el proyecto de ley sobre la bebida, la amenaza de los inmigrantes blancos, los problemas con los indios creek liberados, la honradez de los tenderos que cobraban precios abusivos, la utilidad del estudio de la Biblia, la necesidad de recibir una formación técnica, las consecuencias de que un territorio tuviera la categoría de estado, las tiendas de los indios y la violencia de los blancos, tanto fortuita como organizada, que giraba alrededor de ellos. se detuvieron junto a los campos de maíz, caminaron entre hileras de algodón. Visitaron imprentas y aserraderos; precisaron clases de dicción y ceremonias religiosas; observaron métodos de irrigación y sistemas de almacenamiento. Sobre todo, miraron tierras, casas, carreteras.

Once años más tarde Tulsa estaba destruida y habían desaparecido varias de las ciudades que Big Daddy, Pryor y Elder habían visitado. Pero en 1932, contra todos los contratiempos, Haven prosperaba. La crisis de 1929 no la había afectado: los ahorros personales eran importantes, el banco de Big Daddy Morgan no había corrido riesgos (en parte, porque los banqueros blancos no habían permitido que se integrara en su sistema, y en parte también por que las acciones suscritas habían estado bien protegidas) y las familias lo compartían todo y garantizaban que todo el mundo tuviera lo suficiente. ¿Que se echaba a perder la cosecha de algodón? Los cultivadores de sorgo repartían sus beneficios con los del algodón. ¿Que ardía una cabaña? Los leñadores se aseguraban de que unos cuantos troncos cayeran «accidentalmente» de los carros en determinados lugares para que, esa misma noche, alguien los recogiera. ¿Que los cerdos hozaban en el huerto del vecino? Todo el mundo Le ofrecía algo y se le aseguraba un jamón el día de la matanza. Antes de que quien se había herido la mano cortando leña hubiera tenido tiempo de cambiarse el vendaje, una fila de troncos cortados aparecía delante de su casa. Después de que el mundo los rechazara en 1890 en su viaje a Oklahoma, los residentes de Haven no se negaban nada los unos a los otros y permanecían atentos a cualquier necesidad o estado de escasez.

Los Morgan no reconocían que se alegraran del fracaso de algunas de estas ciudades habitadas por gente de color, aunque llevaban el rechazo de 1890 como una bala en la cabeza. Se limitaban a comentar el misterio de la justicia de Dios y decidieron llevar a los jóvenes gemelos a hacer otro viaje para verlo por sí mismos.

Lo que vieron fue, en ocasiones, triste; en otras, no vieron nada. Y Deek se acordaba de todo. Poblaciones que parecían barrios de esclavos, trasladadas a otro lugar. Ciudades embriagadas por la riqueza. Otras poblaciones que simulaban dormir mientras escondían su dinero, certificados y escrituras en casas sin pintar y calles sin asfaltar.

En una de las poblaciones prósperas, Steward y él observaron a diecinueve mujeres negras colocarse en los escalones del ayuntamiento. Llevaban trajes de verano de telas delicadas y suaves como no habían visto nunca. La mayoría eran de color blanco, pero había dos de color amarillo limón y uno de color salmón. Llevaban sombreritos pálidos de color beige, rosa viejo, azul pastel, que hacían resaltar los ojos grandes y brillantes de sus portadoras. Las cinturas no eran mucho más anchas que sus cuellos. Mientras reían y bromeaban, se acicalaban ante un fotógrafo que sacaba la cabeza de debajo de un trapo negro sólo para volver a esconderla. Después de posar para la foto, las señoras se separaron en pequeños grupos y caminaron cogidas del brazo mientras doblaban sus cinturas diminutas al reír. Una se colocaba el broche de otra; dos intercambiaban su bolso. Los esbeltos pies giraban y se ladeaban dentro de zapatos de piel. Su cutis, terso y luminoso bajo el sol de la tarde, los dejó sin aliento. Unas cuantas de las más jóvenes cruzaron la calle y caminaron junto a la valla, cerca, muy cerca, de donde él y Steward estaban sentados. Se dirigían hacia un restaurante situado ahí mismo. Deek oyó voces musicales, quedas, llenas de diversión y secretos, y, en su estela, una ráfaga de olor a verbena. Los gemelos ni siquiera se miraron. Sin una palabra, se pusieron de acuerdo en saltar de la valla. Mientras forcejeaban en el suelo, estropeándose el pantalón y la camisa, las mujeres negras se volvieron para mirar. Deek y Steward obtuvieron las sonrisas que buscaban antes de que Big Daddy interrumpiera su conversación y saliera del porche para agarrar a sus hijos por el fondillo del pantalón, llevarlos en volandas hasta el porche y darles un bastonazo en el trasero.

Todavía recordaba el olor a verbena con nitidez; todavía le gustaban los vestidos veraniegos, la piel tersa iluminada por el sol. Si él y Steward no hubieran saltado de la valla, se habrían echado a llorar. Así pues, entre los vívidos detalles del viaje, la pena, la terquedad, la astucia, la riqueza—, la imagen que Deek guardaba de las diecinueve mujeres veraniegas era distinta de la del fotógrafo. Su recuerdo era en tonos pastel, y eterno.

La mañana siguiente a la reunión celebrada en la iglesia del Calvario, satisfecho por el número de aves cazadas y, más que cansado, estimulado por haber dormido poco, decidió inspeccionar el horno antes de abrir el banco. De manera que, al llegar a Central Avenue, giró hacia la izquierda en lugar de hacerlo hacia la derecha y pasó por delante de la escuela, situada al oeste, ante la tienda de comestibles de Ace, la de muebles y electrodomésticos de Fleetwood, y varias casas situadas al este. Cuando llegó al horno, lo rodeó. Con la excepción de unas latas de refrescos y algún papel que se había escapado del cubo de la basura, no había nada en el lugar. Ningún puño. Ningún chico ocioso. Tendría que hablar con Anna Flood, ahora dueña de la tienda de Ace, para que fuera a limpiar las latas y la basura procedente de compras hechas en su tienda. Eso era lo que Ace, su padre, acostumbraba a hacer. Barría aquel lugar como si de su propia cocina se tratara: por dentro, por fuera y, si se le hubiera permitido, habría barrido la calle. Cuando volvía hacia Central Avenue, Deek vio el destartado Ford de Misner aparcado frente a la tienda de Anna. Más adelante, a la izquierda, un grupo de alumnos recitaba un poema que él también había aprendido de memoria, aunque le bastó con oír una sola vez los versos de Dunbar para recordarlos siempre. Cuando él y Steward se alistaron, tuvieron que aprender muchas cosas, desde cómo anudarse la corbata del uniforme hasta el modo de preparar la mochila. Y, como en la escuela de Haven, habían sido los primeros en entenderlo todo, en recordarlo todo. Sin embargo, nada de aquello era tan bueno como lo que habían aprendido en casa, sentados en el suelo de una habitación iluminada por el fuego que ardía en la chimenea, escuchando historias de la guerra; historias de grandes migraciones, de quiénes las hicieron y quiénes no; de los fracasos y triunfos de hombres inteligentes, de su miedo, su valor, su confusión; historias de amor profundo y permanente. Todas estaban en el libro que tenían. Cubiertas negras con letras doradas; las páginas, más delgadas que las hojas jóvenes, que los pétalos. El lomo deshilachado hasta dejar a la vista el interior en la parte superior, las esquinas con la piel fina y desgastada. Las grandes palabras, que al principio resultaban extrañas, se hicieron familiares y, cuanto más las oían, más suyas las hacían y más peso e hipnótica belleza adquirían.

Mientras Deek circulaba hacia el norte por Central Avenue, esa calle y las laterales le parecían tan satisfactorias como siempre. Casas silenciosas, blancas y amarillas, llenas de actividad; y, en ellas, elegantes mujeres negras dedicadas a tareas útiles; armarios ordenados sin excesos ni mezquindades; la ropa limpia, lavada y planchada a la perfección; buena carne sazónada y preparada para asar. Y ni por un momento permitiría que K. D. o la ociosidad de los jóvenes alterara esa imagen.

Era todo muy distinto de los primeros tiempos de Haven, y su abuelo se habría burlado de sus comodidades: podían comprar propiedades con dólares en efectivo, en lugar de tener que trabajar durante años para conseguirlas. Se habría sentido azorado ante unos nietos que trabajaban doce horas durante cinco días a la semana, en lugar de las dieciocho o veinte horas diarias que la gente de Haven había necesitado en otros tiempos sólo para sobrevivir; hombres que no cazaban codornices por diversión, sino apremiados por la necesidad de sentar a una mujer y ocho hijos a la mesa sin sentirse avergonzados. Y sus ojos fríos y legañosos habrían mirado con recelo el horno, que ya no era un lugar de reunión para informar sobre lo que se había hecho o lo que se necesitaba; sobre enfermedades, nacimientos, muertes,

idas y venidas. El horno que había presenciado cómo los bautizados entraban en la vida santa, ahora se limitaba a contemplar a los jóvenes perezosos. Dos de los hijos de Sargeant, tres de Poole, dos de Scawright, dos de Beauchamp, un par de DuPres, las hijas de Sue y de Pious. Incluso Arnette y la hija única de Pat Best se entretenían por ahí. Y todos ellos deberían estar en otro sitio cortando leña, haciendo conservas, zurciendo, recolectando. Los ladrillos del horno que, uno por uno, habían oído cantar acordes glorificando Su nombre, ahora se veían sometidos a la música de la radio, música grabada, música que ya estaba muerta cuando se filtraba a través del cable negro que llegaba desde la tienda de Anna hasta el horno, como si fuera una serpiente. Pero su abuelo también habría estado contento. Los adultos y los niños ya no se reunían por las noches para garrapatear letras y números con guijarros en trozos de pizarra, para aprender a leer de los que sabían, porque también había una escuela. No era tan grande como la que habían construido en Haven, pero estaba abierta durante ocho meses al año y no tenían que mendigar dinero al estado para mantenerla. Ni un centavo.

Y, exactamente como había predicho Big Papa, si permanecían juntos, si trabajaban, rezaban y se defendían juntos, nunca serían como Down, Lexington, Sapulpa o Gans, donde las personas de color se habían visto expulsadas de la noche a la mañana. Ni tampoco estarían entre los muertos y mutilados de Tulsa, Norman, Oklahoma City, por no hablar de las víctimas de las palizas injustificadas, de los asesinatos y la despoblación generada por los incendios provocados. Exceptuando alguna grieta aquí o allá, en Ruby todo estaba intacto. Era ocioso preguntarse si había sido un error trasladar el horno; si se necesitaba su suelo original como cimiento para obtener el respeto y el sano uso que le correspondía. No. No, Big Papa. No, Big Daddy. Hicimos lo que había que hacer.

Deek se tranquilizó con más empeño que confianza, porque cada vez se sentía más inquieto por Soane. No era nada en concreto, sólo la sensación de estar perdiendo terreno. Compartía su tristeza, creía sentir la pérdida de sus hijos de modo tan profundo e intenso como ella, aunque él sabía más cosas. Él, como la mayoría de los Morgan, había luchado en la guerra, lo que equivalía a decir que había visto la muerte en directo. La había visto cuando era infligida a otros; cuando el la infligía a otros. Sabía que los cadáveres no caían al suelo, que la mayoría volaba en pedazos y que lo que les habían enviado en aquellos ataúdes, lo que recogieron en el andén de Middleton era un montón de trozos que pesaba la mitad de lo que correspondía a un chico de diecinueve años. Easter y Scout estaban en unidades integradas, y si Soane pensaba en ello podría considerarse afortunada al saber que todo lo que faltara o sobrara era de hombres negros: una cortesía y una norma que el personal sanitario intentaba aplicar por miedo a añadir un muslo y un pie blancos a una cabeza negra. Si Soane sospechara lo probable... Lamentaba haber metido la pata mientras tomaba café y haber mencionado algo que Roger era incapaz de hacer. No quería que imaginase siquiera la pregunta que le había formulado a Roger: primero con Scout, después con Easter: ¿todos los trozos son negros? Cuando lo que quería decir era, si no lo son, tira los trozos blancos. Roger le garantizó la homogeneidad racial y los regios ataúdes fueron tanto muestra de la gratitud de Morgan como un bálsamo para Soane. Con todo, el vestigio de aquella pérdida parecía ir acumulándose de un modo que no lograba controlar. Desconfiaba de la medicina que tomaba y, desde luego, desconfiaba del origen de ésta. Pero no podía reprochar nada a su conducta. Era tan bonita como podía serlo una mujer buena; llevaba bien su hogar y hacía buenas obras en todas partes. De hecho, era más generosa de lo que él quisiera, pero eso apenas constituía un motivo de queja. No podía hacerse nada. Soane llevaba la carga de la pérdida de dos hijos; él, de todos los hijos.

Puesto que su gemelo no tenía descendencia, los Morgan habían llegado al final de su línea sucesoria. Bueno, sí, estaban los hijos de Elder: una bandada que se posaba en cualquier sitio, excepto en casa, algunos de los cuales iban de visita a Ruby durante una semana que terminaban abreviando, deseosos de marcharse de una paz que encontraban aburrida, una laboriosidad que les parecía tediosa y un calor que les resultaba ofensivo. De manera que era inútil pensar siquiera en ellos como parte del linaje legítimo de los Morgan. Él y Steward eran herederos más auténticos, y ahí estaba la población de Ruby como prueba de ello. ¿Quiénes que no fuesen los herederos adecuados habrían repetido exactamente lo que Zechariah y Rector habían hecho? Sin embargo, dado que parte de la obligación consistía en multiplicarse, no resultaba sencillo aceptar que K. D. era la única manera de hacerlo. K. D., hijo de una hermana y del paisano al que la entregaron. Estaba acostumbrado a que cada vez que pensaba en ella se le hiciese un nudo en el pecho. Ruby. Aquella muchacha dulce, sencilla, que él y Steward habían protegido durante toda su vida. Se puso enferma en el transcurso del viaje; pareció curarse, pero recayó de nuevo rápidamente. Cuando resultó evidente que necesitaba que la viese un médico, no hubo manera de encontrarlo. La llevaron en coche a Demby, y de ahí hasta Middleton. A la gente de color no se les permitía la entrada en las salas hospitalarias. Ningún médico quería atenderlos. Cuando llegaron al segundo hospital, había perdido el control y la conciencia. Murió en el banco de la sala de espera mientras la enfermera buscaba un médico que la examinase. Cuando los hermanos se enteraron de que en realidad la enfermera había estado intentando encontrar un veterinario, cogieron en brazos a su hermana muerta y lloraron durante todo el camino de regreso a casa. Ruby fue enterrada, sin que se beneficiara de ello ninguna funeraria, en un bonito rincón del rancho de Steward, y fue entonces cuando llegaron a un acuerdo.

Una plegaria en forma de trato, ni más ni menos que con Dios, que Él pareció cumplir hasta 1969, cuando Easter y Scout fueron enviados a casa. Después de eso, entendieron mucho mejor los términos y las condiciones del trato.

Quizás, en 1970, hubiesen cometido un error al desanimar a K. D. y a la hija de Fleet. Estaba embarazada, pero, si esto era cierto, tras una breve estancia en ese convento seguro que había dejado de estarlo. A los tíos de K. D. les preocupaba la descendencia de los Fleetwood y, además, había otras candidatas adecuadas. Pero K. D. seguía tonteando con una de las perdidas que vivía allí donde la entrada al infierno era amplia, y había llegado la hora de comunicarle que no todos los burdeles tenían una luz roja en la ventana.

Había frenado delante del banco cuando advirtió delante de él la presencia de una figura solitaria. La reconoció de inmediato, pero aun así la miró atentamente porque, en primer lugar, no llevaba prenda de abrigo y, en segundo lugar, hacía seis años que no la veía fuera de su casa.

Central Avenue tenía cinco kilómetros bien nivelados de asfalto, empezaba en el horno y terminaba en la tienda de alimentación y semillas de Sargeant. Las cuatro calles laterales, situadas al este de la avenida, debían su nombre a los Evangelios.

Cuando fue necesario construir una quinta calle, se llamó St. Peter. Más tarde, a medida que Ruby crecía, fueron abriéndose calles al oeste de Central Avenue, y aunque estas nuevas calles eran prolongaciones de las del este, situadas al otro lado de la avenida, se les adjudicaron nombres secundarios. De manera que a St. John Street, situada al este, le correspondía la Cross John Street al oeste. St. Luke se convenía en Cross Luke. A todo el mundo le gustó la sensatez de la idea, especialmente a Deek, y había sitio para más casas (financiadas, en caso de ser necesario, por el banco de los hermanos Morgan), en los solares y los terrenos situados tras las ya construidas.

La mujer que Deek estaba contemplando parecía haber salido de Cross Peter Street y dirigirse hacia la tienda de Sargeant, pero no se detuvo allí, sino que caminó decididamente hacia el norte, donde Deek sabía que no había nada en veintisiete kilómetros. ¿Qué hacía Sweetie, la más dulce de las muchachas, llamada así por su carácter, caminando sin abrigo en una gélida mañana de octubre, tan lejos de su casa, de la que no salía desde 1967?

Un movimiento en el retrovisor atrajo su atención, y reconoció el pequeño camión rojo que venía del sur del país. Su conductor seguramente era Aaron Poole, que llegaba tarde, como Deek había previsto, para hacer efectivo el último pago de su préstamo. Tras sopesar la posibilidad de dejar que Poole esperara y seguir adelante para pillar a Sweetie, Deek apagó el motor. July, su empleado y secretario, no llegaría hasta las diez. El banco de una población buena y sería jamás debía abrir con retraso.

—Mira. Mira, lo dijo Anna Flood.

El sedán de Deek pasaba lentamente por delante de su tienda tras rodear el horno.

—¿Por qué tendrá que rondar de esta manera?

Richard Misner levantó la vista de la estufa de leña.

—Sólo está mirando si todo va bien —dijo, y siguió preparando el fuego—. —Está en su derecho, ¿no? Es como si el pueblo fuera suyo, ¿no? Suyo y de Steward.

—No. Pueden actuar como si lo fuera, pero no lo es.

A Misner le gustaba el fuego bien vivo y así sería el que estaba preparando.

—Bueno, lo fundaron, ¿no?

—¿Quién te ha contado eso? —Anna se apartó de la ventana y se dirigió hacia la escalera trasera que llevaba a su piso. Puso una cacerola con restos de carne y cereales bajo la escalera. La gata, a la cual la maternidad había convertido en una fiera, le lanzó una mirada de advertencia—. Esta ciudad la fundaron quince familias. Quince, no dos. Uno de los fundadores fue mi padre; otro, mi tío...

—Ya sabes a qué me refiero —la interrumpió Misner.

Anna escudriñó la oscuridad, intentando ver la caja donde estaban los gatitos.

—No, no lo sé.

El dinero —dijo Misner—. Los Morgan tenían el dinero. Podría decirse que financiaron el pueblo, no que lo fundaron.

La gata no comería si la miraba, de manera que Anna desistió de echar un vistazo a los gatitos y volvió junto a Richard Misner.

–En esto también te equivocas. Todo el mundo arrimó el hombro. La idea del banco sólo fue una manera de hacerlo. Las familias compraron acciones en lugar de limitarse a hacer depósitos que podrían gastarse en cualquier momento. De esta manera, su dinero estaba a salvo.

Misner asintió y se secó las manos. No quería volver a discutir. Anna se negaba a entender la diferencia entre invertir y cooperar. Igual que se negaba a creer que la estufa de leña calentara más que su pequeña estufa eléctrica.

–Los Morgan tenían los recursos, eso es todo –prosiguió ella–. Del banco de su padre, en Haven. Mi abuelo, Able Flood, era su socio. Todo el mundo lo llamaba Big Daddy, pero su verdadero nombre era...

–Ya lo sé, ya lo sé. Rector. Rector Morgan, conocido también como Big Daddy. Hijo de Zechariah Morgan, a quien toda la cristiandad llamaba Big Papa. –A continuación citó una frase que a los ciudadanos de Ruby les gustaba repetir–: “El banco de Rector fracasó, pero él no..”

–Es cierto. El banco tuvo que cerrar a principio de los años cuarenta, pero no liquidó. Quiero decir que tenían suficiente para que todos pudiéramos empezar de nuevo. Ya sé lo que estás pensando, pero no se puede decir que las cosas no fueron bien. Aquí la gente prospera. Todo el mundo.

–Todo el mundo prospera a base de créditos, Anna. No es lo mismo.

–¿Y qué?

–¿Qué pasa cuando desaparece el crédito?

–No puede desaparecer. Nosotros no pertenecemos al banco, sino que el banco nos pertenece a nosotros.

–Vamos, Anna. No lo ves, ¿verdad? No lo entiendes.

A Anna le gustaba su cara incluso cuando humillaba a la gente que ella quería. Por ejemplo, a Steward, a quien parecía despreciar. Fue Steward quien le enseñó la lección del escorpión. Un día, cuando Anna tenía cuatro años, estaba sentada en el nuevo porche de la tienda de su padre –corría el año 1954 y todo el mundo estaba construyendo algo–, cuando un grupo de hombres, entre los que se encontraba Steward, ayudaba a Ace Flood, su padre, a terminar de colocar las repisas. Estaban dentro, descansando tras una comida rápida, mientras Anna se dedicaba a desbaratar el camino que trazaban las hormigas en los escalones: introducía obstáculos a su paso, las observaba trepar sobre el filo de una hoja y seguir como si la montaña verde fuera una parte inevitable de su viaje. De repente, un escorpión salió disparado hacia sus pies descalzos y ella entró corriendo en la tienda, con los ojos desorbitados. La conversación se interrumpió mientras los hombres ponderaban aquella irrupción infantil, y fue Steward quien la cogió en brazos y le quitó el miedo al preguntarle: «¿Qué te pasa, bonita?» Anna abrazó a Steward, quien le explicó que el escorpión levantaba la cola porque estaba tan asustado de ella como ella de él. En Detroit, cuando veía a aquellos policías con cara de niños manejar armas, se acordaba de la rígida cola del escorpión. En una ocasión, le preguntó a Steward cómo era ser gemelo.

–No podría decirlo –contestó él–, porque nunca he sido uno solo, pero supongo que uno se siente más completo.

–¿Como si nunca pudieras estar solo?

–Bueno, sí, algo así, pero más bien... superior.

Cuando Ace murió, ella volvió a Ruby, y estaba a punto de venderlo todo –la tienda, el piso, el coche, todo– y regresar a Detroit, cuando él llegó al pueblo, solo, al volante de su destartado Ford. Era pastor de la iglesia del Calvario.

Anna cruzó los brazos sobre el mostrador de madera.

Soy dueña de esta tienda. Mi padre murió, es mía. No pago alquiler. Nada de hipotecas. Sólo impuestos, los municipales. Compró cosas; vendo cosas; el beneficio es mío.

–Tienes suerte. ¿Y qué pasa con las granjas? Imagina que la cosecha va mal, pongamos, durante dos años seguidos. ¿La vieja señora Sands o Nathan DuPres irán a recuperar sus acciones? ¿Las ofrecerán como garantía para un préstamo? ¿Se las venderán al banco? ¿Qué harán?

–No sé lo que harán, pero lo que sé es que el banco no gana nada si ellos las pierden. De manera que les darían dinero para que compraran más semillas, guano, lo que fuera.

–Quieres decir que les prestarían dinero.

–Estás haciendo que me duela la cabeza. Tal vez eso sea cierto en el lugar de donde vienes, pero Ruby es diferente.

–Eso espero.

–Lo es. Si se está cocinando algún problema, estoy segura de que no tiene nada que ver con el dinero.

–Bien, ¿y cuál es?

–Es difícil de imaginar, pero no me gusta la cara de Deek cuando examina el horno. Ahora lo hace cada nuevo día que el Señor nos da. Es como si en lugar de asegurarse de que todo va bien, estuviese a la caza. Sólo son niños.

–Esa pintada asustó a mucha gente.

–¿Por qué? ¡No era más que un dibujo! ¡Ni que hubieran quemado una cruz! –Enfadada, se puso a pasar un trapo por las jarras, la parte delantera de las cajas, la nevera de los refrescos–. Debería hablar con los padres en lugar de ir detrás de los chicos como si fuera el sheriff. Los chicos necesitan algo más que lo que hay aquí.

Misner estaba totalmente de acuerdo. Desde el asesinato de Martin Luther King, se habían jurado nuevos compromisos, se habían introducido leyes, pero en su mayor parte eran decorativas: estatuas, nombres de calles, discursos. Era como si, tras empeñar algo valioso, hubiera perdido el resguardo. Destry, Roy, Little Mirth y los demás buscaban precisamente eso. Quizás el pintor del puño también lo estuviese buscando. En cualquier caso, si no encontraban el resguardo siempre podían entrar a la fuerza en la casa de empeños. La pregunta fundamental era quién lo había empeñado y por qué.

–Me has contado que te marchaste por ese motivo, no había nada que hacer, pero nunca me has dicho por qué volviste.

Anna no estaba dispuesta a explicárselo, de manera que le habló de lo que ya sabía.

–Sí, bueno, pensaba que tal vez me fuese bien en el Norte, que haría algo interesante. Pero no sé, todo era hablar y dar vueltas. Me sentía confusa. De todas maneras, no me arrepiento de haber pasado una temporada allí, aunque no saliera bien.

–Bien, fuera cual fuese el motivo, me alegro de que no saliera bien –dijo él, acariciándole la mano.

Anna correspondió a su caricia.

–Estoy preocupada –dijo–. Por Billie Delia. Se nos tiene que ocurrir alguna cosa, Richard. Algo más que concursos de canto coral y clases sobre la Biblia, premios para las verduras más grandes y fiestas para niños...

–¿Qué le pasa?

No lo sé. Vino hace un tiempo y enseguida me di cuenta de que le pasaba algo, pero el camión con la mercancía llegaba tarde y hablé poco con ella.

–¿Y qué significa todo eso?

–Se ha ido. O al menos eso creo. Nadie la ha visto.

–¿Y qué dice su madre?

Anna se encogió de hombros.

–Es difícil hablar con Pat. Kate le preguntó sobre Billie Delia, no la había visto en los ensayos del coro. ¿Y sabes qué contestó? Pues con otra pregunta –Anna imitó la voz suave y fría de Pat Best–: «¿Y para qué necesitas saberlo?» Ella y Kate son amigas.

–¿Crees que va a meterse en algún lío? No es posible que desaparezca sin que nadie sepa adónde ha ido.

–No sé qué pensar.

–Habla con Roger. Él debería saberlo. Es su abuelo.

–Yo no voy a preguntárselo. Hazlo tú.

–Dime, ¿qué pasa con Roger? Llevo casi tres años aquí y no logro entender por qué la gente se queda paralizada delante de él. ¿Es por lo de la funeraria?

–Probablemente. Eso y..., bueno, «preparó» a su mujer, no sé si me entiendes.

–Ah.

–Da que pensar, ¿no?

–De todos modos...

Permanecieron callados durante un momento, pensando en ello. Después, Anna rodeó el mostrador y se detuvo delante de la ventana.

–Sabes?, siempre aciertas con el tiempo. Es la tercera vez que no te creo y me equivoco.

Misner se acercó a ella. Bastaba tocar el cristal para comprobar que la temperatura había descendido repentinamente a casi diez bajo cero.

–Adelante, enciéndela –dijo ella, riendo feliz de equivocarse si eso hacía que el hombre que adoraba tuviera razón.

Otras mujeres de la iglesia reprobaban el obvio interés que él sentía por ella –por ella y nadie más–, y Pat Best disimulaba con habilidad el interés que sentía por él. Sin embargo, Anna pensaba que tal vez aquello ocultara algo más que los planes que habían hecho para aquel hombre guapo e inteligente y sus diversas hijas y sobrinas. Estaba segura de que parte de la desaprobación se debía a que llevaba el cabello sin alisar. Cielo santo, las conversaciones que se había visto obligada a mantener cuando volvió de Detroit. Investigaciones invasoras, tontas, extrañas. Se sentía como si estuvieran discutiendo sobre el vello de su pubis o sus axilas. Si hubiera recorrido la calle completamente desnuda, sólo habrían hablado de su cabello. El tema suscitaba más pasión, provocaba más opiniones y rabia que la prostituta que Menus había llevado a su casa desde Virginia. Habría terminado por estirárselo de nuevo –no se trataba de un cambio permanente ni de una declaración de principios– si no hubiera sido porque le sirvió para aclarar mucho las cosas en un momento en que se sentía confusa. Gracias a ello distinguió rápidamente a los amigos de quienes no lo eran, reconoció a los bien educados, los groseros, los amenazados, los inseguros. A Dovey Morgan le gustó; Pat Best lo encontró horrible; Deek y Steward negaron con la cabeza; a Kate Golightly le gustaba y la ayudaba a mantenerlo bien peinado; el reverendo Pulliam le dedicó un sermón entero; K. D. se echó a reír al verlo y los jóvenes, a excepción de Arnette, lo admiraban. Tenía la sensación de que su cabello registraba, como si fuera un contador Geiger, la tranquilidad o la intensidad de un desorden profundo y ruidoso.

El fuego, que olía maravillosamente, atrajo a la madre gata, que se enroscó delante de la estufa, aunque sus ojos permanecían vigilantes ante los depredadores, fueran humanos o de cualquier otro tipo.

–Voy a hacer un poco de café –dijo Anna, mirando hacia las nubes situadas sobre el Sagrado Redentor–. Esto podría ir en serio.

La fe de Ace Flood era de las que mueven montañas, de manera que había construido su tienda para que durara. De piedra arenisca. Más sólida que algunas iglesias. En el piso superior, cuatro habitaciones para su familia; en la planta baja, un amplio almacén, un dormitorio diminuto y una zona dedicada a la venta, de cuatro metros y medio de altura, llena de estantes, latas, cajas y cajones. Las ventanas eran del tamaño normal para una casa: no quería ni necesitaba un escaparate; nada de gran cristalera para mirar dentro. Que la gente entrara a ver lo que tenía. No tenía mucha variedad, pero tenía mucho almacenado. Antes de morir, vio que su tienda dejaba de ser un servicio necesario en Ruby y se convertía en un negocio dirigido a las personas leales a artículos concretos, aunque éstas se quejaban de sus precios y cada vez más tendían a ir en camioneta a Demby para comprar mercancías más baratas (y mejores). Anna lo cambió todo. Lo que ahora le faltaba a la tienda de Ace en cuestión de cantidad de mercaderías almacenadas lo había ganado en variedad y estilo. Cuando hacía frío, ofrecía café, y, en los días de calor, té helado. Había puesto dos sillas y una mesita para que los mayores y los que acudían en coche desde las granjas descansaran un rato. Y como los adultos ya no frecuentaban el horno situado junto a la tienda –excepto para los acontecimientos especiales–, preparaba comida para los jóvenes que solían reunirse allí. Les ofrecía empanadas hechas por ella, fabricaba sus propios caramelos, que vendía junto con los que traía de Demby. Tenía tres clases de refrescos, en lugar de una. En ocasiones vendía los pimientos, negros como las profundidades de una mina de carbón, que cultivaban en el convento. Guardaba el queso casero en la nevera, como su padre, junto con la mantequilla y el tocino locales. Pero la comida en lata, las judías secas, el café, azúcar, jarabe, levadura, harina, sal, salsa de tomate, productos de papel –todo aquello que nadie quería o podía fabricar en casa– ocupaban el espacio que Ace Flood dedicaba a las telas, zapatos de trabajo, herramientas ligeras y queroseno. Ahora, la tienda de alimentación y semillas de Sargeant vendía zapatos, herramientas, queroseno, y la droguería de Harper agujas, hilo, medicamentos, productos obtenibles sólo con receta, compresas, artículos de papelería y tabaco, excepto Blue Boy. A Steward se lo traía Ace, y no estaba dispuesto a cambiar de costumbres.

En las manos de Anna, la tienda de Ace creció en variedad, comodidad y flexibilidad. Al dejar que, los sábados, Menus cortara el pelo en la parte trasera, las ventas incidentales subieron. Como tenía un buen cuarto de baño en la planta baja, los que lo utilizaban se sentían obligados a convertirse en clientes antes de salir de la tienda. Las mujeres del campo pasaban a tomar licor de menta al salir de la iglesia; los hombres iban a comprar bolsas de pasas. Invariablemente, cogían algo más de los estantes.

La satisfacción que le producía el fuego de Richard hizo que sonriera. Pero no podía ser la esposa de un pastor. Nunca. Bueno, él tampoco se lo había pedido, de manera que se limitó a disfrutar del calor de la estufa, de la vista de su nuca, de la presencia de los gatitos.

Al cabo de un rato, llegó una furgoneta y aparcó tan cerca de la tienda que tanto Misner como Anna vieron la fiebre en los ojos azules del bebé. La mujer se puso al niño sobre el hombro y le acarició el cabello amarillo. El conductor, un hombre de unos cuarenta años, vestido de ciudad, bajó y abrió la puerta de la tienda de Anna.

–Buenas, ¿cómo están?

–Bien, ¿y usted?

–Me parece que me he perdido. Hace más de una hora que intento encontrar la carretera 18 oeste. – Miró a Misner y sonrió a modo de excusa por haber violado la regla masculina de no preguntar nunca una dirección–. Mi mujer me ha hecho parar.

–Está lejos, hacia el lugar de donde vienen –le informó Misner, mirando la matrícula de Arizona–, pero puedo decirles cómo se va.

–Se lo agradezco. Se lo agradezco –dijo el hombre–. Supongo que no hay ningún médico por aquí, ¿no?

–No. Tienen que ir a Demby.

–¿Qué le pasa al niño? –preguntó Anna.

–Vomita. Tiene fiebre. Llevamos muchas cosas, pero ¿quién se acuerda de llevar aspirinas o jarabe para la tos cuando va a hacer un viaje breve como éste? Uno nunca se acuerda de todo, caramba.

–¿El niño tiene tos? No me parece que necesite jarabe para la tos. –Anna escudriñó a través de la ventana–. Dígale a su mujer que entre, hace frío.

–En la droguería encontrará aspirinas –dijo Misner.

–No he visto ninguna droguería. ¿Dónde está?

–Han pasado por delante, pero parece una casa normal.

–¿Y cómo voy a dar con ella? Por lo que veo, las casas no tienen números.

–Dígame lo que quiere y yo iré a buscárselo. Dígale a su mujer que entre con el niño. –Misner cogió el abrigo.

–Aspirinas y jarabe para la tos. Se lo agradezco. Voy a buscar a mi mujer.

El portazo hizo vibrar las tazas de café. El hombre volvió a la furgoneta; Misner se marchó en su desvencijado Ford. Anna pensó en preparar unas tostadas con canela. El pan de calabaza ya debía de estar seco. Ojalá tuviera un plátano muy maduro –el niño parecía estreñido–; lo aplastaría con un poco de compota de manzana.

El hombre regresó negando con la cabeza.

–Dejaré el motor en marcha. Dice que se queda.

Anna asintió.

–¿Van muy lejos?

–A Lubbock. Oiga, ¿el café está caliente?

–Sí, ¿cómo lo quiere?

–Solo y con azúcar.

Había tomado dos sorbos cuando sonó la bocina de la furgoneta.

–Mierda. Perdón –se disculpó.

Cuando volvió, compró regaliz, mantequilla de cacahuete, galletas y tres paquetes de Royal Crown, y le llevó todo a su mujer. Después regresó para terminar el café, que sorbió en silencio mientras Anna atizaba el fuego.

–En cuanto llegue a la carretera, será mejor que se dé prisa. Se acerca una tormenta de nieve.

Él se echó a reír.

¿Una tormenta de nieve? ¿En Lubbock, Tejas?

–Todavía no están en Tejas –le informó Anna.

Miró por la ventana y vio que se acercaban dos figuras; Misner abrió la puerta con el hombro y Steward entró detrás de él.

Aquí tiene –dijo Misner, entregándole los frascos. El hombre los cogió y salió corriendo hacia el coche. Misner lo siguió para indicarle el camino.

–¿Quiénes son éstos? –preguntó Steward.

–Unas personas que se han perdido. –Anna le tendió una lam de Blue Boy.

–¿Personas perdidas o blancos perdidos?

–Vamos, Steward, por favor.

–Es muy distinto, Anna. Muy distinto. ¿No es verdad, reverendo?

Misner regresó a la tienda.

–Se pierden, igual que cualquiera –observó Anna.

–Han nacido perdidos. Se han apoderado del mundo y siguen perdidos. ¿No es verdad, reverendo?

–Te contradices –apuntó Anna, riendo.

–Dios tiene un solo pueblo, Steward. Ya lo sabe. –Misner se frotó las manos y sopló sobre ellas para calentárselas.

–Reverendo –dijo Steward–, he oído que dice cosas que son producto de la ignorancia, pero es la primera vez que le oigo decir algo basado en la ignorancia.

Misner sonrió, y se disponía a contestar cuando el hombre que se había perdido entró de nuevo para pagar a Misner las medicinas.

–Se acerca una tormenta de nieve –dijo Steward, mirando las ligeras ropas y los finos zapatos del hombre–. Tendrá que pasarla en algún sitio. En la 18 hay una gasolinera. Yo, en su lugar, no me alejaría mucho de ella.

–Me largo pitando. –El hombre cerró la cartera–. Pondré gasolina en la 18, pero queremos cruzar hoy el estado. Gracias. Han sido de gran ayuda, se lo agradezco.

–Nunca escuchan –dijo Steward cuando el coche se alejó. El, que se encontraba allí en 1958, cuando se helaron rebaños enteros, estaba bombeando agua, claveteando, preparando alfalfa y almacenando desde el miércoles. Había ido al pueblo a comprar tabaco, jarabe y recoger a Dovey.

–Dígame, Steward, ¿ha visto a la nieta de Roger, Billie Delia? –preguntó Misner.

–¿Y para qué iba a verla?

Anna dice que nadie la ha visto. Naturalmente, no le hemos preguntado nada a su madre.

Steward, que se sintió incluido en ese plural, puso un billete nuevo de cinco dólares sobre el mostrador.

–No sacaremos nada de ella –dijo, mientras pensaba que no se habría perdido nada si se hubiera marchado corriendo. Le está bien empleado a Pat, pensó. Mete las narices en los asuntos de todo el mundo, pero se niega a hablar de lo suyo–. Esto me recuerda que Deek me ha dicho que ha visto a Sweetie esta mañana andando por la calle. Sin abrigo ni nada.

–¿Sweetie? ¿Fuera de su casa? –preguntó Anna con tono de incredulidad.

–Por qué calle? –quiso saber Misner.

–No era Sweetie.

–Deek jura que era ella.

–Debía de serlo –dijo Misner–, yo también la he visto. Delante de mi casa. Pensaba que iba a llamar, pero dio media vuelta y se dirigió hacia Central Avenue. Me pareció que se iba a su casa.

Pues no lo hizo. Deek ha dicho que estaba más allá de la tienda de Sargeant, salía de la ciudad caminando como un soldado.

¿No la ha hecho parar?

Steward miró a Anna como si no pudiera creer lo que le estaba diciendo.

–Deek estaba abriendo el banco, muchacha.

Misner frunció el entrecejo. Anna interrumpió lo que pudiera estar a punto de decir con una pregunta:

–¿Queréis un poco de café? ¿Un poco de pan de calabaza? Los dos hombres aceptaron.

–Lo mejor sería que alguien hablara con Jeff. –Era Anna quien hablaba, pero los tres miraron hacia la pared cubierta de estantes tras la cual estaba la tienda de muebles y electrodomésticos de Fleetwood.

A pesar de las predicciones –de la mirada de Richard Misner, la vigilancia de Steward Morgan– un diminuto trozo de cielo mostró toda una gama de acuarelas: naranja melocotón, verde menta, azul mar. El resto del cielo, de color peltre, daba mayor relieve a esa extraña ilustración. Duró una hora e hizo estremecer a todos los que la vieron. Después se desvaneció y un cielo plomizo se solidificó sobre el viento incesante. Hacia el mediodía, llegó la primera nieve, unas bolitas como agujas que rebotaban, en lugar de fundirse, arrastradas por el viento. La segunda nieve, dos horas más tarde, no rebotaba, sino que fue cuajando lentamente y lo cubrió todo.

Sweetie había dicho: «Volveré directamente, señorita Mable. No tardaré más de un minuto, señorita Mable.»

Quería decir eso. Quizá lo hubiese dicho. En cualquier caso, tenía la intención de decirlo: pero tuvo que darse prisa para salir antes de que uno de ellos abriera la boca.

En el porche y el sendero de la casa Sweetie caminaba con paso decidido, como si tuviera que ir a algún lugar importante. Como si tuviera que hacer algo importante que sólo le ocuparía unos minutos, después de lo cual volvería enseguida. A tiempo de dar un masaje en un culito para impedir que se llagara;

o de aspirar flemas, moler comida, lavar dientes, cortar uñas, limpiar orina, o mecer en los brazos, o cantar, pero, sobre todo, a tiempo para vigilar. Para no quitar los ojos de encima a menos que su suegra estuviera allí, y, entonces, seguir vigilando, porque los ojos de la señorita Mable no veían tan bien como antes. Otras personas le habían ofrecido ayuda; al principio, repetidas veces, ahora sólo de vez en cuando, pero ella siempre la rechazaba. Sweetie era quien mejor vigilaba. Su suegra ocupaba el segundo lugar. Antes Arnette lo hacía bien, pero ya no. Jeff y su suegro no podían ni mirar, y menos aún vigilar.

El problema nunca había consistido en vigilar cuando estaba despierta, sino cuando estaba dormida. Durante seis años, había dormido en el camastro situado junto a las cunas, o en la cama con Jeff, conteniendo la respiración, con el oído alerta y todos los músculos dispuestos a saltar. Sabía que dormía porque soñaba un poco, aunque no podía recordar con qué. Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil vigilar y dormir al mismo tiempo.

Cuando amaneció y Mable entró en la oscura habitación con una taza de café, Sweetie se levantó para cogerla. Sabía que Mable había abierto el grifo del cuarto de baño y había doblado una toalla y un camisón limpio sobre la silla del dormitorio. Y sabía que se ofrecería a peinarla: hacerle trenzas, lavarle el pelo, hacerle un moño o sólo rascarle la cabeza. El café sería estupendo, fuerte y muy dulce, pero también sabía que si esta vez se lo tomaba y se iba a la cama, nunca más se levantaría, y entonces, ¿quién vigilaría a sus niños?

Cogió la taza de café y dijo, o quiso decir:

–Vuelvo dentro de un minuto, señorita Mable.

En el piso de abajo, dejó el plato y la taza en la mesa del comedor y a continuación, sin lavarse, sin ponerse un abrigo ni peinarse, abrió la puerta de la casa y se marchó. Deprisa.

No tenía intención de andar hasta caerse, desmayarse, helarse o deslizarse por un rato en la nada. Lo único que quería era no tomar aquel café al amanecer, ni el baño preparado, ni el camisón doblado ni el sueño vigilante, en ese orden, para siempre, todos los días y, en particular, aquel día en concreto. La única manera de cambiar ese orden no consistía en hacerlo de otro modo, sino en hacer algo distinto. Sólo se le ofrecía una oportunidad: dejar su casa y salir a una calle que no pisaba desde hacía seis años.

Sweetie recorrió toda Central Avenue: pasó por las calles que recibían el nombre de los evangelistas, la iglesia de Nueva Sión, la droguería de Harper, el banco, la iglesia del Monte Calvario. Dio un rodeo por Cross Peter, salió y pasó por delante de la tienda de alimentación y semillas de Sargeant. Al norte de Ruby, donde la calidad del firme cambiaba por dos veces, sus piernas obedecían a la perfección. Igual que su piel, ya que no sentía el frío. El fresco aire exterior, al que no estaba acostumbrada, le hacía daño en la nariz, y decidió aguantarlo. No sabía que estaba sonriendo, como tampoco lo sabía la chica que la miraba desde la parte trasera de una reluciente camioneta del 73. La chica pensó que Sweetie estaba llorando, y la imagen de una mujer negra llorando por una carretera en mitad del campo le destrozó el corazón.

Espió a Sweetie desde su escondrijo entre las cajas vacías. La camioneta Ford, que se dirigía hacia el sur, redujo la marcha al pasar junto a Sweetie y se detuvo. En la cabina, el conductor y su mujer se miraron. El conductor se asomó por la ventanilla e hizo girar el cuello para gritar a la espalda de Sweetie:

–Necesita ayuda?

Sweetie no volvió la cabeza ni agradeció el ofrecimiento. La pareja se miró y chasqueó la lengua mientras el marido ponía la marcha. Afortunadamente, en aquel punto la carretera era pendiente; de otro modo, la autostopista con el corazón destrozado se habría hecho daño al saltar de la parte trasera de la camioneta. La pareja vio a través del retrovisor que la pasajera que habían llevado sin saberlo corría hacia la lastimera, mal educada criatura que ni siquiera había dicho no gracias.

Cuando la chica con el corazón destrozado llegó a la altura de la mujer que lloraba, supo que no debía tocarla, hablar con ella ni colarse en la decidida burbuja en que se había envuelto. Caminó unos diez pasos por detrás de ella, observando las bien formadas pantorrillas sobre unos desgastados mocasines blancos, el arrugado vestido camisero, azul claro, con los bolsillos desbocados. Llevaba el peinado de quien acaba de levantarse: tenía el pelo aplastado por un lado y despeinado por el otro. De vez en cuando se le escapaba un sollozo que parecía una risa.

Anduvieron así durante más de un kilómetro. La caminante se dirigía hacia algún lugar; la autostopista hacia ninguno. El espectro y su sombra.

La mañana era fría, nubosa. El viento hacía ondear las altas hierbas que crecían a los lados de la carretera.

Quince años antes, cuando la autostopista tenía cinco, había pasado cuatro noches y cinco días llamando a todas las puertas del edificio donde vivía.

–¿Mi hermana está aquí?

Algunos decían que no; otros decían, ¿qué?; otros decían ¿cómo te llamas, nena? La mayoría ni siquiera abría la puerta. Eso había sido en 1958, cuando una niña podía jugar en una casa nueva subvencionada sin que le pasara nada.

Durante los dos primeros días, después de hacer una ronda por pisos todavía más altos y asegurarse de que no se le había escapado ni una puerta, esperó. Jean, su hermana, volvería en cualquier momento, porque la comida estaba en la mesa –carne, judías verdes, salsa de tomate, pan blanco–, y había una jarra entera de Kool-Aid en la nevera. Se entretuvo con dos libros de colorear, una baraja de cartas y una muñeca que se hacía pis. Bebió leche, comió patatas fritas, galletitas con mermelada de manzana y, poco a poco, dio cuenta de toda la carne. Cuando no quedaba otra cosa que las odiadas judías verdes, ya estaban demasiado resacas para comérselas.

Al tercer día empezó a entender por qué Jean se había marchado y cómo podía hacer que volviera. Se lavó los dientes y las orejas cuidadosamente. También tiraba de la cadena siempre que era necesario y doblaba los calcetines dentro de los zapatos. Pasó largo rato secando el Kool-Aid y recogiendo los trozos de cristal de la jarra que se había roto cuando intentó sacarla de la nevera. Se acordaba de las galletas Lorna Doone que estaban en la caja del pan, pero no se atrevía a subirse a una silla para abrirla. Al rezar, pensaba que si lo hacía todo sin que se lo dijeran, Jean entraría por la puerta o bien, cuando ella llamara a una de las puertas del apartamento, allí estaría. Sonriendo, con los brazos abiertos.

Mientras tanto, las noches eran terribles.

Al cuarto día, después de cepillar sus dieciocho dientes de leche hasta que el cepillo estuvo rosado a causa de la sangre, miró por la ventana, a través de la cálida llovizna, en dirección a la gente que iba a trabajar, a los niños que iban al colegio. Durante un rato no pasó nadie. Después pasó una vieja que se protegía de la lluvia con una chaqueta de hombre sobre la cabeza. Después, un hombre que plantaba semillas en los trozos sin césped. Después pasó una mujer alta, sin abrigo ni nada en la cabeza, se llevaba el antebrazo a los ojos, la parte interior de la muñeca. Estaba llorando.

Más tarde, al sexto día, cuando llegó la asistente social, pensó en la mujer que lloraba, que no se parecía en nada a Jean, ni siquiera era del mismo color. Pero antes de eso, al quinto día, encontró –o, mejor dicho, vio– algo que había estado allí esperando a que lo encontrara. Desmoralizada por sus rezos sin respuesta, por las encías que le sangraban y el hambre, dejó de rezar, se subió a una silla y abrió la panera. Apoyado junto a la caja de Lorna Doone había un sobre con una palabra que reconoció de inmediato: su propio nombre escrito con lápiz de labios. Lo abrió, incluso antes que la caja de galletas, y sacó una única hoja de papel con más palabras escritas con lápiz de labios. Todo cuanto entendió fue su nombre, que aparecía otra vez en la parte superior, y «Jean», en la parte inferior; entre ambos, había signos en rojo.

Radiante de felicidad, dobló la carta y volvió a guardarla en el sobre, se la metió en el zapato y la llevó consigo durante el resto de su vida. La escondió, luchó por el derecho a conservarla, la rescató de los cubos de basura. Tenía ya seis años y era una entusiasta alumna de primer grado cuando estuvo preparada para leerla. Con el tiempo se había convertido en una hoja de papel manchada de rojo en la que no quedaba ni una palabra descifrable. Pero fue esa carta, a salvo en su zapato, lo que hizo posible que sobreviviese en los dos primeros hogares adoptivos que le encontró la asistente. Por entonces pensaba de vez en cuando en la mujer que lloraba; más tarde, pensaba en ella con frecuencia, y, con el tiempo, se convirtió en un sueño ocasional que le destrozaba el corazón.

El viento que había estado agitando la hierba ahora traía nieve: escasa, arenosa y cortante como cristal. La autostopista se detuvo para sacar un sarape de su bolsa, después corrió para alcanzar a la caminante y echárselo sobre los hombros.

Sweetie agitó las manos hasta que entendió que no pretendía detenerla sino proporcionarle abrigo. No se detuvo ni un instante mientras le cubría los hombros con la prenda de lana. Siguió andando, riendo, ¿o lloraba?

La autostopista recordaba que, mientras viajaba escondida entre las cajas, habían pasado por delante de un caserón, y de eso hacía menos de media hora. Lo que había tomado veinte minutos en una camioneta supondría horas para una persona que iba andando, pero le pareció que debían llegar a aquel sitio antes de que anocheciera. El problema era el frío; otro problema era cómo conseguir que la mujer que lloraba se detuviera, descansase y, cuando encontraran un lugar donde cobijarse, entrara en él. No era infrecuente ver ojos como los suyos. En los hospitales, uno los descubría en los pacientes que caminaban de día y de noche; en la calle, libres, quienes tenían ojos así podían caminar sin cesar. La autostopista decidió pasar el rato hablando, y empezó por presentarse.

Sweetie oyó lo que decía y, por primera vez desde que había salido de su casa, dio un traspié mientras volvía el rostro sonriente –o lloroso– hacia su indeseada compañera. El pecado, pensó. Estoy andando junto al pecado y voy envuelta en su capa.

–Piedad –murmuró, y soltó una risita. O tal vez fuese un gemido.

Para cuando vieron el convento, Sweetie ya había entrado en calor. No sólo había notado el frío penetrante que barría la carretera, sino que la cálida nieve que le cubría el pelo y le llenaba los zapatos la reconfortaba. Y daba las gracias por estar protegida de modo tan evidente, por no tener ninguna relación con la forma pecadora que caminaba a su lado.

La señal del estado de gracia de Sweetie estaba en el modo en que la cálida nieve azotaba la silueta, la hacía callar, la helaba y la obligaba a respirar pesadamente. Apenas era capaz de seguir adelante, mientras que ella, Sweetie, caminaba sin agacharse contra el viento cortante.

Por iniciativa propia, Sweetie subió, con cierto esfuerzo, por el camino, pero dejó que el demonio hiciera el resto.

La mujer que abrió la puerta cuando llamaron soltó una exclamación y tiró de ellas para que entraran.

A Sweetie le parecieron pájaros, halcones. La picoteaban, aleteaban alrededor de ella. Hicieron que comenzara a sudar. Si hubiera sido más fuerte, si no hubiera estado tan cansada por el turno de noche o por cuidar a sus niños, las habría rechazado con fuerza, pero tal como estaban las cosas, no podía hacer más que rezar. La metieron en una cama bajo tantas mantas que el sudor empezó por entrarle por las orejas. No quiso comer ni beber nada de lo que le ofrecieron. Mantuvo los labios cerrados, los dientes apretados. En silencio, fervientemente, rezó para ser liberada y, quién iba a decirlo, lo consiguió: la dejaron sola. En la silenciosa habitación, Sweetie dio gracias al Señor y se sumió en un sueño inquieto, lleno de interferencias. Fue el llanto del niño lo que la despertó, no los escalofríos. A pesar de lo débil que estaba, se levantó, o intentó hacerlo. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Advirtió que no estaba en una cama, sino sobre un sofá de piel, en una habitación oscura. Los dientes de Sweetie castañeteaban cuando uno de los halcones, con una boca roja como la sangre, entró en la habitación con una lámpara de queroseno. El halcón habló con ella con una voz muy dulce, tal como lo haría un demonio, pero Sweetie llamó a su Salvador y el halcón se marchó. En algún lugar de la casa, el niño siguió llorando, y Sweetie se sintió arrobada, pues nunca había oído nada parecido. Nunca había oído una llamada tan llena de ansia, sostenida, rítmica. Era como un himno, una nana, o los tonificantes acordes del canto de los diez mandamientos. Sus niños no lloraban. De repente, en medio de la alegría, sintió enfado. ¿Los niños lloraban entre aquellos demonios y no en su casa?

Cuando dos de los halcones volvieron, uno de ellos con una bandeja de comida, les preguntó:

—¿Por qué llora ese niño?

Naturalmente, lo negaron. Mentían mientras el llanto se colaba en la habitación. Uno de ellos incluso intentó distraerla, diciendo:

—He oído risas de niños. A veces, también cantan. Pero nunca he oído llorar.

El otro cacareó.

—Quiero salir de aquí. —Sweetie trataba de gritar—. Tengo que irme a casa.

—En cuanto el coche se caliente, te llevaré. —Otra vez aquel tono demoníaco.

—Ahora mismo —exigió Sweetie.

—Tómame una aspirina y come algo.

—Dejadme salir de este sitio ahora mismo.

—Qué bruja —dijo uno.

—Es debido a la fiebre —señaló el otro—. Y haz el favor de callarte.

Fue la paciencia y la capacidad de hacer oídos sordos a todo excepto los consejos del Señor lo que permitió que saliera de allí. Primero, en un oxidado coche rojo que se atascó en la nieve al final del camino que conducía a la casa y, finalmente, alabado sea Su santo nombre, en los brazos de su marido.

Estaba con Anna Flood. Se habían puesto en camino en el instante mismo en que ella había llamado a su Salvador. Sweetie cayó, literalmente, en los brazos de Jeff.

—¿Qué haces aquí, tan lejos? No hemos conseguido pasar en toda la noche. ¿Cómo se te ha ocurrido...? Señor. Cariño mío, ¿qué ha pasado?

—Me han cogido, me han raptado —dijo Sweetie entre sollozos—. Oh, Dios, llévame a casa. Estoy enferma, Anna, y tengo que cuidar de los niños.

—Chsss... No te preocupes por ellos.

—Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

—Todo irá bien. Arnette viene a casa.

—Pon la calefacción. Tengo mucho frío. ¿Por qué tengo tanto frío?

Seneca miró hacia el techo. El colchón del catre era delgado y duro. La manta de lana le rascaba la barbilla y le dolían las palmas por quitar la nieve a paletadas del camino. Había dormido en el suelo, sobre cartones, sobre camas de agua que daban pesadillas y, durante semanas, en el asiento trasero del coche de Eddie. Pero no podía dormirse en aquella cama estrecha, limpia e infantil.

La mujer que lloraba se había vuelto loca: durante la noche y al día siguiente. Seneca había pasado despierta toda la noche, escuchando a Mavis y a Grace. La casa parecía de ellas, aunque hablaban de alguien llamado Connie. Le prepararon algo para comer y no le hicieron preguntas curiosas. Al margen de los comentarios sobre su nombre –¿de dónde venía?–, se comportaban como si lo supieran todo acerca de ella y les gustase que se quedara. Después, por la tarde, cuando pensó que iba a caerse de cansancio, le enseñaron un cuarto con dos catres.

–Échate un sueñecito –dijo Mavis–. Te llamaré cuando la cena esté lista. ¿Te gusta el pollo frito?

Seneca pensó que iba a vomitar.

No se llevaban nada bien, de manera que Seneca distribuía por igual sus sonrisas y gestos amables. Si una maldecía y bromeaba a costa de la otra, Seneca se reía. Cuando la otra alzaba los ojos al cielo en señal de disgusto, Seneca le dirigía una mirada de comprensión. Siempre empeñada en restablecerla paz. La que decía sí, o no importa, o ya lo haré yo. Si no, ¿qué otra cosa podía hacer? Podría caerles mal. Podría llorar. Podría marcharse. Por eso se había esforzado por ser amable, aunque aquella Biblia hubiera resultado ser más pesada que los zapatos. Como todos los que cumplían condena por primera vez, él quería las dos cosas de inmediato. A Seneca no le costó encontrar Adidas del número once, pero Preston, Indiana, no tenía librerías, ni de las religiosas ni de las normales. Dio un rodeo hasta Bloomington y encontró algo llamado La Biblia viviente, sin ilustraciones de color pero con montones de páginas con líneas para apuntar fechas de nacimientos, muertes, bodas, bautizos. Le pareció algo maravilloso –una lista de todas las actividades de la familia a lo largo de los años–, de manera que la compró. Él se enfadó, naturalmente; tanto, que disfrutó menos con las estrafalarias zapatillas blancas y negras.

–¿Es que no puedes hacer nada bien? ¡Bastaba con una Biblia pequeña, no una maldita enciclopedia!

El había sido declarado culpable, y aunque hacía sólo seis meses que la conocía, ya sabía lo inútil que era. Sin embargo, aceptó la enorme Biblia y le dijo que la dejara junto con las zapatillas en el mostrador, con su nombre y su número. Hizo que lo escribiera, como si pensase que le costaría recordar cinco números seguidos. Ella también le había llevado bocadillos de jamón (su carta decía que podían comer algo en la sala de visitas), pero él estaba demasiado nervioso e irritado para comer.

Las otras visitas parecían estar pasándose bien con sus presos. Los niños se gastaban bromas; se acurrucaban en los brazos de sus padres, jugueteaban con su cara, su pelo, sus dedos. Las mujeres y las chicas tocaban a los hombres, susurraban, reían en voz alta. Eran habituales, conocían a los conductores de los autobuses, a los vigilantes y al personal que llevaba el carrito del café. La satisfacción hacía que se suavizase la mirada de los presos, que se fijaban en todo, lo comentaban todo: los boletines de notas que los niños les traían en sobres marrones; los pasadores que las niñas llevaban en el pelo; el estado de los abrigos de las mujeres. Escuchaban con atención los detalles sobre los amigos y familiares que no estaban ahí; tenían un consejo y una recomendación para cada noticia doméstica. A Seneca le parecieron terriblemente masculinos; dirigían la visita con la autoridad de un jefe: desde el lugar donde los demás debían sentarse o poner los envoltorios de papel, hasta los consejos médicos y los libros que debían mandar. En cambio, nunca hablaban de lo que sucedía dentro, y ni siquiera parecían advertir la presencia de los vigilantes. Quizá tuviesen en mente la cárcel de Attica.

Tal vez, pensó ella, a medida que fuera cumpliendo la sentencia Eddie llegara a comportarse así. En lugar de estar furioso, de sentirse una víctima, tal como sucedía durante aquella primera visita después del juicio. Gemía. Echaba la culpa a los demás. La Biblia era tan grande que no sabía qué hacer con ella. Mostaza en lugar de mayonesa en los bocadillos. No quiso oír nada sobre su nuevo trabajo en la cafetería de una escuela. Sólo le interesaban Sophie y Bernard: qué comían, si los dejaba salir por la noche. Necesitaban dar un paseo largo. Que sólo les pusiera el bozal cuando estaban fuera.

Dejó a Eddie Turtle en la sala de visitas después de prometerle cuatro cosas; enviarle fotos de los perros; vender el equipo de música; hacer que su madre vendiera los bonos de ahorro; llamar al abogado. Enviar. Vender. Hacer. Llamar. Así lo recordaría mejor. Cuando se dirigía hacia la parada del autobús, Seneca tropezó y se cayó sobre una rodilla. Un vigilante se acercó y la ayudó a levantarse.

–Cuidado, señorita.

–Lo siento, gracias.

–No sé cómo las chicas pretenden andar con estas cosas.

–Se supone que es bueno –contestó ella, sonriendo.

–¿Dónde? ¿En Holanda? –Él rió amablemente, mostrando dos hileras de fundas de oro.

Seneca se colocó bien la bolsa de red y le preguntó:

–¿A cuánto está Wichita de aquí?

–Depende de cómo vaya. En coche... diez o doce horas. En autobús, más.

–¡Oh!

–Tiene familia en Wichita?

–Sí. No. Bueno, mi novio. Voy a visitar a su madre.

El vigilante se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo cortado al rape.

–Estupendo –dijo–. Hacen buenas barbacoas en Wichita. No se las pierda.

Quizás en algún lugar de Wichita hiciesen buenas barbacoas, pero no en casa de la señora Turtle. Allí se seguía un régimen estrictamente vegetariano. En su mesa no había nada con pezuñas, plumas, caparazón o escamas. Siete cereales y siete verduras: si comes uno de cada grupo todos los días (pero sólo uno) vivirás eternamente. Y eso era lo que pensaba hacer, pero no, no pensaba vender los bonos de ahorro que le había dejado su marido para darle el dinero a nadie, menos aún a alguien que había atropellado a un niño y lo había dejado ahí tirado; aunque fuera su único hijo.

–Oh, no. No, señora Turtle. El no sabía que era un niño pequeño. Eddie pensó que era un... un...

–¿Un qué? –preguntó la señora Turtle–. ¿Qué pensó que era?

–Se me ha olvidado lo que me dijo, pero sé que él no lo haría. A Eddie le gustan los niños, de verdad. Es muy cariñoso. Me pidió que le llevara una Biblia.

–Pues ya debe de haberla vendido.

Seneca apartó la vista. La pantalla del televisor parpadeaba. En ella, hombres con expresión grave se mentían mutuamente en voz baja, con cortesía.

–Mira, niña, hace más de dos días que lo conozco. Lo conozco de toda su vida.

–Si, señora.

–¿Y te piensas que voy a dejar que me meta en el asilo para que un abogado astuto pueda seguir siendo rico?

–No, señora.

–¿Has visto a estos abogados de Watergate?

–No, señora. Sí, señora.

–Pues eso. No digas una palabra más. ¿Quieres cenar algo o no? El cereal era pan de trigo; la verdura, col rizada. El té fuerte y helado ayudaba a tragar.

La señora Turtle no le ofreció que se quedara a pasar la noche, de manera que Seneca recogió su bolsa y recorrió la silenciosa calle bajo el suave aire vespertino de Wichita. No había abandonado el trabajo para hacer aquel viaje, pero el supervisor le había dejado bien claro que faltar tan pronto no era nada bueno para un empleado nuevo. Tal vez ya la hubiesen echado del trabajo. Quizá la señora Turtle la dejara telefonar a sus compañeras de piso para saber si había llamado alguien diciendo que no se molestara en regresar. Seneca dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

Al llegar a la puerta, oyó unos sollozos en el instante mismo en que se disponía a llamar. El llanto desconsolado de una madre, un sonido distinto de cualquier otro de este mundo. Seneca retrocedió y se dirigió hacia la ventana, apretando la mano izquierda contra su pecho para calmar los latidos de su corazón. La dejó allí –e imaginó las valvulitas que vacilaban y se trababan, intentando volver a recuperar el ritmo– mientras bajaba corriendo los escalones de ladrillo hacia la acera, corría por las sucias calles, pasaba junto al asfalto, después el hormigón, de camino a la estación de autobuses.

No se rindió a los gemidos que pasaban a toda velocidad por su cabeza hasta que se sentó en un banco de plástico, con las piernas cruzadas. Sola, sin testigos, la señora Turtle había dado rienda suelta a su razón, su personalidad, y se había puesto a gritar como los seres con plumas, aletas y pezuñas cuya carne nunca comía; igual que lo harían una gaviota, un manatí o una loba si les hubieran quitado su cría. Tenía las manos en la cabeza, la boca abierta y el rostro cubierto de sudor.

Sin aliento y con la boca seca, Seneca se escapó de los sollozos. Corrió por calles anchas y estrechas, aminó el paso cuando se acercó a la zona comercial de la ciudad. Al entrar en la estación, compró cacahuetes y ginger ale en las máquinas expendedoras, pero se arrepintió al instante, porque en realidad le apetecía algo dulce, no salado. Con los tobillos cruzados, las rodillas separadas, se sentó en un

banco de la sala de espera, se metió los cacahuets en el bolsillo y sorbió el refresco. El pánico terminó por desaparecer y los gritos de la mujer herida se confundieron con el rumor del tráfico cotidiano.

Se acercaba la noche y la estación estaba tan llena como por la mañana, cuando todo el mundo iba a trabajar. Al anochecer, el cálido día de septiembre aún no había refrescado. Apenas había diferencia entre el denso aire de la sala de espera y el exterior. Los pasajeros y sus acompañantes parecían tranquilos, apenas interesados en el viaje o la despedida. La mayoría de los niños estaban dormidos sobre los regazos, el equipaje o los asientos. Los que no dormían, torturaban a quien tenían a su alcance. Los adultos jugueteaban con los billetes, se secaban la humedad del cuello, daban palmaditas a los niños y hablaban en murmullos. Los soldados y sus novias examinaban los horarios expuestos tras los cristales. Cuatro adolescentes con gorra de punto cantaban con voz queda junto a las máquinas expendedoras. Un hombre con uniforme gris de chofer recorría la sala a grandes pasos, Como si buscara a su pasajero. Un hombre bien parecido entraba por la puerta impulsando su silla de ruedas, algo molesto por el diseño de aquélla.

Faltaban dos horas y veinte minutos para que saliera su autobús, por lo que Seneca se preguntaba si no debería matar el rato con una de las películas que había visto al pasar: *Serpico*, *El exorcista*, *El golpe*. Éstas eran las mejores, pero le parecía una especie de traición ver alguna de ellas sin el brazo de Eddie sobre los hombros. Al pensar en el aprieto en que se encontraba y en sus torpes esfuerzos por ayudarlo, suspiró profundamente, pero no corría el riesgo de echarse a llorar. Ni siquiera derramó una lágrima cuando encontró la carta de Jean junto a las galletas Lorna Doone. Las madres de las dos familias adoptivas la cuidaron y tal vez incluso la quisieron, pero ella sabía que no era su personalidad lo que aprobaban, sino el que aceptase las regañinas en silencio, comiera lo que le daban, compartiese lo que tenía y nunca llorase.

El refresco hacía ruido por la pajita cuando el chofer se detuvo delante de ella y sonrió.

–Disculpe, señorita. ¿Puedo hablar con usted un momento?

–Sí, claro. Sí. –Seneca se apartó rápidamente para hacer sitio en el banco, pero el hombre no se sentó.

–Estoy autorizado a ofrecerle quinientos dólares por un trabajo complicado pero bastante fácil, si es que le interesa. Seneca abrió la boca para decir: ¿complicado y fácil?

Los ojos del hombre eran de un gris nuboso y los botones del uniforme brillaban como oro viejo.

–Oh, no. Gracias. Es que estoy a punto de marcharme –repuso ella–. Mi autobús sale dentro de dos horas.

–Entiendo; pero el trabajo no le ocupará mucho rato. Quizá si habla usted con mi señora, que está justo aquí fuera, ella pueda decirle de qué se trata. A menos que tenga usted mucha prisa.

–¿Señora?

–Sí. La señora Fox. Venga por aquí, sólo será un minuto.

Una limusina palpitaba bajo las brillantes farolas a pocos metros de la entrada de la estación. Cuando el chofer abrió la puerta, una mujer muy hermosa volvió la cabeza hacia Seneca.

–Hola. Soy Norma. Norma Keene Fox –se presentó–. Necesito un poco de ayuda. –No le tendió la mano, pero su sonrisa hizo que Seneca lo deseara–. ¿Puedo contarte de qué se trata?

Lucía una escotada blusa blanca de lino, sin mangas, y una larga falda color beige. Cuando descruzó las piernas, Seneca vio unas sandalias brillantes y las uñas de los pies pintadas de color coral. Tenía el pelo de color champán, echado hacia atrás, y no llevaba pendientes en las orejas.

–¿Qué clase de ayuda?–preguntó Seneca.

–Sube para que te lo explique. Es difícil hablar al otro lado de la puerta abierta del coche.

Seneca vaciló.

La risa de la señora Fox era tan cálida como el tañido de las campanas.

–No pasa nada, cariño. No tienes que aceptar el trabajo si no quieres.

–No he dicho que no quisiera.

–Bien. Entonces, sube. Aquí hace más fresco.

La puerta se cerró con un chasquido suave y profundo; los modales versallescos de la señora Fox eran irresistibles.

–Algo confidencial, dijo. No ilegal, claro, sólo privado. ¿Sabes escribir a máquina? ¿Un poco? Quiero a alguien que no sea de por aquí. Espero que con quinientos baste. Podría subir un poco si la chica fuera verdaderamente inteligente. David te traerá de vuelta a la estación, aunque decidas que no quieres coger el trabajo.

De pronto Seneca advirtió que la limusina ya no estaba aparcada. Las luces del interior seguían encendidas. La atmósfera era climatizada. La limusina parecía flotar.

–Me gusta este rincón del mundo, prosiguió Norma. Pero son estrechos de miras, no sé si me entiendes. De todas maneras, no viviría en ningún otro lugar. Mi marido no me cree, mis amigos tampoco, porque yo soy del Este. Cuando vuelvo, me dicen ¿Wichita?, en este tono. Pero a mí me gusta esto. ¿De dónde eres? Ya me lo parecía. Por aquí no llevan tejanos como éstos. Aunque deberían, bueno, quien tenga el culo adecuado. Como el tuyo. Si. Mi hijo estudia en la Universidad de Rice. Mucha gente trabaja para nosotros, pero sólo puedo sacar adelante algunas cosas cuando Leon, mi marido, no está. Y ahí es donde tú intervienes, vamos, si estás de acuerdo. ¿Estás casada? Bueno, lo que necesito que se haga sólo puede hacerlo una mujer inteligente. No llevas pintalabios, ¿verdad? Bien. Tienes los labios muy bonitos así. Le he dicho a David, por favor, encuentra una chica inteligente. Nada de campesinas ni vulgares guapetonas. Hace muy bien su trabajo. El te ha encontrado. Vivimos bastante lejos de la ciudad. No, gracias. No puedo digerir los cacahuets. Oh, cariño, debes de estar muerta de hambre. Tomaremos una cena estupenda y te explicaré lo que quiero. Es muy sencillo, si eres capaz de seguir mis indicaciones. Se trata de un trabajo confidencial, de manera que prefiero contratar a alguien de fuera. ¿Las pestañas son tuyas? Magníficas. ¿David? ¿Sabes si Manie ha preparado cena para hoy? Espero que no haya pescado, ¿o te gusta el pescado? En Kansas la trucha es estupenda. Creo que algo de pollo frito nos servirá. Aquí los pollos están muy bien alimentados, comen mejor que muchas personas. No, no los tires. Dámelos. ¿Quién sabe? Podrían ser útiles.

Seneca pasó las tres semanas siguientes en habitaciones maravillosas con la maravillosa Norma y con comida demasiado bonita para comérsela. Norma la llamaba con diversos mote carifiosos; pero nunca le preguntó su nombre. La puerta de la casa jamás se cerraba y podía marcharse en cuanto quisiera. No tenía por qué quedarse en aquel lugar, donde pasaba de las plumas de pavo real a una humillación abyecta; de los mimos a los malos tratos en tono de broma; de las tartaletas con caviar a la inmundicia. Pero el dolor enmarcaba el placer, era estimulante. La humillación hacía que la rendición fuese más profunda, más tierna. Duradera.

Cuando Leon Fox telefoneó anunciando su regreso inminente, Norma le dio los quinientos dólares y algo de ropa, incluido el sarape de cachemira. Tal como le había prometido, David, cuyos botones brillaban más que nunca a la luz del sol, la llevó a la estación de autobuses. No hablaron durante el viaje.

Seneca vagó por Wichita durante horas; se detuvo en una cafetería, descansó en un parque público. No sabía adónde ir ni qué hacer. ¿Buscar trabajo cerca de la cárcel y no alejarse de Eddie? Eso suponía seguir sus instrucciones, excusarse por no haberle llevado los ahorros de su madre. ¿Volver a Chicago? ¿Reanudar la vida que llevaba antes de conocerlo? Amigos fugaces. Trabajos temporales. Casas efímeras. Comida robada. Eddie Turtle había significado una forma de vida estable durante seis meses, y ahora ya no estaba. ¿O debería seguir adelante? El chofer la había recogido para Norma como si fuera un perrito callejero. No, ni siquiera. Como un animalito con el que uno desea jugar durante un rato, pero no quedarse con él. Sin quererlo. Sin darle un nombre. Sólo algo de comer, jugar con el y devolverlo a su sitio. Tenía quinientos dólares y nadie más que Eddie sabía dónde estaba. Quizá lo mejor fuese seguir así.

Seneca no había tomado ninguna decisión cuando vio el primer escondrijo: un camión cargado con sacos de cemento. Cuando la descubrió, el camionero la sujetó contra un neumático mientras enlazaba preguntas, maldiciones y amenazas con alguna insinuación. Al principio, Seneca no dijo nada, después pidió permiso para ir al baño.

–Por favor, tengo que ir urgentemente –dijo.

El conductor suspiró, la soltó y cuando ella se iba, le lanzó una última advertencia. Después de aquello hizo autostop varias veces, pero le molestaba tanto tener que hablar que asumió el riesgo de esconderse en la trasera de los camiones. Prefería viajar sin rumbo, apartada de la gente, entre la carga, oculta a la vista de todos. Cuando se encontró entre unas cajas en una flamante camioneta del 73, y saltó de ella para seguir a una mujer sin abrigo, era la primera vez que tomaba una decisión deliberada sin obedecer las instrucciones de nadie.

La mujer que lloraba –¿o reía?– se había ido. Había dejado de nevar. En el piso de abajo, alguien la llamaba.

–¿Seneca? ¿Seneca? Ven, niña. Estamos esperándote.

DIVINE

»Permitid que os hable del amor, esa tonta palabra que, según creáis, hace referencia a si os gusta alguien, si gustáis a alguien, o a si sois capaces de soportar a alguien para conseguir algo o algún lugar que deseáis. También es probable que creáis que tiene que ver con el modo en que vuestro cuerpo responde a otro cuerpo, como si fuerais tordos o bisontes, o tal vez que es el modo en que las fuerzas, la naturaleza o

la suerte se muestran benignas con vosotros en particular al no lisiaros o mataros o, en caso contrario, haciéndolo por vuestro propio bien.

»El amor no es nada de esto. En la naturaleza no hay nada como él. Ni en los tordos ni en los bisontes ni en las colas que se mueven de vuestros perros de caza, ni en las flores ni en los potros que todavía maman. El amor sólo es divino y siempre resulta difícil. Si pensáis que es algo fácil, sois unos necios. Si pensáis que es algo natural, estáis ciegos. Se trata de poner en práctica algo aprendido sin otro motivo o razón que Dios.

»Uno no merece el amor a pesar del sufrimiento que haya podido soportar. Uno no merece el amor porque alguien lo ha ofendido. Uno no merece el amor porque lo desee. Uno sólo puede ganar, mediante la práctica y la contemplación, el derecho a expresarlo, y debe aprender a aceptarlo. Lo que equivale a decir que uno tiene que ganarse a Dios. Tiene que practicar la doctrina de Dios. Tiene que pensar en Dios, con atención. Y si uno es un estudiante bueno y diligente, puede asegurarse el derecho de demostrar amor. El amor no es un don. Es un diploma. Un diploma que otorga ciertos privilegios: el privilegio de expresar el amor y el privilegio de recibirlo.

»¿Cómo sabe uno que ha conseguido el título? No lo sabe. Lo que uno sabe es que es humano y, por lo tanto, educable y, por lo tanto, capaz de aprender a aprender y, por lo tanto, ser interesante a los ojos de Dios, que sólo se interesa en Sí mismo, lo que equivale a decir que sólo está interesado en el amor. ¿Me entendéis? Dios no está interesado en vosotros, sino en el amor y la bendición que otorga a quienes entienden y comparten este interés.

»Las parejas que reciben el sacramento del matrimonio y no están preparadas para recorrer esta distancia, o no están dispuestas a ceñirse al verdadero amor de Dios, no pueden prosperar. Podrán ser fieles como los tordos, las gaviotas o cualquier otro animal que se empareje para toda la vida, pero si evitan este poderoso curso, en el momento en que todos seamos juzgados para la vida eterna, su fidelidad no tendrá ningún valor. Que Dios bendiga a los santos y puros. Amén.

Algunos de los amenes que acompañaron y siguieron a las palabras del reverendo Pulliam sonaron con fuerza, otros fueron más reticentes; ciertas personas no abrieron la boca. La pregunta, pensó Anna, no era el porqué, sino quién. ¿Contra quién hablaba Pulliam? ¿Dirigía sus observaciones contra los jóvenes para advertirles que debían encarrilar sus egoístas vidas? ¿O apuntaba contra sus padres por permitir la agitación y el desafío juveniles que había estado irritándolo desde antes incluso de que apareciera aquel puño en el horno? Llegó a la conclusión, sin embargo, de que lo más probable era que estuviese lanzando el peso de su amplia y larga educación metodista contra Richard. Una piedra para machacar el mensaje de su colega donde Dios aparecía como un motor interior permanente que, una vez puesto en marcha, rugía, ronroneaba y movía al individuo para que hiciera no sólo su trabajo, sino el Suyo, pero que, si no funcionaba, se oxidaba e inmovilizaba el alma como un embrague helado.

Anna pensó que debía de ser eso. Pulliam atacaba a Misner porque, seguramente, no pretendía colocarse delante de un novio y una novia –como predicador invitado para dirigir unas pocas (¡pocas!) palabras antes de la ceremonia a una congregación formada por casi todos los habitantes de Ruby, sólo un tercio de los cuales son miembros de su iglesia– para aterrorizarlos el día de su boda. Porque, sin duda, no quería insultar a la madre de la novia y a su cuñada, que llevaban como una segunda piel la melancolía de cuidar a unos niños rotos y que no sólo no reprochaban a Dios semejante golpe, sino que su firmeza parecía hacerse mayor con los años. Y, aunque el novio era huérfano, seguro que Pulliam no pretendía molestar a sus tías, castigarlas por cuidar (¿tal vez demasiado?) al único «hijo» de la familia, ahora que los chicos de Soane habían muerto, Dovey no había tenido, y no se permitían que el duelo por estas pérdidas las destrozara o les secase el corazón. Claro que no. Y, sin duda, Pulliam no intentaba irritar a Deacon y Steward, los tíos del novio, que se comportaban como si Dios fuera su silencioso socio en los negocios. Pulliam siempre había parecido admirarlos, y había insinuado repetidas veces que pertenecían a la iglesia de Sión, no a la del Calvario, en la que tenían que escuchar los remilgados sermones de un hombre que pensaba que enseñar equivalía a dejar que los niños hablaran como si tuvieran algo importante que decir que el mundo no hubiera oído y tratado previamente.

¿Quién más podría sentir el aguijón de la frase «Dios no está interesado en vosotros», o estremecerse ante la quemadura que le produciría oír «si pensáis que el amor es natural, estáis ciegos»? ¿Quién, si no Richard Misner, que ahora tenía que dar un paso adelante y presidir la boda más esperada que se podía recordar, bajo la inflamada mirada del implacable reverendo Pulliam? A menos que, naturalmente, estuviera hablando con ella, diciéndole: sé fiel a otro, si quieres, pero si no eres fiel a Dios (al Dios de Pulliam, claro está), tu matrimonio no vale nada. Porque él sabía que ella y Richard estaban hablando de boda, y sabía que ella lo ayudaba a organizar a los jóvenes desobedientes. «Sé el surco.»

El intruso olor de la menta dominaba sobre el de los adornos de flores del altar. La menta, junto con un polemonio llamado minutisa, crecía bajo las ventanas de la iglesia que, a las once de la mañana, estaban abiertas a un sol en ascenso. La luz procedente del cielo de abril era un regalo. Dentro del templo,

los bancos de arce, bruñidos hasta adquirir un brillo militar, hacían destacar las paredes blancas, el discreto púlpito, la sencilla reja, casi de jardín, ante la cual los comulgantes podían arrodillarse para recibir el espíritu una vez más. Encima del altar, bien alta, en un lugar limpio y vacío, colgaba una cruz de casi un metro. Despejada. Lisa. Ningún oro competía con su perfección o alteraba su porte. Ningún cuerpo de Cristo contorsionado o desvanecido daba énfasis a su lírico estruendo.

Las mujeres de Ruby no se empolvaban la cara ni llevaban perfumes de prostitutas. De manera que el voluptuoso olor de la menta y la minutisa alteraba a los congregantes, hacía que se tambalearan al pensar en la diversión que les esperaba, con comida buena y abundante, en la casa de Soane Morgan. Todos harían música: oirían a July, con el piano vertical; al coro de varones; un solo de Kate Golightly; al cuarteto del Sagrado Redentor y a un chico de ojos soñadores llamado Brood, que tocaría la armónica. Llevarían ropa elegante, vestidos de seda y camisas almidonadas que olvidarían de inmediato, en cuanto se apoyaran contra los árboles, se sentaran en el césped, cometieran alguna torpeza al repetir guisantes a la crema. Se oirían los gritos de los niños, borrachos de azúcar; el crujido del papel de los regalos de boda que alguien recogería del suelo y doblaría con tanta pulcritud que parecería más valioso que aquello que había contenido. Las granjeras, ganaderas y agricultoras dejarían que los hombres tiraran de ellas para levantarlas de las sillas y que dieran palmadas mientras las contemplaban dar antiguos pasos de baile. Los adolescentes reirían y pestañearían en un intento de esconder su carencia.

Pero más que la felicidad y la alegría de los niños excitados por el pastel de bodas, deseaban que se produjera la unión de dos familias y el final de la animosidad que había impregnado a sus miembros durante cuatro años. Una animosidad centrada en el hipotético bebé que la novia no había reconocido, anunciado ni dado a luz.

En aquel momento todos estaban sentados, como Anna Flood, preguntándose qué demonios creía el reverendo Pulliam que estaba haciendo. ¿Por qué empañar aquel momento? ¿Por qué atenuar el olor a menta y polemonio, estropear el sabor del cordero asado y las tartas de limón que esperaban por ellos? ¿Por qué crisar la armonía, desbaratar la paz que traía aquel matrimonio?

Richard Misner se levantó de su asiento. Molesto; no, enfadado. Tan enfadado que no podía mirar al otro predicador y permitir que advirtiese el efecto causado. Durante las observaciones de Pulliam había estado mirando los sombreros de las mujeres con aire inexpresivo. Aquella mañana, había pensado en cinco o seis frases en las que dar comienzo al sagrado rito del matrimonio, las había elaborado a partir del versículo 19, 79 del Apocalipsis, afinando la imagen del «banquete de bodas del Cordero» para hacer que albergara la revelación de la reconciliación que aquella boda prometía. Había pasado del Apocalipsis a Mateo 19, 6: «De manera que ya no son dos, sino una sola carne», para sellar tanto la fidelidad de la pareja como las renovadas responsabilidades de los Morgan y los Fleetwood.

En aquel momento, miraba a la pareja que esperaba pacientemente delante del altar y se preguntaba si habían entendido, si habían oído siquiera lo que les había caído encima. Sin embargo, él sí lo entendía. Sabía que aquel punto de vista letal sobre la tarea que él había escogido suponía un asalto deliberado a todo lo que él creía. De repente, entendía y compartía la rabia de san Agustín contra el «sacerdote satisfecho», al que situaba junto al diablo. Agustín había llegado a decir que el mensaje de Dios no estaba corrompido por el mensajero: «Aunque [la luz] pase a través de seres profanados, no queda profanada.» Si bien Agustín no había tratado al reverendo Pulliam, debía de conocer a otros como él, pero rechazarlos como compañeros de Satán no calibraba el daño que podían causar las palabras pronunciadas desde un púlpito. ¿Qué habría dicho Agustín como calmante para el veneno que Pulliam acababa de extender sobre todos? Sobre la cabeza de unos hombres para quienes tan difícil era controlar sus instintos y aplastar los que no podían controlar; los corazones de unas mujeres que domaban de manera incansable al depredador; el rostro de unos niños que aún no se habían recuperado del golpe que había recibido su estima al enterarse de que los adultos no los tendrían en cuenta como seres humanos hasta que se aparearan; del novio y de la novia inmóviles, que deseaban desesperadamente que aquel vínculo afectivo público diluyera su vergüenza privada. Misner sabía que las palabras de Pulliam suponían una ampliación de la guerra que éste había declarado a sus actividades; es decir, tentar a los jóvenes a pasar al otro lado del muro, fuera de los límites del pueblo, conducirlos, forzarlos a transgredir, a pensar en sí mismos como guerreros civiles. Sabía también que el secreto a voces sobre un niño que no había llegado a nacer se clavaba como un colmillo en el corazón de la disputa.

Se le ocurría un lenguaje adecuado, pero como no confiaba en que fuera capaz de emplearlo sin revelar su profunda herida personal, Misner se alejó del púlpito en dirección a la pared trasera de la iglesia. Allí se estiró hasta que consiguió descolgar la cruz, tras lo cual pasó con ella junto a la vacía sillería del coro, junto al órgano, donde estaba sentada Kate, junto a la silla donde estaba Pulliam, hasta el estrado, y la sostuvo delante de él para que todos vieran, y ojalá quisiesen hacerlo, lo que sin duda era el primer signo que había hecho un ser humano: la línea vertical, la horizontal. Incluso, como niños, la dibujaban con los dedos en la nieve, la arena o el barro; la ponían en el suelo, como palos; la formaban con huesos sobre la tundra helada y las extensas sabanas; como guijarros en las orillas de los ríos; la grababan en las paredes de las cuevas y en los afloramientos, desde Nome hasta Sudáfrica. Los algonquinos y los japoneses, los

zulúes y los druidas, todos tenían recuerdos táctiles de esta marca original. Lo primero no fue el círculo, las líneas paralelas o el triángulo, sino esta marca, esta misma, que se encontraba debajo de cualquier otra. Esta marca, puesta en lugar de los rasgos de un rostro. Esta marca, la de una figura humana preparada para dar un abrazo. Quitadla, como ha hecho Pulliam, y el cristianismo queda reducido a una religión como cualquier otra de las que hay en el mundo: una masa que suplica alivio a una autoridad resentida; creyentes acosados que eluden el destino o esquivan el mal cotidiano; seres débiles que toman un camino condenado a través del desierto; videntes a quienes se les arrebató la luz y se ven arrojados a la oscuridad perpetua de la imposibilidad de escoger. Sin este símbolo, la vida del creyente queda reducida a alabar a Dios y encajar los golpes. La alabanza es el crédito; los golpes, el interés de una deuda que no puede pagarse. O, como Pulliam ha dicho, nadie sabe cuándo ha «sacado el título». Pero con la cruz, en la religión en la que este símbolo es primordial y fundamental, bien, la vida es otra cosa totalmente distinta.

¿Veis? La ejecución de este solitario hombre negro apoyado en esas dos líneas que se cruzan, a las que estaba sujeto en una parodia del abrazo humano, atado a dos grandes maderos tan convenientes, tan reconocibles, tan impregnados en la conciencia como tal que son al mismo tiempo vulgares y sublimes. ¿Veis? La cabeza de cabello rizado se alzó y cayó sobre el pecho, el brillo de la piel, negra como la noche, quedó atenuado por el polvo, manchado por la hiel, sucio de esputos y orines, de color peltre bajo el viento caliente y seco, y, finalmente, cuando el sol desapareció avergonzado, mientras su carne experimentaba la misma extraña disminución de la luz que por la tarde, como si hubiera llegado el anochecer, siempre repentino en esas latitudes, se lo tragó junto con los criminales que lo acompañaban, la silueta de aquel símbolo original se fundió en el cielo de una falsa noche. Ved cómo este asesinato oficial, entre cientos de otros, marcó la diferencia, cambió la relación entre Dios y el hombre, que dejó de ser la existente entre el jefe y el subordinado para convertirse en una relación de tú a tú. La cruz que sostenía era abstracta; el cuerpo ausente, real, pero ambos se combinaban para sacar a los humanos de un segundo plano y ponerlos en el primero, hacer que dejaran de murmurar al margen y pasaran a ocupar el papel principal en la historia de su vida. Esa ejecución había hecho posible el respeto —con libertad, sin miedo— a uno mismo y a los demás. Y eso era el amor: un respeto sin motivo concreto. Todo lo cual daba fe, no de un Señor malhumorado, objeto de su propio amor, sino de otro que hacía posible el amor humano. No en beneficio de Su gloria, eso nunca; Dios amaba el modo en que los humanos se amaban entre sí, amaba el modo en que los humanos se amaban a sí mismos, amaba al genio de la cruz que consiguió hacer las dos cosas y murió siendo consciente de ello.

Pero Richard Misner no podía hablar con calma de esas cosas. De manera que se quedó allí y dejó que pasaran los minutos mientras sostenía la cruz de roble con las manos, para que ella dijera lo que él no podía: Dios no sólo está interesado en vosotros; Dios es vosotros.

¿Lo verían? ¿Querrían verlo?

Para aquellos que podían verla, la cara del novio era digna de estudio. Miraba hacia arriba, en dirección a la cruz que el reverendo Misner sostenía sostenía sostenía. Sin decir nada, se limitaba a sostenerla, deteniendo el tiempo, mientras el insoportable silencio salpicado de toses y breves gruñidos lo animaba a hablar. La gente estaba nerviosa de antemano a causa de esa boda porque habían visto volar zopilotes hacia el norte del pueblo. Lo que se preguntaban era si se trataba de un presagio malo (habían dado vueltas sobre el pueblo) o bueno (ninguno se había posado en el suelo). Qué bobos, pensó. Si aquel matrimonio estaba condenado, no tendría nada que ver con las aves de rapiña.

De repente, las ventanas abiertas no le bastaban. El novio empezó a sudar dentro de su bien cortado traje negro. Se le disparó la rabia como si fuera un 32. ¿Por qué todo el mundo estaba utilizando su boda, estropeando su ceremonia para una pelea que a él no le importaba en absoluto? Quería que se terminara. Que se terminara, así sus tíos se callarían; así Jeff y Fleet dejarían de difundir mentiras sobre él; así podría ocupar su lugar entre los hombres casados y adinerados de Ruby, así podría quemar todas esas cartas de Arnette. Pero, sobre todo, así conseguiría arrancar a esa zorra de Gigi de su vida. Como el azúcar, que podía pasar de ser un placer exagerado a convertirse en el enemigo mortal del cuerpo, su ansia de ella lo había envenenado, convirtiéndolo en un diabético, en un estúpido, un inútil. Tras meses de una arriesgada dulzura, ella se había vuelto indiferente, aburrida, incluso desagradable. La había esperado entre el maíz alto; se había arrastrado con luna llena detrás de los gallineros para encontrarse con ella; había gastado el dinero que no era suyo en entretenerla; había mentido para conseguir algo mejor que una camioneta para llevarla; le había hecho una plantación de marihuana; había llevado hielo en pleno mes de agosto para enfriarle el interior de los muslos; le había comprado una radio de pilas que ella adoraba, un vestido de felpilla del que se había reído. Sobre todo, la había querido durante años, con un amor doloroso, humillante, que hacía que se odiase a sí mismo, un amor que había ido a la deriva entre el agotamiento y la clandestinidad.

Leyó la primera carta que recibió de Arnette, pero guardó las otras en una caja de zapatos en el desván de su tía; tenía prisa por destruirlas (o tal vez, incluso, leerlas) antes de que nadie descubriera los

once sobres sin abrir enviados desde Langston, Oklahoma. Daba por hecho que hablaban de amor y pena, amor a pesar de la pena. O algo así. Pero ¿cómo iba a saber Arnette de esas cosas tanto como él? ¿Había pasado una noche sentada en un bosquecillo de robles para ver a alguien fugazmente? ¿Había seguido un desvencijado Cadillac hasta Demby sólo para verla? ¿La habían echado unas mujeres de alguna casa? No, claro que no, hasta que sus tíos hicieron que se sentara y le explicaron la ley y sus consecuencias.

De manera que ahí estaba, de pie delante del altar, mientras sostenía con el codo la fina muñeca de su novia y en el bolsillo llevaba la hoja doblada de una palma de Pascua que ella le había dado para que lo protegiera. Oía la pesada respiración de su futuro cuñado a su derecha; y la animosidad de Billie Delia taladrándole la nuca. Estaba seguro de que aquella rabia duraría para siempre, porque parecía que la cruz que Misner sostenía lo había dejado mudo.

La novia miraba la cruz con terror. Y había sido tan feliz. Por fin, tan, tan feliz. Liberada de la sombría tristeza que la revistió en cuanto llegó a casa procedente del colegio universitario: el ahogo implacable de la casa de sus padres; la nueva repugnancia que acompañaba el cuidado de sus rotos sobrinos y sobrinas; la necesidad de sueño que alarmaba a su madre, irritaba a su cuñada y enfurecía a su hermano y a su padre; la apatía total, sólo interrumpida para pensar y preocuparse por K. D. Aunque él nunca había contestado a sus primeras doce cartas, ella le escribió cuarenta más, aunque no las echó al correo. Una por semana durante el primer año que estuvo fuera. Creía que lo quería de manera absoluta porque él era todo lo que sabía sobre sí misma; es decir, todo lo que conocía sobre su cuerpo estaba relacionado con él. Exceptuando a Billie Delia, nadie le había dicho que hubiera otro modo de pensar sobre sí misma. Ni su madre; ni su cuñada. El año anterior, cuando estaba en el último curso del colegio universitario, había ido a su casa durante las vacaciones de Pascua y él quiso salir con ella, fue dos veces a cenar, la llevó al rancho de Nathan DuPres para ayudar en la fiesta del Día de los Niños y le sugirió que se casaran. Fue un milagro que había durado hasta aquel brillante día de abril. Todo había sido perfecto: el período le había venido y se había ido; el vestido, hecho todo él con el encaje de Soane Morgan, era divino; el anillo guardado en el chaleco de su hermano tenía grabadas las iniciales de los dos entrelazadas. El agujero de su corazón por fin se había cerrado, y ahora, en el último minuto, el predicador se mecía de manera extraña, intentaba entorpecer el matrimonio, distorsionarlo, tal vez destruirlo. Ahí de pie, con un rostro que parecía de granito, sosteniendo una cruz, como si nadie hubiera visto una. Clavó los dedos en el brazo que sostenía el suyo, deseando que Misner siguiera adelante. ¡Dilo, dilo! «Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí... nos hemos reunido aquí.» De repente, sin hacer ruido, en el silencio amortiguado que Misner imponía, una rasgadura diminuta se abrió en el lugar exacto donde había estado el agujero. Contuvo la respiración y sintió que le crecía como si fuera una carrera en una media. Pronto la pequeña rasgadura crecería, se haría cada vez más ancha, hasta minar todas sus fuerzas, hasta que tuviera lo que necesitaba para cerrarse y permitir que el corazón siguiera latiendo. Estaba familiarizada con aquello, había pensado que casarse con K. D. la curaría para siempre, pero ahora, mientras esperaba el «Nos hemos reunido aquí..», aguardaba ansiosa el «Quieres a...», caía en la cuenta de todo. Sabía perfectamente qué era lo que le faltaba y siempre le faltaría.

Dilo, por favor, lo urgió. Por favor. Y date prisa. Date prisa. Tengo cosas que hacer.

Billie Delia se pasó el ramo de la mano izquierda a la derecha. Las diminutas espinas se le clavaban a través de los guantes blancos de algodón y los capullos de fresia estaban cerrándose, tal como sabía que sucedería. Sólo las rosas de té permanecían firmes, manteniendo su promesa. Ella había sugerido que pusieran gypsophilas para hacer resaltar los capullos amarillos, pero comprobó asombrada que ningún jardín tenía ninguna. No había gypsophilas en ninguna parte. Entonces, milenrama, dijo, pero la novia se negó a llevar en su boda una hierba que comía el ganado. De manera que ahí estaban las dos, llevando un ramo de fresias sedientas y rosas de té a las que habían quitado mal las espinas. Al margen del daño infligido a sus palmas, la espera que el reverendo Misner estaba haciendo soportar a todo el mundo no le importaba ni le sorprendía. Era sólo una insensatez más en aquella boda insensata que todo el mundo consideraba un alto el fuego. Pero la guerra no era entre los Morgan, los Fleetwood y los que se alineaban en ambos bandos. Era cierto que Jeff había tomado la costumbre de llevar una pistola; que Steward Morgan y Arnold Fleetwood se habían gritado en la calle; que la gente se acercaba a la habitación trasera de Anna Flood para pasar el rato en la barbería de Menus y gruñir y suspirar por el rumor de una atrocidad que se había cometido en el convento, en lugar de cortarse el pelo; que, basándose en ese chismorreó, el reverendo Pulliam había predicado un sermón a partir de Jeremías 1, 5:

«Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses te tenía consagrado.» El reverendo Misner contrarrestó con las palabras de Pablo a los corintios: «... el mayor de los cuales es el amor.» No obstante, para Billie Delia la verdadera batalla no se libraba por la vida de un niño o la reputación de una novia, sino por la desobediencia, lo que significaba, naturalmente, que los sementales luchaban por ver quién controlaba a las yeguas y sus potrillos. El veterano Pulliam tenía las Escrituras y la historia a su favor. Misner tenía las Escrituras y el futuro de su lado. En aquel momento, supuso Billie Delia, estaba haciendo que el mundo esperara hasta entender su posición.

Ante los ojos escrutadores de Misner, Billie Delia bajó la vista hacia el pesado encaje de la cabeza de la novia y la nuca del novio, y pensó de inmediato en un caballo al que había querido. Aunque era el novio quien llevaba unido a su nombre el recuerdo de un caballo de carreras legendario, a ella le había deshecho la vida. Hard Goods, el caballo ganador que K. D. montó después de que se fundara Ruby, pertenecía a Nathan DuPres. Años después de aquella carrera, pero antes de que ella supiese andar, el señor DuPres la alzó sobre el lomo desnudo de Hard Goods y ella montó en él con tal júbilo que hizo reír a todo el mundo. A partir de aquel momento, aproximadamente una vez al mes, cuando él iba al pueblo a hacer recados, desensillaba el caballo y lo llevaba junto al patio de la escuela, que limitaba con la casa de ella, sosteniéndola por la cintura con la palma de la mano. «Enseñad a montar a las niñas –decía–; necesitamos más amazonas en esta tierra. ¡Todos los que lloran por un coche, harían mejor en enseñar a montar a sus hijos más temprano! ¡A Hard Goods no se le pinchan las ruedas!» Continuó hasta que Billie Delia tenía tres años; era demasiado pequeña para llevar ropa interior y nadie pareció advertir o dio muestras de que le importase lo bien que su piel se sentía sobre el cuerpo del animal, que se movía rítmicamente. Mientras luchaba por afirmarse sobre Hard Goods con los tobillos y soportar el roce de su espinazo, los mayores sonreían, se alegraban de su alegría y llamaban al señor DuPres negro retrógrado que tenía que aprender a cambiar las marchas para llegar a tiempo a donde fuese. Hasta que un buen día, un domingo, Hard Goods apareció trotando por la calle montado por el señor DuPres. Billie Delia, que no veía desde hacía tiempo al caballo ni al jinete, corrió hacia ellos, pidiendo un paseo. El señor DuPres le prometió que se pararía después del servicio religioso. Vestida todavía con la ropa de los domingos, ella esperó en el jardín de su casa. Cuando lo vio venir, abriéndose paso entre la gente que salía de la iglesia, echó a correr hacia Central Avenue, en mitad de la cual se quitó las braguitas de los domingos y alzó los brazos para que la subieran sobre el lomo de Hard Goods.

Todo pareció desmoronarse después de aquello. Su madre le dio una azotaina incomprensible y lanzó sobre ella una carga de culpabilidad que tardó años en entender. A partir de entonces, sus compañeros empezaron a meterse con ella, con mayor dureza porque su madre era la maestra. De repente, apareció una luz oscura en los ojos de los chicos que siempre se habían sentido cómodos mirándola. De repente, las mujeres la censuraban y los hombres apartaban la vista. Y su madre la vigilaba permanentemente. Nathan DuPres no volvió a invitarla. En cuanto a Hard Goods, al que perdió para siempre, pasó a ser recordado públicamente como el caballo que había ganado la carrera montado por K. D. y, en privado, como el destinatario de la vergüenza de una niña. Sólo la señora Morgan y su hermana, Soane, la trataban con una amabilidad natural, la paraban en la calle para arreglarle el lazo de las trenzas, alababan su trabajo en sus respectivos jardines; y, en una ocasión, cuando Dovey Morgan la detuvo para quitarle de los rosados labios lo que había tomado por carmín, no lo hizo con un odioso sermón, sino con una sonrisa. Incluso se excusó al observar que el pañuelo estaba limpio. Si no hubiera sido por ellas y por el regreso de Anna Flood, su adolescencia habría sido insoportable. Ni Anna ni las Morgan le hacían sentir que ser hija única era una anomalía, tal vez porque ellas tenían pocos o ningún hijo. La mayoría de las familias alardeaba de tener nueve, once, incluso quince hijos. Y fue inevitable que ella y Arnette, que no tenía hermanas, sólo un hermano, se hicieran amigas inseparables.

Sabía que la gente pensaba que ella era la rebelde, la que, desde el principio, no sólo no había tenido escrúpulos en presionar su cuerpo desnudo sobre el lomo de un caballo, sino que lo prefería así y para darse el gusto se quitaba las bragas delante de todos en domingo. Aunque había sido Arnette quien había tenido relaciones sexuales a los catorce años (con el novio de la ceremonia), Billie Delia cargaba con la fama. Conoció rápidamente la mirada de cautela de las chicas cuyas madres les habían advertido que se mantuvieran lejos de ella. En realidad, nadie la había tocado. Hasta el momento. Puesto que estaba enamorada en vano de un par de hermanos, su virginidad, en cuya existencia nadie creía, era algo tan mudo como la cruz que el reverendo Misner sostenía en alto.

En aquel momento, Misner tenía los ojos cerrados. Movía sin parar los músculos de la mandíbula. Sostenía la cruz como si fuera un martillo e intentara que no se le cayera, no fuese a herir a alguien. Billie Delia deseó que abriera de nuevo los ojos, mirase al novio y le diera un buen golpe en la cabeza con la cruz. Pero no. Eso haría que se sintiera incómoda la novia, quien, al final, había conseguido el marido que la dama de honor despreciaba. Un marido que le había hecho proposiciones a Billie Delia antes y después de su lío con Arnette. Un marido que, mientras Arnette estaba fuera, la había olvidado por completo y había ido detrás de cualquier mujer menor de cincuenta años. Un marido que había abandonado a su futura novia tras dejarla embarazada, aun sabiendo que era la futura madre soltera (no el futuro padre) quien tendría que pedir el perdón de la iglesia. Billie Delia había oído hablar de estas cosas, pero cualquier chica de Ruby que quedara embarazada podía contar con el matrimonio, quisiera o no el chico, porque éste debía seguir viviendo con su familia y cerca de la de ella. Tenía que seguir viendo a la chica en la iglesia o en cualquier otro lugar al que fuera. Pero no había sido así con este novio. Este novio había dejado que la novia sufriera durante cuatro años, y sólo consintió en casarse cuando otra mujer lo echó a patadas de su cama. Unas patadas tan fuertes que salió corriendo en dirección al altar. Billie Delia recordaba con claridad el día en que

la autora de aquellas patadas había llegado, calzada con unos zapatos diseñados a propósito para el trasero del novio. El odio que Billie Delia sintió hacia la chica de pinta extraña fue instantáneo, y habría sido eterno si un gélido día de octubre no se hubiera refugiado en el convento cuando una pelea con su madre degeneró en violencia. Aquel día, su madre le pegó como si fuera un hombre. Ella se marchó corriendo a casa de Anna Flood, quien le dijo que esperara en el piso de arriba mientras se encargaba de recoger las mercancías de un repartidor. Billie Delia lloró sola durante lo que le parecieron horas, lamiéndose el labio partido y tocándose la hinchazón bajo el ojo. Cuando vio a hurtadillas el camión de Apollo, bajó furtivamente por las escaleras traseras y, mientras él compraba un refresco, se metió en la cabina. Ninguno de los dos supo qué hacer. El se ofreció a llevarla con su familia, pero a ella le dio vergüenza tener que explicar a los padres de Apollo por qué su rostro se encontraba en aquel estado y aguantar las miradas de sus doce hermanos y hermanas, así que le pidió que la llevara al convento. Eso fue en el otoño de 1973. Lo que vio y aprendió allí la cambió para siempre. Había accedido a ser dama de honor de Arnette como el último gesto sentimental que tendría en Ruby. Había encontrado trabajo en Demby, se había comprado un coche y, probablemente, se habría ido con él a Saint Louis si no hubiera sido por su doble amor sin esperanza.

Estuviese mascando tabaco o no, Steward no era un hombre paciente. Así que se sorprendió al encontrarse contemplando con calma la conducta de Misner. Alrededor de él los congregados habían empezado a murmurar, a lanzarse miradas, pero Steward, que se consideraba más lúcido que los demás, no hizo nada, a pesar de que no contaba con el tabaco para calmarse. Cuando era pequeño había oído hablar a su padre, Big Daddy, de un viaje de cien kilómetros que había hecho para llevar provisiones a Haven. Corría el año 1920. La prohibición se había extendido al resto del país. La pulmonía atenazaba a Haven, y Big Daddy era uno de los pocos que podían ir. Fue solo. A caballo. Encontró lo que quería en el condado de Logan. Con las medicinas sujetas debajo del abrigo y las otras mercancías atadas al caballo, se perdió y, después de ponerse el sol, descubrió que no sabía hacia dónde ir. Olía, pero no podía ver, una fogata que parecía estar bastante cerca, hacia la izquierda. De repente, hacia su derecha, oyó gritos, música y disparos. Sin embargo, no divisó luces en esa dirección. Atascado en la oscuridad, con desconocidos invisibles a un costado y a otro, tenía que decidir si debía ir hacia el olor a humo y carne o hacia la música y las pistolas. O hacia ninguno de los dos lados. La hoguera podía estar calentando a bandidos; la música podía estar entreteniéndolos a linchadores. Finalmente fue su caballo el que decidió. Atraído por el olor a otros como él, trotó hacia la hoguera. Allí Big Daddy encontró a tres indios sac y fox sentados junto a un fuego escondido en un hoyo. Desmontó, se acercó con cuidado, con el sombrero en la mano, y dijo: «Buenas noches.» Los hombres le dieron la bienvenida y, al enterarse de cuál era su destino, le advirtieron que no entrara en la población. Allí las mujeres pelean a puñetazos, le dijeron, los niños son unos borrachos; los hombres no discuten, sólo hablan con armas de fuego; las leyes contra el alcohol no se aplican. Habían ido a rescatar a un miembro de su familia, que había estado bebiendo allí durante doce días. Todavía había uno de ellos en la población, buscándolo. Big Daddy preguntó cómo se llamaba el pueblo. Pura Sangre, contestaron. En el límite norte había una señal que rezaba: «Negros no.» En el extremo sur, había una cruz.

Big Daddy pasó varias horas con ellos y, antes de que amaneciese, les dio las gracias y se marchó. Retrocedió hasta encontrar el camino a casa.

Cuando Steward oyó la historia por primera vez, no pudo cerrar la boca al pensar en el momento en que su padre estaba solo en la oscuridad, con armas a la derecha, desconocidos a la izquierda. Pero los mayores se echaron a reír y pensaron en otra cosa. «Negros no en un extremo, una cruz en el otro y el diablo suelto en el centro.» Steward no lo entendía. ¿Cómo podía estar el diablo cerca de una cruz? ¿Cuál era la relación entre ambas señales? Sin embargo, desde entonces había visto cruces entre las tetas de las putas; cruces militares a lo largo de kilómetros; cruces en llamas en los patios de los negros, cruces tatuadas en los antebrazos de asesinos expertos. Había visto una cruz colgando del retrovisor de un coche lleno de blancos que habían ido a insultar a las chicas de Ruby. No importaba lo que el reverendo Misner pensara: se equivocaba. Una cruz no valía más que quien la llevaba. Ahora Steward jugueteaba con su bigote, consciente de que su gemelo movía los pies, inquieto, preparándose para agarrarse al banco que tenía delante de él y poner fin a la conducta de Misner.

Soane, que estaba sentada junto a Deek, escuchando su pesada respiración, entendió la gravedad del error que había cometido. Estaba a punto de tocar a su marido en el brazo para aconsejarle que no se levantara, cuando Misner por fin bajó la cruz y pronunció las primeras palabras de la ceremonia. Deek se echó hacia atrás en el asiento y se sonó, pero el daño estaba hecho. Se encontraban en el mismo punto que cuando Jefferson Fleetwood había amenazado con un arma a K. D.; cuando Menus había tenido que intervenir en una riña a empujones entre Steward y Arnold. Y cuando Mable no había enviado ningún pastel a la venta de comida organizada por todas las iglesias. El momento de paz y buena voluntad que se había conseguido con el anuncio de la boda se había hecho añicos. La recepción en su casa sería un compendio del problema y, lo que era peor, sin que los demás lo supieran había cometido el error de invitar a Connie y

a las chicas del convento a la fiesta de la boda. Había interpretado mal la señal de advertencia y estaba a punto de acoger uno de los mayores desastres que Ruby había visto nunca. Sus dos hijos estaban apoyados sobre la Kelvinator, partiendo cacahuetes.

–Qué hay en ese fregadero? –le preguntó Easter.

Ella miró y vio un montón de plumas de colores brillantes, pero pequeñas como si fueran de pollo. Permaneció pensativa: no había matado ni desplumado ninguna ave de corral y, además, nunca habría dejado allí las plumas.

–No lo sé –Contestó.

–Deberías recogerlas, mamá –le dijo Scout–. Ése no es su sitio, ya lo sabes.

Los dos rieron y siguieron partiendo cacahuetes. Soane despertó preguntándose qué clase de pájaro tenía esos colores. Cuando volaron por encima de la población multitud de parejas de zopilotes, pensó que aquél era el significado del sueño: la boda no arreglaría nada. Ahora creía que sus hijos habían intentado decirle algo más: había estado concentrándose en los colores, cuando lo importante era el fregadero. «Ése no es su sitio, ya lo sabes.» Las plumas extrañas que había invitado no pertenecían a su casa.

Cuando por fin Kate Golightly tocó las teclas del órgano y la pareja se volvió hacia la congregación, Soane se echó a llorar; en parte, por las sonrisas tristes y radiantes de los novios, y en parte también por temor a la maldad que ahora andaba suelta y se encaminaba hacia su casa.

Los hermanos Morgan pocas veces se hablaban o miraban, y hacía tiempo que la gente se había percatado de ello. Algunos creían que se debía a que estaban celosos el uno del otro, a que sus puntos de vista sólo coincidían de modo aparente; por debajo, existía un resentimiento mutuo que emergía en pequeños detalles. Por ejemplo, en sus discusiones sobre coches: la feroz preferencia por los Chevrolet por parte de uno y la terca defensa de los Oldsmobile por parte del otro. En realidad, los hermanos estaban de acuerdo en casi todo y, de hecho, mantenían una conversación eterna, aunque silenciosa. Cada uno de ellos conocía los pensamientos del otro como conocía su rostro y sólo de vez en cuando necesitaban la confirmación de una mirada.

En aquel momento, se encontraban en distintas habitaciones de la casa de Deek, pensando en lo mismo. Afortunadamente, Misner se retrasaba, Menus estaba sobrio, Pulliam se sentía triunfante y Jeff no podía ocultar su preocupación por Sweetie. Mable, que había asistido a la ceremonia, había relevado a su nuera para la fiesta. Los novios estaban en su papel, con sonrisas vidriosas, pero en su papel. El pastor Cary –tranquilizador y jovial– era la mejor garantía de que reinase la calma. Él y su esposa, Lily, eran muy valorados por sus dúos, y si pudieran tocar un poco de música...

Steward abrió el piano mientras Deek caminaba entre los invitados. Al pasar junto al reverendo Pulliam, que asentía y sonreía con Sweetie y Jeff, Deek le dio una palmadita tranquilizadora en el hombro. En el comedor, la mesa llena de comida suscitaba murmullos apreciativos, pero hasta el momento nadie, a excepción de los niños, había tocado nada. Las exclamaciones ante la mesa cubierta de regalos parecían forzadas, excesivas. Steward esperó delante del piano; su cabello gris acero y sus ojos inocentes mantenían un equilibrio perfecto. Los niños que lo rodeaban brillaban como ágatas; las mujeres resplandecían en sus trajes de Pascua, todavía impecables, pero permanecían calladas; los zapatos nuevos de los hombres chirriaban y brillaban como pepitas de sandía. Todo el mundo estaba rígido y se comportaba con excesiva corrección. A Deek debía de haberle costado convencer a los Cary, pensó. Steward buscó tabaco mientras azuzaba en silencio a su gemelo para que intentara otra cosa rápidamente –el coro masculino, Kate Golightly–, antes de que el reverendo Pulliam se empeñara en colocarlos otra vez en pie de guerra o, Dios no lo quisiera, Jeff empezara a recitar sus agravios contra la Administración de Veteranos; una vez lanzado, su siguiente objetivo habría sido K. D., que nunca había estado en el ejército. Se preguntó dónde estaría Soane. Steward observó a Dovey quitarle el velo a la novia, y sus ojos inocentes se regocijaron al ver una vez más la figura de su esposa. Vestida con cualquier cosa –el traje de los domingos, el uniforme blanco de la iglesia, o incluso cuando se ponía su albornoz–, la visión de su cuerpo hacía que sonriera con satisfacción. Pero Deek estaba advirtiéndole que no se distrajera, de modo que Steward dejó de admirar a Dovey y reparó en el éxito de los esfuerzos de su hermano. Kate se acercó al piano y se sentó. Flexionó los dedos y empezó a tocar. Primero, un trino preparatorio, acompañado de toses amistosas y murmullos de expectación. Después llegaron Simon y Lily Cary, canturreando, mientras pensaban por qué pieza empezar. Iban por un tercio de Toma mi mano, señor, y las sonrisas se habían vuelto hacia la música, cuando oyeron el estruendo de la bocina de un viejo Cadillac.

Connie no fue, pero sí sus huéspedes. Mavis conducía el Cadillac, Gigi y Seneca iban en el asiento trasero y alguien a quien no conocían, en el delantero. Ninguna de ellas parecía vestida para una boda. Su aspecto, cuando bajaron del coche, era de chicas de discoteca: pantalones cortos de color rosa, tops diminutos, faldas transparentes, ojos pintados, labios sin carmín; resultaba evidente que no llevaban ropa interior ni medias. Habían saqueado la casa de Jezabel para decorarse los brazos, las orejas, el cuello, los

tobillos e incluso la nariz. Mavis y Soane se saludaron en el jardín delantero, incómodas. Otras dos mujeres se pasearon por el comedor y examinaron las mesas en que estaba la comida. Saludaron con un «hola» y preguntaron en voz alta si había algo más para beber que no fuera limonada o zumo de frutas. No lo había, de manera que hicieron lo que otros jóvenes habían hecho ya: salieron del jardín de los Morgan y se fueron paseando hasta más allá de la tienda de Anna Flood, en dirección al horno. Las escasas chicas del lugar se agruparon y se apartaron, dejando el territorio a los chicos de Poole: Apollo, Brood y Hurston. A los de Seawright: Timothy júnior y Spider. A Destry, Vane y Royal. Menus se sumó a ellos, pero Jeff, que había estado hablando con él, no lo hizo. Ni tampoco el novio, que los contemplaba. Dovey estaba quitando la grasa de un trozo de cordero cuando estalló la música. Sobresaltada por el estruendo, se hizo un corte en un dedo y comenzó a chupárselo mientras Otis Redding gritaba "Auuuuu lil girl.." y aniquilaba la tranquila súplica del himno. Dentro, fuera y calle abajo, el ruido y el calor eran implacables.

–Bueno, sólo están divirtiéndose –susurró una voz detrás del reverendo Pulliam. Éste se volvió, pero no consiguió localizar a quien había hablado, de manera que siguió mirando por la ventana. Sabía cómo eran esas mujeres. Como niños, siempre a la caza de diversión, entregadas a ella, pero necesitaban que alguien las ayudara a conseguirla, las llevara en coche, les diese una mano, un billete de cinco dólares. Alguien que las excusara o las mimase. Alguien que mirara al suelo y no dijese nada cuando alteraban la paz. Cruzó una mirada con su esposa, que asintió, y se apartó de la ventana. Tanto ella como él sabían que la existencia de adultos obsesionados por la diversión era un síntoma claro de un estado de decadencia ya avanzado. Pronto todo el país estaría inundado de juguetes y habría perdido el oído por culpa de la música escandalosa y las risas falsas. Pero allí no. En Ruby no sucedería eso. Por lo menos, mientras viviese el reverendo Pulliam.

Las chicas del convento están bailando; agitan los brazos por encima de la cabeza, así, así y asá. Sonríen y gritan, pero no miran a nadie. Sólo a sus cuerpos que se mecen. Las chicas del lugar las miran por encima del hombro y sueltan un bufido. Brood, Apollo y Spider, chicos de granja con músculos de acero y ojos que nada tienen de inocentes, se balancean y hacen chasquear los dedos. Hurston canta el acompañamiento. Dos niñas pequeñas montan en bicicleta; miran con los ojos muy abiertos a las mujeres que bailan. Una de ellas, que luce un cabello sorprendente, le pide la bicicleta prestada. Después otra. Pasean en bicicleta por Central Avenue sin preocuparse por lo que hace la brisa con sus largas faldas floreadas o por el modo en que saltan sus pechos al pedalear. Una de ellas se desliza con los tobillos sobre el manillar; otra se pone sobre el manillar mientras Brood conduce, sentado en el sillín. Una tercera, con los pantalones cortos de color rosa más escuetos del mundo, está sentada en un banco y se rodea el cuerpo con los brazos. Parece borracha. ¿Lo están todas? Los chicos ríen.

Anna y Kate llevaron sus platos hasta el extremo del jardín de Soane.

–¿Cuál? –susurró Anna.

–Aquella –indicó Kate–. La que lleva un harapo como blusa.

–Esa mujer ataría a cualquiera –dijo Anna.

–¿Atar? A mí me parece de las que desatan.

–¿Es con la que estuvo tonteando K. D.?

–Ajá.

–Conozco a aquella de ahí. Viene a la tienda. ¿Quiénes son las otras dos?

–Ni idea.

–Mira, ahí va Billie Delia.

–Naturalmente.

–Vamos, Kate. Deja a Billie en paz.

Se llevaron a la boca una cucharada de ensalada de patata. Detrás de ellas apareció Alice Pulliam, murmurando:

–Caramba, caramba, caramba.

–Hola, tía Alice.

–¿Habíais visto alguna vez un jaleo semejante? A que no encontráis ni un sostén en todo ese grupo.

–Alice se sujetó el sombrero para que no se lo llevara la brisa–. ¿Por qué sonreís? No me parece nada divertido.

–No, claro que no –dijo Kate.

–Esto es una boda, ¿recuerdas?

–Tienes razón, tía Alice. Tienes toda la razón.

–¿Qué te parecería si hubiera alguien bailando de manera obscena en tu boda? –Alice examinó el cabello de Anna con sus brillantes ojos negros.

Kate asintió con aire comprensivo mientras apretaba los labios para que no se le escapara una sonrisa. Anna intentó parecer seriamente ofendida ante la severa esposa del pastor, mientras pensaba: Jesús, si me casara con Richard no duraría ni una hora en esta ciudad.

–Voy a encargarme de que el pastor en persona ponga fin a esto –dijo Alice, y se alejó, decidida, hacia la casa de Soane.

Anna y Kate esperaron varios compases antes de echarse a reír abiertamente. Al margen de otras consideraciones, pensó Anna, las mujeres del convento les habían salvado el día. No había nada como los pecados de otros para distraerse. Los jóvenes estaban equivocados. Sé el surco del ceño de Ella. Y, a propósito, ¿dónde estaba Richard?

Arrodillado, Richard Misner estaba enfadado con su enojo y lo mal que lo había controlado. Acostumbrado a los obstáculos, experto en desacuerdos, era incapaz de conciliar la intensidad de su furia con lo que parecía ser su causa. Amaba a Dios de tal manera que le resultaba doloroso, aunque en ocasiones ese mismo amor le hacía soltar carcajadas. Y respetaba profundamente a sus colegas. Habían resistido durante siglos dedicados a predicar, gritar, bailar, cantar, absorber, discutir, aconsejar, rogar, dirigir. Su pasión ardía o quemaba sin llama como la lava sobre una tierra que les había hecho la guerra a ellos y a su rebaño sin cesar. Una guerra pusilánime que no tenía el honor entre sus objetivos ni sus recompensas; una guerra sin principios que prosperaba tanto sobre la base de la cobardía del vencedor como sobre su mendacidad. En los púlpitos y en letra impresa, él y sus hermanos habían sido el núcleo de la comedia, las espaldas escogidas por el cuchillo de la parodia. Hasta los internos de los corredores de la muerte los maldecían, los proxenetas los despreciaban. Los envidiaban incluso por los escasos ingresos del cepillo. Sin embargo, si a través de todo eso el Espíritu parecía escabullirse, tenían que sujetarse a él con uñas y dientes de ser necesario, agarrarlo con los puños. Llevaban el Espíritu a edificios casi en ruinas, a iglesias de las que habían desaparecido los feligreses blancos, a tiendas de campaña, a barrancos y cabañas de troncos situadas en los claros de los bosques. Susurraban en cobertizos iluminados por la luna, no fuera a verlos la Ley. Rezaban detrás de los árboles y en casas de barro, sus voces seguían impertérritas ante los vientos que rugían. Desde la Iglesia de Abisinia a las congregaciones que se reunían en la parte trasera de las tiendas, desde los peregrinos baptistas a las salas de cine abandonadas; con zapatos brillantes, botas gastadas, coches desvencijados y Lincoln Continental, bien alimentados o desnutridos, hacían que su luz, que parpadeaba débilmente o brillaba como un cometa, atravesara la oscuridad de los días. Limpiaban los esputos de los blancos de los rostros de los niños negros, escondían a desconocidos de las partidas dirigidas por los sheriffs y de la policía, transmitían más deprisa que el periódico y mejor que la radio la información necesaria para salvar la vida. En los lechos de muerte, miraban a ésta a los ojos y a la boca. Sostenían sobre el hombro la cabeza de las madres que lloraban antes de llevar al cementerio a sus hijas, destrozadas por la vida. Lloraban por las cuerdas de presos, razonaban con los magistrados. Hacían que gritaran congregaciones enteras. Llevadas por el éxtasis. Por la fe. Aquella muerte era la vida verdadera, a que sí, y toda vida, a que sí, era santa ante Sus ojos, a que sí. Aunque los conmocionaba la visión del mal, estaban familiarizados con su hocico. Con todo, la auténtica maravilla residía en las formas y sustancias sorprendentes que adoptaba la gracia de Dios: el Evangelio en tiempos de persecución; las victorias exquisitas de quienes tenían prohibido competir; la digna rectitud de los que no se dejaban aplastar por una bota; a su lado, la paciencia de Job parecía intranquilidad. Elegancia cuando alrededor de ellos todo era miseria.

Richard Misner sabía todo eso. Sin embargo, aunque su conocimiento y su respeto seguían intactos, el temblor que sentía dentro de sí era ingobernable. Pulliam había estado tocando una membrana que encerraba un apetito feroz de venganza, un apetito que Misner necesitaba entender para dominar. ¿Tal vez los tiempos habían podido con él? ¿La desolación surgida tras el asesinato de King, una desolación que iba en aumento, como una ola en cámara lenta, lo había arrastrado consigo? ¿O era la calamidad de contemplar la interminable humillación de un presidente dañino? ¿Se había contaminado con aquella guerra larga e incomprensible? ¿Se trataba quizá de un virus durmiente que resurgía ahora que la guerra estaba llegando a un torpe final? Todo el equipo de fútbol de su colegio había muerto en aquella guerra. Diecinueve chicos de espaldas bien anchas. Él los miraba, quería ser como ellos. ¿Sentía ahora náuseas ante su muerte en vano? ¿Era ése el origen de su incipiente ansia de violencia?

¿O era Ruby?

¿Qué tenía aquel pueblo, aquella gente, para ponerlo furioso? Sólo eran distintos de otras comunidades en un par de cosas: la belleza y el aislamiento. Todos ellos eran guapos; alguno, incluso extraordinariamente guapo, y salvo tres o cuatro, negros como el carbón, atléticos y de ojos evasivos. Todos ellos sentían una gélida sospecha hacia los forasteros. En todo lo demás, eran como cualquier otra

comunidad negra pequeña: protectora, religiosa, ahorrativa sin ser tacaña. Ahorraban y gastaban; les gustaba tener dinero en el banco, pero también poseer cosas bonitas. Cuando llegó, pensó que sus defectos eran los normales; sus disputas, ordinarias. Se alegraban de los éxitos de sus vecinos, y sus burlas hacia los lentos y perezosos estaban llenas de buen humor. O, por lo menos, así era antes. Se diría que ahora se trataban con el frío recelo que en otro tiempo destinaban a los desconocidos. ¿Había contribuido a ello? No tenía más remedio que admitir que, sin su presencia, probablemente no habría debates, ni puños pintados, ni peleas por las palabras que faltaban en la puerta de un horno. Desde luego, no existiría un antagonismo público, y menos aún físico, entre hombres de negocios. Y no habría fugitivos. Ni bebida. Aunque reconociera su culpa en los conflictos del pueblo, Misner no se sentía satisfecho. ¿A qué se debía esa terquedad, esa reticencia a declarar sus derechos, un papel más destacado en los asuntos de los negros? Ellos, más que nadie, conocían la necesidad de poseer una voluntad pura, las recompensas del valor y la decisión. Más que nadie, también entendían los mecanismos para arrebatar el poder.

Una y otra vez, y con el menor pretexto, extraían de su acervo de historias cuentos sobre personajes antiguos, abuelos y bisabuelos, padres y madres. Enfrentamientos peligrosos que resolvían unos negociadores hábiles. Testimonios de resistencia, inteligencia, habilidad y fortaleza. De suerte y atropellos. Pero ¿por qué no había historias sobre ellos mismos? Callaban acerca de sus vidas. No tenían nada que decir, pasaban a otra cosa. Como si bastara el heroísmo del pasado para construir el futuro. Como si, más que hijos, quisieran duplicados.

Allí, arrodillado, Misner esperaba una respuesta, y no que creciera la lista de preguntas. De manera que hizo lo que solía hacer: pidió al Señor que fuera con él mientras se ponía en camino, retrasado y alterado, hacia la fiesta de la boda. Estar en Su compañía calmaba el enfado. Después de salir de su casa y coger Central Avenue, oyó la respiración ligera de quien lo acompañaba, pero ni una palabra de consejo o consuelo. Cuando pasaba por delante de la droguería de Harper, vio a un grupo reunido cerca del horno. De ahí, con una explosión provocada por un motor que necesitaba una puesta a punto, salió disparado un Cadillac. En menos de un minuto pasó por su lado, y él reconoció a dos mujeres del convento entre los ocupantes. Cuando llegó al jardín de los Morgan, el grupo se había dispersado. Los niños, borrachos de azúcar, corrían y retozaban con los collies de Steward. El horno estaba desierto. En cuanto entró en la casa de Soane y Deek, observó que todo estaba radiante. Menus se acercó para darle un abrazo. Pulliam, Arnold y Deek interrumpieron su profunda conversación para estrecharle la mano. Los Cary cantaban un dúo, acompañados por un coro. De manera que no le sorprendió ver a Jeff Fleetwood reír muy a gusto con el mismo hombre al que hacía unas semanas había amenazado con un arma: el recién casado. La novia, sin embargo, tenía una mirada adusta.

El silencio en el Cadillac no era tenso. Ninguna de las que iban en él esperaba gran cosa de los hombres vestidos con traje, de manera que no les sorprendió que les dijeran que se marchasen.

–Devolved esas bicicletas a las niñas –indicó uno.

–Largo de aquí –masculló otro, con la boca llena de tabaco.

A los hombres más jóvenes, que habían reído con ellas y las habían ovacionado, se les ordenó sin palabras que se fuesen. Bastó una mirada y un movimiento de la cabeza por parte de un hombre que medía dos metros. Tampoco estaban enfadadas porque las hubieran echado: un poco molestas, quizá, pero no mucho. Una de ellas, la que conducía, nunca había visto a un hombre que no pareciera a punto de estallar. Otra, sentada en el asiento del acompañante, pensó en las aburridas imágenes sexuales que probablemente hubiese provocado y consideró que debería marcharse a otro lugar. En el asiento trasero, una tercera, que se había divertido de veras, pensaba que, aunque sabía cómo era la rabia, no tenía ni idea de lo que se sentía al experimentarla. Siempre hacía lo que le decían, de manera que cuando el hombre dijo: «Devolved esas bicicletas a las niñas...», lo hizo con una sonrisa. La cuarta pasajera se alegraba de que las hubieran expulsado. Era el segundo día que pasaba en el convento y hacía tres que no decía una palabra a nadie. Excepto un rato antes, cuando la chica aquella, Billie no-sé-qué, se acercó a ella.

–¿Estás bien? –Llevaba un vestido rosado y, en lugar del gorro de ducha de las otras, unas rosas diminutas prendidas en el cabello–. ¿Te llamas Pallas? ¿Estás bien?

Asintió e intentó no temblar.

–Aquí estás segura, pero vendré a ver si necesitas algo, ¿de acuerdo?

–Sí –susurró Pallas. Y añadió–: Gracias.

Y allí también. Había abierto los labios un poquito para pronunciar dos palabras, y no se le había llenado la boca de agua negra. El frío aún hacía que le temblaran los huesos, pero el agua oscura iba retrocediendo. De momento. Por la noche, naturalmente, volvería, y ella estaría otra vez dentro del agua, intentando no pensar en lo que nadaba debajo de su cuello. Se concentraría en la superficie, en la linterna que lamía la orilla y después se movía rápidamente sobre el brillo negro. Ojalá, ojalá lo que notaba por debajo fueran lindos pececitos como los de la pecera que le había comprado su padre cuando tenía cinco

años. O guppies, scalares. Nada de caimanes ni serpientes. Aquello era un lago, no una ciénaga o el acuario del zoo de San Diego. Flotando sobre el agua, sus susurros se oían más cerca que sus llamadas. «Ven aquí, gatita. Ven aquí, gatita. Minino, minino, minino», sonaba lejos, pero el «dame la linterna, estúpido, déjalo estar, se habrá ahogado», se deslizó por su piel, detrás de las orejas.

Pallas miró por la ventanilla hacia un cielo tan regular y un paisaje tan monótono que no tenía la sensación de estar en un coche en marcha. El olor del chicle de Gigi mezclado con el de su cigarrillo le daba náuseas.

«Ven aquí, gatita. Aquí.» Pallas había oído decir eso antes. Hacía una eternidad de ello, en uno de los días más felices de su vida. En la escalera mecánica. Las Navidades pasadas. Lo decía una mujer loca a la que ahora recordaba mejor que cuando la había visto por primera vez.

En la parte superior de la cabeza, el cabello, que llevaba recogido con un pasador de plástico rojo, habría formado un pequeño moño o un rizo si hubiera medido más de tres o cuatro dedos. En cambio, no era ninguna de las dos cosas. Sólo un mechón que aquel pasador de niña mantenía tieso. Sendos pasadores más, uno amarillo, el otro púrpura, le sujetaban el cabello sobre las orejas. Su rostro de terciopelo oscuro quedaba al descubierto y, al mismo tiempo, oculto por dos discos de color escarlata del tamaño de galletas, el carmín de color fucsia que emborronaba sus labios, la raya negra de los ojos que caía hacia las mejillas. Todo lo demás era estridente y llamativo: pendientes de plástico blanco, pulseras de cobre, cuentas de color pastel en la garganta, y mucho, mucho más que salía de las bolsas que llevaba: dos bolsos de plástico de la BOAC y un monedero de malla metálica en forma de caja de puros. Vestía una especie de camiseta blanca de algodón que dejaba al descubierto la espalda y el vientre, y una diminuta falda roja. Tenía las piernas cortas y los calcetines que lucía, de color canela, como se consideraba adecuado para las mujeres negras, parecían hechos para correr, de la misma manera que sus tacones altos parecían hechos para atropellar. La piel de la parte interior de los brazos y la barriga, pequeña y maciza, sugerían que tenía unos cuarenta años, pero podría haber tenido cincuenta o veinte. El baile que ejecutaba mientras subía por las escaleras, el balanceo de las caderas, el modo en que movía la cabeza, recordaban tiempos pasados de lentos contoneos en salas mal iluminadas. Nada que ver con el ritmo de las chicas discotequeras de 1974. Los dientes podían habérselos arreglado en cualquier sitio: en Kingston, Jamaica, en Pass Partner, Luisiana; Addis Abeba o Varsovia. El brillo del oro hacía que su sonrisa pareciera de otra época y le daba la seriedad que el resto de su ropa le negaba.

La mayoría de los ojos se apartaban para no verla y se clavaban en los escalones flotantes de metal que tenían a sus pies, o se volvían hacia los adornos de Navidad que animaban la tienda. Sin embargo, los niños y Pallas Truelove la miraban fijamente.

Las Navidades en California siempre eran estupendas, y ésa prometía ser una maravilla. Los cielos brillantes y el calor incrementaban el brillo de la nieve artificial, hinchaban las coronas verde y oro, rosa y plata. Pallas, cargada de paquetes, estuvo a punto de tropezar al llegar a la parte baja de las escaleras. No entendía por qué la mujer con colorete y dientes de oro la fascinaba. No tenían nada en común. Los pendientes que colgaban de los lóbulos de Pallas eran de oro de ley, sus botas estaban hechas a mano, sus tejanos eran de marca y la hebilla del cinturón de una plata bellamente trabajada.

Al llegar al final de las escaleras, Pallas tropezó, presa de un pequeño ataque de pánico, y salió corriendo hacia donde Carlos la esperaba. El repugnante sonsonete de la mujer se mezclaba con los villancicos que atronaban la tienda.

—Aquí está la gatita. Quiero una gatita, gatita.

—¡Mavis!

Mavis no quería mirarla. Gigi siempre afeaba su nombre, estirándolo como si fuera un trozo de su chicle.

—¿No puedes ir a más de veinte kilómetros por hora? ¡Por Dios!

El coche necesita una correa del ventilador nueva. Y no pienso pasar de sesenta y cinco —repuso Mavis.

—Veinte. Sesenta y cinco. Es como ir andando —dijo Gigi, y dejó escapar un suspiro.

—Si te dejo aquí mismo, ya verás lo que es andar. ¿Quieres?

—No me jodas. Sácame a rastras de este coñazo... ¿Has visto a ese tipo, Sen? Menus. El que se cagó encima cuando se quedó con nosotras.

Seneca asintió.

—Pero no ha dicho nada desagradable.

—Tampoco los ha detenido —observó Gigi—. Todo ese vómito, la mierda que limpié.

–Connie dijo que podía quedarse. Y lo limpiamos entre todas –puntualizó Mavis–, no sólo tú. Y nadie te arrastró. No tenías por qué ir.

–El tipo tenía delirium trémens, ¡no te digo!

–¿Quieres cerrar tu ventanilla, por favor, Mavis? –pidió Seneca.

–¿Os llega demasiado viento ahí detrás?

–Tiembla otra vez. Creo que tiene frío.

–¡Si estamos a treinta y dos grados! ¿Qué demonios le pasa? –Gigi examinó a la chica temblorosa.

–¿Paro?–preguntó Mavis–. A lo mejor vomita otra vez.

–No, no pares. Ya la cojo. –Seneca estrechó a Pallas entre sus brazos y le frotó la piel erizada de los brazos–. Quizá viajar en coche le produce mareos. Pensaba que la fiesta la animaría, pero al parecer está peor.

Este pueblo de mierda hace vomitar a cualquiera. No puedo creerme que eso sea lo que llaman una fiesta. ¡Himnos! ¡No te digo! –Gigi se echó a reír.

–Era una boda, no una discoteca –le dijo Mavis. Se secó el sudor del cuello–. Además, tú sólo querías ver a tu amiguito otra vez.

–¿A ese estúpido?

–Si. A ése. –Mavis sonrió–. Ahora que está casado, quieres que vuelva.

–Si quiero que vuelva, puedo hacer que vuelva. Lo que quiero es largarme de este sitio de mierda.

–Hace cuatro años que lo dices, ¿verdad, Sen?

Gigi abrió la boca, pero no dijo nada. ¿Eran cuatro? Pensaba que eran dos. Pero había pasado por lo menos dos tonteando con K. D., el muy hijo de puta. ¿Había dejado que la retuviera allí la promesa de reunir dinero suficiente para llevarla lejos? ¿O fue otra promesa lo que la retuvo allí? De unos árboles entrelazados junto al agua fría.

Bueno, ahora hablo en serio –le dijo a Mavis, con la esperanza de que fuera cierto.

Tras un gruñido de incredulidad por parte de Mavis, en el coche se hizo otra vez el silencio. Pallas dejó que su cabeza descansara sobre los pechos de Seneca, con el deseo de que desaparecieran y que, en su lugar, fuera el pecho duro y liso de Carlos el que soportara su mejilla, como lo hizo siempre que ella quiso a lo largo de más de mil kilómetros. El regalo que había recibido para su decimoséptimo cumpleaños, un Toyota rojo con un casete de ocho pistas, estaba repleto de regalos de Navidad. Cosas que gustarían a la madre de cualquiera, en diversos colores y estilos porque no quería correr el riesgo de no tener nada que le gustara a una mujer que no había visto en trece años. Con Carlos al volante, justo antes de las Navidades, se marcharon de vacaciones para ver a su madre. No huía de su padre; no se fugaba con el hombre más fantástico, más fenomenal del mundo.

Lo había planeado todo cuidadosamente: los objetos estaban escondidos, había disimulado sus movimientos para que ni Providence, el ama de llaves con ojos de águila, ni su hermano Jerome advirtiesen nada. Su padre no estaba por ahí lo suficiente como para darse cuenta de lo que ocurría. Era abogado y tenía unos pocos clientes, pero dos de ellos eran artistas negros de primera. Mientras los mantuviera en la cumbre, Milton Truelove no necesitaba incrementar su clientela, aunque estaba alerta por si encontraba a otros jóvenes que pudieran llegar a lo más alto y quedarse allí.

Con ayuda de Carlos, fue tan fácil como divertido: tuvo que consolidar las mentiras contadas a sus amigas; los objetos que dejaba atrás tenían que indicar que su intención era regresar, no escapar (el permiso de conducir –un duplicado–, los ositos de peluche, el reloj, los objetos de tocador, las joyas, las tarjetas de crédito). Eso último los obligó a sacar mucho dinero en efectivo y hacer las compras el mismo día en que se fueron. Ella quería comprar más cosas, muchas más, para Carlos, pero él se negó. En el tiempo que hacía que se conocían –cuatro meses– no había aceptado ningún regalo de ella. Ni siquiera le dejaba pagar las comidas. Cerraba sus bellos ojos y negaba con la cabeza, como si su ofrecimiento lo entristeciera. Pallas lo había conocido en el aparcamiento del colegio el día en que su Toyota no quiso ponerse en marcha. En realidad, lo había visto muchas veces antes. Era el encargado de mantenimiento de su colegio, tenía aspecto de estrella de cine y todas las chicas iban detrás de él. Todo empezó el día en que pisó a fondo el acelerador y le dijo a Pallas que tenía el coche ahogado. Se ofreció a seguirla hasta su casa en su Ford por si el coche se le paraba otra vez. El coche no se paró y él se despidió agitando la mano. Al día siguiente, Pallas le llevó un regalo –un disco– y le costó conseguir que lo aceptara.

–Sólo si aceptas que te invite a un perrito caliente con chile –dijo él.

Pallas notó que se le secaba la boca a causa de la emoción. A partir de entonces, se vieron todos los fines de semana. Ella hizo todo lo que se le ocurrió para que él se enamorara. Carlos respondía apasionadamente a sus caricias, pero durante semanas no quiso ir más allá. «Cuando nos casemos», decía.

En realidad, Carlos no era un bedel. Era escultor y, cuando Pallas le contó cosas sobre su madre, que era pintora, y el lugar donde vivía, sonrió y comentó que era un lugar perfecto para un artista.

Todo encajaba. Carlos podía dejar su trabajo sin grandes problemas durante las vacaciones. Milton Truelove estaría ocupadísimo con las fiestas de sus clientes, los estrenos y los tratos con los canales de televisión. Pallas buscó entre las felicitaciones de Navidad y cumpleaños enviadas por su madre durante los últimos años para encontrar su dirección más reciente, y los enamorados se escaparon sin el menor contratiempo. Sólo aquella negra loca le fastidió los villancicos de Navidad.

Pallas se acurrucó contra el pecho de Seneca que, aunque incomodo, le quitó los escalofríos. Las mujeres que se sentaban delante se peleaban de nuevo con unas voces agudas que le hacían daño en la cabeza.

–¡Puta exhibicionista! Soane es amiga nuestra. Y ahora ¿qué le digo?

–Es amiga de Connie. No tiene nada que ver contigo.

–Yo le vendo los pimientos, le preparo el tónico...

–¿Qué te crees? ¿Farmacéutica? Es sólo romero y un poco de salvado mezclado con aspirina.

–Sea lo que sea, es responsabilidad mía.

–Sólo cuando Connie está borracha.

–No te atrevas a hablar de ella. No bebía hasta que tú llegaste.

–Eso es lo que tú dices. Si hasta duerme en la bodega.

–¡Su dormitorio está allí! ¡Eres una imbécil!

–Ya no es una criada. Podría dormir arriba, si quisiera. Lo que pasa es que quiere estar cerca de todas esas botellas.

–Por Dios, no te aguanto.

Seneca intervino con una voz suave destinada a fomentar la armonía.

–Connie no es borracha. Sencillamente, no es feliz. Tendría que haber venido con nosotras, así todo habría sido distinto.

–¡Si todo iba bien! –dijo Gigi–. Hasta que vinieron esos predicadores de mierda. –Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior.

–¿No puedes dejar de fumar ni durante un par de minutos? –preguntó Mavis.

–¡No!

–No sé qué vio en ti ese negro –prosiguió Mavis–. O quizá sí, ya que lo llevas bien a la vista.

–¿Estás celosa?

–Y un cuerno.

–Y un cuerno, y un cuerno. Llevas diez años sin que te echen un polvo; estás reseca.

–¡Largo! –gritó Mavis, frenando de golpe–. ¡Baja de mi coche y vete al infierno!

–Vas a echarme? Tócame y te rompo la cara –la amenazó Gigi–. ¡Eres una delincuente de mierda! –Y aplastó el cigarrillo contra el brazo de Mavis.

No había sitio suficiente dentro del coche para pelearse, pero lo intentaron. Seneca sostuvo a Pallas entre sus brazos y las miró. En otro tiempo habría intentado separarlas, pero ahora sabía que era mejor no hacerlo. Cuando no pudieran más, pararían y la paz reinaría durante más tiempo que si ella intervenía. Gigi conocía los puntos débiles de Mavis: cualquier insulto a Connie y las alusiones a su condición de fugitiva. Durante su último viaje, Mavis se había enterado por su madre que la buscaban por robo, abandono y sospecha de asesinato de dos de sus hijos.

El Cadillac se mecía. Gigi era agresiva, pero presumida: no quería que los arañazos o los golpes estropearan su bonita cara, y se preocupaba constantemente por su pelo. Mavis era lenta, pero pegaba con fuerza y ganas. Cuando Gigi vio sangre, dio por hecho que era suya y bajó del coche; Mavis salió pitando tras ella. Lucharon en la carretera y en la cuneta, bajo un cielo de un color metálico, en el que no había ni una bandada de pájaros.

Pallas se incorporó, hipnotizada por los cuerpos que rodaban levantando polvo y aplastando hierbas. Cuerpos absortos, ajenos a las miradas, bajo un cielo vacío en Oklahoma o pintado en Mehita, Nuevo México. Meses después de los alborozados besos y abrazos de Dee Dee Truelove: meses maravillándose ante el paisaje espectacular que se divisaba desde las ventanas de su madre; meses de comida espléndida, de conversar con los amigos de Dee Dee, todo tipo de artistas –indios, neoyorquinos, viejos, hippies, mexicanos, negros– y de charlar los tres por la noche bajo cielos que Pallas sólo había creído posibles fabricados por Disney. Tras todos esos meses, Carlos dijo:

–Éste es mi sitio. –Suspiró profundamente–. Éste es el hogar que he estado buscando.

Su rostro, bañado por la luna, hizo que el corazón de Pallas se detuviera.

–Claro que sí –dijo Dee Dee Truelove con un bostezo.

Carlos también bostezó, y en ese mismo instante tendría que haberse percatado: los bostezos simultáneos, el mismo tono de voz. Debería haber tenido en cuenta la aritmética: la edad de Carlos estaba más cerca de la de Dee Dee que de la de Pallas. Si lo hubiera advertido, tal vez hubiese logrado impedir que los cuerpos se debatieran entre gemidos sobre la hierba, sin importarles quién los viera. No habría tenido que salir corriendo, aturdida, hacia el Toyota; no habría corrido sin rumbo por las carreteras, dando golpes, rozando camiones; no se habría encontrado en el agua con cosas suaves que la tocaban por debajo.

Pallas sintió otra vez las repulsivas cosquillas y caricias de los tentáculos, de las escamas invisibles, se alejó de las mujeres que luchaban y alzó el brazo para rodear el cuello de Seneca y apretar la cara de ésta contra su diminuto seno.

Sólo Seneca vio el camión que se acercaba. El conductor redujo la velocidad, quizá para rodear al Cadillac que acaparaba la carretera, tal vez con la intención de ofrecer su ayuda, pero se detuvo el tiempo suficiente para ver a dos proscritas rodar por el suelo, con los vestidos rotos, la carne secreta a la vista. Y vio también a otras dos mujeres, abrazadas en el asiento trasero. Durante un largo momento abrió mucho los ojos. Después sacudió la cabeza y pisó a fondo el acelerador.

Finalmente, Gigi y Mavis quedaron tendidas en el suelo, jadeando. Primero una, después la otra, se sentaron para tocarse y hacer un inventario de sus heridas. Gigi buscó el zapato que había perdido; Mavis, la goma que le había sujetado el pelo. Sin pronunciar palabra, volvieron al coche. Mavis condujo con una sola mano. Gigi se puso un cigarrillo en el lado bueno de la boca.

En 1922, los peones blancos se habían reído: una gran casa de piedra en mitad de ninguna parte. Los indios, no. Cuando hacía mal tiempo, en una región con pocos árboles, donde encender un fuego con troncos suponía un sacrilegio, el carbón era caro y las boñigas de vaca fétidas, aquella mansión les parecía una locura. El estafador había encargado toneladas de carbón, de las que no llegó a gastar ninguna. Las monjas que se quedaron con la casa tenían resistencia, queroseno y capas de hábitos muy bien hechos. Pero en primavera, verano y algunos otoños cálidos, las paredes de piedra de la casa eran una bendición de frescor.

Gigi subió corriendo por las escaleras para llegar antes que Mavis y quedarse con el agua disponible para el baño. Mientras las cañerías tosían, se desnudó y se miró en el único espejo sin pintar. Excepto una rodilla y los codos, el daño no era de importancia. Tenía las uñas rotas, claro, pero ningún ojo hinchado ni la nariz partida. Aunque al día siguiente tal vez apareciesen más marcas. Lo que la inquietaba era el labio, que se hinchaba alrededor de una herida. Si apretaba, salía un hilillo de sangre y, de repente, todo el mundo corría por las calles de Oakland, California. Las sirenas –¿policía?, ¿ambulancias?, ¿bomberos?– le golpeaban los tímpanos. Una pared formada por la policía que avanzaba les cortaba el paso hacia el este y hacia el oeste. La gente tiró lo que había traído o había conseguido encontrar y salió corriendo. Ella y Mikey, al principio, se cogían de la mano mientras corrían por un callejón, tras la multitud dividida. Una calle con casas pequeñas y césped. No hicieron fuego, no hubo disparos. Sólo se oían los gritos musicales de las chicas y el rugido de los hombres. Sirenas, sí, y megáfonos a lo lejos, pero no hubo cristales rotos, golpes ni disparos. Entonces, ¿por qué surgió un mapa rojo en la camisa blanca del niño? Ella no lo veía bien. La multitud se hizo más densa y se detuvo, algo le impedía seguir. Mikey estaba unos cuantos hombros por delante, abriéndose paso a empujones. Gigi miró otra vez al pequeño que estaba sobre el césped verde. Iba muy bien vestido: pajarita, camisa blanca, zapatos muy brillantes con cordones. Pero ahora la camisa estaba sucia, cubierta de peonías rojas. Tuvo una convulsión y le salió sangre por la boca. Extendió las manos, con cuidado, para recogerla, no fuera a estropearle los zapatos como ya le había estropeado la camisa.

El periódico habló de un centenar de heridos, pero no habló de disparos ni de que un niño hubiera recibido un tiro. No mencionaba al niño pulcro de color claro que llevaba su sangre en las manos.

Entraba un hilillo de agua en la bañera. Gigi se puso los rulos en el pelo, después se estiró boca abajo para examinar otra vez sus progresos con la caja escondida debajo de la bañera. La baldosa que tenía encima se encontraba completamente suelta, pero la caja de metal parecía estar pegada con cemento. Era un problema alcanzarla. Si se lo hubiera dicho a K. D., él la habría ayudado, pero entonces habría tenido que compartir el contenido: oro, quizá, diamantes, grandes fajos de billetes. Fuera lo que fuere, era suyo, y de Connie, si quería algo. Pero de nadie más. De Mavis no, desde luego. Seneca no querría nada, y esa chica que acababa de llegar, con esos ojos que parecían esquirlas de cristal y esa cabeza con tanto pelo rizado, ¿quién sabía quién o qué era? Gigi se levantó, se frotó para quitarse el polvo

y la tierra de la piel, y se metió en la bañera. Se sentó y se puso a reflexionar en las opciones que tenía. Connie, pensó. Connie.

Después, recostándose para que las burbujas le llegaran hasta la barbilla, pensó en la nariz de Seneca, en el modo en que se le movía cuando dormía, en la inclinación de sus labios cuando no sabía si sonreír o no, en sus cejas espesas y de forma perfecta. Y en su voz: suave, levemente ávida. Como un beso.

En el cuarto de baño situado en el otro extremo del pasillo, una Mavis eufórica se lavaba delante del lavabo. Después se cambió de ropa y bajó a la cocina para preparar la cena. Las sobras del pollo picadas con pimientos y cebolla, estragón, alguna clase de salsa, quizá de queso, y todo envuelto en esas tortitas que Connie le había enseñado a hacer. Eso le gustaría. Le llevaría una bandeja a Connie y le contaría lo que había sucedido. De la pelea no diría una palabra. Eso no era importante. En realidad, se había divertido. Vapulear a Gigi, incluso morderla, era divertido, igual que cocinar. Una prueba más de que la vieja Mavis había muerto. La que no podía defenderse de una niña de once años, menos aún de su marido. La que no podía pensar o hacer una simple comida, que recurría a las tiendas de comida preparada, ahora creaba exquisiteces, como las crepes, sin tener que ir a comprar cada día.

De todos modos, le había afectado la alusión de Gigi a su falta de vida sexual, aunque, en cierto sentido, también tenía gracia. Cuando Frank y ella se casaron, a ella le gustaba. Más o menos. Después se convirtió en una tortura obligada, duraba un poco más, pero no era muy distinto de cuando la tiraba de la silla a bofetadas. Los años pasados en el convento habían estado libres de todo eso. No obstante, cuando la cosa llegó por la noche, ya no la rechazó. En otro tiempo, había sufrido alguna pesadilla ocasional: un cachorro de león le roía el cuello. Últimamente había adoptado otra forma –humana– y se le echaba encima o se acercaba a ella por detrás.

–Un incubo –le dijo Connie–. Recházalo.

Pero Mavis no pudo, o no quiso. Ahora deseaba saber si lo que Gigi había dicho acerca de ella era el motivo de que lo hubiese acogido bien. Todavía tenía a Merle y a Pearl, sentía su ir y venir en cada habitación del convento. Quizá debería admitir, confesar a Connie que si añadía las visitas nocturnas a los niños que reían y a una “madre” que la quería, conseguía algo así como una familia feliz. Mejor aún: cuando le llevara la cena a Connie, le contaría lo de la recepción, el modo en que Gigi había hecho que todo el mundo se sintiera incómodo, especialmente Soane, y después le preguntaría qué tenía que hacer con las visitas nocturnas. Connie lo sabría. Connie.

El sarape de cachemir de Norma Fox resultó útil una vez más. Seneca envolvió a Pallas con él y le preguntó si quería algo. ¿Agua? ¿Algo para comer? Pallas indicó que no con un gesto. Todavía no puede llorar, pensó Seneca. El dolor era demasiado hondo. Cuando empezara a subir, enseguida aparecerían las lágrimas, y Seneca quería que Connie estuviese allí cuando sucediera. De manera que dio calor a la chica lo mejor que pudo, intentó arreglarle la espesa cabellera y, tras coger una vela, la llevó a ver a Connie.

Parte del sótano, una estancia enorme y fría con el techo abovedado, unía las paredes llenas de hileras de botellas. Vino tan viejo como Connie. Las monjas raras veces lo tocaban, le explicó Connie, sólo cuando conseguían que acudiera un sacerdote para decir misa, algo que todas deseaban. Y algunas Navidades preparaban un bizcocho y lo emborrachaban con Veuve Clicquot de 1915 en lugar de ron. Alrededor, entre las sombras, acechaban las siluetas de baúles, cajas de madera, muebles en desuso y rotos. Mujeres desnudas en mármol pulido; hombres en piedra áspera. En el extremo más alejado se hallaba la puerta que daba a la habitación de Connie. Aunque no estaba destinada a una doncella, como había dicho Mavis, nadie tenía claro cuál podía ser su propósito original. Connie la utilizaba, le gustaba por su oscuridad. Allí la luz del sol no suponía una amenaza para ella.

Seneca llamó a la puerta; como no obtuvo respuesta, la abrió empujando. Connie estaba sentada en una mecedora de mimbre y roncaba ligeramente. Cuando Seneca entró, despertó al instante.

–¿Quién trae esta luz?

–Soy yo, Seneca. Y una amiga.

–Ponla aquí –indicó, señalando una cómoda situada a sus espaldas.

–Ésta es Pallas. Llegó hace un par de días. Dice que quiere conocerte.

–¿Eso dice?

La débil llama de la vela hacía que fuera difícil distinguirlo, pero Seneca reconoció a la Virgen María, el par de brillantes zapatos de monja, el rosario y, sobre el tocador, algo que echaba raíces en una jarra con agua.

–Quién te ha hecho daño, niña? –preguntó Connie.

Seneca se sentó en el suelo. Tenía pocas esperanzas de que Pallas dijese gran cosa, si es que decía algo, pero Connie era mágica. Bastó con que extendiera la mano para que Pallas se acercara a ella, se sentara en su regazo y se pusiera a hablar y llorar a la vez; después sólo lloraba, y Connie dijo:

–Bebe un poco de esto. –A continuación añadió–: Qué pendientes tan bonitos. Pobrecita mía, pobre, pobrecita mía. Han hecho daño a mi pobre niña.

Hubo que recurrir al vino, y aun así llevó una hora; incompleta, inconexa y deshilvanada, pero salió por fin la historia acerca de quién le había hecho daño.

Perdió los zapatos, explicó, de manera que al principio nadie se detuvo a recogerla. Después, dijo, la mujer india con sombrero de fieltro, o, más bien, un camión lleno de indios se detuvo al amanecer mientras ella cojeaba descalza, con los pantalones cortos, junto a la carretera. Conducía un hombre. A su lado estaba la mujer, con un niño sobre las rodillas. Pallas no sabía decir si era un niño o una niña. Había seis hombres jóvenes sentados en la parte trasera. Fue la mujer quien consiguió que accediera a subir al camión. Bajo el ala del sombrero, los ojos de color gris aguanieve eran inexpresivos, pero su presencia entre los hombres los civilizaba, igual que al niño sentado en su regazo.

–¿Hacia dónde vas? –preguntó.

Fue entonces cuando Pallas descubrió que no le funcionaban las cuerdas vocales. Era incapaz de competir con el solitario molino que rechinaba en el campo que se extendía detrás de ella. De manera que indicó en la dirección en que iba el camión.

–Entonces, sube –dijo la mujer.

Pallas subió entre los varones –casi todos de su edad– y se sentó tan lejos de ellos como pudo, rezando para que la mujer fuera su madre hermana abuela, o cualquier otra influencia que los mantuviese a raya.

Los chicos indios la miraron, pero no dijeron nada. Con los brazos apoyados sobre las rodillas, miraban sin sonreír sus pantalones cortos de color rosa, su camiseta con dibujos fosforescentes. Al cabo de un rato, abrieron unas bolsas de papel y empezaron a comer. Le ofrecieron un grueso bocadillo de salchicha ahumada y una de las cebollas que comían como si fueran manzanas. Temerosa de que consideraran un insulto su negativa, Pallas aceptó, y se encontró comiéndoselo todo igual que un perro, tragando sin masticar, sorprendida por el hambre que tenía. El balanceo del camión hacía que se adormeciera y despertara, luchando contra un sueño en el que el agua negra se filtraba dentro de su boca, su nariz. Pasaron por lugares con casas desperdigadas, pero no se detuvieron hasta que llegaron a una población de cierto tamaño. Para entonces ya había atardecido. El camión avanzó por una calle vacía y se paró delante de una iglesia baptista que tenía un cartel que rezaba: «Primitiva.»

–Espera aquí –dijo la mujer–. Vendrá alguien y se ocupará de ti.

Los chicos la ayudaron a bajar y el camión se alejó.

Pallas esperó en las escaleras de la iglesia. No veía ninguna casa y no había nadie en la calle. A medida que el sol descendía, el aire se tornaba sólido. Sólo las plantas de los pies, que tenía en carne viva y le ardían, la distraían del frío que poco a poco le llegaba hasta la médula. Finalmente, oyó un motor y, cuando levantó la cabeza, volvió a ver a la india, pero esta vez sola, al volante del mismo camión.

–Sube –le indicó a Pallas, y la llevó a un edificio bajo con techo de chapa ondulada, a varias manzanas de distancia–. Entra aquí –dijo–. Es un consultorio médico. No sé si te han molestado o qué. Me parece que sí, que te han molestado, pero no digas nada. Yo no sé si es verdad, pero no se lo digas, ¿me oyes? Es mejor. Di que te han pegado, que te han echado o algo así. –Sonrió, aunque sus ojos conservaron una expresión grave–. Tienes el pelo lleno de algas. –Se quitó el sombrero y lo colocó sobre la cabeza de Pallas–. Adelante.

Pallas permaneció sentada en la sala de espera junto con pacientes tan callados como ella. Dos mujeres mayores con la cabeza cubierta por un pañuelo; un niño con fiebre, en brazos de su adormilada madre. La recepcionista la miró con curiosidad malsana, pero no dijo nada. Amenazaba con anochecer cuando entraron dos hombres, uno de ellos con la mano medio arrancada. A Pallas y a la madre adormilada les tocaba pasar, pero el hombre, que iba empapando una toalla de sangre, tuvo preferencia. Mientras la recepcionista se lo llevaba, Pallas salió corriendo por la puerta, giró en la esquina del edificio y vomitó hasta el último resto de la cebolla y la salchicha. Mientras sufría violentas arcadas, oyó, antes de verlas, a dos mujeres que se acercaban. Ambas llevaban gorro de ducha y uniforme azul.

–Mira –dijo una.

Se acercaron a Pallas y se quedaron allí, con la cabeza inclinada, mirándola vomitar.

–¿Entras o sales?

–Debe de estar embarazada.

–¿Quieres ver a la enfermera, muchacha?

–Será mejor que se dé prisa.

–Vamos a llevársela a Rita.

–Llévala tú, Billie. Yo tengo que irme.

–Tiene sombrero, pero no zapatos. De acuerdo, márchate. Hasta mañana.

Pallas se incorporó, agarrándose el vientre y respirando pesadamente por la boca.

–Oye, la consulta cierra, a menos que tengas una urgencia. ¿Estás segura de que no estás embarazada?

Pallas, se estremeció en un intento de controlar otra arcada.

Billie se volvió a tiempo para ver que el coche de su amiga dejaba el aparcamiento; después bajó la vista hacia el vómito. Sin hacer una mueca, le echó tierra encima con el pie hasta taparlo.

–¿Dónde tienes el bolso?–preguntó, alejando a Pallas del vómito cubierto de tierra–. ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas?

Pallas se tocó la garganta e hizo un ruido similar a una llave que se intentara hacer girar en una cerradura que no era la que le correspondía. Todo cuanto pudo hacer fue negar con la cabeza. Como un niño solo en un parque desierto, escribió su nombre en el suelo con el dedo del pie. Después, lentamente, imitando el modo en que la chica había borrado el vómito, lo cubrió por completo de tierra roja.

Billie se quitó el gorro de ducha. Era mucho más alta que Pallas y tuvo que inclinarse para mirar sus ojos bajos.

–Ven conmigo, muchacha –dijo–. Me parece que lo estás pasando muy mal, y sé lo que digo; no es la primera vez que veo a alguien así.

La hizo subir al coche y condujo a través del aire azul de la tarde mientras le hablaba con calma, de manera tranquilizadora.

–Te llevo a un sitio donde podrás quedarte. Nadie te hará preguntas. Yo estuve allí una vez y se portaron bien conmigo. Mejor que... Bueno, se portaron bien. No tengas miedo. Yo lo tenía. Miedo de ellas, quiero decir. Por aquí no hay muchas chicas como ellas –dijo, y soltó una carcajada–. Están un poco chifladas, pero son pacíficas, tranquilas. No te sorprendas si no llevan ropa. Al principio yo me sorprendía, pero después fue como, no sé, como si no importara. Mi madre me habría enviado a la luna de un quantazo si yo hubiese ido por ahí de esa manera. Bueno, en cualquier caso puedes recuperarte allí, pensar en tus cosas, sin que nada ni nadie te moleste. Cuidarán de ti o te dejarán sola, como prefieras.

El azul iba haciéndose más oscuro alrededor de ellas y a lo lejos brillaba una banda de color plata. Los campos se rizaban bajo el viento cálido, pero cuando llegaron al convento, Pallas estaba temblando.

Después de dejarla al cuidado de Mavis, la chica dijo:

–Volveré para ver cómo sigues, ¿de acuerdo? Me llama Billie Cato.

La vela se había consumido hasta quedar reducida a un par de centímetros, pero la llama era alta. La mecedora oscilaba. Connie respiraba tan profundamente que Pallas pensó que estaba dormida.

Podía ver a Seneca, con la mano en la barbilla, el codo apoyado en la rodilla, la cara levantada para mirarla, pero la llama de la vela, como la luz de la luna en Mehita, distorsionaba los rostros.

Connie se agitó.

–Te he preguntado quién te ha hecho daño. Me dices quién te ayudó. ¿Quieres guardar en secreto la otra parte?

Pallas no respondió.

–¿Cuántos años tienes?

Estaba a punto de contestar que dieciocho, pero se decidió por la verdad.

–Dieciséis –dijo–. El año que viene debería comenzar el último curso.

Se habría echado a llorar otra vez por el curso perdido si Connie no se la hubiera quitado de encima con brusquedad.

–De pie. Me rompes las piernas. –Después, con voz más suave, añadió–: –Vete a dormir un poco. Quédate todo el tiempo que quieras y cuéntame el resto cuando te venga en gana.

Pallas se puso de pie y se tambaleó un poco a causa de la mecedora y el vino.

–Gracias. Aunque... Quizá sea mejor que llame a mi padre. Supongo.

–Te llevaremos –dijo Seneca–. Sé dónde hay un teléfono, pero tienes que dejar de llorar, ¿me oyes?

Entonces se fueron, caminando con cuidado a través de la oscuridad, los ojos acostumbrados a la escasa luz de la vela. Pallas, criada bajo la luminosidad excesiva de Los Ángeles, en casas sin sótano, los asociaba con el mal de las películas o los bichos reptantes. Sin embargo, sus gestos eran expresión de la alarma por lo que esperaba, no por lo que sentía. En realidad, mientras subían por las escaleras se sentía tranquilizada por las imágenes de una abuela que se mecía apaciblemente, brazos, regazo, una voz cantarina. La casa entera parecía impregnada de una bendita ausencia de masculinidad, como si fuera un dominio protegido, libre de cazadores y, al mismo tiempo, estimulante. Como si pudiera encontrarse a sí misma –un yo desenfrenado, legitimado, pero que ella consideraba que «moraba»– en una de las muchas habitaciones de aquella casa.

Sobre la mesa había una fuente con algo que tenía aspecto de tortita. Gigi, arreglada y callada –sólo el labio torcido estropeaba su maquillaje–, jugueteaba con su radio, intentando encontrar la emisora que ponía lo que quería oír: nada de noticias sobre agricultura, música country o rollos bíblicos. Mavis estaba delante de la cocina, murmurando instrucciones para sí.

–¿Está bien, Connie? –preguntó Mavis cuando las vio entrar.

Muy bien. Se ha portado muy bien con Pallas. ¿No es cierto, Pallas?

–Sí. Es agradable. Ahora me encuentro mejor.

–Vaya, si eso habla –dijo Gigi.

Pallas sonrió.

–Pero ¿va a seguir vomitando? Ésa es la cuestión.

–Gigi, por todos los demonios, cállate. –Mavis miró a Pallas con ansiedad–. ¿Te gustan las crepes?

–Mmm. Estoy muerta de hambre –contestó Pallas.

–Hay muchas. He separado las de Connie, y puedo hacer todavía más si quieres.

–Eso necesita algo de ropa. –Gigi estaba examinando a Pallas atentamente–. Nada de lo que tengo le servirá.

–Deja de llamarla «eso».

–Lo único que vale la pena de cuanto tiene es un sombrero. ¿Dónde lo habéis puesto?

–Tengo unos tejanos que puedo darle –dijo Seneca.

–Lávalos primero.

–Claro.

–¿Claro? ¿Por qué dices «claro»? No te he visto lavar ni una sola cosa desde que llegaste, ni siquiera a ti.

–¡Ya está bien, Gigi! –exclamó Mavis apretando los dientes.

–¡Pues es la verdad! –Gigi se inclinó sobre la mesa hacia Seneca–. No tenemos muchas cosas, pero jabón sí tenemos.

–He dicho que los lavaré, ¿no? –Seneca se secó el sudor de debajo de la barbilla.

–¿Por qué no te arremangas? Pareces una yonqui –dijo Gigi.

–Mira quién habla. –Mavis soltó una risita.

–Hablo de caballo, muchacha; no de un poco de hierba. Seneca miró a Gigi.

–No me meto sustancias químicas en el cuerpo.

–Pero lo hacías, ¿verdad?

–No, no lo hacía.

–Entonces, enséñame los brazos.

–¡Lárgate!

–¡Gigi! –gritó Mavis.

Seneca parecía muy dolida.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo Gigi.

–¿Por qué eres así? –preguntó Seneca.

–Lo siento, ¿vale? –No era frecuente que reconociera algo así, pero parecía sincera.

–Nunca he tomado drogas. ¡Nunca!

–He dicho que lo sentía. Por Dios, Seneca.

–Esta sí que es peor que una aguja, Sen. No para de fastidiar. –Mavis limpió su plato–. No dejes que te lo clave en la piel: ahí es donde está la sangre.

–¡Cierra la puta boca!

Mavis se echó a reír.

–De nuevo a las andadas. Dura mucho su “lo siento”.

–Le he pedido perdón a Seneca, no a ti.

–Dejémoslo correr –dijo Seneca con un suspiro–. ¿Podemos abrir la botella, Mavis?

–No podemos, debemos. Tenemos que celebrar que Pallas está aquí, ¿verdad?

–Y que habla –apuntó Seneca con una sonrisa.

–Y que tiene apetito; mira cómo come.

Carlos había matado el hambre de Pallas. Mientras el la quería (o parecía quererla), toda comida que no fuera aquel primer perrito caliente con chile fue una molestia, un pretexto para beber una CocaCola o un motivo para salir. El exceso de peso que había intentado combatir desde que estaba en la escuela elemental desapareció. Carlos nunca había hecho ningún comentario sobre su peso, pero el que ella, que era una bolita de grasa, le gustara desde el principio –la hubiera escogido, le hiciera el amor–, selló su confianza en él. Su traición cuando ella estaba más delgada que nunca hacía más intensa su vergüenza. La pesadilla que la obligó a esconderse en un lago desplazó por un tiempo a la traición, a la herida que la había echado de la casa de su madre. No había sido capaz de contarla en susurros en la oscuridad de una habitación iluminada por una vela. Había recuperado la voz, pero las palabras para contar su vergüenza estaban adheridas a su garganta como pólipos.

El queso fundido que cubría aquella especie de crepetortita era de sabor penetrante; los trozos de pollo sabían de verdad, como la carne; la mantequilla pálida, casi blanca, que goteaba del maíz tierno no se parecía a nada de aquello a lo que estaba acostumbrada; tenía un gusto cremoso, suave. Una salsa caliente y dulce cubría el pudín de pan. Y vaso tras vaso de vino. El miedo, la disputa, la náusea, la terrible pelea en el suelo, las lágrimas en la oscuridad, todo el drama del día se disipó en el placer de masticar aquella comida. Cuando Mavis regresó de llevar la cena a Connie, Gigi había encontrado su emisora y bailaba al ritmo de la música, con la puerta trasera de la casa abierta para oír mejor. Se acercó bailando a la mesa y se sirvió más vino. Con los ojos cerrados y moviendo las caderas, unió las manos por detrás del cuello de una pareja mágica. Las otras mujeres la miraron mientras terminaban de cenar. Cuando sonó el éxito del año anterior, Killing Me Softly, no tardaron mucho en hacer lo mismo. Incluso Mavis. Primero separadas, imaginando a sus compañeros. Después en parejas, imaginándose las unas a las otras.

Calmadas por el vino, aquella noche se sumieron en un sueño profundo como la muerte. Gigi y Seneca en un dormitorio. Mavis, sola, en otro. De manera que fue Pallas, que dormía en el sofá de la oficina o sala de juegos, quien oyó que llamaban a la puerta.

La chica tenía zapatos de seda blanca y un vestido de tirantes de algodón. Llevaba un trozo de pastel de boda en un plato nuevo de porcelana. Y lucía una sonrisa majestuosa.

–Ahora estoy casada –anunció–. ¿Dónde está él? ¿O fue ella? Más tarde, aquella misma noche, Mavis dijo:

–Deberíamos haberle dado una de esas muñecas. Algo.

–Está loca –apuntó Gigi–. Lo sé todo acerca de ella. K. D. me lo contó todo, y está completamente loca. En qué lío se ha metido ése.

–¿Y por qué tenía que venir en su noche de bodas? –preguntó Pallas.

–Es una larga historia. –Mavis se limpiaba el brazo dándose toquecitos con alcohol, mientras comparaba los arañazos nuevos con los que Gigi le había hecho ahí mismo–. Vino hace años. Connie la ayudó a tener su niño. Aunque ella no lo quería.

–¿Y dónde está?

–Creo que con Merle y Pearl.

–¿Quiénes son éstos?

Gigi lanzó una mirada a Mavis.

–Murió.

–¿Y ella lo sabe? –preguntó Seneca–. Dice que lo matasteis.

–Ya os he dicho que está loca.

–Se marchó enseguida –explicó Mavis–. No sé lo que sabe. Ni siquiera quiso mirar a la criatura.

Guardaron silencio por unos instantes, imaginando la escena: su cara mirando hacia otro lado, las manos contra las orejas para no oír el llanto vigoroso, pero lastimero. No habría pezón. Nada para poner en aquella boquita. Ningún hombro materno contra el que acurrucarse. Ninguna de ellas quería recordar ni saber lo que había sucedido más tarde.

–A lo mejor no era de K. D. –aventuró Gigi–. Quizás había cortado con él.

–¿Y qué? ¿Y qué si no era de él? Era de ella. –Seneca parecía dolida.

–No lo entiendo. –Pallas se acercó a la cocina, donde estaba el pudín hecho con restos de pan.

–Yo sí. En cierto modo –dijo Mavis, y suspiró–. Voy a preparar un poco de café.

–Para mí no, me vuelvo a la cama –anunció Gigi con un bostezo.

–Estaba fuera de sí, ¿crees que habrá podido volver?

–Santa Seneca. Por favor...

–Gritaba –dijo Seneca, mirando a Gigi.

–Igual que nosotras. –Mavis midió el café y lo echó en la cafetera.

–Si., pero no la hemos insultado.

Gigi hizo chasquear la lengua.

–¿Cómo llamarías a una loca que no tiene nada mejor que hacer en su noche de bodas que ir a buscar a un bebé muerto?

–¿Arrepentida?

–¿Arrepentida? Y una mierda –contestó Gigi–. Lo que quiere es pegarse como una lapa a ese estúpido con el que se ha casado.

–¿No habías dicho que te ibas a la cama?

–Me voy. Vamos, Seneca.

–Seneca hizo caso omiso de su compañera de habitación. –¿Debemos contárselo a Connie?

–¿Para qué? –soltó Mavis–. Mira, no quiero que esa chica se acerque a Connie.

–Creo que me ha mordido. –Pallas parecía sorprendida–. Mira, ¿esto son marcas de dientes?

–¿Qué quieres? ¿Que te pongan la antirrábica? –Gigi bostezó–. Vamos, Sen. Eh, Pallas, ilumina un poco.

Pallas la miró.

–No quiero dormir aquí abajo sola.

–¿Quién ha dicho que tenías que quedarte aquí? Fue idea tuya.

–Arriba no hay más camas.

–Por Dios. –Gigi se dirigió hacia el pasillo, seguida de Seneca–. Qué criatura.

–Ya te lo he dicho. Las otras están almacenadas en el sótano. Mañana subiré una. Esta noche puedes dormir conmigo –le dijo Mavis–. No te preocupes, no volverá. –Miró hacia la puerta y luego observó cómo se filtraba el café–. A propósito, ¿cómo te llamas? De apellido, quiero decir.

–Truelove.

–¿Truelove, amor verdadero, en serio? ¿Y tu madre te puso de nombre Pallas?

–No, fue mi padre.

–¿Y cómo se llama ella, tu madre?

–Dee Dee. Viene de Divine.

–¡Ohhh! Me encanta. ¡Gigi! ¡Gigi! ¿Has oído esto? Se llama Divine, Divine Truelove.

Gigi volvió corriendo y asomó la cabeza por la puerta. Seneca también.

–¡Que no! ¡Ése es el nombre de mi madre!

–¿Se dedica al striptease? –preguntó Gigi, con una gran sonrisa.

–Es artista.

–Todas lo son, querida.

–No os metáis con ella –murmuró Seneca–. Ha tenido un día muy largo y difícil.

–De acuerdo, de acuerdo. Buenas noches... Divine. –Gigi se marchó.

–No le hagas caso –dijo Seneca y, mientras se iba, añadió–: Tiene el cerebro de un mosquito.

Mavis, todavía sonriendo, sirvió café y cortó pudín de pan, le sirvió un trozo a Pallas y se sentó a su lado, mientras soplaba el vapor del café. Pallas repitió por tercera vez.

–Enséñame las marcas de los dientes –le pidió Mavis.

Pallas inclinó hacia un lado la cabeza y tiró del cuello de la camiseta para enseñar el hombro.

–¡Oooh! –exclamó Mavis.

–¿Todos los días son iguales por aquí? –preguntó Pallas.

–Oh, no. –Mavis acarició la piel herida–. Es el lugar más tranquilo del mundo.

–Mañana me llevaréis para que telefonee a mi padre?

–Ajá. Antes que nada. –Mavis dejó de hacerle caricias–. Me gusta tu pelo.

Terminaron de comer en silencio. Mavis cogió la lámpara y dejaron la cocina en la oscuridad. Cuando se encontraron delante de la puerta del dormitorio de Mavis, no la abrió. Se quedó inmóvil.

–¿Oyes? Están contentos –dijo con una sonrisa, tapándose la boca–. Lo sabía. Les gusta el bebé. Lo quieren. –Se volvió hacia Pallas–. También les gustas. Piensan que eres divina.

PATRICIA

Sobre la mesa del comedor, pulcramente apilados, había campanas y abetos, recortados en cartulinas verdes y rojas. Todo estaba hecho. Sólo faltaba ribetearlos con purpurina. El año anterior había cometido el error de permitir que los hicieran los más pequeños. Después de limpiarles el pegamento de los dedos y de los codos, y de quitarles motitas de plata del pelo y las mejillas, tuvo que volver a hacer casi todos los adornos. Esta vez se encargaría de las campanas y de los árboles, mientras controlaba cada gota de pegamento. Todo el pueblo ayudaba o se inmiscuía en la preparación de la obra de teatro de Navidad que se representaba en la escuela: los más viejos arreglaban la plataforma y montaban el establo; los jóvenes retocaban las máscaras con pintura. Las mujeres hacían muñecos bebés y los niños dibujos en color de la comida de Navidad, sobre todo postres –pasteles, tartas, barras de caramelo, fruta–, porque dibujar un pavo asado era un reto demasiado difícil para sus pequeños dedos. Cuando los niños hubieran plateado las campanas y los árboles, Patricia pondría un lazo en la parte superior de éstos. La estrella de Oriente era asunto de Harper. La repasaba todos los años, verificaba que las puntas fueran afiladas y que brillara adecuadamente en el cielo de tela negra. Y suponía que el viejo Nathan DuPres pronunciaría las frases preliminares una vez más. Era un hombre encantador, pero no sabía contenerse. Los programas de las iglesias eran más formales –sermones, coros, niños que recitaban y premios para los que conseguían terminar sin tartamudear, llorar o quedarse mudos–, pero era más antiguo el programa de la escuela, que representaba la Natividad e involucraba a toda la población, ya que había empezado incluso antes de que los templos estuvieran construidos.

A diferencia de los años recientes, los días de diciembre de 1974 fueron cálidos y ventosos. El cielo se comportaba como una corista: transformaba sus mañanas pálidas y melancólicas en tardes llenas de bandas de colores. En el aire había un aroma mineral, procedente de la época del Génesis, cuando los volcanes se agitaban y la lava se enfriaba rápidamente bajo un viento incesante. Un viento que frotaba la fría piedra, la esculpía y, finalmente, la rompía en los trozos que tanto gustaban a los geólogos. El mismo viento que en otros tiempos agitaba el cabello de los cheyene y arapajo, y separaba los mechones de los lomos de los bisontes, anunciando a éstos y aquéllos la proximidad del otro.

Patricia había percibido el olor mineral durante todo el día y ahora, después de hacer las listas con las notas y terminar los adornos, miró el cielo corista esperando que repitiera el número habitual. Pero había terminado. Sólo quedaban algunas formas violeta que corrían tras un sol fosforescente.

Su padre se había ido a la cama temprano, agotado por el monólogo que había pronunciado durante la cena sobre la estación de servicio que estaba planeando. Eagle Oil lo animaba: era inútil hablar con las grandes compañías petroleras. Deek y Steward estaban interesados en concederle el préstamo, siempre que pudiera convencer a alguien de que le vendiera el terreno. De manera que ahí estaba la cuestión. ¿Delante de la tienda de Anna? Un buen sitio, pero tal vez no pensarán lo mismo los del Santo Redentor. ¿Al norte, entonces? ¿Junto a la tienda de Sargeant? Allí habría muchos clientes, nadie tendría que recorrer casi ciento cincuenta kilómetros para conseguir gasolina o guardar bidones en casa. ¿En las carreteras? Habría que hacer algo con las dos pistas de tierra que salían al norte y al sur de la calle asfaltada de Ruby hasta llegar a la carretera estatal. Si obtenía la franquicia, tal vez el condado las asfaltase. Aunque sería un problema intentar que la gente se pusiera de acuerdo en pedirlo, ya que los más viejos rechazarían la idea. Les gustaba estar lejos de la carretera, ser accesibles sólo para quienes se perdían o conocían el lugar.

–Pero piénsalo, Patsy, piénsalo. Podría arreglar coches, motores; vender neumáticos, baterías, correas de ventilador. También refrescos, algo que Anna no tuviera. No tiene sentido hacer que se enfade.

Patricia asintió. Una idea muy buena, pensó, como todas sus ideas. Su actividad como veterinario (ilegal, pues carecía de permiso, pero ¿quién sabía o se preocupaba lo bastante como para conducir ciento cincuenta kilómetros para ayudar a Wisdom Poole a tirar de un potrillo que no podía salir de su madre?); su trabajo como carnicero (despellejaba, troceaba, cortaba y refrigeraba los novillos sacrificados que le traían); y, naturalmente, el negocio de ambulancia y coche fúnebre. Dado que había querido ser médico, e incluso había estudiado para serlo, la mayor parte de sus trabajos tenía que ver con el trato con los enfermos o los muertos. La idea de la gasolinera era la primera propuesta no quirúrgica que Patricia podía recordar (aunque los ojos le brillaban cuando hablaba de desmontar motores). A Patricia le habría gustado que fuera

médico, que lo hubieran aceptado en una facultad de Medicina. Tal vez entonces su madre aún estaría viva. Aunque, cuando murió Delia, quizás hubiera estado en el hospital interracial de Meharry y no en la escuela funeraria.

Pat subió por las escaleras en dirección a su dormitorio y decidió dedicar el resto de la tarde a su proyecto de historia o, mejor dicho, a lo que había sido un proyecto de historia, pues ya no era nada de eso. Empezó como un regalo para los ciudadanos de Ruby: una recopilación de los árboles genealógicos de cada una de las quince familias. Se trataba de unos árboles invertidos, en los que los troncos estaban suspendidos en el aire y las ramas caían hacia abajo. Cuando los árboles estuvieron completos, empezó a añadir notas a las ramas que indicaban quién había engendrado a quién, explicando, por ejemplo, qué trabajo tenían, dónde vivían, a qué iglesia pertenecían. Algunos de los toques más conseguidos («¿Acaso Missy Rivers, esposa de Thomas Blackhorse, había nacido cerca del río Misisipí? Se diría que su nombre sugiere...») los había sacado de las composiciones autobiográficas de sus alumnos. Pero no volvería a hacerlo. Los padres se quejaron de que se pidiera a sus hijos que chismorrearan, que divulgasen lo que podría ser información privada, incluso secreta. Después de eso, la mayor parte de sus notas procedía de conversaciones con la gente, de la lectura de sus Biblias y del examen de los registros de las iglesias. Las cosas se descontrolaron cuando pidió permiso para ver cartas y certificados de boda. Las mujeres la miraban con recelo antes de sonreír y ofrecerle un poco más de café; entonces se cerraban unas puertas invisibles y pasaban a hablar del tiempo. Pero no necesitaba ni quería seguir investigando. Si bien los árboles todavía requerían algún cambio –nacimientos, matrimonios, muertes–, su interés por las notas complementarias había ido aumentando al mismo ritmo que éstas, y había abandonado toda pretensión de objetividad en sus comentarios. El proyecto pasó a ser totalmente inadecuado para otros ojos que no fueran los suyos. Había llegado a un punto tal que la *ce* minúscula con que indicaba el matrimonio era una broma, un sueño, una violación de la ley que hacía que se mordiera la uña del pulgar con un sentimiento de frustración. ¿Quiénes eran esas mujeres que, como su madre, sólo habían tenido un nombre? Celeste, Ohve, Sorrow, Ivlin, Pansy. ¿Quiénes eran esas mujeres con apellidos corrientes como Brown, Smith, Rivers, Stone, Jones? Mujeres cuya identidad residía en los hombres con los que se habían casado, en caso de que lo hubieran hecho: una Morgan, una Flood, una Blackhorse, una Poole, una Fleetwood. Dovey le prestó la Biblia de los Morgan durante semanas, pero fueron los veinte minutos que pasó mirando la Biblia de los Blackhorse lo que la convenció de que necesitaría una nueva clase de árbol para avanzar, para registrar con precisión las relaciones entre las quince familias de Ruby, sus antepasados en Haven y, más atrás, en Misisipí y Luisiana. Aquella decisión voluntaria para llenar horas vacías se había convertido en un trabajo intensivo marcado por la mala sensación que, como si fuera polen, se posa sobre la piel cuando uno sabe demasiado sobre sus vecinos. La historia oficial de la población, elaborada desde los púlpitos, en las catequesis y los discursos de las ceremonias, tenía una sólida vida pública. Cualquier nota a pie de página, fisura o pregunta exigía la imaginación viva y la perseverancia de una mente que no aceptaba bien las historias orales. Pat había buscado pruebas en los documentos para que encajaran en las historias, y, ahí donde las pruebas no estaban disponibles, interpretaba; libremente, pero, según creía, con intuición, porque ella era la única que tenía la necesaria distancia emocional. Sólo ella podía imaginar por qué el nombre de Ethan Blackhorse estaba tachado con una línea en la Biblia de los Blackhorse, y qué escondía la gran mancha de tinta que aparecía junto al nombre de Zechariah en la Biblia de los Morgan. Su padre le contó algunas cosas, pero se negó a hablar de otras. Las amigas como Kate y Anna se mostraban abiertas, pero otras de más edad –Dovey, Soane y Lone DuPres– insinuaban mucho y no decían nada. «Oh, creo que los hermanos discutieron por algo», fue lo único que dijo Soane sobre el nombre de su tío abuelo tachado. Y nada más.

Había nueve familias grandes e intactas que hicieron el viaje original, que fueron expulsadas, echadas de Fairly, Oklahoma, y se marcharon para fundar Haven. Sus apellidos habían pasado a formar parte de la leyenda: Blackhorse, Morgan, Poole, Fleetwood, Beauchamp, Cato, Flood y las dos de los DuPres. Con hermanos, esposas e hijos llegaban a los setenta y nueve (u ochenta y uno, si se contaban los niños robados). Junto con ellos, llegaron fragmentos de otras familias: una hermana y un hermano, cuatro primos, un río de tías y tías abuelas al frente de los hijos de sus hermanas, hermanos, sobrinas, sobrinos muertos. Las historias de estos fragmentos, que sumaban unos cincuenta más, emergían en las composiciones escritas de los alumnos de Pat, en los chismorreos y los recuerdos que se comentaban en las excursiones, en las comidas en la iglesia y en las charlas de mujeres mientras trabajaban o se arreglaban el pelo. A las abuelas, sentadas en el suelo mientras alguna nieta les rascaba la cabeza, les gustaba rememorar en voz alta. En esos momentos, los fragmentos de los cuentos emergían como chispas que iluminaban las ausencias que se cernían sobre sus infancias y las sombras que oscurecían su madurez. Las anécdotas marcaban los espacios que se habían sentado con ellos junto al fuego del campamento. Las bromas retrataban los objetos –un anillo, un reloj de bolsillo– que habían asido en su puño mientras dormían, y las ropas que vestían: unos zapatos demasiado grandes que pertenecían a un hermano; el chal de una tía abuela; el gorrito adornado con encaje de una hermana menor. Hablaban de los huérfanos, niños y niñas, de edades comprendidas entre los doce a los dieciséis años, que vieron a los caminantes y les pidieron permiso para seguir con ellos, y de las dos criaturas que robaron por las buenas

porque las circunstancias en que encontraron a los niños no les permitía hacer otra cosa. Ocho más. De manera que terminaron el viaje ciento cincuenta y ocho.

Cuando llegaron a las afueras de Fairly, se acordó que fueran a anunciar su presencia Drum Blackhorse, Rector Morgan y sus hermanos, Pryor y Shepherd, mientras los demás esperaban con Zechariah, demasiado cojo por entonces para mantenerse derecho sin ayuda delante de unos hombres desconocidos cuyo respeto pretendía y cuya piedad lo habría destrozado. Había recibido un disparo en el pie –nadie sabía o admitía conocer el motivo ni el autor–, pero la cuestión parecía ser que, cuando la bala entró, él no gritó ni cojeó. Debido a esa herida se vio obligado a quedarse atrás y dejar que su amigo y su hijo hablaran en su nombre. Sin embargo, fue una suerte, porque no tuvo que presenciar el Rechazo; y no tuvo que oír palabras que parecía increíble que unos hombres dirigieran a otros, hombres iguales que ellos en todo, excepto en una cosa. Después, el grupo dejó de estar formado por nueve familias y algunos más para convertirse en una banda compacta de caminantes unidos por la enormidad de lo que les había sucedido. Su horror hacía los blancos era intenso pero abstracto. Reservaban la claridad de su odio para los hombres que los habían insultado de modo demasiado desconcertante para poder contarlo: primero, excluyéndolos; después, ofreciéndoles el ingrediente básico para existir en esa misma exclusión.

Todo lo que cualquiera deseaba saber sobre los ciudadanos de Haven o de Ruby se encontraba en las ramificaciones de aquel rechazo concreto por parte de tantos. Pero las ramificaciones de esas ramificaciones eran otra historia.

Pat se dirigió hacia la ventana y la levantó. La tumba de su madre se encontraba en el extremo del jardín. El viento murmuraba como si intentase arrancar las lentejuelas del cielo de crespón negro. Las lilas se agitaban junto a la casa. El rastro mineral había desaparecido bajo el olor a cena que flotaba en el aire. Pat cerró la ventana y regresó al escritorio para preparar otra entrada en su diario.

Arnette y K. D., que se habían casado el pasado abril, esperaban un niño para el próximo marzo. O eso decía Lone DuPres, que debería saberlo. Lone era uno de los niños robados. Fairy DuPres la vio sentada, quieta como una piedra, junto a la puerta de una cabaña hecha con barro y cañas. La visión de la niña callada, vestida con una enagua mugrienta, podría haber sido una imagen desolada más de las que encontraron, si la desolación del lugar no hubiera resultado inolvidable. Fairy tenía quince años y era muy terca. Ella y Missy Rivers decidieron investigar. Dentro de la casa estaba la madre muerta y ni un solo trozo de pan a la vista. Missy gruñó antes de escupir. Fairy dijo, Maldita sea; disculpa, Señora, y cogió a la niña en brazos. Cuando contó a los demás lo que habían encontrado, siete hombres cogieron las palas: Drum Blackhorse, sus hijos Thomas y Peter, Rector Morgan, Abe Flood, el mayor de los Brood Poole y Juvenal, el padre de Nathan DuPres. Mientras cavaban, Fairy dio de comer a la niña pastel de carne mojado en agua. Praise Compton desgarró sus enaguas para envolverla. Fulton Best hizo una cruz bien recia. Zechariah, flanqueado por dos de sus hijos, Shepherd y Pryor, y haciendo descansar su pie malo en el talón, pronunció una oración de difuntos. Loving, Ella y Selanic, sus hijas, recogieron milenrama de color rosa para la tumba. Tuvo una seria discusión sobre qué hacer con la niña, dónde colocarla, porque los hombres parecían inflexibles en su actitud de no añadir un crío medio muerto a los suyos, que también pasaban hambre. Fairy discutió con ellos hasta que cedieron y discutió con Bitty Cato sobre el nombre que debían ponerle. Fairy también se salió con la suya, y la llamaron Lone, solitaria, porque así era como la habían encontrado. Y seguía siendo solitaria, porque no se había casado, y cuando murió Fairy, que la había educado y le había enseñado todo lo que sabía sobre cómo traer niños al mundo, Lone pasó a dedicarse a ello en todos los casos, aunque ahora Arnette insistía en ir a dar a luz al hospital de Demby. Había herido a Lone en lo más vivo (todavía creía que las mujeres decentes tenían sus hijos en casa y las mujeres de las tabernas daban a luz en el hospital), pero sabía que los Fleetwood seguían pensando que ella era culpable en parte del estado de los niños de Sweetie y Jeff, a pesar de que desde el nacimiento del último niño roto de los Fleetwood había ayudado a venir al mundo a otros treinta y dos niños sanos de madres no muy fuertes. De manera que todo cuanto dijo fue que a Arnette le tocaba en marzo del 75.

Pat localizó la ficha de los Morgan y se dedicó a la rama que, por el momento, sólo contenía una línea:

Coffee Smith (también conocido como K. D. [Kentucky Derby]) casó con Arnette Fleetwood.

Se preguntó de nuevo quién era aquel chico con el que se había casado Ruby Morgan. Su nombre, Coffee, era el mismo que tenía Zechariah antes de que se lo cambiara para presentarse al puesto de secretario del gobernador; su apellido era de lo más corriente que se podía encontrar. Lo mataron en Europa, de manera que nadie llegó a conocerlo bien, ni siquiera su mujer. De su fotografía se deducía que no había ni rastro del soldado Smith en su hijo. K. D. era un espejo de la sangre de los Blackhorse y los Morgan.

No había mucho espacio bajo la entrada K. D. Arnette, pero pensó que, probablemente, no necesitarían más. Si vivía, seguramente el niño que esperaban sería hijo único. La madre de Arnette sólo

había tenido dos hijos, uno de los cuales había engendrado hijos defectuosos. Además, estos últimos Morgan no eran tan prolíficos como los primeros. No eran como

Zechariah Morgan (también conocido como Big Papa, nacido Coffee), casó con Mindy Flood [nota bene: tía abuela de Anna Flood]

que tuvo catorce hijos, de los que sobrevivieron nueve. Pat deslizó el dedo sobre sus nombres: Pryor Morgan, Rector Morgan, Shepherd Morgan, Ella Morgan, Loving Morgan, Selanie Morgan, Governor Morgan, Queen Morgan y Scout Morgan. Escrita hacia arriba en el margen, con tinta negra Skrip, una de las primeras notas rezaba: «Les costó siete partos llegar a dar a una de sus hijas un nombre de resonancias administrativas, autoritarias, y estoy segura de que se dirigían a ella con el diminutivo Queenie, reinita.» Por el dorso de la página se extendía otro comentario, al hilo del nombre de Zechariah y unido a éste mediante flechas: «Se cambió de nombre. Originalmente, se llamaba Coffee, tal vez, una escritura errónea de Kofi. Y puesto que ninguno de los Morgan de Luisiana, como así tampoco la gente de Haven, había trabajado para un blanco llamado Morgan, debió de haber escogido su apellido, así como su nombre, a partir de algo o algún lugar que le gustaba. ¿Zacarías, padre de Juan el Bautista? ¿O por el Zacarías que tuvo visiones; el que vio rollos de maldiciones y mujeres metidas en cestos; el que vio las vestiduras inmundas de Josué convertidas en ropas de gala; el que vio el resultado de la desobediencia?

El castigo por no dar muestras de piedad o compasión fue la dispersión de todas las naciones y la desertización de la tierra deleitosa. Todo lo cual encajaba perfectamente con Zechariah Morgan: la maldición, las mujeres metidas en un cesto con una tapa de plomo y escondidas en una casa pero, sobre todo, la dispersión. La dispersión debió de asustarlo. La desintegración del grupo, tribu o consorcio de familias o, en el caso de Coffee, la división de un contingente de familias que habían vivido juntas o muy cerca las unas de las otras desde antes de la batalla de Bunker Hill. No le habría costado imaginar el temor a ver separados a todos a quienes conocía, repartidos por distintos lugares en una tierra extraña, convertidos en desconocidos. Debió de asustarlo no reconocer una línea de la mandíbula, que señalaba a una familia; una forma de mirar o de andar que identificaba a otra. No poder verse a sí mismo recreado en una tercera o cuarta generación. No saber dónde estaban enterradas las generaciones precedentes ni cómo entrar en contacto con ellas al ignorarlo. Ese sería el Zacarías que Coffee habría escogido para sí. Si hubiera oído a alguno de los predicadores contar la historia de Josué y la tiara, le habría llamado la atención. No se habría puesto el nombre de Josué, el rey, sino del testigo con el que hablaban con frecuencia Dios y los ángeles sobre cosas que Coffee conocía.»

Cuando preguntó a Steward de dónde había sacado su apellido su padre, él gruñó y dijo que pensaba que originalmente no era Morgan, sino Moyne. O Le Moyne, o algo así, pero que «algunos lo llamaban Black Coffee; nosotros lo llamábamos Big Papa o Big Daddy», como si con eso zanjara la cuestión. Como si estuviera ofendido, porque él no era papá ni papaíto, grande o pequeño. Porque la descendencia de los Morgan era débil. Rector, uno de los hijos de Zechariah (Big Papa), tuvo siete hijos con Beck, su mujer, pero sólo sobrevivieron cuatro: Elder, los gemelos Deacon y Steward, y Ruby, la madre de K. D. Elder murió y dejó a su mujer, Susannah (Smith) Morgan, con seis hijos, y todos ellos se marcharon de Haven hacia estados situados más al norte. A Zechariah aquello debió de parecerle terrible. Para él, esa marcha seguramente equivalía a la «dispersión». Y sin duda, tenía razón, porque a partir de aquel momento la fertilidad cesó aunque la riqueza crecía. A más dinero, menos hijos; a menos hijos, más dinero para cada uno. Suponiendo que uno amasara lo suficiente, y ése era el motivo de que los más ricos –Deek y Steward– tuvieran tanto interés en el matrimonio de K. D. Al menos eso suponía Pat.

Sin embargo, todos y cada uno de los que pertenecían a las nueve familias tenían la pequeña señal que Pat había decidido poner tras su nombre: R8. Una abreviación de «roca ocho», nombre que recibía un nivel muy, muy profundo en las minas de carbón. Personas de un color negro casi azulado, altas y elegantes, cuyos ojos claros y grandes no dejaban entrever qué pensaban de quienes no eran roca ocho como ellos. Descendientes de los que habían estado en el territorio de Luisiana cuando era francés, luego español, francés de nuevo, hasta que fue vendido a Jefferson y, finalmente, convertido en estado en 1812. De los que hablaban una jerga que era en parte español, en parte francés, en parte inglés y totalmente propia. Descendientes de los que, tras la guerra de Secesión, se habían escondido o habían desafiado a los blancos que querían que trabajaran como aparceros en Luisiana. Descendientes de aquellos cuya respetabilidad era tan endémica que consiguieron que tres de sus hijos fueran elegidos para dirigir legislaturas estatales y del condado, y que luego, cuando los echaron sin ceremonias ni pruebas de fechoría alguna, se negaron a creer que lo que pensaban fuera la verdadera razón que les impedía encontrar otro trabajo que no fuese manual. Casi todos los negros expulsados o invitados a abandonar el poder (en Misipí, en Luisiana, en Georgia) conservaron trabajos intelectuales, aunque de menor nivel, tras las purgas de 1875. Uno de Carolina del Sur terminó sus días como barrendero. Pero sólo ellos (Zechariah Morgan y

Juvenal DuPres en Luisiana, Drum Blackhorse en Misisipí) se vieron reducidos a la penuria y, en ocasiones, a las labores agrícolas. Tras cinco gloriosos años de reconstrucción del país, llegaron quince durante los cuales tuvieron que mendigar trabajo en los algodones, las empresas madereras o los arrozales. Debieron de sospechar, aunque no se atrevieron a decirlo, que la desgracia de su desgracia se debía al único rasgo que los distinguía de sus iguales negros. Roca ocho. En 1890 llevaban ciento veinte años en el país, de manera que asumieron su historia, esos años y su respetabilidad incorruptible, y se pusieron en marcha en su «huida». Caminaron desde Misisipí y Luisiana hasta Oklahoma y encontraron el lugar descrito en los anuncios que llevaban doblados con cuidado en el interior de los zapatos o arrugados en el ala del sombrero, sólo para que los echaran de allí. En esa ocasión, la claridad estaba clara: durante diez generaciones habían creído que la división contra la que luchaban era la existente entre libres y esclavos, ricos y pobres. Algunas veces, pero no siempre, entre blancos y negros. Sin embargo, en aquel momento se les presentaba una nueva separación: entre la piel clara y la oscura. Claro, ya sabían que, para los blancos, existía una diferencia, pero nunca se habían encontrado con que eso tuviera importancia, una gran importancia, para los propios negros. Sin embargo, era lo bastante seria como para que rechazasen a sus hijas como novias; como para que sus hijos fueran los últimos escogidos; como para que los hombres de color se sintieran incómodos al ser vistos en sociedad con sus hermanas. La pureza racial, que siempre habían considerado una virtud, se había convertido en una mancha. La dispersión que alarmaba a Zechariah, porque creía que los agotaría, resultaba ahora aún más peligrosa, ya que si se separaban y los impuros los minusvaloraban, entonces –y eso era tan cierto como la muerte– esas diez generaciones alterarían eternamente la paz de sus hijos.

Pat estaba convencida de que cuando las posteriores generaciones de varones roca ocho se dispersaron, como Zechariah había temido, en el ejército, podrían haber terminado con todo. Tendrían que haber terminado. Lo que ellos llamaban el Rechazo era una quemadura que en 1949 ya había perdido sensibilidad. ¿Era cierto? Oh, no. Los que sobrevivieron a esa guerra en concreto regresaron a casa, vieron en qué se había convertido Haven, oyeron hablar de los testículos que faltaban a otros soldados de color, de las medallas que habían arrancado las bandas de blancos reaccionarios y los Hijos de la Confederación, y conocieron lo que era el Rechazo, segunda parte. Era como contemplar una pancarta en un desfile que rezara:

¡SOLDADOS CANSADOS DE LA GUERRA, NO SOIS BIENVENIDOS A CASA!

Así que lo hicieron otra vez. Y, de la misma manera que los caminantes originales no volvieron a buscar una ciudad de color después de que los despreciaran en la primera, esta generación no se sumó a ninguna organización, no combatió en ninguna batalla civil. Consolidaron su sangre roca ocho y, tan altivos como siempre, siguieron avanzando hacia el oeste. Los Nuevos Padres: Deacon Morgan, Steward Morgan, William Cato, Ace Flood, Aaron Poole, Nathan DuPres, Moss DuPres, Arnold Fleetwood, Ossie Beauchamp, Harper Jury, Sargeant Person, John Seawright, Edward Sands y Roger Best, el padre de Pat, el primero en violar la ley de la sangre, que, aunque nadie lo admitía, existía. Se estableció cuando la gente de Misisipí se dio cuenta y recordó que el Rechazo procedía de hombres de color cuya piel era más clara. Hombres de piel más clara, con los ojos azules o grises, vestidos con trajes de buena calidad. No obstante, según contaba la leyenda, fueron amables. Les dieron comida y mantas e hicieron una colecta para ellos, pero fueron inconvencibles en su rechazo a admitir a los roca ocho durante más de una noche. Contaba la leyenda que Zechariah Morgan y Drum Blackhorse prohibieron a las mujeres que probasen aquella comida, y que Jupe Cato dejó las mantas en la tienda, junto con la colecta de tres dólares y nueve centavos pulcramente apilada encima. Soane, sin embargo, aseguraba que su abuela, Celeste Blackhorse, había vuelto sin que la vieran y cogido la comida (no así el dinero) para dársela en secreto a su hermana, Sally Blackhorse, a Bitty Cato y a Praise Compton a fin de que la repartieran entre los niños.

Así se fijó la ley, y perduró tácitamente, porque nunca se hablaba de ella. La única referencia aparecía en las palabras que Zechariah había forjado para el horno. Más que de una ley, se trataba de una adivinanza: «Ten cuidado con el surco de su ceño», en la que el tú (sobreentendido), en vocativo, no implicaba una orden a los creyentes sino una amenaza para aquellos que los habían rechazado. Debí de costarle meses dar con unas palabras –sólo ésas– que tuvieran múltiples sentidos, que parecieran firmes, que exigieran obediencia a Dios, pero que, con astucia, al mismo tiempo no identificaran el nombre propio sobreentendido ni especificasen qué podía hacer el ceño ni a quién. De manera que los adolescentes que Misner organizaba, y que querían cambiarlo para que pusiera «Sé el surco de Su ceño», eran más perspicaces de lo que pensaban. Bastaba ver lo que habían hecho con Menus, a quien habían obligado a devolver a la mujer que había llevado a su casa para casarse. La bonita chica rubia de Virginia. Menus perdió la casa (o se vio forzado a renunciar a ella) que le había comprado y, desde entonces, no había vuelto a estar sobrio. Aunque achacaban sus borracheras de fin de semana a sus recuerdos de Vietnam, y

aunque se reían con él mientras les cortaba el pelo, Pat sabía reconocer la desesperación amorosa. Creía haberla visto en los ojos de Menus, al igual que en los ojos de su padre, apenas velada por sus empresas económicas.

Antes de guardar las páginas de K. D., Pat garrapateó en el margen: «Alguien le pegó a Arnette. ¿Fueron las mujeres del convento, como dice la gente? ¿O, aunque no se diga, fue K. D.?» A continuación, cogió la ficha de Best, Roger. Encabezó el reverso de la página donde estaba el título con un:

Roger Best c. Delia

Y escribió: «Papá, no nos odian porque mamá fuera tu primera cliente. Nos odian porque parecía una blanca pobre del Sur y estaba destinada a tener hijos que parecieran blancos pobres del sur, como yo, y, aunque me casé con Billy Cato, que era un roca ocho como tú, como ellos, transmití mi piel a mi hija, como tú y todos sabíais que sucedería. Fíjate en el modo en que muchos de los Sands que se casaron con los Seawright se cuidan de que sus hijos se casen con otros miembros de familias roca ocho. Fuimos el primer "problema técnico" visible, pero había otro invisible que no tenía nada que ver con el color de la piel. Sé que todas las parejas querían bodas oficiadas por un predicador, y muchas de ellas lo consiguieron; pero muchas otras pusieron en práctica lo que Fairy DuPres llamó "hacerse cargo". Una viuda joven podía hacerse cargo de la casa de un hombre soltero. Un viudo podía pedir a un amigo o a un pariente lejano que se hiciera cargo de una joven con pocas posibilidades. Como la familia de Billy. De su madre, Fawn, nacida Blackhorse, se hizo cargo el tío de su abuela, August Cato. O, para decirlo de otra manera, la madre de Billy era esposa de su propio tío abuelo. O, de otro modo: el padre de mi marido, August Cato, es también el tío de su abuela (Bitty Cato Blackhorse) y, por lo tanto, también es tío bisabuelo de Billy. (El padre de Bitty Cato, Sterl Cato, se hizo cargo de una mujer llamada Honesty Jones. Debió de ser ella quien insistió en llamar a su hija Friendship, amistad, y probablemente se pondría furiosa al ver que todo el mundo la llamó Bitty durante el resto de su vida.) Puesto que Bitty Cato se casó con Peter Blackhorse, y puesto que su hija, Fawn Blackhorse, era esposa del tío de Bitty, y puesto que Peter Blackhorse es abuelo de Billy Cato... bien, es fácil ver el problema de las leyes de la sangre. Cae lejos, lo sé, y August Cato ya era viejo cuando se hizo cargo de la pequeña Fawn Blackhorse. Y nunca lo habría hecho sin el permiso de Blackhorse. Y nunca habría recibido permiso si hubiera tenido mala reputación, porque el formar pareja sin estar casado, o el "hacerse cargo", no sólo estaba mal visto, sino que podía relegar a los fornicadores a un ostracismo tal que no tuvieran más remedio que coger sus cosas y marcharse. Como bien pudo ser el caso de Ethan Blackhorse —el hermano menor de Drum— y una mujer llamada Solace, y, sin duda, se creía que era el caso de Martha Stone, la madre de Menus (aunque Harper Jury no consiguió decidir con quién lo engañaba su mujer). De manera que August Cato rechazó la tentación o cualquier idea de mirar fuera de las familias y pidió a Thomas y Peter Blackhorse que le dieran a Fawn, la hija de Peter. Y tal vez debido a su avanzada edad sólo tuvieron un hijo, Billy, mi marido. Con todo, ahí está la sangre de los Blackhorse, y eso hace que mi hija, Billie Delia, sea pariente —¿en quinto grado?— de Soane y Dovey, porque Peter Blackhorse era hermano de Thomas Blackhorse y de Sally Blackhorse, y Thomas Blackhorse era el padre de Soane y de Dovey. Entonces, Sally Blackhorse se casó con Aaron Poole y tuvieron trece hijos. Aaron quería llamar Deep a uno de ellos, pero a Sally le dio un ataque, de manera que Aaron, con un sentido del humor más siniestro de lo que nadie hubiera pensado, lo llamó Deeper. Billie Delia, no obstante, está enamorada de otros dos de esos trece hijos, y eso no está bien, pero exceptuando las leyes de la sangre y el hecho de que sean dos, no logro imaginar de qué se trata.»

Pat subrayó la última frase y, a continuación, escribió el nombre de su madre, lo subrayó con una línea, lo rodeó con un corazón y prosiguió: «Mamá, las mujeres lo intentaron en serio. De verdad. La madre de Kate, Catherine Jury, ¿te acuerdas de ella?, y Fairy DuPres (ya está muerta), junto con Lone y Dovey Morgan, y Charity Flood. Pero ninguna de ellas sabía conducir. Debiste de creer que, en el fondo, te odiaban, pero no todas, quizá ninguna de ellas, porque rogaron a los hombres que fueran al convento en busca de ayuda. La de Dovey Morgan lloraba cuando salió a buscar a alguien de casa en casa: a Harper Jury, el marido de Catherine, al marido de Charity, Ace Flood, y a Sargeant Person (¿cómo es posible que ese negro ignorante no sepa que su apellido es Pierson?). Todas las excusas eran válidas, razonables. Incluso mientras sus mujeres les rogaban, salieron con excusas, porque te menospreciaban, mamá, lo sé, y despreciaban a papá por haberse casado con una esposa sin apellido, una esposa sin familia, una esposa de piel iluminada por el sol, una esposa que era el resultado de la manipulación racial. Ninguna de las dos comadronas sabía qué hacer (se había adelantado y tenía las piernas plegadas por debajo), y querían que viniera una de las monjas del convento. La señorita Fairy había dicho que una de ellas había trabajado en un hospital. Catherine Jury fue a casa de Soane para ver si estaba Deek. No estaba, pero estaba Dovey. Fue ella quien fue a casa de Seawright y después a la de Fleetwood. Fue a todas las casas a las que pudo ir andando. La familia de Moss DuPres vivía muy lejos. También Nathan (que habría enganchado a Hard Goods y habría galopado hasta el fin del mundo). También vivían lejos Steward, los Poole, los Sands y los demás. Al final, consiguieron que Senior Pulliam accediera, pero para cuando tuvo los zapatos atados fue

demasiado tarde. La señorita Fairy corrió de tu lado a la casa de Pulliam y le gritó a través de la puerta, demasiado cansada para llamar, demasiado enfadada para entrar: "¡Puedes quitarte los zapatos, Senior! ¡Y ponte ya tu ropa de predicador para ver si llegas a tiempo al funeral!" Y después se marchó.

»Cuando papá volvió, todo el mundo estaba preocupadísimo porque no sabían qué hacer ni cuánto tiempo podían conservarse los cadáveres antes de que, con padre o sin él, con marido o sin él, tuvierais que ser enterradas las dos. Pero papá volvió al segundo día. No hubo tiempo para que os velara adecuadamente. Así que fuisteis su primer trabajo. Y lo hizo muy bien. Estabas preciosa. Con el bebé acunado en un brazo. Te habrías sentido muy orgullosa de él.

»Él no culpa a nadie más que a sí mismo por haber estado fuera, en su graduación como especialista en pompas fúnebres. Hemos discutido sobre ello y no está de acuerdo conmigo en que esos hombres de la roca ocho no quisieron traer un blanco al pueblo; o no quisieron ir en coche a la casa de un blanco para pedir ayuda; o, sencillamente, despreciaban tanto tu piel clara que inventaron excusas para no ir. Papá dice que más de una mujer ha muerto de parto, y yo le pregunto que quién. De manera que la madre sin madre murió y el bebé al que pensabais llamar Faustine, si era niña, o Richard, por el hermano mayor de papá, si era niño, también murió. Era una niña, mamá. Faustine. Mi hermanita. Habríamos crecido juntas. Patricia y Faustine. Quizá demasiado claras de color, pero como hubiésemos estado juntas no nos habría importado. Estaríamos muy unidas. Recuerda que no tengo tíos ni tías, porque todos los hermanos y hermanas de papá murieron de lo que ellos llamaron pulmonía ambulante, pero que debió de ser la epidemia de gripe de 1919. De manera que me casé con Billy Cato, en parte porque era guapo, en parte porque me hacía reír, y en parte (¿o sobre todo?) porque tenía la piel de medianoche de los Cato y los Blackhorse, además del rasgo característico de los Blackhorse, que es el pelo lacio. Como el de Soane y Dovey, y como lo tenían Easter y Scout. Pero murió, Billy murió, y yo cogí a mi nena, tirando a clara, pero en absoluto blanca, y volví a nuestra casita con las pompas fúnebres y tu lápida en el jardín trasero, y desde entonces he estado dando clase a los niños, que me llaman señorita Best, con el apellido de Papá, como hace todo el mundo, ya que fui Pat Cato durante muy poco tiempo.»

Hacía ya rato que las palabras habían cubierto el reverso de la página, de manera que utilizaba nuevas hojas para seguir: «También podría decirte que, excepto tú y la madre de K. D., nunca ha muerto nadie en Ruby. Adviene que he dicho "en" Ruby, y están muy orgullosos por ello porque creen que tienen una bendición especial, ya que después de 1953 todos los que han muerto lo han hecho en Europa, en Corea o algún lugar fuera del pueblo. Incluso los niños de Sweetie viven todavía, y Dios sabe que no hay motivo para ello. Bueno, aunque parezca una locura, creo que la pretensión de inmortalidad es el rechazo de este pueblo hacia el negocio de pompas fúnebres de papá, puesto que tiene que esperar a nuestros muertos en combate, a alguien del convento o a que se produzca un accidente para convertir su ambulancia en coche fúnebre. (Cuando murió Billy no quedó nada para enterrar, excepto algunos "efectos", entre los que había un anillo de oro tan retorcido que no cabía en ningún dedo.) Creen que papá merece este rechazo porque fue el primero en romper la ley de la sangre, y no me extrañaría que se negaran a morir sólo para evitar que a él le fueran bien las cosas. Al final, ha resultado que los muertos en la guerra y a causa de accidentes en otras ciudades (la señorita Fairy murió en un viaje de regreso a Haven; Ace Flood murió en el hospital de Demby, pero fue enterrado en Haven) han sido todo el trabajo que ha tenido papá, y no es gran cosa. Tampoco lo es el negocio de la ambulancia, de manera que me esfuerzo en convencerlo de que el dinero que me paga el pueblo por enseñar es el dinero de la casa, y ya no tiene que pedir prestado a cuenta de sus acciones en el banco de Deek y debería olvidarse de las estaciones de servicio y todo eso.»

Pat se recostó en la silla con las manos juntas detrás de la cabeza, preguntándose qué iba a suceder cuando hubiera más gente tan vieja como Nathan o Lone, si sería necesaria la habilidad de su padre o si harían lo que habían hecho al abandonar Luisiana, si los enterrarían allí donde cayeran. ¿O tenían razón y la muerte no podía entrar en Ruby? Patricia estaba cansada y tenía sueño, pero no podía dejar a Delia todavía.

Había un buen trecho, entre Haven y esto, mamá. Tú y yo, mamá, entre esos flacos gigantes de un negro azulado; ni ellos ni sus mujeres miraban tu largo cabello castaño, tus ojos con motas de color miel. ¿Papá te dijo que no te preocuparas, que todo iría bien? Acuérdate de cómo te necesitaban; te utilizaban para entrar en las tiendas y comprar provisiones o una lata de leche, mientras estaban aparcados a la vuelta de la esquina. Tu piel sólo era buena para eso. En todos los demás aspectos, les molestaba. Les recordaba por qué existía Haven, por qué tenía que relevarla una población nueva. La ley de "una sola gota" que habían dictado los blancos era difícil de seguir si nadie se daba cuenta de que estaba allí. Cuando cruzábamos una ciudad o cuando el coche de un sheriff estaba cerca, papá nos decía que nos echáramos al suelo, porque habría sido inútil explicarle a un desconocido que tú eras de color y peor todavía decirle que eras su esposa. ¿Soane o Dovey, también recién casadas, mantenían contigo charlas de mujeres?

Pensaste que estabas otra vez embarazada, igual que ellas. ¿Hablabais de cómo os encontrabais? ¿Preparabais infusiones contra las hemorroides, os intercambiabais trozos de sal para lamer o residuos de cobre para comer a escondidas? A mí se me antojaba tomar bicarbonato de soda cuando esperaba a Billie Delia. ¿A ti también te pasaba cuando me esperabas a mí? ¿También te daban consejos las otras mujeres que ya tenían hijos, como la esposa de Aaron, Sally, que tenía cuatro?

¿Y Alice Pulliam? Su marido todavía no era reverendo, pero ya había oído la Llamada y había decidido serlo, de manera que, de jóvenes, albergarían buenos sentimientos, serían caritativos. ¿Te dieron la bienvenida de entrada, esperaron a que el horno estuviera montado otra vez o, al año siguiente, cuando volvió el arroyo, te bautizaron para poder hablar contigo directamente, mirarte a los ojos?

»¿Qué te dijo papá en aquella fiesta campestre de la Iglesia Episcopaliana Metodista Africana de Sión que se celebró para los soldados de color destacados en la base de Tennessee? ¿Cómo podíais entenderos? El tenía acento de Luisiana; tú, de Tennessee. Una música tan distinta, un sonido que procede de otra parte del cuerpo. Debía de ser como oír la letra de una canción con dos músicas distintas, compuestas por dos compositores diferentes. Pero cuando hicisteis el amor, él debió de decirte te quiero, y tú seguro que lo entendiste, y además era cierto, porque yo he visto la desesperación en sus ojos desde entonces, por muy liado que esté inventando negocios.»

Pat se detuvo y se frotó el callo que tenía en el dedo corazón. Le dolían el codo y el hombro por coger el lápiz con tanta fuerza. A través de la puerta del dormitorio oía, procedentes del otro extremo del pasillo, los ronquidos de su padre. Como siempre, le deseó sueños placenteros que aliviaran la infelicidad de sus días, unos días que pasaba intentando ser agradable a los demás, hacerse perdonar. A Pat no se le ocurría qué norma había violado —excepto el casarse con su madre— para que desease tanto la aprobación de quienes lo trataban irrespetuosamente. En una ocasión le describió a Pat el aspecto que tenía Haven cuando volvió del ejército. Le dijo que se sentó en el porche de su padre, tosiendo, para que nadie se diera cuenta de que lloraba por nosotras. Su padre, Fulton Best, y su madre, Olive, estaban dentro, leyendo con gran pena las solicitudes que había presentado para obtener una beca del ejército. Quería ir a la universidad para estudiar medicina, pero, al mismo tiempo, era el único hijo que les quedaba, ya que todos los demás habían muerto en la epidemia de gripe. Sus padres no podían soportar la idea de que se marchara otra vez o se quedara en el pueblo consumiéndose. Miraba a un lado y a otro el agrietado hormigón de la calle principal cuando Ace Flood y Harper Jury se acercaron para contarle que había un plan en marcha.

Deek y Steward Morgan tenían un plan. Cuando oyó de qué se trataba, lo primero que hizo fue escribir a la chica de ojos color avellana y cabello castaño claro que había tenido un hijo suyo durante la guerra. Afortunadamente, no les contó nada de nosotras. Le habrían quitado la idea del matrimonio de la cabeza, igual que, más tarde, hicieron con Menus. Quizá supiese que lo harían y por eso se limitó a llamarnos. «Querida Delia: venid. Ahora mismo. Te envío un giro postal. No consigo tranquilizarme. Estaré como loco hasta que lleguéis.»

Todos debieron de quedarse con la boca abierta cuando llegamos, pero sólo Steward se atrevió a decir algo directamente. No era necesario que lo hicieran. Olive se metió en la cama. Fulton no paraba de gruñir y frotarse las rodillas. Sólo Steward tuvo la desfachatez de decir en voz alta: «Trae consigo las boñigas que nosotros dejamos atrás.» Davey lo hizo callar. Soane también. Pero Fairy DuPres lo maldijo, diciendo: «A Dios no le gustan los malos modales. Ten cuidado, no te vaya a negar Él lo que tú también quieres.»

Desde 1964, cuando se cumplió la maldición, Dovey debió de pensar muchas veces en aquel comentario, pero sólo eran mujeres, y los hombres valientes de camino al paraíso tendían a pasar por alto lo que decían. Al final, tuvieron la satisfacción de ver enterrar a la boñiga. Aunque no toda, porque en parte se quedó sobre la tierra para dar a sus nietos una formación que sus mayores nunca adquirirían.

Pat aspiró entre los dientes y apartó la ficha de los Best. Escogió un cuaderno y, sin titular ni introducción, siguió escribiendo.

«No quiere escucharme. Ni una palabra. Trabaja en Demby, en una clínica: limpiando, creo, pero da a entender que es auxiliar de enfermería porque lleva uniforme. No sé dónde vive. Dice que tiene una habitación en la casa de una familia agradable. No me lo creo. No todo, por lo menos. Uno de los chicos Poole —probablemente, los dos— la visita. Lo sé porque la más pequeña, Dina, contó en clase que su hermano mayor le había enseñado una casa con luces de Navidad y un Santa Claus sobre el porche. Bueno, no cabe duda de que ese lugar no está en Ruby. Está mintiendo, y preferiría que me mordiera la serpiente del mal que tener una hija mentirosa. No quería pegarle tan fuerte. No sabía que lo hubiera hecho. Sólo quería hacer que su boca mentirosa dejara de decirme que no había hecho nada. Los vi. A los tres, detrás del horno, y ella estaba en el centro. Además, aquí soy yo quien lava las sábanas.»

Pat se detuvo, dejó el lápiz y, tapándose los ojos con la mano, intentó separar lo que había visto de lo que había temido ver. Y ¿qué relación guardaban las sábanas con todo eso? ¿Había sangre cuando no

debía haberla, o no la había cuando tocaba? Hacía más de un año, y le parecía que todo estaba marcado con fuego en sus recuerdos. La pelea fue en octubre de 1973. Después, Billie Delia se escapó y permaneció dos semanas y un día en el convento. Volvió durante la clase de la mañana, mientras Pat estaba con los alumnos menores de doce años, y se quedó el tiempo suficiente para decirle que se iba. Se dijeron palabras horribles, pero las dos tenían miedo de acercarse, no fuera a producirse una pelea, como en la ocasión anterior. Se marchó con uno de los chicos Poole y no regresó hasta principios de aquel año para explicarle en qué consistía su trabajo y darle su dirección. Pat la había visto dos veces desde entonces: una en marzo y otra en la boda de Arnette, cuando fue madrina y dama de honor a la vez, puesto que Arnette no quería que nadie más lo fuese ni ninguna chica quería hacerlo si ello implicaba recorrer el pasillo de la iglesia con Billie Delia. O eso era lo que pensaba Pat. Había ido a la boda, no así a la fiesta, pero no se había perdido nada porque había visto perfectamente lo que ocurría en torno al horno con esas chicas del convento. Los vio. Vio a los chicos Poole. Y vio a Billie Delia sentada charlando con una de las chicas, como si fueran viejas amigas. Vio al reverendo Pulliam y a Steward Morgan discutir con las chicas y, cuando se marcharon en coche, vio a Billie Delia tirar el ramo en el cubo de basura de Anna y alejarse caminando con Apollo y Brood Poole detrás de ella.

Billie Delia se marchó al día siguiente en su propio coche y no le dijo ni una palabra sobre la boda, la fiesta, la chica del convento ni ninguna otra cosa. Pat intentó recordar cómo había ido a parar la plancha a su mano, qué se había dicho para que ella subiera corriendo por las escaleras con una plancha General Electric modelo Royal Ease en la mano para arrojársela a su hija a la cabeza. Ella, la más dulce de las personas, no mató a su hija por unos centímetros. Ella, que quería a los niños y los protegía, no sólo uno de otro, sino de los padres demasiado severos, había atacado a su propia hija. Ella, que siempre se había esforzado en ser razonable, amable, discreta y digna, había caído por las escaleras y se había hecho tanto daño que tuvo que suspender las clases durante dos días. No sólo la habían educado, sino que ella misma se había ocupado de que todo el mundo supiese que la hija bastarda de una mujer sin apellido y con la piel iluminada por el sol podía ser, además de agradable, de gran valía. Mientras intentaba entender qué la había llevado a coger esa plancha, Pat comprendió que en cierto modo, había considerado a Billie Delia una carga desde que era niña. Vulnerable a la posibilidad de no ser tan fina como Patricia Cato habría deseado. ¿Se debía a la historia aquella de que se había quitado las bragas en la calle? Billie Delia sólo tenía tres años entonces, Pat sabía que si su hija hubiera sido tan negra como ellos, no se lo habrían tenido en cuenta. Lo habrían visto como lo que era, algo, que sólo una criatura inocente habría hecho. ¿Se me ha pasado algo por alto? ¿Había algo más? Pero la pregunta que se planteaba en el silencio de aquella noche en concreto era la de si había defendido a Billie Delia o la había sacrificado. Y ¿seguía sacrificándola? La Royal Ease que tenía en la mano cuando subió corriendo por las escaleras estaba allí para aplastar a la chica que vivía en la mente de los negros como el carbón, no a la que era su hija.

Pat se lamió el labio inferior, notó un sabor salado y se preguntó por quién eran aquellas lágrimas.

Nathan DuPres, considerado el varón más anciano de Ruby, dio la bienvenida al público. Todos los años rechazaba la condición de veteranía, señalaba después a su primo Moss y terminaba diciendo que el reverendo Simon Cary era más adecuado para aquella labor. Sin embargo, dejaba que el pueblo terminara convenciéndolo, porque el reverendo Cary hablaba demasiado y, además, no pertenecía a las primeras familias, de manera que su llegada no se asociaba con la Primera Guerra Mundial sino con la de Corea. Era un hombre firme, y tan bondadoso que incluso Steward Morgan lo admiraba. Se había casado con Mirth, la hija de Elder Morgan. Ninguno de sus hijos vivía, de manera que mimaba a los de los demás: organizaba la comida campestre que celebraban todos los años para el Día de los Niños, los hacía afinar en los ensayos y guardaba caramelos en los bolsillos para repartirlos.

En aquel momento, con un ligero olor al caballo del que acababa de desmontar, subió al estrado y examinó al público presente. Se aclaró la garganta y se sorprendió a sí mismo. No recordaba nada de lo que había preparado y las palabras que pronunciaba parecían adecuadas para otra ocasión.

—Tenía cinco años —dijo—, cuando salimos de Luisiana, y sesenta y cinco cuando salté al camión para marcharme de Haven en dirección a este sitio. No lo habría hecho si Mirth no hubiera muerto o alguno de nuestros hijos todavía estuviese en este mundo. Ya sabéis que a mis niños, a todos mis niños, se los llevó un tomado en 1922. Minh y yo los encontramos en el campo de trigo de otro. Sin embargo, nunca me he arrepentido de haber venido. Nunca. En esta tierra la miel es más dulce que en todas las que conozco, y he cortado caña en sitios donde la porquería misma sabía a azúcar, que no es decir poco. No, nunca me he arrepentido, ni por un segundo. Pero ahora estoy triste. Quizás en esta estación del nacimiento de nuestro Señor sepa por qué tengo la garganta seca. Los ojos húmedos. Ya sé que he vivido más años de lo que normalmente el Señor concede a los hombres, pero esta sequedad es nueva. Lo de los ojos húmedos también. Cuando pienso en ello, lo único que se me ocurre es un sueño que tuve hace un tiempo.

En la penúltima fila, Lone DuPres estaba sentada junto a Richard Misner, que a su vez estaba al lado de Anna. Lone se inclinó hacia delante para mirar a Anna y saber si también estaba perdiendo el juicio. Ella

sonrió, pero no le devolvió la mirada, de modo que se recostó para soportar otro de los incoherentes sueños de Nathan.

Nathan se pasó los dedos por la cabeza y cerró los ojos, como si quisiera conservar los detalles con claridad.

—Había un indio que venía hacia mí en una hilera de judías. Creo que era cheyene. Las matas eran verdes, tiernas. Estaban llenas de flores. Miró la fila y sacudió la cabeza, como si lo lamentase. Después me dijo que era una lástima que el agua fuera mala; añadió que había mucha, pero era infecta. Yo dije, pero mira, mira cuántas flores. Me parece una cosecha de primera. Él dijo, las plantas de algodón más altas no dan la mejor cosecha; además, estas flores, mal color. Rojas. Las miré y estaban volviéndose de color rosa y luego rojo. Como gotas de sangre. Me asustó un poco. Pero cuando volví a mirar, los pétalos eran nuevamente blancos.

Me parece que esta vision es como la historia que vamos a contar otra vez esta noche. Si la entendemos, nos enseñará cuál es la fuerza de nuestra cosecha; de lo contrario, puede acabar con nosotros. Y llenarnos de sangre. Que Dios bendiga a los puros y que nada nos separe ni nos aleje de Aquel que nos bendice. Amén.

Cuando Nathan bajó del estrado, entre murmullos de simpatía, si no de gratitud, Richard Misner aprovechó la pausa para susurrar algo a Anna y dejar su asiento. Deseaba aliviar las oleadas de una claustrofobia que no lo asediaba desde que había estado encerrado con otros treinta y ocho en una celda diminuta, en Alabama. Ya entonces se inquietó porque el sudor y las náuseas indicaban miedo a sus compañeros. Y resultaba duro saber que, al margen de los riesgos que aceptase, por ansioso que estuviera de llegar a una peligrosa confrontación, una celda atestada podía humillarlo ante quinceañeros sin piedad. Ahora, al sentir que empezaba a sofocarse en aquella atestada escuela, se reunió con Pat Best, que estaba en la entrada, mirando la representación y al público. Detrás de ella, junto a la pared, había una gran mesa con pasteles, galletas y zumo de frutas.

—Hala, reverendo. —Pat no lo miró, pero se apartó para hacerle sitio en el hueco de la puerta.

—Buenas tardes, Pat —dijo él, secándose el sudor del cuello con el pañuelo—. Aquí estoy mejor.

—Yo también. Se ve todo sin necesidad de estirarse o atisbar entre los sombreros.

Miraron por encima de las cabezas del público mientras se agitaba el telón, hecho con sábanas de percal lavadas y cuidadosamente planchadas. Unos niños vestidos con sobrepellices blancos entraron en fila por el hueco central; la perfección de sus rostros serios y el peinado impecable quedaba rota ocasionalmente por algún calcetín caído sobre el tobillo o una pajarita torcida hacia la derecha. Tras una mirada a Kate Golightly, aspiraron todos a la vez para cantar: «Oh, noche santa, las estrellas brillan en lo alto...»

Al segundo verso, Richard Misner se inclinó hacia Pat.

—Puedo pedirte una cosa?

—Adelante.

Creó que iba a pedirle un donativo, porque le había costado reunir dinero (en la cantidad que esperaba) para ayudar en la defensa legal de cuatro adolescentes detenidos en Norman y acusados de posesión de armas, resistencia a la autoridad, provocar incendios, mala conducta y cualquier otra cosa que la acusación pudiera sacar de sus estatutos para esgrimir contra los chicos negros que decían no o lo pensaban.

Richard Misner explicó a su congregación que llevaban en la cárcel casi dos años. Si los hubieran juzgado, habrían estado tras los barrotes veinte meses. Estaba por fijarse la fecha del juicio y los abogados tenían que cobrar por los servicios prestados y los que vendrían. Hasta el momento, Richard sólo había reunido lo que le habían dado las mujeres. Mujeres que pensaban más en el dolor que sentían las madres de los chicos que en la injusticia de la situación. Sin embargo, los hombres —los Fleetwood, Pulliam, Sargeant Person y los Morgan— se habían mostrado inflexibles en su negativa. Estaba claro que Richard no había dado la forma adecuada a su súplica. No debería haber hecho una fundación política sino de hijos pródigos. Así, mientras estaba delante de la iglesia del Calvario haciendo su colecta, no habría tenido que oír frases como: «No soy partidario de la violencia», pronunciadas por hombres que habían llevado armas durante toda su vida. O bien: «Los negros que se apartan de la ley, portan armas y no poseen educación tienen que estar en la cárcel.» Dicho por Steward, claro está. Por mucho que Richard insistiera en que no tenían armas y que las manifestaciones no eran ilegales, los hombres mantuvieron la cartera bien cerrada. Pat decidió que, si se lo pedía directamente, daría tanto como pudiera. Le gustaba pensar que necesitaba su generosidad, de manera que le molestó saber que aquello no era en absoluto lo que Richard Misner tenía en mente.

–Quisiera saber una cosa. Estoy intentando arreglar la situación con los Poole, y creo que debería hablar con Billie Delia, si no te importa. ¿Está aquí esta noche?

Pat cruzó los brazos y se volvió para mirarlo.

–Lo siento, pero no puedo ayudarte, reverendo.

–¿De verdad?

–Estoy segura de que, suceda lo que suceda, no tiene nada que ver con Billie Delia. Además, ya no vive aquí. Se ha ido a Demby. –Aunque habría deseado mostrarse menos hostil, la mención de la relación de su hija con aquellos chicos Poole hacía que no pudiera controlarse.

–Ha surgido su nombre una o dos veces, pero Wisdom Poole no quiere decirme nada. Hay algo que está dividiendo a esa familia.

–No les gusta que la gente se entrometa, reverendo. Es típico de Ruby.

Lo entiendo, sin embargo, algo así puede extenderse y afectar a más de una familia. Si algo estaba claro cuando llegué es que si empezaba a gestarse algún tipo de problema, se formaba una delegación para que lo estudiase, y eso impedía que la gente se peleara. Lo he visto con mis propios ojos y, además, he participado en ello.

–Ya lo sé. Esta comunidad estaba muy unida.

–Todavía lo está. Cuando se plantea una crisis. Cuando no, todo el mundo guarda sus cosas para sí.

–¿Por qué no dices que nos lo guardamos para nosotros?

–¿Si lo hiciera, me pedirías que te explicara las cosas?

–Pat, por favor, no tomes a mal lo que digo. Sólo recordaba que la gente joven de mi clase sobre la Biblia también dice «ellos» cuando habla de sus padres.

–¿Clase sobre la Biblia? Es más bien una clase sobre la guerra. Por lo que he oído, algo militar.

–Militante, quizá; pero no militar.

–¿No son Panteras Negras en ciernes?

–¿Eso crees?

–No sé qué pensar.

–Bien, deja que te lo cuente. A diferencia de la mayoría de la gente que está aquí, leemos periódicos y distintos tipos de libros. Nos mantenemos informados y, efectivamente, discutimos estrategias defensivas. No de agresión, sino defensivas.

–¿Y ellos se dan cuenta de la diferencia?

Misner no tuvo que contestar de inmediato, porque se iniciaron los aplausos y duraron hasta que el último miembro del coro de niños desapareció tras el telón.

Alguien apaga las luces del techo. Unas toses domestican la oscuridad. Lentamente, con una polea bien engrasada, se abren las cortinas. Bajo los focos situados entre bastidores, proyectando largas sombras delante de ellas, hay cuatro figuras con sombreros de fieltro y trajes demasiado grandes. Están sentadas ante una mesa, contando billetes gigantescos. La cara de cada una de ellas permanece oculta detrás de una máscara blanca y amarilla en la que aparecen unos ojos brillantes y unos labios desdeñosos, rojos como una herida recién hecha. Sobre un cartel pegado a la parte delantera de la mesa, en el que se lee POSADA, cuentan dinero mientras hacen chasquear la lengua, y no se detienen cuando un desfile de familias sagradas, vestidas con andrajos, se les acercan marcando un paso de baile. Delante de la mesa del dinero se alinean siete parejas. Los chicos llevan cayado; las chicas, un muñeco en brazos.

Misner los miró y, mientras se concedía más tiempo para pensar una respuesta a la pregunta de Pat, se concentró en identificar a los niños que estaban en escena. Las cuatro niñas Cary más pequeñas: Hope, Chaste, Lovely y Pure; Dina Poole, y una de las hijas de Pious DuPres, Linda. Y los chicos, que agarran el cayado con gesto viril mientras avanzaban con paso de baile en dirección a los contadores de dinero. Los dos nietos de Peace y Solarine Jury, Ansel y otro al que llaman Fruit; Joe Thomas Poole junto con su hermana, Dina; James, el hijo de Drew y Harriet Person; el hijo de Payne Sands, Lorcás, y dos de los nietos de Timothy Seawright, Steven y Michael. Dos de los que llevaban máscara eran Beauchamp, sin duda –Royal y Descry, quince y dieciséis años y medían ya más de metro ochenta–, pero no estaba seguro de quiénes eran los otros dos. Era la primera vez que asistía a la obra. Solía celebrarse dos semanas antes de Navidad, cuando él volvía a Georgia para la visita anual a su familia. Ese año había retrasado el viaje porque estaba previsto reunir a toda la familia el día de Año Nuevo. Llevaría a Anna consigo, si estaba de acuerdo, para que la examinaran y, seguramente, para que ella los examinara a ellos. Había insinuado a los obispos que se sentía preparado para cambiar de parroquia. No era urgente, pero no estaba seguro de que Ruby fuera el lugar adecuado para él. Había llegado a la conclusión de que cualquier sitio era bueno si había gente joven a la que enseñar, a la que contar que Cristo era juez y también guerrero. Que los blancos no sólo no tenían la patente del cristianismo, sino que, con frecuencia, eran un obstáculo. Que Jesús había

sido liberado de la religión de los blancos y quería que los chicos supieran que no tenían que mendigar respeto, pues éste se hallaba en ellos mismos y sólo tenían que exhibirlo. Pero la resistencia que había encontrado en Ruby estaba agotándolo. Con una frecuencia cada vez mayor, sus alumnos eran castigados por las creencias que él contribuía a inculcar. Ahora, Pat Best –con la que había enseñado historia del pueblo negro todos los jueves por la tarde– ponía en cuestión su clase sobre la Biblia, confundiendo el respeto hacia uno mismo con la arrogancia, la preparación con la desobediencia. ¿Acaso creía que educación era saber lo suficiente para encontrar un trabajo? No parecía confiar mucho más que él en la concepción del futuro que tenían los cabezotas de Ruby, pero tampoco facilitaba el cambio. La historia de los negros y las listas de las antiguas gestas eran suficientes para ella, pero no para las nuevas generaciones. Alguien tenía que hablar con ellos, y alguien tenía que escucharlos. Si no...

–Sabes mejor que nadie lo listos que son estos chicos jóvenes. Mejor que nadie... –La voz de Misner se fue apagando bajo el «Noche de paz...».

–¿Crees que lo que les enseño no es lo suficientemente bueno? ¿Le habría leído el pensamiento?

–Claro que es bueno, pero no basta. El mundo es grande y formamos parte de esta grandeza. Quieren saber cosas sobre África...

–Vamos, reverendo. No te pongas sentimental conmigo.

–Si uno se separa de sus raíces, se marchita.

–Las raíces que se olvidan de las ramas se convierten en polvo de termitas.

–Pat –dijo él, algo sorprendido–, ¿desprecias África?

–No, pero no significa nada para mí.

¿Y qué es lo que significa algo para ti?

La tabla periódica de elementos y valencias.

–Qué triste. Qué triste y frío. –Richard Misner se apartó.

Lorcas Sands deja al grupo de familias y con una voz fuerte, que de vez en cuando se le rompe y suelta un gallo, se dirige a las máscaras:

–¿Hay sitio?

Las máscaras se vuelven las unas hacia las otras y luego hacia el suplicante; después se miran de nuevo y, con un rugido y sacudiendo la cabeza como si fueran leones furiosos, gritan:

–¡Fuera de aquí! ¡Largo! ¡No hay sitio para vosotros!

–Pero nuestras mujeres están embarazadas –dice Lorcas, señalando con el cayado.

¡Nuestros niños van a morir de sed! –Pure Cary levanta un muñeco. Los enmascarados agitan la cabeza y rugen.

–No ha sido muy amable lo que me has dicho, Richard.

–¿Cómo dices?

–No soy triste ni fría.

–Me refería a la tabla, no a ti. Eso de limitar tu fe a las moléculas, como si...

–No limito nada. No creo que una devoción estúpida por un país extranjero sea una solución para esos chicos. Y África es un país extranjero; de hecho, son cincuenta países extranjeros.

–África es nuestro hogar, Pat. Te guste o no.

–De verdad que no me interesa, Richard. ¿Quieres que unos cuantos negros extranjeros se identifiquen con África? ¿Y por qué no con Suramérica? O con Alemania, si lo prefieres. Tienen unos cuantos niños morenos y podrías pasártelo bien conectando con ellos. ¿O lo que buscas es un pasado sin esclavitud?

–¿Por qué no? Había mucha vida antes de la esclavitud. Y deberíamos saber lo que es. Por lo menos, si queremos librarnos de la mentalidad de esclavo.

–Te equivocas, y por ese camino vas mal. La esclavitud es nuestro pasado, y nada puede cambiarlo. Desde luego, África no lo cambiará.

–Vivimos en el mundo, Pat. En todo el mundo. Separarnos, aislarnos, ha sido siempre su arma. El aislamiento mata generaciones. No tiene futuro.

–¿Crees que no quieren a sus hijos?

Misner se frotó el labio superior y soltó un largo suspiro.

–Creo que los quieren a morir.

Inclinando la cabeza, los enmascarados se meten rápidamente debajo de la mesa y sacan grandes cartulinas en las que hay pegadas fotos de comida.

Aquí tenéis. Coged esto y marchaos.

Tiran las fotos al suelo, se ríen y saltan. Las familias sagradas retroceden como si las amenazaran con serpientes. Mientras señalan con el dedo o agitan el puño, cantan: Dios os destruirá. Dios os destruirá.» El público tararea, mostrándose de acuerdo: «Sí, lo hará. Sí, lo hará.»

—¡Os convertirá en polvo! —dice Lone DuPres.

—No oséis confundirlo. No oséis.

—Os convertirá en polvo más fino que la harina.

—Bien dicho, Lone.

—¡Os condenaréis!

Y, naturalmente, las figuras con máscara se tambalean y caen al suelo mientras las siete familias dan media vuelta. Hay algo en mí que destierra el dolor; hay algo en mí que no consigo explicar. Sus delicadas voces van acompañadas de otras más fuertes entre el público, y al llegar a la última nota, más de uno está secándose las lágrimas. Las familias se agrupan a la derecha del escenario, como si lo hicieran alrededor del fuego. Las chicas mecen a sus muñecos. En el pesebre, no hay cuna donde él pueda apoyarla cabeza. Lentamente, por los bastidores, entra un chico en escena. Lleva un gran sombrero y una bolsa de piel. Las familias forman un semicírculo detrás de él. El chico del sombrero grande se arrodilla y saca botellas y paquetes de la bolsa, que va colocando en el suelo. El pequeño Jesús deja caer su dulce cabeza.

¿Para qué?, se preguntó Richard. Límitate a disfrutar del espectáculo y deja a Pat en paz. Quería charlar, no pelearse. Miró los movimientos de los niños; primero con afecto y, después, con creciente interés. Había dado por hecho que había cuatro posaderos y siete Marías y Josés para contentar al mayor número posible de niños. Pero quizá fuera por otros motivos. ¿Siete familias sagradas? Richard dio un golpecito en el hombro a Pat.

—¿Quién se ha inventado esta historia? Creía que me habías dicho que había nueve familias iniciales. ¿Y las otras dos? ¿Por qué sólo un Rey Mago? Y ¿por qué vuelve a meter los regalos en el zurrón?

—Te has perdido, ¿verdad?

—Bueno, ayúdame a entender este lugar. Ya sé que no soy de aquí, pero no soy un enemigo.

—No, no lo eres. Sin embargo, en este pueblo las dos cosas significan lo mismo.

Gracia asombrosa, dulce sonido. Bajo una lluvia de estrellas doradas de papel, las familias dejan los muñecos y los cayados en el suelo y forman un círculo. Las voces suenan al unísono. Estaba perdido pero ahora me han encontrado, he sido encontrado.

Richard sintió que la amargura ocupaba el lugar de la náusea que lo había arrancado de su asiento. Pasados veinte, treinta años, pensó, toda clase de gente alegraría haber defendido posiciones básicas, fundamentales, en el movimiento en favor de los derechos civiles. Pocos tendrían razón, la mayoría serían farsantes. Lo que no podría refutarse, pero permanecería invisible para los periódicos y los libros que compraba destinados a sus alumnos, sería el papel de la gente corriente. El bedel que apagaba las luces para que la policía no consiguiera ver nada; la abuela que se quedaba con los niños para que las madres pudieran asistir a la manifestación; las mujeres de rincones perdidos del país con toallas limpias en una mano y un arma en la otra; los niños que llevaban pilas y comida a las reuniones clandestinas; los sacerdotes que mantenían en calma a iglesias enteras de manifestantes acorralados hasta que llegaba ayuda; los viejos que recomponían los cuerpos rotos de los jóvenes; los jóvenes que abrían los brazos para proteger a los viejos de bastonazos a los que no podrían sobrevivir; los padres que secaban los esputos y las lágrimas del rostro de sus hijos y decían: «No pasa nada, cariño. No te preocupes. Nunca serás un negro de mierda, un cochino zulú, un cafre asqueroso ni ninguna de las cosas que los blancos enseñan a decir a sus hijos. Eras una criatura de Dios.» Sí, pasados veinte, treinta años, esta gente estaría muerta u olvidada, y sus pequeñas historias formarían parte de archivos menores o, tal vez, de las notas a pie de página, aunque habían sido la columna vertebral sobre la que se mantenían los que salían en la televisión. Ahora, siete años después del asesinato del hombre en cuyo lugar habría cogido feliz la espada, llevaba un rebaño que no sólo se consideraba creador del prado en que pastaba, sino que pensaba que la hierba de cualquier otro era tóxica. Desde su punto de vista, las soluciones de Booker T. zanjaban los problemas de DuBois. No importa quiénes sean, pensó, o lo especiales que se crean: una comunidad sin ideas políticas está condenada a estallar como madera resinosa. Estaba ciego, pero ahora veo.

—¿De verdad?

Era una pregunta, pero a Pat le pareció una conclusión.

–Son mejores de lo que piensas –dijo ella.

–Son mejores de lo que ellos mismos piensan –apostilló él–. ¿Por qué se conforman con tan poco?

–Este sitio es su hogar, su patria; también es la mía. Una patria no es poca cosa.

–No digo que sea poco, pero ¿ni siquiera puedes imaginarte lo que debe de ser tener una verdadera patria? No me refiero al cielo, sino a una patria terrenal. No una fortaleza comprada y construida cuyas puertas están cerradas para entrar o salir, sino una verdadera patria. No un lugar al que uno llega, invade y arrasa para conseguirlo. No un lugar que uno reclama y arrebató porque está armado. No un lugar que uno roba a quienes viven en él, sino la propia patria, donde si uno se remonta más allá de sus tatarabuelos, más allá de toda la historia occidental, más allá del inicio del conocimiento organizado, las pirámides y los arcos de flechas envenenadas, cuando la lluvia era nueva, antes de que las plantas hubieran olvidado que podían cantar y los pájaros pensarán que eran peces, cuando Dios dijo que aquello era bueno, sabe que allí nació, vivió y murió su gente. Imagínatelo, Pat. Imagina ese lugar. ¿A quién hablaba Dios, si no a mi gente, que vivía en mi patria?

–Estás predicando, reverendo.

–No, estoy hablando contigo, Pat. Sólo hablo contigo.

El aplauso final se inició cuando los niños rompieron el círculo y se pusieron en fila para hacer una reverencia. Anna Flood se levantó cuando lo hizo el resto del público y se abrió camino hacia donde estaban Pat y Richard, charlando animadamente, con la mirada fija en ellos. Ambas mujeres habían sido objeto de especulación sobre a cuál de las dos favorecería el nuevo predicador, que era joven, soltero y guapo. De entre las mujeres de cierta edad, Anna y Pat eran las únicas sin compromiso. A menos que al predicador le gustaran mucho más jóvenes, tendría que escoger entre ellas. Dos años antes Anna había ganado –estaba segura– sin esfuerzo. Por el momento. Ahora, avanzaba hacia Richard con una amplia sonrisa, con la esperanza de helar la lengua de cualquiera que pensara de otro modo al verlo preferir la compañía de Pat a la suya durante la representación navideña. Llevaban el noviazgo con discreción y nunca se tocaban en público. Cuando ella le preparaba la cena, procuraban que la casa estuviese bien iluminada, y hacia las siete y media él la acompañaba andando o en coche, para que todo Ruby lo viera. Pero como aún no habían fijado ninguna fecha, las lenguas podían estar inquietas. Sin embargo, a ella le preocupaba algo más que una conducta correcta: la luz de los ojos de Richard. En los últimos tiempos, le parecía mortecina, como si hubiese perdido una batalla de la que dependiera su vida. Llegó hasta él justo antes de que la gente saliera en tropel, empujando hacia las mesas en que se encontraba la comida, charlando y riendo.

–Hola, Pat.

–¿Qué te ha pasado, Richard?

–Me he mareado –respondió. Vamos. Salgamos antes de que me vuelva el mareo.

Se despidieron y dejaron que Pat decidiera si quería hablar con los felices padres, ocuparse de servir la comida o marcharse. Se había decidido por esto último cuando Carter Seawright la pisó.

–¡Oh, perdone, señorita Best! Lo siento.

–No pasa nada, Carter. Cálmate un poco.

–Sí, señora.

–Y no te olvides de que justo después de las vacaciones tenemos una clase de recuperación. El 6 de enero, ¿entendido?

–Vale, señorita.

–¡Cómo que “vale”! Se dice: «Sí, señorita.»

Sí, señora... Señorita Best. Allí estaré.

Mientras calentaba agua en la cocina para prepararse un té, Pat cerró con tanta fuerza la puerta del armario que las tazas vibraron. No sabía qué conducta la irritaba más, si la de Anna o la suya. La de Anna al menos podía entenderla: protegía sus intereses. Pero ¿por qué se había empeñado en defender a unas personas, unas ideas y cosas con una pasión que no sentía? Le desagradaba el profundo placer lacrimógeno con que el público acogía la obra. Toda esa palabrería con la que había crecido le parecía una excusa para ser odioso. Richard tenía derecho a preguntar por qué siete y no nueve. Pat había visto la obra durante toda su vida, aunque nunca la habían escogido para otro papel que el de cantar en el coro. Eso era cuando Soane daba clases en la escuela, antes de que se percatara de la anomalía del número. Tiempo después observó que sólo había ocho. Cuando advirtió que habían cercenado la línea de los Cato, ya habían borrado otra. ¿Cuál? Sólo dos familias no formaban parte de las nueve originales, pero habían llegado a Haven lo bastante pronto como para tener una especie de categoría de asociados: los Jury

(aunque su nieto, Harper, se había casado con una auténtica Blackhorse, mejor para él) y el padre de su padre: Fulton Best. No contaban como originales. ¿Quién podía serlo? Desde luego, los Flood no, al menos si Anna se casaba con Richard Misner. ¿Contaría? ¿Podría Richard salvar el linaje de los Flood? ¿O los Poole, a causa de Billie Delia? No. Había montones de varones en aquella familia. Sería prueba de los escarceos de Apollo o de Brood, pero si eso era algo disuasorio, los Morgan mismos habían estado en grave peligro desde el casamiento de K. D. con Arnette. Y si Arnette no tenía una hija sino un hijo, la situación de la familia sería mucho más firme. También la de los Fleetwood. Puesto que Jeff y Sweetie no habían estado a la altura, Arnette era vital para las dos familias.

El té estaba listo y Pat se inclinó, frunciendo el entrecejo, tan concentrada en resolver el problema que no oyó a Roger hasta que estuvo en la puerta.

–Te has ido demasiado pronto –dijo él–. Hemos cantado villancicos.

–¿Sí? Ah, bueno. –Pat hizo un esfuerzo por sonreír.

–También te has perdido algún buen pastel –añadió Roger, con un bostezo–. He tenido que aceptar un montón de parte de Lone. Dios mío, esa mujer está loca. –Demasiado cansado para reír, sacudió la cabeza y sonrió–. Pero en sus tiempos, era buena. –Dio media vuelta para marcharse y agregó–: Bien, buenas noches, hija. Mañana temprano tengo que darle a los neumáticos.

–Papá –dijo Pat, a sus espaldas.

–¿Sí?

–¿Por qué lo cambiaron? Había nueve familias en la obra. Después, durante años, hubo ocho. Ahora hay siete.

–¿De qué estás hablando?

–Ya lo sabes.

–No, no lo sé.

–De la obra de teatro. Cada vez hay menos familias sagradas.

–Eso lo hace Kate. Y Nathan. Me refiero a que escogen a los niños. –Quizá no tuviesen niños suficientes para la obra.

–Papá... –Él debía de haber oído el tono de duda de su voz.

–¿Qué? –Si lo había oído, no lo demostró.

–Fue por el color de la piel, ¿verdad?

–¿Qué?

–Me refiero al criterio por el que, en este pueblo, se escogía y clasificaba a la gente.

–Bien..., no. Bueno, quizá se ofendieron un poco, hace mucho tiempo, pero nada exagerado.

–¿No? ¿Y lo que dijo Steward cuando te casaste?

–Steward? Ah, bueno. Los Morgan se toman muy en serio, demasiado en serio en ocasiones.

Pat sopló sobre su taza. Roger también guardó silencio, y luego volvió a un tema menos incómodo.

–La obra me ha gustado mucho. Pero tenemos que hacer algo con Nathan. Me parece que ha empezado a chochear. –Después, como si se le acabara de ocurrir, preguntó: ¿Qué tenía que decirte el reverendo Misner? Parecía muy serio allá detrás.

Ella no levantó la vista.

–Sólo... hablábamos.

–¿Ocurre algo entre vosotros dos?

–Papá, por favor...

–No pasa nada por preguntar, ¿no? –Se calló, a la espera de una respuesta, y al ver que ésta no se producía, se marchó murmurando algo acerca del horno.

Sí, sí pasa por preguntar. Pat sorbió de la cucharilla cuidadosamente. Pregúntaselo a Richard Misner. Pregúntale qué acabo de hacerle. O lo que hacen los demás. Cuando los interroga se encierran en sí mismos y sólo le dicen lo obvio, lo superficial. Y yo, precisamente, sé muy bien cómo es eso. No soy lo bastante buena como para que unos niños de ocho años me representen en un escenario.

Quince minutos más tarde, Pat estaba de pie en el jardín, a unos setenta metros de la tumba de Delia. La noche era fría, aunque no lo bastante como para que nevase. La menta se había secado, pero la lavanda y la salvia estaban frondosas y fragantes. Casi no había viento, de manera que era fácil controlar el fuego que ardía en la lata de petróleo. Una por una, fue tirando a las llamas las carpetas, los folios, unidos y sueltos. Tuvo que arrancar las tapas de las libretas y sostenerlas derechas con una pala para que no

sofocaran el fuego. El humo era acre. Retrocedió, cogió manojos de lavanda y los tiró también. Tardó un poco, pero finalmente, dio la espalda a las cenizas y entró en su casa llevando consigo el olor a lavanda quemada. Tras lavarse las manos y la cara en el fregadero de la cocina, se sintió limpia. Y tal vez por ello se echó a reír. Primero un poco, después con fuerza, sentada a la mesa, con la cabeza echada hacia atrás. ¿De verdad creían que podían seguir adelante con aquello, los números, los linajes, el quién folla con quién, las generaciones de rocas ocho, para terminar con una ramita ridícula? Bueno, tal vez lograsen seguir vivos, puesto que en Ruby nadie se moría.

Se secó los ojos y levantó la taza del platillo. Las hojas de té se agruparon en el fondo. Más agua hirviendo y al cabo de un ratito las hojas negras darían más té. Más todavía. Para siempre. ¿Hasta cuándo? Bien, por ahora, sí. ¿Y tú qué sabes? Estaba claro como el agua. Las generaciones no sólo tenían que ser inmaculadas desde un punto de vista racial, sino que debían estar libres de adulterio. «Dios bendiga a los puros y santos», claro. Ésa era su pureza. Ésa era su santidad. Ése era el trato que había hecho Zechariah mientras canturreaba sus rezos. No era el ceño de Dios el que había que temer. Era el de él, el de ellos. ¿Por eso el «sé el surco de Su ceño» los enfurecía? Pero el trato se había roto o había cambiado, porque ahora sólo eran siete. ¿Quién habría sido? Probablemente, los Morgan. Lo dirigían todo, lo controlaban todo. ¿A qué nuevo acuerdo habían llegado los gemelos? ¿De verdad creían que en Ruby no se moría nadie? De repente, Pat pensó que lo sabía todo. La sangre de los roca ocho conservaba su magia siempre que viviera en Ruby y no estuviese adulterada ni conociera el adulterio. Esa era la receta. Ése era el trato. Para la inmortalidad.

Pat esbozó una sonrisa torcida. En ese caso, pensó, todo lo que los inquieta tiene que proceder de las mujeres.

–Santo cielo –murmuró–. Santo cielo: he quemado los papeles.

CONSOLATA

En la limpia y agradable oscuridad del sótano, Consolata despertó a la desgarradora decepción de no haber muerto durante la noche. Cada mañana, sus esperanzas truncadas, permanecía acostada bajo tierra en un camastro, asqueada por una existencia de babosa cuyas horas soportaba bebiendo de botellas negras con nombres hermosos. Cada noche se sumía en el sueño decidida a que fuera la última, con la esperanza de que un gran pie descendiera sobre ella y la aplastase como una plaga de jardín.

Confinada ya a un espacio del tamaño de un ataúd, entregada a la oscuridad, alejada de los apetitos, ansiando sólo el olvido, luchaba por entender aquella demora. ¿Para qué?, preguntaba, y su voz era una más entre las muchas que llenaban el sótano del suelo al techo. Varias veces por semana, por la noche o durante las sombras del día, salía a la superficie. Se quedaba de pie en el jardín, caminaba, elevaba los ojos al cielo para ver la única luz que podía soportar. Una de las mujeres, por lo general Mavis, insistía en estar con ella. Hablando, hablando, siempre hablando. O venía una pareja de las otras. Podía escucharlas, incluso contestar algunas veces, si iba echando tragos de las polvorientas botellas de nombres hermosos: Jarnac, Médoc, Haut-Brion y Saint Emilion. Con excepción de Mavis, que era la que llevaba más tiempo allí, cada vez era más difícil distinguir a una de otra. Había olvidado casi todo lo que sabía de ellas, y cada vez le parecía menos importante recordarlo, porque el timbre de sus voces contaba siempre lo mismo: desorden, desilusión y aquello contra lo que la hermana Roberta advertía a las chicas indias: deriva. Las tres d's que asfaltaban el camino a la perdición, y la más grave era la de ir a la deriva.

Habían llegado a lo largo de los últimos ocho años. La primera, Mavis, durante la larga enfermedad de la madre; la segunda, justo después de que muriera. Luego, dos más. Todas habían pedido permiso para quedarse unos pocos días, pero no se habían ido. De vez en cuando, una u otra llenaba de cualquier manera una bolsita, decía adiós y parecía desaparecer por un tiempo, pero sólo por un tiempo. Siempre volvían para quedarse, y vivían como ratones en una casa que nadie quería, ni siquiera el recaudador de impuestos, con una mujer enamorada del cementerio. Consolata las miraba a través del color de bronce o gris o azul de sus diversas gafas de sol y veía chicas rotas, asustadas y débiles que mentían. Cuando sorbía el Saint-Émilion o el ahumado Jarnac, podía tolerarlas, pero cada vez tenía más ganas de partirles el cuello, de hacer cualquier cosa que consiguiese detener aquella comida mal guisada e indigesta, la música ávida que martilleaba, las peleas, la risa estridente, las exigencias. Pero, sobre todo, aquel ir a la deriva. La hermana Roberta les habría hecho papilla las manos. No sólo no hacían nada más que lo estrictamente necesario, sino que no tenían planeado hacer nada. En lugar de planes, tenían deseos: insensatos deseos infantiles. Mavis hablaba interminablemente de negocios de éxito infalible: colmenas, algo llamado «cama y desayuno», una empresa de comidas a domicilio, un orfanato. Cualquiera pensaría que había encontrado un cofre con dinero, joyas o algo así y quería que la ayudaran a engañar a los demás sobre su contenido. Otra de ellas se dedicaba a hacerse cortes, a escondidas, en los muslos, los brazos. Deseaba ser la reina de las cicatrices y se hacía finas rajas rojas en la piel con lo primero que encontraba: una navaja, un imperdible, un cuchillo de cocina. Otra anhelaba lo que parecía ser una especie de vida de cabaret, un lugar

abarrotado donde cantar canciones desgarradoras con los ojos cerrados. Consolata escuchaba aquellos sueños de niña con una indulgencia amortiguada, empapada en vino, porque no la enfurecían tanto como los susurros de amor que quedaban suspendidos largo rato en el aire después de que las mujeres se marcharan. Bajaban por las escaleras flotando, una por una, llevando una lámpara de queroseno o una vela, igual que doncellas que entraran en un templo o en una cripta, para sentarse en el suelo y hablar del amor como si tuvieran alguna idea de lo que era. Hablaban de hombres que venían a acariciarlas durante su sueño; de hombres que las esperaban en el desierto o junto al agua fresca; de hombres que las habían amado desesperadamente; de hombres que deberían haberlas querido, que podrían haberlas querido, que las habrían querido.

Durante los días peores, cuando las fauces de la depresión ensuciaban la limpia oscuridad, quería matarlas a todas. Quizás ese fuera el motivo por el que se prolongaba su vida de babosa. Por eso, y por la fría serenidad de la cólera de Dios. Morir sin Su perdón condenaba su alma. Pero morir sin el de Mary Magna la contaminaba per omnia saecula saeculorum. Se lo habría dado sin problemas si Consolata se lo hubiera contado todo a tiempo, si se hubiera confesado antes de que la razón de la anciana derivara hacia un sonsonete. En su último día, Consolata subió a la cama, se colocó detrás de ella, tiró las almohadas al suelo, levantó el cuerpo que pesaba como una pluma y lo sostuvo entre los brazos y entre las piernas. Con la pequeña cabeza blanca acurrucada entre los pechos de Consolata, la señora entró en la muerte, como si fuera un nacimiento, acunada y mecida por los rezos de la mujer que había raptado cuando era pequeña.

En realidad, había raptado a tres niños; lo más fácil del mundo en 1925. Mary Magna, que por entonces no era madre sino hermana, se negó en redondo a dejar a dos niños en la basura de la calle donde estaban sentados. Los cogió, se los llevó al hospital donde trabajaba y los lavó con bicarbonato Ordono, Glover's Mange, jabón, alcohol, Blue Ointment, jabón, alcohol y, para terminar, un poco de yodo cuidadosamente colocado en las pupas. Los vistió y, con la complicidad de las otras hermanas de la misión, se los llevó consigo al barco. Eran seis monjas estadounidenses que iban de regreso a Estados Unidos después de doce años de trabajar a la sombra de otras órdenes portuguesas más antiguas y severas. Nadie cuestionó que las Hermanas Devotas de los Indios y Gentes de Color pagaran el billete de tarifa reducida de los tres pilluelos –que nada tenían de blancos– a su cargo. Porque ya eran tres, puesto que Consolata, que ya tenía nueve años, había sido una decisión de último minuto. Desde el punto de vista de cualquiera, los raptos eran un rescate porque, al margen de cuál fuese la vida a la que los llevara aquella monja exasperada y obstinada, sería mejor que la que los aguardaba en las calles llenas de mierda de aquella ciudad.

Cuando llegaron a Puerto Limón, la hermana Mary Magna dejó a dos de ellos en un orfanato, porque para entonces ya se había enamorado de Consolata. ¿Los ojos verdes? ¿El pelo de color de té? ¿Su docilidad, quizás? ¿O tal vez la piel ahumada, como una puesta de sol? La llevó consigo como pupila al lugar al que la difícil monja había sido destinada: una mezcla de internado y asilo para niñas indias en una zona desolada del oeste de Estados Unidos.

En letras blancas sobre fondo azul, una señal situada junto a la carretera de acceso rezaba:

ESCUELA PARA NIÑAS NATIVAS CRISTO REY.

Quizás ése fuese el nombre que todo el mundo tenía que darle, pero por lo que Consolata recordaba, sólo las monjas empleaban el nombre correcto, generalmente en sus oraciones. Contra toda lógica, las alumnas, los funcionarios estatales y las personas que veían en el pueblo se referían a ella sencillamente como «el convento».

Durante treinta años, Consolata trabajó sin cesar para convertirse en el orgullo de Mary Magna y seguir siéndolo, para ser uno de sus éxitos en una vida entera dedicada a enseñar, criar y cuidar a los demás en lugares cuyos nombres los padres de las monjas nunca habían oído y eran incapaces de repetir hasta que sus hijas los pronunciaban. Consolara la adoraba. Cuando la robó y la llevó al hospital, le clavaron agujas en los brazos, dijeron que para protegerla de las enfermedades. Recordaba como algo agradable la violenta enfermedad que le sobrevino, porque mientras estaba acostada en la sala de pediatría, una cara bellamente enmarcada la miraba. Tenía los ojos azules como un lago, tranquilos, claros, pero con una sombra de pánico, una preocupación que Consolata nunca había visto. Merecía la pena estar enferma, incluso morir, para ver esa clase de inquietud reflejada en los ojos de un adulto. De vez en cuando, la mujer con la cara enmarcada se inclinaba y le tocaba la frente con la yema de los dedos, o le alisaba el cabello húmedo y enredado. Las cuentas de cristal que le colgaban de la cintura o de los dedos titilaban. Consolata amaba aquellas manos: las uñas planas, la piel lisa y fuerte de la palma. Y le gustaba la boca que no sonreía, que no necesitaba enseñar los dientes para irradiar felicidad o dar la bienvenida.

Consolata podía ver una fría luz azul que brillaba suavemente bajo el hábito. Procedía, creía ella, del corazón.

Directamente del hospital, Consolata, vestida con un limpio vestido marrón que le llegaba hasta los tobillos, acompañó a las monjas a un barco llamado Atenas. Tras la escala en Panamá, desembarcaron en Nueva Orleans y, desde allí, viajaron en un coche, un tren, un autobús y otro coche. Y la magia que había empezado con las agujas del hospital fue creciendo cada vez más: retretes donde se arremolinaba una agua tan limpia que habría podido beberse; pan blanco y suave, cortado ya en rebanadas dentro de la bolsa; leche en botellas de cristal; y, durante todo el día, todos los días, un maravilloso lenguaje hecho especialmente para hablar con el cielo: Ora pro nobis... gratia plena... sanctificetur nomen tuum fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in terra sed libera nos a malo a malo a malo.

La magia no disminuyó hasta que llegaron a la escuela. Aunque el paisaje no tenía nada interesante, la casa era como un castillo y estaba llena de bellos objetos que Mary Magna ordenó eliminar de inmediato. Las primeras tareas de Consolata fueron romper las ofensivas figuras de mármol y vigilar las hogueras en que ardían los libros, santiguándose cuando algunos amantes desnudos salían volando del fuego y tenían que ser echados de nuevo a las llamas. Consolata dormía en la despensa, frotaba los azulejos, daba de comer a las gallinas, rezaba, pelaba, cuidaba el jardín, hacía conservas y lavaba y planchaba. Fue ella y no otra quien descubrió la mata silvestre cargada de pimientos picantes y quien los cultivó. Aprendió los rudimentos de la cocina con la hermana Roberta y llegó a ser lo bastante buena como para encargarse de cocinar y de cuidar el huerto. Asistía a las clases con las chicas indias, pero no establecía vínculos con ellas.

Durante treinta años ofreció su cuerpo y su alma al Hijo de Dios y a Su madre de manera tan completa como si hubiera tomado los hábitos. A ella, cuyo corazón sangraba y su amor era infinito. A ella, quae sine tactu pudoris. A la beata viscera Mariae Virginis. A ella, cuyo camino era estrecho, pero perfumado con la dulzura del tomillo. A Él, cuyo amor era tan perfectamente accesible que dejaba sin habla a los sabios y a los condenados. Él, que se había hecho humano para que pudiéramos conocerlo, tocarlo, verlo en los menores gestos, para que Su sufrimiento reflejara el nuestro, y Su agonía, Su duda, Su desesperación, Su fracaso, representara y absorbiera durante todo el tiempo que estuviéramos en la tierra aquello a lo que éramos vulnerables. Y esos treinta años de rendición al Dios vivo se quebraron como la cáscara de un huevo cuando conoció al hombre vivo.

Corría el año 1954. La gente estaba levantando casas, poniendo vallas, arando la tierra, a unos treinta kilómetros al sur de Cristo Rey. Habían empezado a construir una tienda de alimentación y, para entusiasmo de Mary Magna, una farmacia, más cercana que la otra, situada a unos ciento cincuenta kilómetros. Allí podía comprar los rollos de algodón estéril para cuando las chicas tenían el período, las agujas finas, el hilo ligero que las mantenía ocupadas remendando, remendando, el polvo StanBack, Lydia Pinkham, y el cloruro de aluminio con el que fabricaba desodorante.

En uno de estos viajes, cuando Consolata acompañaba a Mary Magna en la camioneta Mercury de la escuela, incluso antes de que llegaran a la carretera recién abierta, estaba claro que pasaba algo. Algo demencial ocurría bajo el sol ardiente. Oyeron fuertes gritos de ánimo y, en lugar de encontrar a una treintena de personas enérgicas, ocupadas en silencio en el trabajo de construir un pueblo, vieron caballos que galopaban por la carretera y gente que reía como loca. Niñas pequeñas con flores rojas y púrpura en el pelo saltaban aquí y allá. Un niño que se agarraba con todas sus fuerzas al cuello de un caballo fue alzado en brazos y declarado campeón. Los hombres jóvenes y los chicos agitaban los sombreros, perseguían a los caballos y se enjugaban los ojos. Mientras Consolata contemplaba aquella alegría insensata, oyó un débil pero insistente pum, pum, pum. Pum, pum, pum. Después, el recuerdo de una piel como aquella y de hombres como aquellos bailando con mujeres en las calles, al ritmo de una música que latía como un corazón furioso, torsos inmóviles, caderas que describían pequeños círculos sobre piernas que se movían tan rápidamente que era inútil intentar descifrar cómo era posible que resultase tan fácil. Sin embargo, aquellos hombres no bailaban; reían, corrían, se llamaban entre sí y a mujeres que se inclinaban con júbilo. Y aunque vivían allí en un pueblo, no en una ciudad ruidosa llena de negros brillantes, Consolata supo que los conocía.

A Mary Magna le costó llamar la atención del farmacéutico. Finalmente, éste se separó de la multitud y las acompañó a su casa, donde un sector cerrado del porche hacía las veces de tienda. Abrió la puerta mosquitera y, con una cortés inclinación de la cabeza, hizo entrar a Mary Magna. Mientras Consolata esperaba en los escalones, lo vio por primera vez. Pum pum pum. Pum, pum, pum. Un jinete joven y delgado, que llevaba a otro caballo de las riendas. Su camisa caqui estaba empapada de sudor y se quitó el amplio sombrero para secarse la frente. Sus caderas se mecían sobre la silla, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Pum pum pum. Pum pum pum. Consolata vio su perfil y sintió que algo vivo y con plumas revoloteaba en su estómago. Pasó por delante de ella y desapareció en el establo. Mary Magna

salió con sus compras, quejándose un poco de una cosa u otra –el precio, la calidad– y se apresuró en dirección a la camioneta; Consolata fue tras ella, llevando los rollos de algodón esterilizado. En el momento en que abría la puerta delantera, él volvió a pasar. A pie, corriendo un poco, ansioso por volver al grupo festivo situado calle abajo. De manera casual, miró hacia ella. Consolata le devolvió la mirada y le pareció que sus ojos, si no su paso, vacilaban.

Rápidamente, agachó la cabeza y subió a la camioneta, que se calcinaba al sol; el calor que hacía en la cabina pareció explicar su dificultad para respirar.

No volvió a verlo durante dos meses; un lapso que se convirtió en inestable por la cosa emplumada que luchaba por desplegar las alas. Meses de rezos fervientes y gran cuidado en las tareas de la casa. También de tensión, porque la escuela había sido conminada a cerrar sus puertas. El legado de la mujer rica que había fundado y financiado la orden había sobrevivido a la década de los treinta, pero se agotó en la de los cincuenta. Hacía ya tiempo que las buenas y dulces niñas indias se habían ido, arrancadas de allí por sus madres y hermanos, o encaminadas hacia una vida piadosa. La escuela llevaba tres años solicitando pupilas del estado; chicas insolentes que estaban convencidas de que las hermanas eran cómicas casi siempre y, cuando no, siniestras. Dos de ellas habían huido; sólo quedaban cuatro. A menos que las hermanas lograsen convencer al estado de que les enviara (y pagase por ellas) más chicas indias difíciles y traviesas, las órdenes eran que se preparasen para el cierre y un nuevo destino. El estado tenía chicas difíciles, naturalmente, ya que el término «difícil» podía hacer referencia a cualquier cosa, desde la enuresis al tartamudeo pasando por el absentismo escolar, pero prefería colocarlas en escuelas protestantes, donde, aunque no entendieran el comportamiento religioso de las profesoras, por lo menos la ropa que llevaban resultaba menos extraña.

En Oklahoma, las iglesias y las escuelas católicas eran tan raras como un perro verde. Ése era el motivo por el cual, en otro tiempo, la benefactora había comprado la mansión. Se trataba de una ocasión para intervenir en el corazón del problema: llevar a Dios y la lengua a unos nativos que supuestamente no tenían ninguna de las dos cosas; alterar su dieta, su forma de vestir, de pensar; ayudarlos a despreciar todo lo que en otro tiempo había dado sentido a su vida y ofrecerles a cambio el privilegio de conocer al único Dios y, por lo tanto, la oportunidad de la redención. Mary Magna escribió carta tras carta, viajó a Oklahoma City y más allá, con la esperanza de salvar la escuela. En esta atmósfera trastornada, las torpezas de Consolata, el que se le cayeran cosas, quemara otras, hiciese visitas repentinas y rápidas a la capilla, suponían molestias para las hermanas, pero eran signos de una alarma no muy distinta de la suya. Cuando le preguntaban qué le pasaba o la regañaban por algún fallo inadmisibles, se inventaba excusas o se enfurruñaba. Por encima de su confusión, renovando diariamente su apresurada piedad, se encontraba el miedo de que le pidieran que saliese del convento, que fuera a comprar otra vez al pueblo. De manera que hacía el trabajo del patio con la primera luz del alba y pasaba el resto del día dentro, realizando sus tareas de cualquier manera. Al final, no sirvió de nada. El fue hasta ella.

En un claro día de verano, mientras Consolata estaba arrodillada, quitando las malas hierbas del huerto con la ayuda de dos hurañas pupilas del estado, una voz masculina dijo a sus espaldas:

–Disculpe, señorita.

Sólo quería unos pimientos negros.

Él tenía veintinueve años; ella, treinta y nueve, y perdió la cabeza. Por completo.

Consolata no era virgen. Uno de los motivos por los que había aceptado con tanto agradecimiento la mano de Mary Magna, que se había abierto sobre la basura como el ala de una paloma, eran los abusos a que se había visto sometida al cumplir los nueve años. No obstante, después de que la mano blanca la tomara de su asquerosa pezuña, nunca había conocido a ningún hombre ni lo había deseado; tal vez por ello el enamorarse tras treinta años de celibato adquirió una cualidad casi comestible.

¿Qué dijo él? ¿Ven conmigo? ¿Cómo te llaman? ¿Cuánto cuesta medio cesto? ¿O se limitó a presentarse al día siguiente en busca de más pimientos picantes? ¿Se acercó a él para verlo mejor? ¿O fue él quien se acercó a ella? En cualquier caso, en un tono que tal vez reflejase desconcierto, él dijo:

–Tienes los ojos del color de las hojas de menta.

¿Contestó ella en voz alta. «Y los tuyos son como el principio del mundo», o esas palabras no llegaron a salir de su pensamiento? ¿Cayó de rodillas y le rodeó las piernas con los brazos, o eso sólo fue lo que deseó hacer?

–Te devolveré el cesto. Pero quizá vuelva tarde. ¿Te importa?

Ella no recordaba haber contestado nada, pero seguramente su rostro le indicó lo que necesitaba saber, porque al llegar la noche estaba allí, y ella también, y él le cogió la mano. No había ningún cesto a la vista. Pum pum pum.

En el camión, mientras recorrían el camino de gravilla, la estrecha pista de tierra y aceleraban por la ancha carretera asfaltada, no dijeron nada. El parecía conducir por placer: el rugido contenido bajo el capó de acero; el modo furtivo en que separaba la oscuridad y saltaba hacia las sombras que se extendían delante, más allá de lo previsto. Avanzaron sin pronunciar palabra durante lo que a Consolata le parecieron horas. El peligro y su necesidad hacía que se concentraran, que estuvieran tranquilos. Ella no sabía, ni le importaba adónde iban ni qué podría suceder cuando llegaran. Mientras se dirigían a toda velocidad hacia lo imprevisible, sentada al lado de un hombre más oscuro que la oscuridad que hendían, Consolata dejó que las plumas se desplegaran y se apartaran de las paredes de un vientre helado. Hacia donde el viento no era una ayuda o una amenaza para los girasoles, ni la luna un lenguaje sobre el tiempo, el clima, algo que indicara cuándo sembrar o cosechar, sino algo propio del mundo original diseñado para ambos.

Finalmente, él redujo la velocidad y tomó una pista por la que apenas se podía circular, donde los arbustos arañaban los guardabarros. Frenó ahí en medio, y la habría cogido en sus brazos si ella no hubiera estado ya en ellos.

En el camino de regreso, tampoco abrieron la boca. Lo que habían murmurado mientras hacían el amor tenía algo en común con el lenguaje, pero era imposible recordarlo, controlarlo o traducirlo.

Antes de que amaneciera, se separaron como si los hubiesen detenido y tuvieran que enfrentarse a una sentencia de cárcel sin libertad condicional. Cuando ella abrió la puerta y se apeó, él dijo.

–El viernes al mediodía.

Consolata se quedó allí mientras él retrocedía con la camioneta. No lo había visto claramente ni una sola vez durante toda la noche. Pero el viernes, al mediodía, lo harían, lo harían, lo harían a plena luz del día.

Se rodeó el cuerpo con los brazos, cayó de rodillas y se inclinó hacia delante. La frente le tocaba el suelo mientras se mecía, sujeta por un arnés de placer.

Entró furtivamente en la cocina y simuló ante la hermana Roberta que había estado en el gallinero.

–Bien, ¿y dónde están los huevos?

–Ah, se me ha olvidado el cesto.

–No te hagas la tonta conmigo.

–No, hermana. Claro que no.

–Todo está hecho un desastre.

–Sí, hermana.

–Bien, pues muévete.

–Sí, hermana. Perdón, hermana.

–¿Pasa algo divertido?

–Nada, hermana. Pero...

–¿Pero?

–Yo... ¿Qué día es hoy?

–Santa Marta.

–Me refiero al día de la semana.

–Martes. ¿Por qué?

–Por nada, hermana.

–Necesitamos tu inteligencia, hija, no tu confusión.

–Sí, hermana.

Consolata cogió un cesto y salió corriendo por la puerta de la cocina.

Viernes. Mediodía. El sol golpea sin piedad y todo el mundo se ha refugiado tras las paredes de piedra en busca de alivio. Todo el mundo, menos Consolata y –eso espera– el hombre vivo. No tiene otra opción que soportar el calor sin otra protección que un sombrero de paja bajo un sol que la ha tomado por un yunque. Está de pie en la pequeña curva del camino de entrada, pero se la distingue perfectamente desde la casa. Esta tierra es lisa como una pezuña y abierta como la boca de una criatura. No hay dónde esconder el escándalo. Si la hermana Roberta o Mary Magna la llaman o le piden una explicación, se inventará algo: o no se inventará nada. Oye su camión antes de verlo y, cuando llega, pasa por su lado. No vuelve la cabeza, pero le hace un gesto. Levanta un dedo del volante y señala hacia delante. Consolata gira hacia la derecha y sigue el ruido de sus neumáticos, y después, cuando tocan el asfalto, su silencio. El la espera en la cuneta de la carretera.

Dentro de la camioneta, se miran durante largo rato, serios, atentamente, y por fin sonríen.

El conduce hasta una granja quemada que se alza en un promontorio de tierra en barbecho. Sorteando hierbas y matojos, aparca tras los negros dientes de una chimenea rota. Cogidos de la mano, luchan con las zarzas y los arbustos hasta que llegan a un cauce poco profundo. Consolata ve al instante lo que él quiere que vea: dos higueras que crecen entrelazadas. Cuando pueden pronunciar frases enteras, él la mira y dice:

–No me pidas que te lo explique. No puedo.

–No hay nada que explicar.

–Intento tener éxito en la vida. Mucha gente depende de mí.

–Sé que estás casado.

–Tengo intención de seguir estándolo.

–Ya lo sé.

–¿Qué más sabes? –pregunta él, y le apoya el índice en el ombligo.

–Soy mucho más vieja que tú.

Él aparta la vista del ombligo, la mira a los ojos y sonríe.

–Nadie es más viejo que yo.

Consolata se echa a reír.

–Desde luego, tú no –añade él–. ¿Cuándo lo hiciste por última vez?

–Antes de que tú hubieras nacido.

–Entonces, eres toda mía.

–¡Oh, sí!

Él la besa suavemente y se incorpora sobre el codo.

–He viajado. Por todas partes. Nunca he visto a nadie como tú. ¿Cómo alguien puede ser así? ¿Sabes lo bonita que eres? ¿Te has mirado alguna vez?

–Ahora lo estoy haciendo.

Mientras se encontraron allí, ningún higo apareció en aquellos árboles, pero agradecían la sombra de las hojas polvorientas y la protección de los troncos atormentados. Intentaban tenderse sobre las mantas que él llevaba. Más tarde, se miraban los rasguños y arañazos que les hacía el lecho seco del arroyo.

Consolata fue interrogada. Se negó a contestar; desvió las preguntas hacia lamentos.

–¿Qué va a pasar conmigo cuando todo esto cierre? Nadie me ha dicho qué va a pasar conmigo.

–No seas tonta. Sabes que siempre nos ocuparemos de ti.

Consolata hizo un mohín, simulando estar loca de preocupación y, por ese motivo, con un estado de ánimo variable. Cuantas más seguridades le daban, más insistía en vagar por ahí, en "estar sola», decía. Una necesidad que le sobrevinía sobre todo los viernes. Hacia el mediodía.

Cuando en septiembre Mary Magna y la hermana Roberta se fueron de viaje para hacer unas gestiones, la hermana Mary Elizabeth y las irresponsables alumnas –ahora sólo tres–, siguieron recogiendo, limpiando, estudiando y rezando. Dos de las muchachas, Clarissa y Penny, empezaron a sonreír cuando veían a Consolata. Tenían catorce años; eran chicas de huesos pequeños y ojos hermosos y avispados que en un instante podían volverse inexpresivos. Vivían para salir de aquel lugar y, ahora que el final se acercaba, estaban de muy buen humor. Hacía poco que habían empezado a mirar a Consolata como una cómplice, más que como a una enemiga empeñada en arruinarles la vida. Y mientras se susurraban la una a la otra en un lenguaje que las hermanas les habían prohibido utilizar, la encubrían, recogían los huevos, lo que era responsabilidad de Consolata. También arrancaban las malas hierbas y lavaban. A veces, miraban desde las ventanas del aula, con las cabezas juntas, los ojos radiantes, mientras la mujer que consideraban lo bastante vieja como para ser su abuela permanecía de pie, sin importar el tiempo que hiciera, esperando la camioneta Chevrolet.

–¿Lo sabe alguien? –Consolata desliza la uña del pulgar alrededor de la tetilla del hombre vivo.

–No me sorprendería –contesta él.

¿Tu mujer?

–No.

–¿Se lo has dicho a alguien?

–No.

- ¿Alguien nos ha visto?
–No lo creo.
–Entonces, ¿cómo puede saberlo alguien?
–Tengo un gemelo.
Consolata se incorpora y se sienta.
–¿Hay otro como tú?
–No. –Cierra los ojos. Cuando los abre, mira a lo lejos–. Sólo hay uno como yo.

Septiembre avanzó embadurnándolo todo con pintura al óleo: hectáreas de amarillo cardamomo, naranja oscuro, kilómetros de sierra, barrancos de azul cerúleo y azul noche, junto con ciclos de un violeta desgarrador. Cuando llegó octubre y las calabazas empezaron a hincharse en el mismo lugar que habían crecido los rábanos, Mary Magna y la hermana Roberta volvieron, profundamente irritadas con sacerdotes, abogados, funcionarios y clérigos. Sus noticias no eran ninguna novedad. El destino de todas se resolvería en Saint Pere, excepto el suyo. Esa decisión vendría más tarde. Se tenía en consideración la edad de Mary Magna, setenta y dos años, pero ella se negaba a que la llevaran a una residencia. Por otra parte, no había que olvidar la cuestión de los gastos de mantenimiento de la propiedad. El título estaba en manos de la fundación de la benefactora (que ahora había revertido al principal), de manera que la casa y el terreno no eran exactamente propiedad de la Iglesia; sin embargo, aún estaba por ver si se hallaba sujeta a los impuestos vigentes y los anteriores. Para el asesor, no obstante, la cuestión principal era la de por qué, en un estado protestante, un hatajo de extrañas católicas sin una misión masculina que las controlase merecían un trato especial. Afortunada o desafortunadamente, aún no se habían descubierto recursos naturales en la tierra, y para la fundación era imposible desentenderse sin más. No podían marcharse por las buenas, ¿no? Mary Magna las reunió a todas para explicárselo. Se había escapado otra chica, pero las dos últimas, Penny y Clarissa, la escuchaban absortas hablarles de su futuro –o, por lo menos, los siguientes cuatro años– que había tomado forma en las manos de algún viejo trajeado. Inclinaron sus bellas cabezas en aquiescencia solemne, convencidas de que estaba en camino la ayuda que necesitaban para escapar de aquella pandilla de monjas.

Sin embargo, Consolata prestaba poca atención a las palabras de Mary Magna. No pensaba irse a ningún sitio. Viviría en el campo, si era necesario o, mejor aún, en la casa incendiada que se había convertido en el hogar de sus pensamientos. Ya lo había seguido tres veces a través de la casa, manteniendo el equilibrio sobre tablas combadas, envuelta en un olor a humo de doce años de antigüedad. Allí, donde ni siquiera se veía una hilera de árboles, como si fuera una casa construida sobre las olas de arena del solitario Sahara, sin nadie ni nada que lo impidiera, la casa había ardido a merced del viento. ¿Habría empezado de noche, cuando los niños dormían? ¿O se encontraba vacía cuando las llamas comenzaron a crepitar? ¿Estaba el marido a cientos de metros de distancia, enfardando, marcando, desbrozando, sembrando? ¿Se había inclinado la mujer sobre la tina de lavar del patio, mientras los mechones de cabello le molestaban en la frente? Habría lanzado un cubo o dos y después, gritando a los niños, habría corrido para coger lo que pudiera. Habría hecho montones con lo que lograra alcanzar, arrebatar y llevar hasta el patio. Seguro que tenían una campana, un triángulo oxidado, algo para llamar o golpear y advertir al otro del peligro que se avecinaba. Cuando el marido llegó, el humo debió de hacerle llorar. Pero sólo a causa del humo, porque no era gente que llorase. Primero se habría preocupado por el ganado y lo habría llevado aun lugar seguro o lo habría soltado, al recordar que no tenía nada asegurado. Todo lo que no estaba en el patio se había perdido. Incluso los girasoles que crecían en la esquina noroeste de la casa, cerca de la cocina, donde la mujer podía verlos mientras removía el maíz molido.

Consolata hurgó en cajones donde un ratón de campo había mordisqueado los recibos de gas propano. Observó que el viento había pulido los muebles carbonizados hasta convertirlos en seda. Las formas infernales se habían apoderado de un espacio del que los humanos habían huido. Como si fueran estatuas de personas de ceniza. Un hombre de dos metros y medio de estatura se inclinaba junto a la chimenea. Sus piernas, fuertes piernas de vaquero, y el gesto de su mandíbula, respondían a las preguntas directas sobre el dominio. El dedo situado en el extremo de su largo brazo negro apuntaba a la izquierda, hacia el cielo, allí donde la pared se había desmoronado, exigiendo que salieran de inmediato de su propiedad. Cerca del hombre que señalaba, grabada débilmente sobre la pared ocre, había una niña con alas de mariposa de un metro de largo. La pared opuesta estaba habitada por lo que a Consolata le parecieron pescadores, pero el hombre vivo dijo que no, que parecían ojos de esquimales.

- ¿Esquimales? –preguntó ella, apartándose el pelo del cuello–. ¿Qué es un esquimal?

Él se echó a reír y, obedeciendo a la orden del vaquero, la sacó de allí, sobre los escombros del muro derruido, y la condujo de regreso al cauce, donde rivalizaron con las higueras en su abrazo.

Hacia mediados de octubre, él se saltó una semana. Llegó el viernes y Consolata esperó durante dos horas y media en el lugar donde la pista se unía con el asfalto. Habría esperado más, pero Penny y Clarissa fueron a buscarla y se la llevaron de allí.

Ha muerto, pensó, y no había nadie para decírselo. Pasó la noche inquieta: en el camastro de la despensa o encorvada en la oscuridad, sobre la mesa de la cocina. La mañana la encontró contemplando cómo el mundo de los seres vivos se le escapaba gota a gota con su ausencia. Su corazón, obstruido por el espanto, se sentía más débil. Sus venas parecían haberse convertido en arrugados tubos de celofán. La presión que sentía en el pecho aumentaba de peso tan deprisa que no podía respirar bien. Al final, decidió dar con él o con lo que hubiera sucedido.

El sábado era un día movido. Mientras ella caminaba con paso decidido por el centro de la carretera del condado, el autobús semanal hizo sonar la bocina para que se apartara. Consolata se dirigió hacia la cuneta y siguió andando; la brisa que produjo el tubo de escape agitó su cabello sin trenzar. Pocos minutos más tarde, pasó por su lado un camión cisterna y el conductor gritó algo por la ventanilla. Al cabo de media hora, algo brilló a lo lejos. ¿Un coche? ¿Un camión? ¿Él? Su corazón gorgoteó y volvió a enviar sangre otra vez hacia sus venas de celofán. No se atrevió a permitir que la sonrisa que crecía en sus labios se extendiera a todo el rostro. Ni se atrevió a dejar de andar mientras el vehículo se hacía lentamente visible. Sí, gracias a Dios, una camioneta. Y una persona al volante, Jesús mío. Y reducía la velocidad. Consolata se volvió para ver que se detenía y regalarse con el rostro del hombre vivo.

El se asomó por la ventanilla, sonriendo.

—Quieres que te lleve?

Consolata cruzó la carretera y rodeó corriendo la camioneta hacia la puerta del pasajero. Cuando llegó a ella, ya estaba abierta. Subió y, por algún motivo —fuera el deseo femenino de regañarlo o borrar veinticuatro horas de desesperación; la pretensión de que el sufrimiento causado exigía, por lo menos, una excusa, una explicación para conseguir el perdón—, un instinto la protegió y no permitió que le deslizara la mano por la entrepierna, como deseaba.

Él permanecía en silencio, naturalmente, pero no era el silencio de los viajes del viernes a mediodía, cuando la ausencia de palabras estaba llena de promesas. Fácil. Sonoro. Este silencio era estéril, una mudez revestida de ácido. De repente, percibió el olor. No era desagradable, pero no era el suyo. Consolata se quedó helada; entonces, sin atreverse a mirar su cara, le miró de reojo los pies. No llevaba los zapatos negros, sino botas de vaquero, y de pronto tuvo la certeza de que detrás del volante había un desconocido que ocupaba el cuerpo de él, pero no era él.

Pensó en gritar, en tirarse a la carretera. Le pegaría si la tocaba. No tuvo tiempo para imaginar otras opciones, porque se hallaban cada vez más cerca de la pista que conducía al convento. Estaba a punto de abrir la puerta cuando el desconocido frenó hasta detenerse. se inclinó y, rozándole el pecho con el brazo, le abrió la portezuela. Ella bajó rápidamente y se volvió para mirar.

El se tocó el ala del Stetson y, con una sonrisa, dijo.

—Cuando quieras. Cuando tú quieras.

Ella retrocedió, contemplando aquella cara que era idéntica a la de él, horrorizada pero atrapada por sus ojos, casta y llena de odio.

El incidente no pone fin a los encuentros junto a la higuera. Él aparece el viernes siguiente con los zapatos adecuados y despidiendo el olor adecuado, y discuten un poco.

—¿Qué hizo?

—Nada. Ni siquiera me preguntó adónde iba. Sólo me trajo de vuelta.

—Bien hecho.

—¿Por qué?

—Nos hizo un favor.

—No, no nos lo hizo. Estaba...

—¿Qué?

—No lo sé.

—¿Qué te dijo?

—Dijo: “¿Quieres que te lleve?”, y después: “Cuando tú quieras”, como si fuera a hacerlo otra vez. Me di cuenta de que no le gusto.

—Probablemente, no. ¿Por qué ibas a gustarle? ¿Quieres gustarle?

—No, claro que no. Pero...

–¿Pero qué?

Consolata se incorpora y mira fijamente hacia la parte trasera de la casa destruida por el fuego. Algo oscuro y peludo corretea en lo que queda de un quemado tonel para recoger la lluvia.

–¿Has hablado con él de mí? –pregunta ella.

–Nunca le he contado nada de ti.

–Entonces, ¿cómo sabía que iba a buscarte?

–Quizá no lo sabía. Tal vez no se le ocurrió que quisieras ir andando al pueblo.

–No hizo girar la camioneta. Iba hacia el norte. Por eso pensé que eras tú.

–Mira –dice él. Se acuclilla y juguetea con unos guijarros–. Tenemos que tener una señal. No siempre puedo venir los viernes. Pensemos en algo para que tú lo sepas.

No se les ocurrió nada. Al final, ella le dijo que esperaría todos los viernes, pero sólo durante una hora. El dijo, sino soy puntual, es que no vengo.

La regularidad de sus encuentros, antes de que apareciera su gemelo, había embotado su hambre. Ahora, la irregularidad la afiló. Con todo, sólo en dos ocasiones más él la llevó al lugar donde las higueras insistían en sobrevivir. Ella entonces no lo sabía, pero la segunda vez fue la última.

Es hacia finales de octubre. Con una manta de montar él improvisa una pared en la casa destruida por el fuego, y se acuestan sobre la frazada del ejército. Por encima de ellos el pálido cielo está encerrado en un círculo de oscuridad creciente, que no habrían visto aunque hubieran mirado. De manera que la nieve que ilumina su cabello y enfría su espalda húmeda los sorprende. Más tarde, hablan de su situación. Bloqueados por el tiempo y las circunstancias, hablan, sobre todo, de dónde. Él menciona una población situada a ciento cincuenta kilómetros al norte, pero se corrige rápidamente, porque ningún hotel o motel les daría alojamiento. Ella sugiere el convento, por la cantidad de escondrijos que tiene. Él rechaza la idea con un gruñido.

–Escucha –cuchichea ella–: Hay una habitación pequeña en el sótano. No. Escucha. La arreglaré, haré que esté bonita. Con velas. Es fresca y oscura en verano, y cálida como el café en invierno. Tendremos una lámpara para vernos, pero no podrán vernos a nosotros. Podremos gritar tan fuerte como queramos y nadie nos oirá. Allí hay peras y paredes cubiertas de botellas de vino. Las botellas están acostadas, y cada una tiene un nombre, como *Veuve Clicquot* o *Médoc*, y un número: mil novecientos quince o mil novecientos veintiséis, como prisioneros que esperaran ser liberados. Por favor –insiste–, ven. Ven a mi casa.

Mientras él sopesa la propuesta, ella hace planes rápidamente. Planes que incluyen meter romero en la funda de la almohada; lavar las sábanas de hilo en agua caliente con una infusión de canela. Sactiarán su sed con el vino prisionero, dice ella. Él suelta una risa grave de satisfacción, y ella le muerde el labio. Más tarde, al recordarlo, comprenderá que ése fue su gran error.

Consolata hizo todo aquello y más. El sótano brillaba a la luz de un candelabro holandés de ocho brazos y olía a hierbas antiguas.

Había un frutero blanco lleno de peras Seckel. Él no disfrutó de nada de aquello porque nunca fue. Nunca sintió el tacto del lino antiguo en la piel, ni le quitó del pelo briznas de canela en rama. Las dos copas de vino que ella había rescatado de cajas llenas de paja y había frotado hasta conseguir una singular claridad se llenaron de polvo y, hacia noviembre, justo antes de la fiesta de Acción de Gracias, una industriosa araña se mudó a su interior.

Penny y Clarissa se habían lavado el pelo y estaban sentadas junto a la cocina, peinándose con los dedos para que se secase. De vez en cuando, una de ellas se inclinaba y sacudía un brillante panel negro más cerca del calor. En voz baja, mientras enconaban canciones de cuna algonquinas prohibidas, miraban a Consolata como siempre: sus días de entusiasmo, de frenética energía; su lento cambio hacia la distracción y el morderse las uñas. La apreciaban porque también había sido una niña robada, como ellas, y también les daba pena. Contemplaban su conducta como una seria advertencia sobre los límites y posibilidades del amor y la prisión, y tomaron nota para el resto de su vida. En aquel momento, sin embargo, su futuro inmediato era prioritario. Tenían las bolsas preparadas, los planes hechos, sólo necesitaban dinero.

–¿Dónde guardas el dinero, Consolata? Por favor, Consolara. El miércoles nos llevan al correccional. Sólo un poco, Consolata. En la despensa, ¿no? Entonces, ¿dónde? El lunes ya había un dólar y veinte centavos.

Consolata hizo caso omiso.

–Dejad de darme la lata.

–Te hemos ayudado, Consolata. Ahora tienes que ayudarnos. No es robar, hemos trabajado mucho. Por favor. Piensa en lo mucho que hemos trabajado.

Sus voces canturreaban, se calmaban, agitaban el pelo y la miraban con los ojos gloriosos de doncellas en peligro.

La llamada en la puerta de la cocina no fue fuerte, pero indicaba un aplomo indiscutible. Tres golpes. Nada más. Las chicas se sujetaron el cabello. Consolata se levantó de la silla, como si la hubiera llamado un sheriff o un ángel. En cierto modo, era las dos cosas, bajo la forma de una mujer joven y agotada que respiraba con dificultad, aunque andaba muy tiesa.

–Menuda caminata –dijo–. Por favor, dejad que me siente.

Penny y Clarissa desaparecieron como si fueran humo. La mujer ocupó la silla que Penny había dejado libre.

–Quieres tomar algo? –preguntó Consolata.

–Podrías darme agua?

–¿No quieres té? Pareces helada.

–Sí, pero primero, agua. Después, un poco de té.

Consolata sirvió agua de un jarro y se inclinó para comprobar cómo iba el fuego.

–¿A qué huele? –preguntó la visitante–. ¿A salvia?

Consolata asintió. La mujer se tapó la boca con los dedos.

–¿Te molesta?

–Se me pasará. Gracias.

Bebió el agua despacio, hasta que el vaso estuvo vacío. Consolata lo sabía, o creía saberlo, pero de todos modos preguntó.

–¿Qué deseas?

–Tu ayuda.

Su voz era suave, evasiva. No juzgaba, no suplicaba.

–No puedo ayudarte.

–Si quieres, puedes.

–Qué clase de ayuda buscas?

–No puedo tener este hijo.

El agua caliente saltó del pico de la tetera al platillo. Consolata dejó la tetera y secó el agua con un trapo. Nunca había visto a aquella mujer –en realidad, era una muchacha, no debía de haber cumplido los treinta–, pero en el mismo instante en que entró no le cupo duda de quién era. El olor de él la envolvía, o tal vez el de ella lo envolvía a él. Habían vivido juntos el tiempo suficiente como para oler a polemonios, jabón Camay y tabaco, y exhalarlo en su estela. Eso, y alguna cosa más: el olor a niños pequeños, el agradable aroma a aceite balsámico, polvos de talco y una dieta sin carne. Tenía delante a una madre diciendo algo brutal e impropio de su condición, unas palabras que se abalanzaban sobre Consolata como una lengua bífida. Esquivó la lengua, pero el veneno que había detrás fue una sorpresa que la hizo pensar en algo que, aunque había sabido siempre, nunca había formulando: estaba compartiéndolo con su esposa. En ese momento vio la imagen que representaba exactamente lo que quería decir esa palabra: compartir.

–¡No puedo ayudarte en eso! ¿Qué te pasa?

–He tenido dos hijos en dos años. Si tengo otro...

–¿Por qué acudes a mí? ¿Por qué me lo pides?

–¿A quién, si no? –preguntó la mujer, con voz clara y actitud flemática.

El veneno se extendió. Consolata había perdido al hombre. Por completo. Para siempre. Su mujer tal vez no lo supiera, pero Consolata recordaba su rostro. No en el momento en que le mordió el labio, sino cuando ella se puso a tararear tras chuparle la sangre. El respiró hondo y dijo: «No vuelvas a hacerlo.»

Pero sus ojos, primero con expresión de sobresalto, después de asco, le dijeron el resto de lo que debería haber sabido. El trébol, la canela, el suave lino antiguo... ¿Quién se aventuraría a compartir las peras y una pared de vino prisionero con una mujer que se inclinaba sobre él para devorarlo como si fuera un alimento?

–Vete de aquí. No has venido para eso. Has venido para contarme cómo eres, para enseñármelo, y crees que me detendré cuando sepa lo que estás dispuesta a hacer. Bien, pues no pienso detenerme.

–No, pero él sí.

–Si pensaras eso, no habrías venido. Quieres ver cómo soy, si también estoy embarazada.

–Escucha: no puede fracasar en lo que está haciendo. Ninguno de nosotros puede fracasar. Estamos haciendo algo importante.

–¿Y a mí qué me importa ese poblacho miserable? Vete. Tengo trabajo que hacer.

¿Se marchó andando hasta su casa? ¿O eso también fue mentira? ¿Tenía el coche aparcado por ahí cerca? Y, si se marchó andando, ¿la recogió alguien? ¿Fue así como perdió el crío?

Se llamaba Soane y, cuando ella y Consolata se hicieron amigas, lo que ocurrió rápidamente, le dijo que no lo creía. Fue el mal de su corazón lo que lo provocó. La arrogancia que rezumaba con sus aires de superioridad moral, dijo ella. El simular un sacrificio que no tenía intención de realizar le enseñó a no bromear con las cosas de Dios. La vida que había ofrecido a modo de trato le cayó entre las piernas en una ciénaga de fluidos rojos y sábanas agitadas por el viento. Su amistad tardó en llegar. Mientras tanto, después de que la mujer se marchara, Consolata les arrojó una bolsa llena de monedas a Penny y a Clarissa, y gritó:

–¡Fuera de mi vista!

Mientras la luz cambiaba junto con las comidas, los días que siguieron fueron un largo asedio de pena durante el que Consolata picoteó entre los retazos de su amor devorador. La relación amorosa, forzada hasta más allá de su límite, se rompió, revelando una ingenua situación de transferencia. De Cristo, al que se le ofrecía rendición total y después se tragaba la idea de Su carne, a un hombre vivo. Qué vergüenza. Vergüenza sin culpa. Consolata llegó a rastras a la pequeña capilla (deseando fervientemente que Él estuviera allí, envuelto en un resplandor rojo en la penumbra). Se escabulló, como hacen las mujeres, hacia unos brazos comprensivos, porque el cuerpo, como un espasmo muscular, no guarda memoria de su servilismo. Ninguna plegaria suplicante salió de ella. Ningún Domine non sum dignus. Se limitó a doblar las piernas que con tanta alegría había separado, y musitó: «Señor, no quería comérmelo. Sólo quería ir a casa.»

Mary Magna entró en la capilla, se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por los hombros mientras decía:

–Por fin.

–No lo sabes dijo Consolata.

–No necesito saber, criatura.

–Pero él, pero él.

Pum, pum, pum, quiso decir. Pum, pum, pum, él y yo somos iguales.

–Chs, chs, chs –susurró Mary Magna–. No vuelvas a hablar nunca de él.

Ella tal vez no se habría mostrado de acuerdo tan rápidamente, pero mientras Mary Magna la sacaba de la capilla en dirección al aula, un rayo de sol le abrasó el ojo derecho, en un anuncio de su visión de murciélago, y empezó a ver mejor en la oscuridad. Consolata había recibido una señal.

Mary Magna gastó más dinero del que podía permitirse en llevarlas de viaje a Middleton, donde todas, pero especialmente Consolata, se confesaron y asistieron a misa. Clarissa y Penny, modelos de penitencia, insistieron sin éxito en visitar el Museo Indio y del Oeste anunciado en la carretera. La hermana Elizabeth consideró que era una manera poco inteligente de pasar el rato después de la confesión. El largo viaje de regreso transcurrió en un silencio sólo interrumpido por el siseo al pasar las páginas del misal y el canturreo ocasional de las últimas pupilas de la escuela.

Pronto sólo quedaron la madre y la hermana Roberta. La hermana Mary Elizabeth aceptó un trabajo de maestra en Indiana. Penny y Clarissa fueron llevadas al Este y, según se enteraron más tarde, se escaparon del autobús una noche en Fayetteville, Arkansas. Excepto por un giro postal, dirigido a Consolata y firmado con un nombre de libro de cuentos, no volvieron a saber de ellas.

Las tres mujeres pasaron el invierno esperando alguna alternativa a la jubilación o a un «hogar», hasta que dejaron de esperar. La independencia para la que había sido concebida la misión empezaba a percibirse como un abandono. Entretanto, procuraron conservar la propiedad y no contraer deudas a las que la fundación no pudiera hacer frente. Sargeant Person estuvo de acuerdo en tomar sus tierras en arriendo para cultivar maíz y alfalfa. Hacían salsas y jalcas, y pan al estilo europeo. Vendían huevos, pimientos y salsa picante. Incluso preparaban salsa para barbacoa, que anunciaban en un tablón cuadrado que tapaba el descolorido cartel blanco y azul de la escuela. En 1955, la mayoría de sus clientes conducían camiones entre Arkansas y Tejas. Los habitantes de Ruby pocas veces se detenían para comprar otra cosa que pimientos, puesto que eran excelentes cocineros y preparaban o cultivaban lo que querían. Sin embargo, en la década de los sesenta, cuando los tiempos fueron más prósperos, se sumaron a los

camioneros y empezaron a considerar que los pollos criados en el convento eran mejores que los suyos y merecían el viaje. Aprovechaban para probar un poco de gelatina de jalapeño o de salsa de maíz. Las jóvenes pacanas plantadas en los años cuarenta ya eran grandes en la década de los sesenta. El convento vendía las nueces, y cuando preparaban pasteles con ellas se los quitaban de las manos. Hacían un pastel de ruibarbo tan delicioso que los clientes se relamían, y la salsa para barbacoa tenía una reputación excelente, basada en sus diabólicos pimientos.

Era una vida agradable para Consolata. Más que agradable incluso, porque Mary Magna le había enseñado que ser paciente era primordial. Cuando Consolata era joven, después de que hubiese sido confirmada, la llevaba consigo y miraban juntas cómo se colaba el café o se sentaban en silencio en un extremo del huerto. Donde mejor se veía la generosidad de Dios, decía, era en el don de la paciencia. Esa lección fue muy útil para Consolata, quien apenas se daba cuenta de todo lo que iba perdiendo. Lo primero en desaparecer fueron los rudimentos de su primera lengua. De vez en cuando se encontraba hablando y pensando en un punto intermedio, en el valle situado entre las normas de su primera lengua y el vocabulario de la segunda. Lo siguiente en desaparecer fue la pena. Al final, perdió la capacidad de soportarla luz. Cuando Mavis llegó, la hermana Roberta ya se había ido a una residencia de ancianos y Consolata no pensaba en otra cosa que en atender a Mary Magna.

Pero antes de eso, antes de que la mujer despeinada con sandalias gritara en el extremo del jardín, antes de la enfermedad de Mary Magna, cuando todavía se encontraba en un estado de devoción y ceguera ante la luz, y diez años después de aquel verano en que se escondían en un cauce tras una casa llena de personas de ceniza poco hospitalarias, Consolata aprendió a resucitar a los muertos.

Fueron años mortecinos. Buscó el arrepentimiento, pero sin entusiasmo. Tenía tiempo y cabeza para las cosas cotidianas. Poco a poco aprendió a hacer todo lo que no requería papel: perfeccionaba la salsa para barbacoa que enloquecía a los vaqueros, se peleaba con los pollos, rehuía los odiados gansos y cuidaba del huerto. Ella y la hermana Roberta se habían puesto de acuerdo en intentar tener de nuevo una vaca, y un día, cuando Consolata estaba en el jardín preguntándose dónde podrían poner un cercado, empezó a brotarle el sudor del cuello, de la raíz del cabello, como si fuera lluvia. Tanto, que le nubló las gafas que ahora llevaba continuamente. Se las quitó para secarse los ojos y a través del agua salada, vio una sombra que se aproximaba a ella. Cuando la tuvo cerca, se convirtió en una mujer menuda. Consolata, mareada, intentó aferrarse al empujado, pero no lo consiguió y cayó al suelo. Cuando despertó, estaba sentada en la silla roja y la mujer menuda canturreaba mientras le enjugaba la frente.

–Has tenido suerte –le dijo, y sonrió mientras mascaba chicle.

–¿Qué me pasa? –Consolata miró hacia la casa.

–Creo que es la menopausia. Ten tus gafas. Están dobladas.

Se llamaba Lone DuPres, dijo, y si no hubiera ido a buscar unos pocos pimientos, añadió, quién sabe cuánto tiempo habría estado Consolata tendida sobre las judías.

Consolata estaba demasiado débil para ponerse de pie, de manera que apoyó la cabeza en el respaldo y pidió agua.

–Ya has tornado demasiada –dijo Lone–. ¿Cuántos años tienes?

–Cuarenta y nueve. Pronto cumpliré los cincuenta.

–Bien, yo tengo más de setenta y soy experta en la materia. Si haces lo que te digo, tu menopausia será más fácil y más corta.

–Usted no sabe si es eso.

–Estoy segura. Y no sólo por el sudor. Sientes algo más, verdad?

–¿Como qué?

–Lo sabrías si lo sintieras.

–¿Cómo es?

–Dímelo tú. Algunas mujeres no lo toleran. Otras dicen que les recuerda..., bien, ya sabes qué.

–Tengo la garganta seca –dijo Consolata.

Lone hurgó en su bolso.

–Te prepararé una infusión que te ayudará.

–No. Las hermanas. Quiero decir que a las hermanas no les gustará que entre y empiece a rondar por la cocina.

–Oh, seguro que les parece bien.

Y así fue. Lone dio a Consolata una bebida caliente terriblemente salada.

Cuando le describió a Mary Magna el mareo que había sentido y el remedio que le había dado Lone, aquélla rió y comentó:

–Bien, como maestra, te diré que todo eso son tonterías; pero como mujer, te diré que ayuda, ayuda de verdad. Sin embargo, ten mucho cuidado –añadió bajando la voz–. Creo que lleva a cabo extrañas prácticas.

Lone no las visitaba con frecuencia, pero cuando lo hacía, Consolata se sentía inquieta por la información que le daba y se quejaba de que no creía en la magia; que la Iglesia y todo lo santo prohibía sus pretensiones de conocimiento y su práctica. Lone no era agresiva. Se limitaba a hablar.

Algunas veces, la gente necesita más.

–Nunca –replicaba Consolata–. En mi fe, la fe es lo único que se necesita.

–Tú necesitas lo que todos necesitamos: tierra, aire, agua. No separes a Dios de Sus elementos. Él lo ha creado todo. Te empeñas en separarlo de Sus obras. No trastornes Su mundo.

Consolata escuchaba sin entusiasmo. Su curiosidad era escasa; sus hábitos religiosos estaban muy arraigados. No se sentía más segura por observar la caída de una escoba o los excrementos de un coyote. No se sentía más o menos feliz por ver un animal deforme. No tenía ganas de conversar con el agua. Ni creía que la gente corriente pudiera o debiera interferir en las consecuencias naturales. Sin embargo, la carretera desde Demby era recta como una sierra, y un adolescente que condujera por ella por primera vez creía, no sólo que podía conducir con los ojos vendados, sino que podía hacerlo dormido, y eso era lo que hacía Scout Morgan, que iba dando cabezadas mientras viajaba una tarde por la carretera que pasaba cerca del convento. Tenía quince años, conducía el camión del padre de su mejor amigo (que no era nada comparado con el Little Deere que su tío le había enseñado a conducir) mientras su hermano, Easter, dormía en la cama de la cabina y su amigo lo hacía en el asiento de al lado. Se habían escapado a Red Fork para asistir al Rodeo Negro, a pesar de la prohibición de sus padres, y se habían animado con cerveza Falstaff. Durante una de las involuntarias cabezadas de Scout, el camión se salió de la carretera y probablemente no habría pasado nada si no hubiera sido por los postes eléctricos plantados y dispuestos para su uso en cuanto la compañía de electricidad terminara de instalarlos. El camión chocó contra los postes y volcó. July Person y Easter salieron despedidos. Scout quedó atrapado dentro mientras unas líneas rojas y torcidas hacían resaltar la negra piel de sus sienes.

Lone, sentada ante la mesa de Consolata, oyó más que sintió el accidente; los gritos de Jury y Easter no podían llegar tan lejos. Se puso de pie y cogió a Consolata del brazo y dijo:

–¡Vamos!

–Adónde?

–Cerca. Creo.

Cuando llegaron, Easter y July habían sacado a Scout de la cabina y daban alaridos sobre su cuerpo muerto. Lone se volvió hacia Consolata.

–Soy demasiado vieja. Ya no puedo hacerlo, pero tú sí.

–¿Levantarlo?

–No. Entrar dentro de él. Despertarlo.

–¿Dentro? ¿Cómo?

–Entra. Sólo tienes que dar un paso y entrar en él. ¡Ayúdalo, niña!

Consolata miró el cadáver y, sin vacilar, se quitó las gafas y fijó la vista en los hilillos rojos que le manchaban el pelo. Dio un paso y entró en él. Vio el trozo de carretera que había recorrido mientras soñaba, sintió el bandazo del camión, el dolor de cabeza, la presión sobre el pecho, la ausencia de deseo de respirar. Como si estuviesen muy lejos, oyó a Easter y July dar patadas al camión y gemir. Dentro del muchacho, vio un puntito de luz que se alejaba. Hizo acopio de una energía similar al miedo y observó que crecía por momentos. Siguió aumentando de tamaño, hasta que el aire empezó a filtrarse y, después, a entrar a bocanadas. Aunque al mirar Le dolía de manera endemoniada, se concentró como si los pulmones que necesitaban aire fueran los suyos.

Scout abrió los ojos, gruñó y se sentó. Las mujeres indicaron a los otros dos chicos que lo llevaran al convento. Ellos dudaron y cruzaron una mirada.

–Qué demonios os pasa? –les preguntó Lone.

Los dos se sentían profundamente aliviados por la recuperación de Scout, pero no, señora, señorita DuPres, tenemos que irnos a casa.

–Vamos a ver si todavía funciona –dijo Easter.

Enderezaron el camión y comprobaron que estaba lo bastante bien como para continuar. Lone se fue con ellos, y Consolata quedó en parte entusiasmada y en parte avergonzada por lo que había hecho. Extrañas prácticas.

Pasaron semanas antes de que Lone regresara para tranquilizarla por el modo en que se había recuperado el chico.

–Tienes poderes. Me di cuenta enseguida.

Consolata hizo una mueca de disgusto y se santiguó mientras murmuraba:

–Ave Maria gratia plena.

El entusiasmo había desaparecido y aquello le parecía asqueroso. Como si fuera brujería. Poderes malignos. Artes demoníacas. Algo que le mortificaría tener que contar a Mary Magna, a Jesús o a la Virgen. No había sabido lo que hacía; estaba bajo un hechizo. El hechizo de Lone. Y así se lo dijo.

–No seas tonta –replicó Lone–. Dios no se equivoca. Sería un error despreciar su don. ¿Estás llamándolo idiota?

–No entiendo nada de lo que me dice.

–Sí lo entiendes. Deja que tu mente crezca y utiliza lo que Dios te da.

–Creo que Él quiere que no la escuche.

–Cabezota –dijo Lone. Recogió el bolso y bajó por el camino para esperar bajo el sol a que la recogieran.

Más tarde, apareció Soane.

–Lone DuPres me ha contado lo que hiciste dijo–. He venido a darte las gracias con todo mi corazón.

A Consolata le pareció que estaba igual que antes, con la salvedad de que se había cortado el cabello, que en 1954 llevaba largo e impregnado de pena. Dejó un cesto sobre la mesa.

–Siempre estarás presente en mis oraciones.

Consolata levantó la servilleta. Entre capas de papel encerado, había galletas de azúcar redondas.

–A la madre le gustarán con el té –dijo. Después, mirando a Soane, añadió–: También están buenas con el café.

–Me encantaría tomar una taza.

Consolata colocó las galletas en una fuente.

–Lone cree...

–Me da igual lo que crea. Me lo has devuelto.

Un ganso graznó en el patio, espantando a las gansas que lo rodeaban.

–No sabía que fuese tuyo.

–Ya sé que no lo sabías.

–Y no pude evitarlo. Quiero decir que estaba fuera de mis manos, por decirlo así.

–Eso también lo sé.

–¿Y él qué cree?

–Que se salvó solo.

–Quizá tenga razón.

–Quizá sí.

–¿Y tú qué crees?

–Que ha tenido suerte al tenernos a las dos.

Consolata sacudió las migas del cesto, dobló con cuidado la servilleta y la puso dentro.

Aquel cesto pasó de las manos de la una a las de la otra innumerables veces a lo largo de los años.

No tenía sentido «entrar» en alguien que no fuera Mary Magna. No hacía falta. Consolata, que no podía soportar la luz cerca de los ojos, lo hizo por la reverenda madre cuando se puso enferma. Al principio, lo intentó desde la debilidad de la devoción convertida en pánico –nada parecía aliviar a la enferma–, pero después, furiosa por su impotencia, asumió una actitud de mando. Entró en ella para encontrar el puntito de luz. Lo manipuló, lo hizo más grande, lo fortaleció. De vez en cuando, hacía que reviviera. Y tan intensas eran sus entradas que Mary Magna brilló como una lámpara hasta que exhaló su último suspiro entre los brazos de Consolata.

Así pues, había realizado extrañas prácticas y, aunque lo hacía en beneficio de la mujer que amaba, sabía que era un anatema, que Mary Magna habría retrocedido disgustada y furiosa si hubiese sabido que el mal prolongaba su vida, que alguien que debería ser más consciente de lo que hacía, retrasaba la bendición del gozo final. De modo que Consolata nunca se lo contó. Sin embargo, por repugnante que le resultara, el don no desapareció. Y, aunque era algo inquietante, unciendo el pecado del orgullo al de la brujería, llegó a aceptarlo de manera tal que se convenció de que no ofendería a Dios ni pondría su alma en peligro.

Era una cuestión de lenguaje. Lone lo llamaba «entrar»; Consolata, «mirar dentro». Así, su don era el de la «visión», que Dios entregaba a cualquiera que quisiese desarrollarlo. Se trataba de un razonamiento algo tortuoso, pero zanjaba la discusión con Lone y le permitía aceptar sus remedios para toda clase de enfermedades y experimentar con los demás mientras la visión estaba en marcha. Cuanto más tenue se hacía el mundo visible, más desconcertante resultaba su visión.

Cuando murió Mary Magna, Consolata, que tenía cincuenta y cuatro años, se sintió más huérfana que cuando era una niña de la calle o una criada. La Iglesia tenía razón al advertir contra un excesivo amor humano, y cuando Mary Magna la abandonó Consolata aceptó la comprensión de sus dos amigas, la ayuda y los murmullos de apoyo de Mavis, los esfuerzos de Grace por animarla, pero la cuerda que la ataba al mundo se le había escapado de los dedos. No tenía papeles, ni seguro, ni familia, ni trabajo. Enfrentada a la extinción, esperando el desahucio, temerosa de Dios, se sentía como si fuera un fragmento de papel en el que no hubiera nada escrito, abandonado en el rincón de un cajón vacío.

Le habían prometido que cuidarían de ella para siempre, pero no le habían dicho que «siempre» no significaba en todos los sentidos ni en todos los momentos. El vino prisionero la ayudó hasta que dejó de hacerlo, y entonces, presa de la mala intención del bebedor, deseó tener fuerzas suficientes como para matar a palos a las mujeres que gorroneaban en la casa. «Dios no comete errores», le había gritado Lone. Quizá no, pero a veces era demasiado generoso. Como cuando concedía poderes satánicos a una mujer borracha, ignorante, pobre, que vivía en la oscuridad, incapaz de levantarse de un camastro para hacer algo útil o morir en él y librar al mundo de su hedor. Con el cabello gris, los ojos vaciados de aquello para lo que estaban hechos, se imaginaba el aspecto que debía de tener. Sus ojos descoloridos sólo veían con claridad lo que sucedía en la mente de los demás. Exactamente lo contrario que durante aquella temporada ciega, cuando se revolcaba en celo con el hombre vivo y pensaba que veía por primera vez en su vida porque miraba muy intensamente. Pero había recibido una señal, medio maldición, medio bendición. Él le había quemado el color verde y lo había sustituido por una vista pura que la condenaba si la utilizaba.

Unos pasos y, después, una llamada a la puerta, interrumpieron sus tristes pensamientos, sin salida.

La chica abrió la puerta.

—¿Connie?

—¿Quién es?

—Soy yo, Pallas. He llamado a mi padre otra vez. Bien. Ya sabes.

—Hemos quedado en Tulsa. He venido a despedirme.

—Ya veo.

—Todo ha ido muy bien. Me hacía falta. Ha pasado mucho tiempo desde que lo vi por última vez.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—Has engordado.

—Sí, ya lo sé.

—¡Y qué vas a hacer?

—Lo de siempre: régimen.

—No me refiero a eso. Me refiero al crío; estás embarazada.

—No lo estoy.

—¿No?

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Sólo tengo dieciséis años!

—Oh —le dijo Consolata, mirando la cabeza en forma de luna que flotaba sobre la columna vertebral, los cuatro pequeños apéndices: garras, manos, pezuñas o pies. Todavía no era fácil distinguirlos. Aquella

mujer podría estar gestando un cordero, un niño, un jaguar—. Qué pena —añadió mientras Pallas salía corriendo de la habitación. Y repitió «qué pena» al imaginar la vida que llevaría la criatura con aquella madre joven y tonta. Recordó a otra chica, más o menos de la misma edad, que había llegado hacía pocos años, en un momento muy malo. Durante diecisiete días, Consolata había estado dentro de ella, sola, haciendo que la respiración de Mary Magna entrara y saliese. La fría luz azul parpadeó hasta que ésta pidió permiso para mancharse, privada como estaba del último sacramento. La segunda chica, Grace, llegó a tiempo para contener la terrible soledad que le sobrevino en el momento en que se llevaban el cadáver, permitiendo así que Consolata durmiera. Mavis llegó enseguida con agua de Lourdes y analgésicos ilegales. Consolata recibió bien una compañía que la distraía de pensamientos llenos de compasión hacia sí misma, de desahucio, muerte por hambre y sin arrepentimiento. Sin papeles o patrón, era tan vulnerable como a los nueve años, cuando se había agarrado a la mano de Mary Magna ante la barandilla del Atenas. Aunque Lone DuPres o Soane pudieran ofrecerle ayuda, no le darían cobijo. Desde luego, en aquella población, no se lo darían.

Después llegó la chica de Ruby. Con los ojos llenos de lágrimas. Y de algo más. No sentía inquietud, como podría esperarse, sino repugnancia hacia la obra de su vientre. Una repugnancia tal que había separado su mente de su cuerpo y veía el producto de su carne como algo ajeno, rebelde, antinatural, enfermizo. Consolata no atinaba a entender qué provocaba esa repugnancia, pero ahí estaba. Y también lo estaba en el grito de rechazo de otra chica: un terror sin aleación alguna. Con la primera, Consolata hizo lo que sabía que habría hecho Mary Magna: tranquilizarla y aconsejarle que esperara hasta el final. Le dijo que, si quería dar a luz allí, era bienvenida. Mavis estaba alborozada; Grace se mostraba divertida. Cogieron el dinero del arriendo y se fueron en coche a comprar cosas para el futuro niño, y volvieron con botitas, pañales y muñecos suficientes para todo un parvulario. La chica, que se negaba con firmeza a que la viese una comadrona, esperó, hosca, durante alrededor de una semana. O eso era lo que pensaba Consolata, porque hasta que se puso de parto no supo que la joven madre había estado dándose golpes en la barriga despiadadamente. Si Consolata hubiera tenido mejor vista y la piel de la chica no hubiera sido del color de los pimientos negros del jardín, habría descubierto de inmediato los cardenales. En aquel momento, observó hinchazones y amplias zonas en que la piel mostraba un tono púrpura allí donde debería haber sido plateado. Pero el verdadero daño lo había provocado el mango de la fregona, que había insertado entre sus piernas con la habilidad de un violador —una y otra vez, sin piedad—. Con el entusiasmo y la intención de un macho rabioso, había intentado sacar a golpes aquella vida de la suya. Y, en cierto modo, lo había conseguido. La criatura de cinco o seis meses se rebeló. Batalladora, ultrajada, rígida de miedo, intentó escapar a los golpes y al barco que la llevaba. Los golpes a su delicado cráneo, la paliza que recibían sus delicadas partes traseras. Las sacudidas a su columna. Si no, no había esperanza. Si no hubiera intentado salvarse, se habría roto o se habría ahogado en el alimento de su madre. De manera que nació un niño, por así decir, demasiado pronto y cansado por el esfuerzo de la huida. Pero respiraba. O algo similar. Mavis se encargó de él. Grace se fue a la cama. Juntas, Consolata y Mavis le lavaron los ojos, le metieron los dedos en la garganta, limpiándola para que respirara, e intentaron darle de comer. Lo consiguieron durante unos pocos días, hasta que se rindió y se fue con Merle y Pearl. Para entonces, la madre se había marchado, sin tocarlo ni mirarlo ni una vez, sin preguntar por él ni darle un nombre. Grace lo llamó Che y Consolata seguía sin saber dónde estaba enterrado. Sólo que había murmurado *Agnus Dei*, *qui tollis peccata mundi: miserere nobis* sobre el kilo y medio de vida valiente pero derrotada antes de que Mavis, sonriendo y arrullándolo, se lo llevara.

Menos mal, pensó Consolata. La vida con una madre así habría sido un infierno para Che. Ahora, había otra que gritaba ¡no!, como si sirviese para algo. Qué pena.

Consolata tendió el brazo para coger una botella, pero la encontró vacía. Suspiró y volvió a sentarse en la silla. Sabía que, sin vino sus pensamientos serían insoportables: la resignación, la autocompasión, la rabia contenida, el asco y la vergüenza brillaban como rescoldos en un fuego moribundo. Cuando se levantó para satisfacer su vicio, la asaltó una gran fatiga que la obligó a volver a la silla y dejar caer la barbilla sobre el pecho. Se durmió y despertó sobria. Le dolía la cabeza, tenía la boca pastosa y necesitaba con urgencia un cuarto de baño. En el piso de arriba, oyó gimoteos detrás de una puerta, cantos detrás de otra. Cuando estuvo nuevamente abajo, decidió tomar un poco el aire, de modo que cruzó la cocina, arrastrando los pies, y salió por la puerta. El sol se había puesto y había dejado tras de sí una luz más amable. Consolata examinó el jardín asolado por el invierno. Las tomateras colgaban mustias sobre los frutos caídos, negros y aplastados en la tierra. Las mostazas eran de color amarillo pálido por culpa de la podredumbre y la falta de cuidados. Un montón de sandías se desparramaba junto a los crisantemos sucios de barro. En la valla de alambre que protegía un poco el huerto vio enganchadas unas pocas plumas de pollo. Sin ayuda humana, abundaban los agujeros de las ardillas de tierra, los castillos de las termitas, las pruebas de las incursiones de los conejos y los cuervos osados. El maíz, en campos pulcramente cosechados, tenía un aspecto triste. Y las matas de pimientos, sostenidas por sus tallos arrugados, estaban

rígidas a causa del frío.. A pesar de la tierra que el viento lanzaba contra sus piernas, Consolata se sentó en la descolorida silla roja.

–Non sum dignus –susurró–. Pero dime, ¿dónde está el descanso de los días, la avenida con tomillo, el aroma de verónica que prometiste, la nata y la miel que dijiste que había ganado, la felicidad que procede de las tareas bien hechas, la serenidad que el deber nos concede, las bendiciones de las buenas obras? ¿Tan terrible fue lo que hice por tu amor?

Mary Magna no tenía nada que decir. Consolata escuchó el silencio de su negativa, más intrigada que molesta por el cielo que, convertido en un plumaje dorado y azul verdoso, se pavoneaba como un amor correspondido en el horizonte. Tenía miedo de morir sola, miedo de que nadie la llorase en una tierra sin bendecir, pero sabía que eso era precisamente lo que le esperaba. Cuánto deseaba una buena muerte.

Te echaré de menos –le dijo–. De verdad.

La luz del cielo osciló.

Se acercó un hombre. Era de mediana estatura y avanzaba derecho por el camino. Llevaba un sombrero de vaquero que ocultaba sus rasgos, pero Consolata tampoco habría podido verlos. Sentado en los escalones de la cocina, enmarcado por la puerta, un triángulo de sombra le oscurecía el rostro, aunque no así la ropa: un chaleco verde sobre una camisa blanca, tirantes rojos que colgaban a los lados de sus pantalones marrones, zapatos de trabajo negros y brillantes.

–¿Quién está ahí? –preguntó ella.

–Vamos, muchacha. Me conoces.

Él se inclinó y ella vio que llevaba gafas de sol, de esas cuyos cristales parecen espejos.

–No –dijo ella–. La verdad es que no.

–Bueno, no importa. Viajo por aquí.

Estaba a unos diez metros de distancia, pero sus palabras le lamieron la mejilla.

–¿Eres del pueblo?

–No. Soy de muy lejos. ¿Tienes algo para beber?

–En casa. Busca. –Consolata empezó a deslizarse hacia su forma de hablar igual que la miel que fluye de un panal.

–Bueno –dijo él, como si eso zanjara la cuestión y prefiriera pasar sed.

–Llama –le indicó Consolata–. Las chicas traerán algo.

Se sentía ligera, sin peso, como, si quisiera, pudiera moverse sin levantarse.

–¿No me conoces? –preguntó el hombre–. No quiero ver a tus chicas, quiero verte a ti.

Consolata rió.

–Llevas gafas como yo.

De repente, él se encontraba a su lado sin haberse movido, sonriendo como si se lo estuviera pasando muy bien, o esperara hacerlo. Consolata rió otra vez. Le parecía tan graciosa, tan cómica la forma en que había revoloteado hacia ella desde los escalones y el modo en que la miraba, flirteaba con ella, se divertía. A menos de quince centímetros de su cara, se quitó el alto sombrero. El alborotado cabello de color de té cayó como una cascada sobre sus hombros y su espalda. Se quitó las gafas y le guiñó un ojo; fue un movimiento lento y seductor del párpado. Ella observó que sus ojos eran tan redondos y verdes como manzanas nuevas.

Una fría noche de enero, a la luz de las velas, Consolata limpia y lava una y otra vez dos gallinas recién muertas. Son jóvenes, pobres ponedoras, y no resulta fácil arrancarles las plumas. Los corazones, cuellos, menudillos e hígados giran lentamente en agua hirviendo. Levanta la piel para llegar debajo, tan lejos como pueda. Bajo el pecho, busca un bolsillo cercano al ala. Entonces, mientras sostiene la pechuga en la mano izquierda, los dedos de la derecha abren un túnel bajo la piel de detrás, buscando con cuidado la espina dorsal. En todos esos lugares, donde la piel se ha aflojado tras separar la membrana que la protegía, desliza mantequilla. Densa. Clara. Untuosa.

Pallas se secó los ojos con el pulpejo de la mano y se sonó. ¿Y ahora qué?

La última llamada telefónica, que había mencionado a Connie, no había sido muy diferente de la primera. Sólo más breve. Pero le produjo la misma frustración que lo que había pasado por una conversación con su padre el verano anterior.

Dios mío, ¿dónde estás? Creíamos que habías muerto. Gracias a Dios. Encontraron el coche, pero tenía todo un lateral tremendamente abollado y alguien lo había vaciado. ¿Estás bien? Mi niña. Papá. Dónde está él... Cuéntame qué pasó. La zorra de tu madre no dice nada que tenga sentido, como siempre. ¿Te hizo daño? No, papá. Bien, ¿entonces? ¿Estaba solo? Hemos denunciado al colegio, nena. Los tenemos agarrados. No fue él. Alguien me echó de la carretera. ¿Cómo? En su camión. Me dieron un golpe y me sacaron de la carretera. Corrí y entonces... ¿Te violaron? ¡Papá! Espera un momento, cariño. Jo Anne, localízame a ese detective. Dile que tengo a Pallas. No, está bien, pero localízamelo. Sigue, hija. Estoy... ¿Dónde estás? ¿Vendrás a buscarme, papá? Claro que sí. Ahora mismo. ¿Necesitas dinero? ¿Puedes llegar a algún aeropuerto, a alguna estación. Dime dónde estarás. Espera. Quizá debieras llamar a la policía. a la local. Te llevarán a un aeropuerto. Diles que me llamen. No. Llámame tú desde la estación. ¿Dónde estás? ¿Pallas? ¿Desde dónde me llamas? ¿Estás ahí, Pallas? Minnesota. ¿Minnesota? Dios mío, yo pensaba que estabas en Nuevo México. ¿Qué demonios hay allí? ¿Bloomington? No, Saint Paul. ¿Estás cerca de Saint Paul, cariño? No estoy cerca de ningún sitio, papá. Aquí no hay más que campo. Llama a la policía, Pallas. Haz que vayan a buscarte, ¿me oyes? De acuerdo, papá. Después llámame desde la estación. De acuerdo. ¿Lo has entendido? ¿No estás herida ni nada? No, papá. Bien. De acuerdo. Estaré allí, o iré Jo Anne si yo estoy fuera. Dios, la que me has hecho pasar. Pero ahora todo irá bien. Hablaremos de ese cabrón cuando vuelvas. ¿De acuerdo? Llámame. Tenemos que hablar. Te quiero, nena.

Hablar. Claro que sí. Pallas no llamó a nadie, ni a la policía, ni a Dee Dee, ni a él, hasta agosto. Estaba furioso, pero envió un giro con el dinero del viaje.

Si se habían reído a sus espaldas antes de que lo hiciese Carlos, si ya entonces hacían bromas a costa de ella, apenas le llegaba como una pálida sensación: un gesto interrumpido al entrar en la sala de estudio; una mirada de soslayo cuando se alejaba de su armario; una sonrisa vacilante cuando se sumaba a una mesa ocupada para comer. Nunca había tenido muchos amigos, pero sus señas y el dinero de su padre ocultaban ese hecho. En cambio, ahora bromeaban sobre ella abiertamente (Pallas Truelove se fugó con el conserje, ¿a que tiene gracia?), sin ningún disimulo. Estaba de vuelta en el lugar donde se libraban las últimas batallas, las trincheras organizadas de un colegio universitario, donde la palabra «vergüenza» alude al tiempo que lleva recorrer el pasillo; «fracaso» equivale a dudar con la combinación del candado y «odio» es un condón atascando una fuente. Donde, al margen del intercambio de ropa y juegos, no hay buenas intenciones. Donde reina la suficiencia, los juicios son inmediatos y los rechazos, permanentes. Y los adultos no tienen ni idea. Sólo la cárcel puede ser tan patente y dar tanto miedo, porque bajo sus normas y rituales araña una vida de lacerante violencia. Los que procedían de hogares tranquilos y organizados se veían asaltados por una crueldad que se apoderaba de ellos en cuanto cruzaban la puerta. Crueldad engalanada con regocijo juvenil.

Pallas lo intentó, pero la humillación pudo con ella. Milton la sonsacó sobre su madre. Ya le habían advertido de las consecuencias de casarse con una mujer que no pertenecía a su gente, y cada advertencia había resultado ser cierta: Dee Dee era irresponsable, amoral; la verdad, una auténtica putilla. Pallas dio respuestas vagas, sin comprometerse. Él seguía adelante en su denuncia contra el colegio universitario por ser un medio laxo y peligroso, por no hablar de sus empleados con tendencias criminales. Sin embargo, la «víctima» del «rapto» se había ido de manera voluntaria; y el destino del viaje, «más allá de las fronteras del estado», era la casa de la propia «víctima». ¿Cómo podía tratarse de un caso criminal? ¿Acaso sucedía algo en la casa del padre que debiera conocerse, algo que hubiera hecho que su hija quisiera, deseara escapar con su madre? Además, no había sucedido nada que lamentar dentro del recinto del colegio a excepción de la reparación del coche de la «víctima» y el tener que acompañar a ésta a su casa. Por añadidura, el «rapto» se había producido durante las vacaciones, cuando el colegio universitario estaba cerrado. Más aún, la «víctima» no sólo se había ido de manera voluntaria, sino que había cooperado y engañado para acompañar de manera voluntaria a un hombre (que era incluso un artista) que no tenía que rendir cuentas a ningún superior y cuyo comportamiento en la institución había sido ejemplar. ¿Había abusado de ella? La «víctima» respondió que no, no, no, no. ¿La había drogado, le había dado algo ilegal para fumar? Pallas negó con la cabeza, recordando que había sido su madre quien se lo había dado. ¿Quiénes eran los que chocaron con ella? No lo sé. No les vi la cara. Me fui de allí. ¿Adónde? Hice autostop y me cogieron. ¿Quién? Gente. Me llevaron a un sitio que parecía una iglesia. ¿En Minnesota? No, Oklahoma. ¿Cuál es la dirección, cuál es el teléfono? Papá, déjalo ya. Estoy en casa, ¿de acuerdo? De acuerdo, pero no quiero tener que preocuparme por ti. No lo hagas, no lo hagas.

Pallas no se encontraba bien. Cualquier cosa que comiera la hacía engordar un kilo, a pesar de que lo vomitaba casi todo. Pasó sola el día de Acción de Gracias con la comida que le había preparado Providence. En Navidad pidió que la dejara distraerse un poco. Milton dijo que no. Te quedas aquí. Sólo a Chicago, dijo, para visitar a la hermana de él. Al final, Milton accedió, y su secretaria ejecutiva se encargó de todo. Pallas se quedó con su tía hasta el 30 de diciembre, y ese día se escapó (no sin dejar una nota que los tranquilizara y despistase a la vez). En el aeropuerto de Tulsa, tardó dos horas y media en alquilar un

coche con conductor para que la llevara al convento. Sólo es una visita. Sólo para averiguar cómo están todas, pensó. Y a quién podía engañar que no fuera a sí misma. A nadie. Connie se dio cuenta al instante. Y ahora ¿qué?

Consolata pone el ave de lado y mira dentro de sus cavidades plateadas y rosadas. Le mete sal y la espolvorea; después frota la piel con una mezcla de mantequilla y canela. Añade cebolla a los trozos de cuello, corazones y menudillos que motean el caldo. En cuanto las gallinas están tiernas y doradas las pone aparte para que recuperen el líquido.

Tibia y escasa, el agua de la bañera sólo le llegaba a la cintura. A Gigi le gustaba tomar baños, calientes, en bañeras bien llenas y con muchas burbujas. La fontanería de la mansión estaba desmoronándose: el agua circulaba por ella con esfuerzo y en ocasiones no conseguía subir al primer piso. La del pozo pasaba a través de una caldera de leña que sólo ella estaba interesada en mantener. Solía molestar a todas acumulando litros de agua bien caliente producida por un sistema decrepito que en invierno funcionaba peor que nunca. Naturalmente, Seneca la había ayudado llevando de la cocina al baño varios cubos de agua que desprendía vapor. Para producir burbujas, echaba en ellos granos de Ivory Snowy batía el contenido a conciencia, aunque el resultado era un limo decepcionante. Le había dicho a Seneca que se metiera con ella en la bañera y había recibido la negativa habitual; aunque entendía los motivos por los que su amiga prefería que no la vieran desnuda, Gigi no podía resistir tomarle el pelo por lo poco que se bañaba. Había visto el papel higiénico manchado de sangre, pero en cuanto a los costurones que Seneca tenía en la piel, sólo los había tocado bajo las mantas.

A pesar de lo directa y desagradable que podía llegar a ser, no se había atrevido a preguntarle nada. La respuesta tal vez estuviese demasiado cerca de la escena del niño negro que sangraba.

Sacó las piernas del agua y las estiró para admirar sus pies, tal como había hecho muchas veces cuando los deslizaba por la columna vertebral de K. D. mientras ella estaba tendida en el desván y él sentado dándole la espalda. De vez en cuando, lo echaba de menos. Su lealtad caótica, Llena de cambios de humor, penas y anhelos, y tanta, tanta entrega. Bueno, lo había maltratado un poco. Le encantaba que la adorase y poder hacer con él lo que quisiera, porque tenía muy poca experiencia en ambas cosas. Mikey. Nadie podría decir que aquello fuera amor. Pero la versión del amor de K. D. no fue divertida durante mucho tiempo. Le había tomado el pelo, lo había insultado o rechazado demasiadas veces, y él la siguió alrededor de la casa, la agarró y le pegó. Mavis y Seneca salieron y amenazándolo con utensilios de cocina, lo echaron; las tres contestaron a sus maldiciones con otras mejores.

En fin. Un año nuevo, pensó. Mil novecientos setenta y cinco. Planes nuevos, porque los antiguos habían resultado ser un desastre. Cuando por fin consiguió sacar la caja de debajo del azulejo del cuarto de baño, gritó al encontrarla llena de certificados. Al empleado del banco también le pareció divertido y le ofreció veinticinco dólares para darse el gusto de enmarcarlos o ponerlos en una vitrina para que se entretuvieran los clientes. No todos los días se podía ver documentación sobre uno de los mayores chanchullos del Oeste. Insistió en obtener cincuenta dólares, salió del banco pisando fuerte y le dijo a Mavis que condujera y callase, por favor.

Haría que Seneca se fuera con ella; esta vez, para siempre. Volvería a la brecha, de alguna manera, en algún lugar. Su madre estaba ilocalizable; su padre, en el corredor de la muerte. Sólo le quedaba un abuelo, que vivía en una caravana estupenda en Alcorn, Misisipí. No había pensado en ello con demasiada atención, pero de pronto se preguntó por el motivo exacto de su marcha. La brecha. No sólo era el chico que sangraba o la broma de Mikey sobre la pareja que lo hacía en el desierto o el consejo del chico bajito sobre el agua clara y los árboles entrelazados. Antes de Mikey, todo estaba subordinado a la diversión y la aventura. Manifestaciones provocadoras, panfletos, peleas, policía, ocupación de casas, dirigentes y hablar, hablar, tanto hablar. Nada de aquello era serio. Gigi levantó las manos llenas de jabón para volver a colocarse un rulo en el pelo. Ni cuando iba al instituto o a la universidad, nadie, ni siquiera las otras chicas, tomaba en serio su seriedad. Si no hubiera sido capaz de imprimir algo, nadie se habría enterado de que estaba allí. Excepto Mikey. «Hijos de puta», dijo en voz alta, y a continuación, sin saber cuál de aquellos hijos de puta la ponía más furiosa, dio palmadas sobre la horrible agua del baño, siseando «¡Mierda!» a cada golpe. Al cabo de un rato se calmó lo suficiente como para recostarse en la bañera, taparse la cara, y susurrar entre las palmas que goteaban: «No, tonta, tonta del culo. Porque no fuiste lo bastante dura, lo bastante lista. Igual que con cualquier otra cosa, no supiste aguantar. Pensaste que sería divertido y que funcionaría. En una temporada o dos. Pensabas que eras lava ardiendo, y cuando nos convirtieron en arena saliste corriendo.»

Gigi no era de las que lloraban; incluso en aquel momento, cuando se percató de que hacía mucho, mucho tiempo que no tenía un buen concepto de sí misma, sus ojos seguían secos coma una calavera del desierto.

Consolata pela y trocea pequeñas patatas marrones. Las pone a hervir en el agua sazónada con la salsa de la cazuela, una hoja de laurel y salvia antes de colocarlas en una sartén, donde toman un color oro oscuro. Las espolvorea con pimentón y semillas del más negro de los pimientos. «Ah, sí –dice–. Ah, sí.»

El mejor cacharro sobre ruedas, había dicho, y Mavis tuvo la esperanza de que su aprecio por el Cadillac, que ya tenía diez años, se tradujera en un descuento. No supo si lo había hecho, pero antes de que cerrara el taller, el mecánico terminó y cobró cincuenta por mano de obra, treinta y dos por piezas, y trece por aceite y gasolina, de manera que casi todo el dinero del campo arrendado desapareció. Faltaban tres meses para que el señor Person volviera a pagar. Con todo, había suficiente para las compras normales, más la pintura que Connie quería (para la silla roja, suponía; y también blanca, así que entonces quizá se tratara del gallinero), más los polos de helado. A los gemelos les gustaban los helados y se los comían enseguida. Pero los regalos de Navidad ni los habían tocado, de modo que Mavis había pasado las cinco horas que llevó la reparación y puesta a punto cambiando el camión FisherPrice por un Tonka y la muñeca Tiny Tina por otra que hablara. Pronto Pearl sería lo bastante mayor para tener una Barbie. Era sorprendente lo que cambiaban y crecían. Cuando se fueron, todavía no sostenían la cabeza, pero cuando los oyó por primera vez en la mansión, ya tenían dos años. Podía decirlo con precisión, basándose en sus risas. Y basándose en lo bien integrados que estaban con los otros niños que corrían por las habitaciones, sabía cómo crecían. Ya tenía edad de ir a la escuela, seis y medio, y Mavis debía pensar en regalos para Navidad y su cumpleaños apropiados para sus años.

Cuando en 1970 volvió a Maryland, se sintió muy sola sin ellos. Mientras contemplaba el recreo en la escuela donde ella misma había matriculado a Sal, a Frankie y a Billy James, se dio cuenta con sobresalto de que Sal estaría ya en el instituto, Billy James en tercero y Frankie en quinto. Sin embargo, no le cabía duda de que los reconocería, aunque no estaba segura de que se identificara. Quizá fuese porque tenía los dedos clavados como garras en la valla del campo de juegos, o tal vez por alguna expresión torcida en su rostro; fuera lo que fuere, debió de asustar a los alumnos, porque se le acercó un hombre y le hizo preguntas que fue incapaz de contestar. Se marchó a toda prisa, intentando esconderse y mirar al mismo tiempo. Quería llegar a la casa de Peg, pero que no la vieran Frank ni los vecinos de la casa de al lado. Cuando la encontró –la niña con el gorrito todavía guiaba a los gansos–, se echó a llorar. La altea, tan fuerte, silvestre y hermosa, había sido talada. Sólo el temor a que alguien la reconociera impidió que cruzara la calle corriendo. Con un repentino destello de lucidez, comprendió que no estaba segura allí ni en ningún lugar donde no se encontrasen Merle y Pearl. Y eso fue antes de que telefonara a Birdie y se enterara de lo de la orden judicial.

Mavis se puso una gorra verde oscuro y se remetiò bien el cabello, comprò unas gafas baratas y cogió un autobús a Washington, D. C. y de ahí, a Chicago. Allí hizo las compras que Connie quería para la madre, cogió otro autobús y llegó al aparcamiento de Middleton, donde había dejado el Cadillac. Con prisas por llevar las provisiones a Connie y estar en compañía de los gemelos, volvió a toda velocidad. Nerviosa y agitada, avanzó por el camino y frenó junto a Gigi, que ya se había instalado en el refugio de Mavis, desnuda. Durante tres años se pelearon, lucharon y si no se mataron fue gracias a Connie. Mavis creía que el que Gigi se hubiera distraído con el hombre de Ruby había impedido que una de las dos cogiera un cuchillo. Mavis lo habría hecho, habría matado a cualquiera, incluida aquella puta curtida en la calle que amenazaba con quitarle la vida y dejar a sus hijos sin protección. Así que dio la bienvenida a la ducce Seneca con una alegría sincera, incluso exagerada. Gigi compartió por completo aquella acogida, porque cuando Seneca llegó, escupió a ese tal K. D. como si fuera una semilla de uva. En la nueva configuración, el lugar de honor de Mavis estaba seguro. Ni siguiera la niña rica y triste, con su cara herida, pero bonita, lo había alterado. Los gemelos estaban contentos, y Mavis seguía más cerca de Connie que cualquiera de las demás. Pero como se las veía tan unidas y se entendían tan bien, Mavis había empezado a inquietarse. No por los hábitos nocturnos de Connie ni porque bebiera –o dejara de beber, ya que recientemente habían desaparecido los vapores familiares–. Era otra cosa. La manera en que Connie asentía, como si escuchara a alguien que estuviese cerca de ella; cómo decía ajá, o, si tú lo dices, contestando a preguntas que nadie le había formulado. Además, no sólo había dejado de llevar gafas de sol, sino que, más o menos, se arreglaba a diario y se ponía uno de los vestidos que Soane Morgan le daba cuando dejaba de usarlos. Y en los pies llevaba los brillantes zapatos de monja que antes estaban en su tocador.

Pero con la risa alegre que resonaba en sus oídos, los polos helados que se fundían en lo más crudo del invierno, se encontraba en mala posición para juzgar semejantes cosas. Connie nunca había cuestionado la realidad de los gemelos y, para Mavis, que no tenía intención de explicar ni defender lo que sabía que era cierto, esta aceptación era fundamental. El visitante nocturno Le hacía cada vez menos visitas, y, aunque eso le inquietaba, lo que le preocupaba de veras era lo deprisa que estaban creciendo Merle y Pearl. Y si podría seguir así.

Seis manzanas amarillas, arrugadas porque han estado almacenadas hasta el invierno, flotan en agua después de que se les haya quitado el corazón. Las pasas están calentándose en una cacerola con vino. Consolata rellena el hueco de cada manzana con una mezcla cremosa de yemas de huevo, miel, pacanas y mantequilla, a la que añade, una por una, las pasas hinchadas de vino. Coloca el vino aromatizado en una cazuela y deja caer las manzanas encima. El fluido dulce y cálido se mueve.

Las callecitas eran estrechas y rectas, pero se inundaban en cuanto terminaba de hacerlas. A veces ponía papel higiénico para retener la sangre, pero también le gustaba dejar que corriese. El truco consistía en cortar a la profundidad adecuada. Si el corte era demasiado superficial, producía una débil línea roja, pero si era demasiado profundo la sangre salía a borbotones e impedía ver la calle. Aunque había trasladado el mapa de los brazos a los muslos, reconocía con placer las marcas de las viejas carreteras y avenidas que repelían incluso a Norma. En ocasiones, una era suficiente durante meses. Después, por temporadas, hacía dos diarias, y casi no daba tiempo a que se cerrara una calle que ya abría otra. Sin embargo, no era imprudente. Los instrumentos estaban limpios, tenía mucho yodo (era mejor que el mercurocromo) y había añadido crema de aloe a su botiquín.

Aquel hábito había empezado de modo accidental en uno de los hogares adoptivos. Antes de que su hermanastro –otro chico de la casa de mamá Greer– le quitara las bragas por primera vez, un imperdible que le sujetaba el cierre de los tejanos, ahí donde debía estar el botón metálico, se abrió y le arañó la barriga mientras Harry tiraba de ellos. Una vez que le arrancó los tejanos y llegó a las bragas, la línea de sangre lo excitó todavía más. Ella no lloró. No le dolía. Cuando mamá Greer la bañó, le dijo con un cloqueo: «Pobrecita, ¿por qué no me lo dijiste?», y le puso mercromina en el corte irregular. No estaba segura de qué era lo que debería haberle contado, si lo del arañazo del imperdible o lo que Harry le había hecho. De manera que volvió a arañarse con el imperdible, a propósito, y le enseñó la marca a mamá Greer. Como esta vez su comprensión parecía haberse diluido, le contó lo de Harry.

«No vuelvas a decir eso nunca más, ¿me oyes?, ¿me oyes? En esta casa no pasan estas cosas y Tras una comida en la que le dieron sus platos favoritos, la enviaron a otra casa. Durante años, no sucedió nada. Hasta que llegó al penúltimo curso de la escuela secundaria. Para entonces ya sabía que dentro de ella había algo que hacía que los chicos la agarrasen y los hombres se exhibieran en su presencia. Si estaba tomando una CocaCola en una cafetería con cinco chicas y un grupo de chicos hacía una apuesta, ella era la escogida para que le pellizcaran un pezón. Podían pasar calle abajo cuatro chicas, o tal vez una sola, pero cuando pasaba ella, el hombre que estaba sentado con su hijita en el banco de un parque se sacaba el pene y hacía ruidos con la boca como si la besara. No era mucho mejor buscar refugio en los novios. Daban por hecho que debía sentir devoción por ellos, pero si se quejaba de que amigos o desconocidos le metían mano, su furia se dirigía contra ella, de manera que sabía que la causa estaba en algo que llevaba dentro.

Se inició en el vicio como un poeta censurado cuyo lenguaje sospechoso fuera demasiado laxo, demasiado irritante para publicarlo. Le encantaba. La tranquilizaba. El acceso a esa vida oculta bajo su ropa interior hacía que conservase los ojos secos, le proporcionaba una serenidad que sólo alteraban las mujeres que lloraban; al verlas, se desencadenaba un dolor que triunfaba con tal violencia que habría sido capaz de cualquier cosa por eliminarlo. Tenía diez años y aún no contaba calles cuando vio a todo el mundo llorar en público por la muerte de Kennedy. Pero tenía quince cuando King fue asesinado una primavera y otro Kennedy el verano siguiente. En ambas ocasiones llamó a la casa donde cuidaba niños, dijo que estaba enferma y se quedó en casa para trazar en sus brazos pequeñas calles, caminos y callejones. Era bastante fácil mantener oculta su sangrienta obra.

Como Eddie Turtle, la mayoría de sus novios lo hacían a oscuras. Para los que insistían en obtener una respuesta, inventaba una enfermedad. Como las cicatrices parecían quirúrgicas, de inmediato daban muestras de compasión.

La seguridad de la casa de Connie se hizo menos firme cuando llegó Pallas. Pasó mucho tiempo intentando animarla y darle de comer, porque cuando no comía, lloraba o intentaba aguantarse las lágrimas. El alivio que sintió cuando la chica se marchó en el mes de agosto desapareció cuando volvió en diciembre: más bonita, más gorda, fingiendo que sólo estaba de visita. Ni más ni menos que en una limusina. Con tres maletas. Ya estaban en enero, y los gimoteos nocturnos se oían por toda la casa.

Seneca hizo otra calle. En realidad, una intersección, porque se cruzaba con la que había hecho poco antes.

La mesa está puesta y la comida servida. Consolata se quita el delantal. Con la aristocrática mirada de los ciegos, mira a las mujeres a la cara y dice:

–Me llamo Consolata Sosa. Si queréis estar aquí, tendréis que hacer lo que diga, comer como os diga, dormir cuando os lo diga. Y os enseñaré lo que queréis saber.

Las mujeres se miran y después miran a una persona que no reconocen. Tiene los rasgos de la querida Connie, pero parecen esculpidos: pómulos más acusados, barbilla más fuerte. ¿Sus cejas siempre han sido tan gruesas y sus dientes de un blanco tan perlado? Su cabello no tiene rastros de gris. La piel es tersa como la de un melocotón. ¿Por qué habla así? Y ¿de qué habla?, se preguntan. Aquella dulce y pacífica anciana que parecía quererlas tanto, que nunca las criticaba, que lo compartía todo pero necesitaba poco o ningún cuidado, que no exigía que le dedicaran ningún cariño, que escuchaba, que no cerraba las puertas con llave y aceptaba a cada una como era... ¿De qué está hablando esta madre ideal, amiga, compañera, en cuya compañía no podía sucederles nada? ¿En qué está pensando esta casera perfecta, que no cobraba nada y acogía a todos; esta abuelita de cuento a la que se podía hacer confidencias o bien no contarle nada, mentirle o sobornarla; esta madre ficticia a la que el hijo podía abrazar o abandonar cuando se le antojara?

–Si tenéis que estar en algún sitio y alguien que os quiere os espera, marchaos –continuó–. Si no, quedaros aquí y seguidme. A lo mejor alguien quiere conoceros.

Ninguna se marchó. Hubo preguntas nerviosas, unas risillas asustadas, algunas muecas, expresiones de agravio, pero en un instante comprendieron que no podían dejar el único lugar que eran libres de abandonar.

Poco a poco, se les fue escapando el tiempo.

Al principio, lo más importante fue la plantilla. Primero tuvieron que fregar el suelo del sótano hasta que las piedras estuvieron tan limpias como los guijarros de la playa. Después hicieron un círculo con velas. Consolata les dijo a todas que se desvistieran y se echaran en el suelo. En la luz favorecedora de la visión difuminada de Consolata, hicieron lo que les indicaba. ¿Cómo nos ponemos? Como os apetezca. Probaron con los brazos pegados a los lados del cuerpo, estirados sobre la cabeza, cruzados sobre el pecho o el vientre. Seneca empezó por tumbarse boca abajo, después boca arriba, agarrándose los hombros con las manos. Pallas se puso de lado, con las rodillas encogidas. Gigi extendió los brazos y separó las piernas, mientras que Mavis adoptó la posición de un ahogado, con los brazos doblados y las rodillas apuntando hacia dentro. Cuando todas encontraron por fin la postura que podían tolerar sobre aquel suelo duro y frío, Consolata caminó alrededor de cada una de ellas y pintó el contorno del cuerpo. Tras esto, recibieron la orden de quedarse allí, sin decir nada, desnudas a la luz de las velas.

Se retorcían, tremendamente incómodas, pero eran reacias a moverse fuera del molde que habían escogido. En muchas ocasiones pensaron que no podrían soportar un segundo más, pero ninguna quería ser la primera en ceder delante de aquellos ojos descoloridos que las miraban. Consolata fue la primera en hablar.

–Mi cuerpo de niña, herido y sucio, salta a los brazos de una mujer que me enseña que mi cuerpo no es nada y mi espíritu lo es todo. Estoy de acuerdo con ella hasta que encuentro a otro. Mi carne está tan hambrienta que se lo come. Cuando él desaparece, la mujer me rescata de nuevo de mi cuerpo. Lo salva por dos veces. Cuando su cuerpo se pone enfermo, lo cuido de todas las maneras que un cuerpo puede hacerlo. Lo sostengo en mis brazos y entre mis piernas. Lo limpio, lo acuno, entro en él para hacer que siga respirando. Cuando ella se muere, no puedo aguantarlo. Mis huesos sobre los suyos es lo único bueno. Nada de espíritu. Huesos. No es distinto del hombre. Mis huesos sobre los suyos, la única verdad. Así que me pregunto dónde se ha perdido el espíritu. Es cierto, como lo de los huesos. Es bueno, como los huesos. Uno dulce, otro amargo. ¿Dónde se ha perdido? Oídmelo, escuchad. No los rompáis en dos. No pongáis uno por encima de otro. Eva es la madre de María. María es la hija de Eva.

Después, con palabras más claras que las que había empleado en el discurso inicial (que ninguna de ellas había entendido), les habló de un lugar donde las aceras blancas llegaban al mar y los peces color ciruela nadaban con los niños. Habló de fruta que sabía igual que brillan los zafiros y de niños que utilizaban rubíes como dados. De catedrales perfumadas hechas de oro donde los dioses y las diosas se sentaban en los bancos con la congregación. De claveles grandes como árboles. Enanos con diamantes en lugar de dientes. Serpientes que despertaban con la poesía y las campanas. Después les habló de una mujer llamada Piedade, que cantaba pero jamás había pronunciado una palabra.

Así empezaron los sueños en voz alta. Así surgieron las historias en aquel lugar. Historias que eran casi verdad y sueños nunca soñados escapaban de sus labios para remontarse sobre la luz vacilante de las velas, levantando polvo de las cajas y botellas. Y no importaba saber quién contaba el sueño ni si éste tenía significado. A pesar de que les duele el cuerpo, o precisamente por ello, entran con facilidad en el cuento de la que sueña. Entran en el calor del Cadillac, sienten el manotazo de aire fresco en la tienda Higgleddy Piggledy. Saben que llevan las zapatillas de deporte desatadas y que el tirante del sostén las molesta cada

vez que se desliza del hombro. El paquete de salchichas Armour está pegajoso. Inhalan el perfume de los niños dormidos y se sienten protectoras aunque se percatan de que uno de los niños tiene la cabeza en una postura rara. Colocan la cabeza del niño que duerme y niegan, niegan en redondo lo que ya saben, y se van a casa. Suben por las escaleras del porche con las salchichas, los niños y el bolso en los brazos, diciendo: «No quieren despertarse, Sal. ¿Sal? Mira, no quieren despertarse.» Dan patadas bajo el agua, pero no demasiado fuerte por miedo a despertar aletas o escamas ahí abajo también. Las voces masculinas hablan hablan todo el rato, empujando la suya garganta abajo. Hablan, hablan, hasta que no queda aliento para gritar o contradecir. Todas parpadean y se ahogan con el gas lacrimógeno, mueven la mano lentamente hacia la espinilla arañada, el ligamento desgarrado. Corre arriba y abajo por los pasillos durante el día, duerme acurrucada con las luces encendidas por la noche. Dobla los quinientos dólares en el fondo del calcetín. Gime de dolor por el pene de un desconocido y la rivalidad con la madre, seductora y corrosiva como la cocaína.

Cuando sueñan en voz alta, el monólogo no se distingue de un grito; las acusaciones dirigidas tiempo atrás contra los muertos y los desaparecidos se enmiendan con murmullos de amor. De manera que, agotadas y furiosas, se levantan y se van a la cama jurando que no volverán a hacer nada semejante, aunque saben muy bien que lo harán. Y lo hacen.

La vida, real e intensa, se ha trasladado ahí abajo, a las limitadas zonas de luz, a un aire lleno del humo de las lámparas de queroseno y de las velas de cera. Las plantillas las atraen como imanes. Fue Pallas quien insistió en que compraran tubos de pintura, barras de tiza de colores. Disolvente y trapos. Lo entendieron y se pusieron manos a la obra. Primero, con rasgos naturales: pechos y partes pudendas, dedos de los pies, orejas y pelo. Seneca reprodujo en azul verdoso una de sus más elegantes cicatrices, con una gota de rojo en la punta. Más tarde, cuando sintió necesidad de cortarse la parte interna del muslo, optó por hacerlo en el cuerpo abierto que estaba tendido en el suelo del sótano. Hablaban una con otra de lo soñado y lo dibujado. ¿Estás segura de que era tu hermana? Quizá fuera tu madre. ¿Por qué? Porque una madre podría hacer algo así, pero una hermana nunca lo haría. Seneca tapó su tubo de pintura. Gigi dibujó un relicario alrededor de la garganta de su cuerpo, y cuando Mavis le preguntó sobre él respondió que era un regalo de su padre que había arrojado al golfo de México. ¿Con fotos dentro?, preguntó Pallas. Sí. Dos. ¿De quién? Gigi no contestó; se limitó a repasar los puntos que marcaban la cadena del relicario. Pallas había pintado un niño en el vientre de su plantilla. Cuando le preguntaron quién era el padre, no dijo nada, pero pintó junto al niño la cara de una mujer con largas pestañas y una boca carnosita y torcida. Insistieron, amablemente, sin burlarse ni bromear. ¿Carlos? ¿Los chicos que la llevaron al agua? Pallas puso dos largos colmillos en la boca torcida.

Enero pasó. También febrero. En marzo, los días transcurrían sin distinguirse de las noches mientras se dedicaban a hacer cuidadosos grabados de partes corporales y objetos de interés. Pasadores amarillos, peonías rojas, una cruz verde sobre fondo blanco. Un pene majestuoso atravesado por un arco de Cupido. Pétalos de altea, galletas Lorna Doone. Una pareja de color naranja brillante haciendo el amor sin parar bajo un sol infantil.

Con Consolata al frente, como una nueva y revisada reverenda madre, que les daba de comer alimentos obtenidos sin derramamiento de sangre y sólo agua para saciar su sed, todas cambiaron. Los cuerpos vivos que había en el sótano resultaban tan seductores, que había que recordarles que ellas poseían cuerpos que podían moverse.

Un cliente que se detuviera al pasar apenas habría advertido algún cambio. Podría preguntarse por qué el jardín aún estaba sin cultivar, o quién había arañado la palabra PENA en el maletero del Cadillac. Podría incluso preguntarse por qué la anciana que salía al llamar a la puerta no se tapaba aquellos ojos terribles con gafas oscuras; o qué demonios habían hecho las jóvenes con su pelo. Un vecino habría advertido algo más: una sensación de exceso, un cambio en el aire de la casa, el aspecto extraño y una expresión claramente distinta en los ojos de las inquilinas, que se mostraban sociables y comunicativas cuando hablaban con el visitante, pero, si no, permanecían tranquilas y observadoras. Si la que pasaba era una amiga, la alarma inicial al ver a las jóvenes podría quedar amortiguada por su actitud adulta, por lo tranquilas que parecían. Y Connie, qué erguida y hermosa estaba. Qué bien le sentaba aquel vestido familiar. Mientras se deslizaba en el asiento del conductor, con un cesto sobre el que había un paquete a su lado, al principio le habría inquietado no poder decir exactamente qué era lo que faltaba. A medida que se acercaba a su casa y conducía por Central Avenue, su mirada pasaría por la casa de Sweetie Fleetwood, la de Pat Best, o podría ver a uno de los chicos Poole o a Menus de camino a casa de Ace. Entonces se daría cuenta de qué era lo que faltaba: a diferencia de algunas personas de Ruby, las mujeres del convento ya no estaban angustiadas. Ni perseguidas, podría haber añadido. Pero en eso se habría equivocado.

LONE

El camino era estrecho y la curva, cerrada, pero consiguió sacar el Oldsmobile de la pista de tierra y llevarlo al asfalto sin derribar del todo la señal. Antes, al llegar, debido a la oscuridad y a que sólo funcionaba un faro del coche, Lone no había podido evitar que el parachoques rozara el poste, y ahora, al marcharse del convento, estaba inclinado y la señal –ZANDÍAS TEMPRANAS– a punto de caerse.

«Ni cochina idea de ortografía», murmuró. Probablemente, la que estaba envuelta en una sábana. No tenía muchos estudios. Pero lo de «tempranas» no sólo estaba bien escrito, sino que era cierto. Aún no había terminado julio y en el huerto del convento era posible recoger sandías maduras. Como sus cabezas. Lisas por fuera, dulces por dentro, pero Señor, qué tercas eran. Ninguna había querido escucharla. Habían dicho que Connie estaba ocupada, se habían negado a llamarla y no se habían creído ni una palabra de lo que Lone había explicado. Después de ir en coche hasta allí en plena noche para decírselo, para avisarlas, observó, con furia impotente, que sonreían y bostezaban. Ahora tenía que ver qué otra cosa se le ocurría, porque si no, las sandías que se abrirían serían sus calvas cabezas. El aire de la noche era cálido y la lluvia que había olido antes estaba lejos, pero seguía acercándose; eso era lo que había pensado dos horas atrás cuando, con la esperanza de recoger mandrágora mientras aún no llovía, caminó junto al arroyo, cerca del horno. De no haber estado allí, nunca habría oído a los hombres ni habría descubierto la maldad que estaban tramando.

Las nubes ocultaban las mejores joyas del cielo nocturno, pero conocía tan bien la carretera de Ruby como los platos de adorno que tenía colgados en su casa. Sin embargo, entornó los ojos para ver mejor, por si algo o alguien correteaba por delante, más allá del único faro del Oldsmobile. Podría ser una zarigüeya, un mapache, un ciervo de cola blanca o incluso una mujer enfadada, puesto que sólo las mujeres andaban por aquella carretera. Sólo las mujeres. Ningún hombre. Durante más de veinte años, Lone las había visto pasar. De aquí para allá, de aquí para allá: mujeres que lloraban, que miraban, que fruncían el entrecejo, se mordían los labios o estaban completamente perdidas. Iban por ahí, por una tierra roja y dorada con alguna roca negra o una muestra de color verde; por ahí, bajo cielos tan llenos de estrellas que resultaba vergonzoso; por ahí, donde el viento lo manejaba a uno como

si fuera un hombre, las mujeres arrastraban su pena arriba y abajo entre Ruby y el convento. Eran los únicos peatones. Sweetie Fleetwood la había recorrido, Billie Delia también. Y la chica llamada Seneca. Otra que se llamaba Mavis; y Arnette, más de una vez. Y no sólo en aquel momento. Habían caminado por la carretera desde el principio. Soane Morgan, por ejemplo, y, en una ocasión, cuando era joven, también Connie. Lone había visto a muchas de las caminantes; del paso de las otras, había oído hablar. Pero los hombres nunca andaban por la carretera; circulaban en coche, aunque a menudo su destino era el mismo que el de las mujeres: Sargeant, K. D., Roger, Menus. Y el bueno de Deacon, un par de décadas atrás. Bien, si no conseguía que alguien le arreglase la correa del ventilador y le rellenase el cárter, ella también tendría que ir andando, siempre que quedara algún sitio al que valiera la pena ir andando.

Si en alguna ocasión había necesitado correr, era ésa, pero el estado del coche se lo impedía. En 1965 funcionaban los limpiaparabrisas, el aire acondicionado, la radio. Ahora, el único resto del viejo poder del Oldsmobile era una potente calefacción. En 1968, después de que hubiera pasado por dos propietarios, primero Deek y después Soane Morgan, ésta le preguntó si sabría conducirlo. Lone dio gritos de alegría. Al final, a los setenta y nueve, sin carné pero llena de arrojo, iba a aprender a conducir y tendría coche propio. Ya no se vería obligada a pedir al repartidor que la llevase en su furgoneta, los frenos ya no chirriarían en su patio a todas horas, llamándola para emergencias que no lo eran o estados de alerta que se convertían en crisis. Podría seguir su propio criterio, examinar a las madres cuando quisiera, conducir hasta la casa en su coche y, lo que era aún más importante, marcharse cuando le viniese en gana. Pero el regalo le llegó demasiado tarde. Cuando pudo desplazarse por sí misma, ya nadie requería sus conocimientos. Después de haber enfurecido a los seres con pezuñas y aterrorizado a los seres con garras, de hacer remolinos de polvo rojo siguiendo durante semanas las pistas que abrían los tractores, no tenía adónde ir. Sus pacientes permitían que se asomara y mirase, pero para el parto viajaban durante horas (si lo conseguían) hasta el hospital de Demby, en busca de las frías manos de unos hombres blancos. Ahora, a los ochenta y seis, y a pesar de su reputación sin tacha (porque nunca había perdido a una madre, como Le había pasado a Fairy una vez), le negaban los vientres hinchados, los gritos y las manos que asían. Se reían de sus fajas limpias, de sus gotas de orina materna. Echaban la infusión de pimienta en el retrete. Qué más daba que se hubiera acurrucado en sus sofás para mecer a niños irritables, que hubiera dado cabezadas en su cocina después de trenzar el cabello de sus hijas, que hubiera plantado plantas medicinales en sus huertos y dado buenos consejos durante los últimos veinticinco años, más otros cincuenta en Haven, antes de que fueran a buscarla. Qué más daba que les enseñara a dar masajes en los pechos para hacer que subiera la leche, qué hacer con la placenta, en qué dirección debía apuntar el cuchillo colocado bajo el colchón. Qué más daba que hubiera buscado por todo el condado la clase de basura que querían comer. Qué más daba que se hubiera metido en la cama con ellas para apretar las plantas de sus pies con los suyos, ayudándolas a empujar, ¡empuja!, o que les diera masajes en la barriga con aceite perfumado durante horas. Qué más daba. Había sido lo bastante buena como para traerlas al mundo, y cuando las mandaron llamar, a ella y a Fairy, para que siguieran ese trabajo en el sitio nuevo, Ruby, las mujeres se retreparon en la silla, separaron

las rodillas y respiraron con alivio. Ahora que Fairy había muerto y sólo quedaba una comadrona para una población que necesitaba —y se enorgullecía de tener— familias tan extensas como barrios enteros, las madres llevaban sus úteros lejos de ella. Pero Lone pensaba que allí había algo más que la moda de las maternidades. Había ayudado a nacer a los niños Fleetwood y cada uno de ellos, por deficiente, había manchado su reputación como si lo hubiera engendrado ella misma. La sospecha de que traía mala suerte y las comodidades del hospital de Demby se habían combinado para quitarle un trabajo para el que estaba preparada. Una de las madres le dijo que no podía evitar que le gustase la semana de descanso, la bandeja con la comida, el termómetro, el aparato de presión; le encantaba echarse una siestecita durante el día y tomar pastillas contra el dolor; pero en su mayoría le dijeron que les gustaba que todo el mundo les preguntara cómo se encontraban. Si parían en casa no tenían nada de eso. Allí, al segundo o tercer día ya estaban preparando el desayuno para toda la familia y preocupándose por la calidad de la leche de la vaca al mismo tiempo que la de la propia. Otras madres habrían sentido lo mismo —el lujo del sueño y de estar lejos de casa, que se llevaran y cuidaran al recién nacido durante la noche—. Y respecto a los padres... bueno, Lone sospechaba que ellos también preferían las puertas cerradas, esperar en el pasillo, estar en un lugar donde se ocupaban de todo otros hombres y no una mujer desdentada que mascaba chicle con las encías para mantenerlas fuertes.

—No interpretes mal el agradecimiento de los padres —le había advertido Fairy—. Asustamos a los hombres, siempre será así. Para un hombre, somos como siervas de la muerte que se interponen entre él y el hijo que lleva su mujer.

En esas ocasiones, dijo Fairy, la comadrona es una interferencia, es quien da órdenes; todo depende de sus secretos conocimientos, y esa dependencia los irrita. Especialmente allí, en aquel lugar al que habían acudido para multiplicarse en paz. Como de costumbre, Fairy estaba en lo cierto, pero Lone tenía una dificultad añadida. Se decía que era capaz de leer la mente, un don que no le había conferido Dios, desde luego, sino quién sabe, y que ya había empleado cuando, con sólo dos años de edad, se había colocado en el lugar adecuado para que la encontraran en el patio cuando su madre estaba muerta en la cama. Lone negaba que se tratara de un don especial; creía que todo el mundo sabía lo que pensaban los demás, y que evitaban lo obvio. Sin embargo, sabía de cosas más profundas que los recuerdos de los Morgan o el libro de historia de Pat Best. Conocía lo que ni la memoria ni la historia pueden decir o anotar: el «truco» de la vida y su «razón».

En cualquier caso, ahora que ya no tenía un medio de vida (en los últimos ocho años la habían llamado dos veces), Lone dependía de la generosidad de los feligreses y los vecinos. Pasaba el tiempo recogiendo hierbas medicinales, yendo de una iglesia a otra para recibir ayuda de la colecta y vigilando los campos, que no la invitaban porque fueran espacios abiertos, sino porque estaban llenos de secretos. Como el coche repleto de esqueletos que había encontrado unos meses atrás. Si hubiera prestado atención a su mente en lugar de andar chismorreando, habría investigado a los zopilotes en cuanto aparecieron; para ser exactos, dos años antes, cuando comenzó el deshielo de primavera, en marzo de 1974. Pero como fueron vistos cuando los Morgan y los Fleetwood anunciaron la boda, la gente no supo si interpretar que aquel matrimonio atraía a los zopilotes o protegía de ellos a la población. Ahora, todo el mundo sabía que los había atraído un festín familiar, la gente perdida en una tormenta de nieve. Matrícula de Arkansas. Una etiqueta de Harper, un medicamento contra la tos.

Los miembros de aquella familia se querían. A pesar de las alteraciones producidas por las aves de rapiña, se adivinaba que estaban abrazados cuando fueron durmiéndose cada vez más profundamente en medio del intenso frío. Al principio pensó que Sargeant seguramente estaba al corriente de todo, pues cultivaba maíz en aquellos campos. Pero la expresión de sorpresa de él y de los demás cuando se enteraron era inequívoca. El problema era si debían notificárselo a la policía o no. Decidieron que no. Incluso enterrarlos supondría mezclarse en algo que no tenía nada que ver con ellos.

Cuando algunos de los hombres fueron a mirar, gran parte de su atención no se centró en la escena que tenían delante, sino en el convento que se alzaba al oeste, al alcance de la vista. Podría haberse percatado en aquel momento. Si hubiera prestado atención, primero a los zopilotes, después a las mentes de los hombres, ahora no estaría gastando todos sus chicles Wrigley's y su gasolina en una misión que esperaba que fuera la última. Tenía la vista demasiado débil, las articulaciones demasiado rígidas; aquél no era trabajo para una buena comadrona. Pero Dios le había encomendado la tarea, bendito sea Su santo corazón, y mientras avanzaba a cincuenta kilómetros por hora en una cálida noche de julio, sabía que lo hacía a Su lado. Era Él quien la había colocado allí, quien había hecho que buscara una medicina que era mejor recoger seca y por la noche.

El lecho del torrente estaba seco; la lluvia que se acercaba pondría remedio a aquello, aunque ablandan la raíz bípeda de la mandragora. Había oído risas alegres y música de la radio procedente del horno. Parejas de jóvenes tonteando. Por lo menos, estaban al aire libre, pensó, y no en un pajar o debajo de una manta, en la parte trasera de una camioneta. De repente, cesaron las risas y la música. Voces

graves y masculinas dieron órdenes; las luces de las linternas lanzaron rayos sobre los cuerpos, rostros, manos y lo que había en ellas. Sin un murmullo, las parejas se marcharon, pero los hombres no. Apoyados contra las paredes del horno o en cuclillas, se agruparon en la oscuridad. Lone envolvió su linterna con el delantal y se habría deslizado sin ser vista hasta la parte trasera del Santo Redentor, donde tenía el coche aparcado, si no hubiera recordado los otros acontecimientos que había pasado por alto o había interpretado mal los zopilotes; el revólver nuevo de Apollo. Se alejó hasta una zona donde la oscuridad era completa y se sentó sobre la hierba sedienta. Tenía que dejar de alimentar el resentimiento que le producía el que la gente rechazara sus servicios, de vengarse tontamente haciendo caso omiso de lo que estaba pasando y permitiendo que el mal se saliera con la suya. Hacerse la ciega era evitar el lenguaje de Dios. El no gritaba órdenes ni susurraba recados al oído. Claro que no. Era un Dios liberador. Un maestro que enseñaba cómo aprender, a ver por uno mismo. Sus señales estaban muy claras si uno dejaba de cocerse en la amarga salsa de la vanidad y prestaba atención a Su mundo. El quería que oyera a los hombres reunidos junto al horno para decidir y resolver cómo hacer que las mujeres del convento se marcharan a toda prisa y, si Él quería que lo presenciara, también querría que hiciera algo.

Al principio, no sabía qué estaba pasando ni cómo actuar. Pero hizo lo mismo que solía hacer en otro tiempo cuando se sentía confusa: cerró los ojos y susurró: «Tu voluntad, Tu voluntad.» Entonces las voces se hicieron más fuertes, y oyó, con tanta claridad como si estuviera entre ellos, lo que decían y lo que querían decir. Lo que salía de sus labios y lo que no. Eran nueve. Empezaron a hablar uno por uno, mientras los demás fumaban o suspiraban. Lone ya había oído mucho de lo que decían, pero ahora las palabras crecían a medida que reptaban por el aire nocturno. El tema no era nuevo, pero no tenía nada del placer que lo envolvía cuando lo abordaban desde un púlpito. El reverendo Cary había tratado el tema en un sermón del que cada domingo daba una versión distinta debido a lo bien que había sido recibido.

—¿A qué habéis renunciado por vivir aquí? —preguntaba, atacando el «aquí» con voz de soprano—. ¿Qué sacrificios hacéis todos los días para vivir aquí, en la belleza de Dios, en Su generosidad, en Su paz?

—Adelante, reverendo. Dígalo.

—Os lo voy a decir. —El reverendo Cary soltaba una risita.

—Sí, señor.

—Venga.

El reverendo Cary levantaba la mano derecha hacia el ciclo y la cerraba en un puño. Después, uno por uno, iba señalando con los dedos al tiempo que enumeraba todo aquello de que se había privado la congregación.

—La televisión.

Los fieles se echaban a reír.

—Las discotecas.

Reían alegremente, más fuerte, negando con la cabeza. —Policías.

Soltaban sonoras carcajadas.

—Películas, música obscena —añadía, enumerando con los dedos de la mano izquierda—. La maldad en las calles, los robos por la noche, los asesinatos por la mañana. Licores para comer y drogas para cenar. A eso habéis renunciado.

Cada cosa mencionada provocaba suspiros y gemidos de pena. Los feligreses, agradecidos por haber rechazado y escapado a la sordidez, la crueldad, la impiedad, a todos los males contemporáneos disfrazados de placeres, sentían que su corazón se henchía de misericordia hacia los que luchaban contra semejantes «sacrificios».

Pero en aquel lugar no había misericordia alguna. Allí, los hombres que hablaban de la destrucción que los amenazaba —de cómo Ruby estaba cambiando de modo intolerable—, no pensaban en ponerle remedio tendiendo una mano en muestra de amor o amistad. En lugar de ello, planeaban su defensa y perfilaban las pruebas que demostraban su necesidad hasta que cada pieza encajaba en una ranura pulida de antemano. Unos pocos hablaron casi todo el rato, otros hablaron poco y dos no dijeron nada, pero, aunque permanecían en silencio, Lone sabía que eran los cabecillas.

¿Os acordáis del escándalo que montaron en la boda? ¿Qué os parece? Y eso fue el mismo día en que las pillé besándose en la parte trasera de ese trasto de Cadillac. El mismo día, y, por si eso no era suficiente para contentar al diablo, había dos más peleándose por ellas en el suelo. Ahí mismo. Señor, qué asco me dan las malas mujeres. Sweetie dice que hicieron todo lo posible para envenenarla. Yo también lo he oído decir. El camino quedó bloqueado por una tormenta de nieve, y decidió refugiarse allí. Menuda idea. Ya sabéis cómo es Sweetie. Bueno, da igual, dijo que había oído ruidos en la casa, como de bebés que lloraran. ¿Qué están haciendo allí unos niños pequeños? ¿Me lo preguntáis? Sea lo que sea, no es natural. Bueno, allí vivían niñas pequeñas, ¿verdad? Sí, me acuerdo. Decían que era una escuela. ¿Una escuela de qué? ¿Qué enseñan allí? Sargeant, ¿no encontraste marihuana entre tu alfalfa? Claro que sí. No me

sorprende. Lo único que sé es que le dieron una paliza a Arnette cuando fue allí para reprocharles las mentiras que le habían contado. Cree que se quedaron con su bebé y le dijeron que había nacido muerto. Mi mujer asegura que la hicieron abortar. ¿Y tú te lo crees? No lo sé, pero las veo capaces. Lo único que sé es que tenía la cara hecha una lástima. Vaya, hombre. No podemos tolerar esto. Roger me dijo que la madre..., ¿os acordáis, la vieja blanca que algunas veces venía a comprar por aquí?, pues bien, me dijo que cuando murió pesaba menos de veinticinco kilos y brillaba como el azufre. ¡Señor! Dice que la chica que dejó allí estuvo coqueteando abiertamente con él. ¿Esa que se pasea medio desnuda todo el tiempo? Me di cuenta de que algo raro le pasaba en cuanto bajó del autobús. A propósito, ¿cómo pudo conseguir que el autobús llegara hasta aquí? Adivínalo. ¿Crees que tienen poderes? No lo creo, lo sé. La cuestión es quién tiene mayor poder. ¿Y por qué no se largan y en paz? ¡Vaya! ¿Te irías si tuvieras una casa grande y vieja para vivir sin necesidad de trabajar para mantenerla! Algo está pasando y no me gusta nada. Nada de hombres. Se besan. Bebés escondidos. ¡Por Dios! Quién sabe qué más. Mirad lo que le pasó a Billie Delia después de que empezara a ir por allí. Arrojó a su madre de un golpe por las escaleras y salió corriendo hacia ese sitio como un lechón que buscara la teta. Y también he oído que beben sin parar. Siempre que la he visto, la vieja estaba borracha, ¿y, os acordáis de lo primerro que dijeron cuando llegaron a la boda? No se les ocurrió otra cosa que pedir algo para beber, y cuando les dieron un vaso con limonada fue como si los hubieran escupido y se marcharon por la puerta. Me acuerdo. Qué putas. Mejor dicho, qué brujas. Pero mira, hermano, lo de los huesos si es definitivo. No me puedo creer que toda una familia se muriera allí mismo sin que nadie se diera cuenta. No estaban tan lejos, ¿está claro? Por qué iban a salirse de la carretera y perderse en un campo con una casa grande y vieja a menos de tres kilómetros de distancia. La habrían visto. Tenían que verla. El hombre habría salido y habría ido andando hasta allí, ¿me entendéis? Podría razonar, ¿no? Y, si no, por lo menos, podría ver. ¿Cómo es posible no ver una casa de ese tamaño en una tierra tan llana como la cabeza de un clavo? ¿Decís que tienen algo que ver con eso? Mira, aquí nunca ha sucedido nada parecido a lo que está pasando. Antes de que esas mujercuelas llegaran a la ciudad, ésta era una tierra apacible. Las de antes, por lo menos, tenían una religión. Estas se comportan como fulanas, ahí solas, no ponen un pie en la iglesia y apostarían cualquier cosa a que ni piensan en ello. No necesitan a los hombres ni a Dios. No pueden decir que no se les ha avisado. Primero se les advirtió y luego se les avisó. Si se hubieran quedado ahí habría sido otra cosa. Pero no, se meten en todo. Atraen a la gente como la mierda a las moscas, y todos los que se acercan a ellas vuelven heridos o lisiados de un modo u otro, y ahora ese caos está infiltrándose en nuestras casas, en nuestras familias. No podemos admitirlo. No podemos tolerarlo en absoluto.

Así pues, pensó Lone, los colmillos y el rabo están en otro lugar. Lejos, en una casa llena de mujeres. Mujeres que no están encerradas, seguras y alejadas de los hombres, sino algo mucho peor: mujeres que han escogido la compañía de otras mujeres, lo que no equivale a un convento, sino a un aquelarre.

Lone sacudió la cabeza y se colocó mejor el Doublemint. Oía las palabras a medias mientras intentaba adivinar los pensamientos que había detrás. Algunos los captó de inmediato. Sabía que Sargeant estaría asintiendo a cada chisme, discutiría cada verdad y se preguntaría en voz alta por qué aquel pueblo deliberadamente hermoso, gobernado por hombres responsables, no podía seguir igual; estable, próspero, sin jóvenes respondones. ¿Por qué iban a querer marcharse y criar familias (y clientes) en otro lugar? Pero estaría pensando en lo que se reducirían sus gastos si fuera dueño de las tierras del convento y que, si las mujeres se marchaban, se encontraría en mejor posición para quedárselas. Todo el mundo sabía que ya había ido al convento para «avisarles», lo que en realidad significaba que había hecho una oferta para comprar el lugar y al obtener por respuesta una mirada incomprensible, le había dicho a la vieja que se lo «pensara cuidadosamente» y que podrían suceder «otras cosas que hicieran bajar el precio». Wisdom Poole estaría buscando un motivo que explicara por qué ya no controlaba a sus hermanos y hermanas, qué había sucedido para que quienes lo adoraban y escuchaban fueran ahora como animales perdidos que intentaran ir por su cuenta. Los disparos del año anterior entre Brood y Apollo habían sido por Billie Delia, y eso era motivo suficiente para que rondara dándose el gusto de echar de la carretera a algunas mujeres. Billie Delia tenía buenas relaciones con aquellas mujeres, había hecho que uno de los hermanos pequeños de Wisdom la llevara allí y, después de eso, las peleas entre Apollo y Brood se habían vuelto peligrosas. Ninguno de los dos había obedecido a Wisdom, quien les había ordenado que no volvieran a mirar a esa chica ni a hablar con ella nunca más. El resultado era bíblico: un hombre apostado para asesinar a su hermano. En cuanto a los Fleetwood, Arnold y Jeff, bueno, hacía tiempo que estaban esperando echar la culpa a alguien de los hijos de Sweetie. Quizá fuera culpa de la comadrona, quizá del gobierno, pero lo único que podían hacer era dejar en paro a la comadrona, pues el gobierno no tenía por qué rendirles cuentas, y aunque Lone había asistido a algunos de los hijos enfermos de Jeff mucho antes de que llegara la primera mujer, no permitirían que un detalle como ése les impidiera encontrar el fallo en cualquier lugar que no fuera su sangre. O la de Sweetie. Y en cuanto a Menus... Bien, estaba dispuesto a ir contra cualquiera. Tras pasar unas semanas allí, haciendo una cura de desintoxicación, uno hubiese pensado que estaba agradecido. Aquellas mujeres debían de haber presenciado algunas cosas, debían de haber visto algo que él no quería que circulara por ahí si ellas se iban de la lengua. O quizá sólo quería borrar la vergüenza que sentía por haber permitido que Harper y los demás lo convencieran de que no se casara con

la mujer que había traído a casa. Aquella chica bonita y mestiza, mezcla de sangre india, blanca y negra, de la que dijeron que no era lo bastante buena para él, que parecía más una mujerzuela que una novia. Él había sugerido que bebía por culpa de Vietnam, pero Lone pensaba que la pérdida de aquella chica bonita y mestiza era una explicación más exacta. No había tenido valor suficiente para marcharse y vivir con ella en otro sitio. En lugar de ello, había optado por someterse a las imposiciones de su padre y cobrarle un buen precio: que aceptara sin rechistar su pena. Si se libraba de algunas mujeres independientes que habían ido limpiando tras él, le habían lavado los calzones, recogido sus vómitos, escuchado sus maldiciones junto con sus sollozos, tal vez se convenciera por una temporada de que era un hombre de verdad, de que no estaba contaminado por la debilidad de su madre, de que era digno de la paciencia de su padre y tenía razón al dejar que la mestiza se marchara. Lone no podía contar el número de veces que se había sentado en la iglesia de Nueva Sión y había oído a su padre, Harper, que empezaba por dar su testimonio, por examinar sus propios pecados, y terminaba hablando de las mujeres fáciles capaces de impedir que uno supiera quiénes y qué eran sus propios hijos y dónde estaban. Se había casado con una Blackhorse, Catherine, y había conseguido que enfermase a fuerza de acosarla por lo que hacía, por quién veía y eso y aquello, y por si estaba educando de la forma debida a su hija Kate. Esta se casó tan pronto como pudo para alejarse de su influencia. Su primera esposa, la madre de Menus, Martha, debía de haberle amargado la vida hasta tal punto que nunca permitió que el hijo de ambos lo olvidara. También estaba K. D., el hombre de la familia. Hablaba de lo rara que era una de esas chicas del convento y de cómo se había dado cuenta nada más verla bajar del autobús. Ja, ja. Ahora es papá de una niña de cuatro meses, con todos sus deditos de las manos y los pies, y quién sabe si también con todo su cerebro, cortesía de un médico de Demby dispuesto a tener pacientes negros. De manera que él y Arnette trataban a Lone con desdén y, por feliz que ella se sintiera ahora y desease que las mujeres del convento cargaran con el «error» cometido anteriormente, acusándolas de haberla engañado, el rencor de K. D. tenía otros motivos. Había estado acosando durante años a la chica a la que ahora difamaba, hasta que ella lo echó. Hacía falta un montón de niños sanos para que olvidara aquello. Es un Morgan, después de todo, y no han olvidado nada desde 1755.

Lone entendía esos pensamientos privados y algunos de los motivos que podían tener Steward y Deacon: ninguno de los dos soportaba lo que no lograba controlar. Pero habría sido incapaz de imaginar el rencor de Steward, su cólera al pensar que su sobrino nieto (¿tal vez?) había sido herido o destruido en aquel sitio. Era una ampolla que flotaba en su torrente sanguíneo y no disminuía ni llegaba a un punto crítico. Tampoco podría haber imaginado cuán profundamente grabado en su cerebro estaba el recuerdo de lo cerca que había estado su hermano de romper su matrimonio con Soane, ni lo mucho que Deek se había alejado de su camino cuando miraba aquellos ojos venenosos. Durante meses, los dos se habían visto en secreto, durante meses, Deek parecía trastornado, cometía errores, y supón que aquella fresca hubiera quedado embarazada. Que hubiera tenido un hijo mestizo. Steward se ponía furioso al pensar en lo cerca que había estado de traicionar las promesas que habían hecho a los Antiguos Padres y las que éstos les habían hecho a ellos. Pero si había estado a punto de traicionar la ley de los padres, la ley de crecer y multiplicarse, ésta había sido aplastada por una amenaza permanente a la preciada visión que tenía de sí mismo y de su hermano. Las mujeres del convento eran para él una parodia exhibicionista de las diecinueve damas negras de los recuerdos de juventud que compartía con su hermano, como tantas otras cosas. Eran la degradación de aquel momento que habían compartido, de verbena y piel iluminada por el sol. Ellas, con sus risas tontas, ultrajaban los tonos dulces, el tintineo de las risas alegres y acogedoras de las diecinueve damas que, aunque estaba previsto que vivieran para siempre en sueños en tono pastel, ahora se veían condenadas a la extinción por ese tipo nuevo y obscuro de mujeres. No podía soportar que mancillaran su historia personal con sus ropas escandalosas y sus apetitos de putas; se burlaban y profanaban la imagen que el y su hermano habían llevado consigo a la guerra, que había imbuido su matrimonio y reforzado sus esfuerzos para construir un pueblo donde pudiera florecer. Nunca se lo perdonaría, y no toleraría semejante falta de caridad.

Lone tampoco sabía que el orgullo de Deacon Morgan fuese tan enorme e inmovible como un glaciar. Lo que sí sabía era que tiempo atrás él había mantenido una relación con Consolata. Sin embargo, no imaginaba su vergüenza ni entendía la importancia que tenía para él borrar la vergüenza y la clase de mujer que, en su opinión, ésta provocaba. Una mujer incontrolable, lacerante, que le había mordido el labio sólo para lamerle la sangre que brotaba; una mujer hermosa, de piel dorada, con ojos de color de musgo, que había intentado atrapar a un hombre, encerrarlo en un sótano con vino para debilitarlo y tener acceso carnal a él, hacer cosas antinaturales en la oscuridad; una Salomé de la que había escapado justo a tiempo porque, de lo contrario, habría puesto su cabeza sobre una bandeja. Aquella mujer voraz, que follaba en el suelo, no había abandonado su vida, sino que se había infiltrado en los afectos de Soane y, según él sospechaba, la había acosado con pociones malignas para conseguir que fuera menos cariñosa que antes, y no era la pena eterna por sus hijos lo que la helaba, sino la porquería que tomaba y que le daba la mujer cuyo nombre había convertido en un chiste, en una parodia de lo que debería ser una mujer. Lone no lo sabía todo, no podía, pero sabía lo suficiente y, además, la luz de las linternas había revelado el equipo: esposas brillantes, cuerda enrollada, y no tenía que adivinar qué más tenían. Caminando sin hacer ruido, se dirigió a lo largo del arroyo hacia su coche. «Tu voluntad», susurró, convencida de que lo que había oído y

deducido no era intrascendente. Los hombres no habían ido allí para ensayar. Como los reclutas de un campamento de adiestramiento, como invasores preparándose para una matanza, estaban allí para despotricar, para calentar la sangre o, mejor aun, helarla en las venas con el fin de ejecutar la misión. Una cosa le quedó clara desde el principio: la única voz que no cantaba era la del director del coro.

–¿Dónde está Richard Misner?

Lone no se molestó en saludar. Había llamado a la puerta de Misner, había entrado en su casa y la había encontrado vacía y oscura. Después había despertado a su vecina más cercana, Frances Poole DuPres.

–¿Qué te ocurre, Lone? –dijo Frances tras soltar un gruñido. –Dime dónde está Misner.

–Se han ido a Muskogee. ¿Por qué?

–¿Quiénes se han ido?

–El reverendo Misner y Anna. A un congreso. ¿Para qué lo necesitas a estas horas de la noche?

–Déjame entrar –dijo Lone; pasó junto a Frances y se dirigió hacia el cuarto de estar.

–Vamos a la cocina –propuso Frances.

–No hay tiempo. Escucha –dijo Lone, y pasó a hablarle de la reunión–.

–Un grupo de hombres planea algo contra el convento. Los Morgan y los Fleetwood están entre ellos, y también Wisdom. Van a por las mujeres que viven allí.

–Santo cielo, ¿qué lío es éste? ¿Van a ahuyentarlas en plena noche?

–Escucha, mujer. Esos hombres llevan armas con miras.

–Eso no quiere decir nada. No he visto que mi hermano vaya a ningún lado sin su rifle, excepto a la iglesia, e incluso entonces lo deja en el coche.

–También llevan cuerda, Frannie.

–¿Cuerda?

–De cinco centímetros.

–¿En qué estás pensando?

–Perdemos el tiempo. ¿Dónde está Sut?

–Duerme.

–Despiértalo.

–No voy a despertar a mi marido por una idea absurda...

–Despiértalo. Yo no estoy loca y tú lo sabes perfectamente.

Las primeras gotas eran cálidas y gruesas, y traían consigo el aroma de los tragacantos y las chumberas del norte y el oeste. Caían sobre las gencianas y se deslizaban por las hojas de achicoria. Rodaban, redondas y resbaladizas, como gotas de mercurio sobre la tierra cuarteada, entre las hileras de los huertos. Mientras estaban sentados bajo la luz de la cocina, Lone, Frances y Sut DuPres podían ver la lluvia, incluso olerla, pero no la oían, tan suaves, tan aterciopeladas eran las gotas.

Sut no estaba convencido de que fuera necesario salir y detenerlos, como Lone le pedía, pero accedió a hablar con el reverendo Pulliam y el reverendo Cary por la mañana. Lone dijo que por la mañana sería demasiado tarde y salió enfadada en busca de alguien que no le hablara como si fuera una niña incapaz de despertar de una pesadilla. Anna Flood no estaba en casa; no podía ir a ver a Soane por culpa de Deck, y puesto que K. D. y Annette ocupaban la casa que había sido de Menus, Dovey Morgan tampoco estaría en el pueblo. Pensó en Kate, pero sabía que no se levantaría contra su padre. Consideró la posibilidad de llamar a Penélope, pero la rechazó porque, no sólo estaba casada con Wisdom, sino que era la hija de Sargeant. Lone comprendió que si pretendía dar con alguien que no se dejara obnubilar por sus vínculos familiares, tendría que ir a los ranchos y las granjas. No podía contar con la bendición que supondría el que los limpiaparabrisas funcionaran, de manera que, mientras mascaba lentamente el chicle, Lone se concentró en ir con cuidado. Cuando pasó por delante del horno desierto, contenta de haber cogido la mandrágora a tiempo, advirtió que no había luces en casa de Anna ni, tras pasar por allí, en la de Deek Morgan. Entornó los ojos para recorrer los pocos kilómetros de pista que había entre la carretera de Ruby y la del condado. Podía ser peligroso, porque la tierra estaba absorbiendo la lluvia, hinchando las raíces de las plantas y formando riachuelos allí donde podía. Condujo con cautela, pensando en que su misión era en verdad la voluntad de Dios, que nada podía detenerla. A medio camino de la casa de Aaron Poole, el Oldsmobile se detuvo en una cuneta.

En el mismo instante en que Lone DuPres intentaba evitar el cartel que rezaba ZANDIAS TEMPRANAS, los hombres estaban terminando de discutir los detalles delante de una taza de café y algo más fuerte para quienes lo desearan. Ninguno era bebedor, excepto Menus, pero no pusieron objeciones a acompañar el café de aquella noche con una copa. Detrás del edificio que semejaba un granero, donde tenía su negocio, más allá del cercado donde antes guardaba caballos, había una cabaña. En ella arreglaba arreos –ahora sólo era un entretenimiento y no cobraba por ello–, meditaba y evitaba a las mujeres de su familia. Era un rincón masculino, equipado con una pequeña estufa, un congelador, una mesa de trabajo y sillas, todo ello sobre un suelo imposible de estropear. Los hombres acababan de ponerse a soplar sobre sus tazas cuando empezó la lluvia. Tras unos pocos sorbos, ayudaron a Sargeant en el patio a mover sacos y tapar el equipo con lona impermeable. Cuando regresaron a la cabaña, empapados, estaban alegres y se sintieron repentinamente hambrientos. Sargeant les propuso comer unos filetes y fue a su casa a buscar lo necesario para alimentar a los hombres. Priscilla, su mujer, lo oyó y se ofreció a ayudar, pero la envió de vuelta a la cama con firmeza. La lluvia perfumada repiqueteaba. En la cabaña reinaba un ambiente de animación y compañerismo mientras los hombres comían gruesos filetes preparados a la antigua, fritos en una sartén bien caliente.

El perfume de la lluvia era más intenso al norte de Ruby, sobre todo en el convento, donde el denso trébol blanco y la retama colonizaban todos los rincones excepto el huerto. El olor despertó a Mavis y a Pallas, y corrieron a avisar a Consolata, Grace y Seneca que por fin había llegado la tan ansiada lluvia. Apiñadas en la puerta de la cocina, primero miraron, después sacaron las manos para tocarla; caía sobre sus dedos como una loción, de modo que salieron y dejaron que se vertiera como un bálsamo sobre sus cabezas rapadas y sus rostros alzados. Consolata empezó; las demás se le unieron rápidamente. Hay grandes ríos en el mundo y en sus orillas y en los límites de los océanos, los niños se entusiasman con el agua. En los lugares donde la lluvia es ligera, la emoción es casi erótica. Pero esas sensaciones no son nada comparadas con el éxtasis de mujeres santas bailando bajo la lluvia cálida y fragante. Se habrían echado a reír si el hechizo no hubiera sido tan profundo. Si recordaban algo sobre alguna advertencia reciente o alguna amenaza, la lluvia irresistible se lo llevó consigo. Seneca aceptó y, finalmente, dejó que se fuera una oscura mañana en un hogar adoptivo. Grace vio que por fin quedaba limpia una camisa blanca que nunca debió haberse manchado. Mavis se movía, estremecida, bajo los pétalos de altea que le hacían cosquillas en la piel. Pallas, que había dado a luz a un niño delicado, lo abrazaba mientras la lluvia lavaba la presencia de una mujer terrible en una escalera mecánica y todo el miedo a las negras aguas. Consolata, acogida por el dios que la había ido a buscar al huerto, bailaba con más frenesí que ninguna, Mavis era la más elegante. Seneca y Grace bailaron juntas y después se separaron para saltar sobre el barro. Pallas se mecía como una hoja mientras apartaba las gotas de lluvia de la cabeza de su hijo.

Cuando por fin consiguió salir de la cuneta, Lone pensó en recurrir a un DuPres. Aquella familia la había criado, rescatado, y una de las hijas había sido su maestra. Más que eso, sabía de qué madera estaban hechos. En primer lugar pensó en Pious DuPres, hijo de Booker DuPres y sobrino del famoso Juvenal DuPres. Como los Morgan y los Blackhorse, estaban satisfechos de descender de hombres que habían participado en el gobierno del estado, pero, a diferencia de ellos, estaban más orgullosos de las generaciones anteriores: artesanos, armeros, costureras, encajeras, zapateros, ferreteros, albañiles a quienes los inmigrantes blancos habían robado unas profesiones serias. Respetaban, ante todo, a las generaciones que habían visto cómo les quemaban las tiendas y lanzaban sus materiales por la borda. Puesto que los inmigrantes blancos no podían confiar en una competencia justa ni sobrevivir a ésta, habían detenido, amenazado, purgado y eliminado a su gente para alejarla del trabajo cualificado. Pero las familias habían conservado lo que habían podido y lo que habían obtenido desde 1755, cuando el primer DuPres llevaba una servilleta blanca sobre el brazo y un libro de oraciones en el bolsillo. La fe que los apaciguaba no era lúgubre. La virtud, bondad inesperada, los hacía sonreír. La rectitud deliberada les alegraba el corazón como pocas cosas podían hacerlo. No siempre sabían dónde estaba, pero pasaban mucho tiempo buscándola. Mucho antes de que Juvenal fuera elegido para formar parte del gobierno del estado, las conversaciones que tenían a la hora de cenar sentados en torno a la mesa de los DuPres trataban de los problemas de cada miembro de la familia y del modo en que los demás podían ayudarle. Y siempre versaban sobre la ética de un acto concreto, la claridad de sus motivos, sobre si una actitud fomentaba su gloria y mantenía su confianza. A ninguno de los DuPres actuales le gustaba la actitud de las mujeres del convento ni la aprobaban, pero ésa no era la cuestión. Las acciones de Brood y Apollo les habían parecido un insulto; Wisdom Poole era hermano de su nuera, y si formaba parte de un grupo que se proponía hacer daño a unas mujeres por el motivo que fuera, verían en ello la mano del monstruo. Y así fue. Cuando Lone les contó todo lo que había oído y lo que sabía, Pious no perdió el tiempo. Dio instrucciones a su mujer, Melinda, para que fuera a casa de los Beauchamp y dijese a Ren y a Luther que se encontraran con él. El y Lone irían a buscar a Deed Sands y a Aaron Poole. Melinda dijo que debían comunicárselo a Dovey, pero

no pudieron ponerse de acuerdo en qué debían hacer si Steward estaba allí. Lone no sabía si ya se habían puesto en marcha en dirección al convento o estaban esperando a que saliera el sol, pero dijo que alguien debía arriesgarse e informar a Dovey, quien podría, si quería, contarle a Soane lo que estaba pasando.

Cansadas a causa de sus danzas nocturnas, las mujeres vuelven a la casa. Se secan y le piden a Consolata que les cuente cosas de Piedade mientras se untan la cabeza con esencia de pesgua.

—Nos sentábamos en el camino junto a la orilla. Ella me bañaba en el agua esmeralda. Su voz hacía que las mujeres más orgullosas lloraran en la calle. Las monedas caían de los dedos de los artistas y los policías, y los dirigentes más importantes del país nos rogaban que comiéramos lo que nos ofrecían. Piedade sabía canciones que podían calmar una ola, hacer que se detuviera para escuchar una lengua que no oía desde que se había abierto el mar. Los pastores con pájaros de colores sobre los hombros bajaban de las montañas para recordar su vida en sus canciones. Cuando ella cantaba, los viajeros se negaban a subir a los barcos que los llevaban a casa. Por la noche, se quitaba las estrellas del pelo y me envolvía en él. Su aliento olía a piñas y anacardos...

Las mujeres se duermen, despiertan y vuelven a dormirse con imágenes de loros, conchas de cristal y una mujer que canta pero no habla. A las cuatro de la mañana, se levantan y se preparan para pasar el día. Una mezcla la masa mientras otra enciende la cocina. Otras recogen la verdura para la comida y después preparan las cosas del desayuno. La masa del pan descansa en unos moldes para que suba.

Cuando llegan los hombres, la luz del sol ansía resplandecer. Le cuesta romper el azul descolorido del cielo pero, para cuando los hombres aparcan detrás del chaparral y se encaminan hacia el convento, ya se ha abierto paso. Un azul soberbio. El agua de la noche se alza en forma de niebla de los charcos y las regatas inundadas de la cuneta. Cuando llegan al convento, evitan el ruido de la gravilla serpenteando entre la hierba alta y algún arco iris en dirección a la puerta principal. Tal vez las garras arrastran a Steward fuera de este mundo. Suben por los escalones que la lluvia ha dejado jaspeados y brillantes. Mientras avanza entre ellos, levanta la barbilla y después el rifle, y abre de un disparo una puerta que nunca se ha cerrado con llave. Oscila hacia dentro sobre las bisagras. El sol entra detrás de él, salpica las paredes del vestíbulo, donde niños sexuados juegan los unos con los otros a través de la pintura desconchada. De repente, aparece una mujer con la misma piel blanca, y lo único que necesita ver Steward para apretar otra vez el gatillo son sus ojos sensuales y escrutadores. Los otros hombres se sobresaltan, pero eso no les impide pasar por encima de ella. Acarician sus armas y, de repente, se sienten tan jóvenes y buenos que recuerdan que las pistolas son algo más que un adorno, algo para intimidar o tranquilizar: tienen un fin. Deek da las órdenes. Los hombres se separan.

Las tres mujeres que preparan comida en la cocina oyen un disparo. Una pausa. Otro disparo. Con precaución, miran a través de la puerta de vaivén. Los hombres armados, enmarcados por la luz que entra por la puerta, proyectan sombras imponentes en el pasillo. Las mujeres corren a la sala de juegos y cierran la puerta, segundos antes de que los hombres se sitúen en el pasillo. Los hombres oyen pasos y entran en la cocina de la que ellas acaban de salir. No hay ventanas en la sala de juegos: las mujeres están atrapadas y lo saben. Pasan los minutos. Arnold y Jeff Fleetwood salen de la cocina y perciben un rastro de pesgua en el aire. Abren la puerta de la sala de juegos. Un cenicero de alabastro se estrella contra la sien de Arnold, llenando de júbilo a la mujer que lo esgrime. Sigue golpeándolo hasta que cae al suelo a cuatro patas, mientras Jeff, desprevenido, apunta con el arma unas décimas de segundo demasiado tarde. Ésta sale disparada de su mano cuando un taco de billar le rompe la muñeca y después, en un movimiento ascendente, lo golpea en la mandíbula. Levanta el brazo, primero para protegerse, después para agarrar la punta del taco, mientras el marco de Catalina de Siena se rompe sobre su cabeza.

Las mujeres salen corriendo al pasillo, pero se quedan heladas cuando ven aparecer dos figuras procedentes de la capilla. Vuelven a toda prisa a la cocina. Harper y Menus van tras ellas. Harper agarra a una por la cintura y el brazo; la mujer se agita tanto que él no ve la sartén que se precipita sobre su cabeza. Cae y suelta el arma. Menus, que intenta poner las esposas a otra, se vuelve cuando su padre se desploma. El caldo que le arrojan a la cara está tan caliente que no puede ni gritar. Cae sobre una de sus rodillas y una mujer tiende la mano para coger el arma que gira en el suelo. Herido, medio ciego, Menus le agarra el tobillo izquierdo. Ella le da patadas con el pie derecho. Detrás de él, una mujer apunta con un cuchillo de carnicero y se lo hunde tan profundamente en el omoplato que no puede sacarlo para volver a clavárselo. Lo deja ahí y huye al jardín con las otras dos, dispersando a las gallinas a su paso.

Procedentes del piso superior, Wisdom Poole y Sargeant Person no ven a nadie. Entran en el aula, donde la luz se viene a través de las ventanas. Buscan detrás de los pupitres que están contra la pared, incluso donde es evidente que nadie, ni siquiera un niño, es lo bastante pequeño para esconderse.

En el sótano, bajo el rayo largo y lento de una linterna Black & Decker, Steward, Deek y K. D. observan muestras de profanaciones, violencia y perversión inimaginables. Dibujos malignos hechos con esmero tapizan el suelo de piedra. K. D. juguetea con su cruz de palma. Deek se palpa el bolsillo de la camisa, donde tiene las gafas de sol. Había pensado que podría utilizarlas para otras cosas, pero se pregunta si no las necesita ahora para protegerse de lo que ve, ese mar de depravación que los atrae hacia abajo. Ninguno se atreve a entrar. Sus suposiciones están más que confirmadas, así que dan media vuelta y suben por las escaleras. La puerta del aula está abierta; Sargeant y Wisdom los hacen entrar. Se apelotonan junto a las ventanas y entonces los cinco lo entienden: las mujeres no se han escondido. Están sueltas.

Poco después de que los hombres hayan salido de casa de Sargeant, los ciudadanos de Ruby llegan al horno. La lluvia amaina. En el barril de basura, los desperdicios giran en el agua. El torrente ha crecido hasta el límite, pero no se ha desbordado. En lugar de ello, se filtra bajo tierra. La lluvia que se precipita desde la parte superior del horno cae sobre el barro moteado con los trocitos de lechada que se han desprendido de los ladrillos. El horno se ladea un poco. El terreno compactado sobre el que descansa está minado. Los ciudadanos van al encuentro de los hombres en coches y camionetas. Ninguna de las dos hermanas necesita que la convenzan, porque las dos ya sabían que estaba sucediendo algo terrible. Dovey le pide a Soane que conduzca. Las dos están calladas y los pensamientos cruzan por su mente a toda velocidad. Dovey ha visto durante treinta años cómo su marido iba destruyendo algo de sí mismo. Cuanto más ganaba, menos era. Tal vez ahora esté destruyéndolo todo. ¿Los veinticinco años de éxito desenfundado lo habían confundido? ¿Pensaba que, puesto que vivían lejos de la ley de los blancos, estaban por encima de ella? Naturalmente, nadie podría pedir un marido más amante y, siempre que pasara por alto las partes que no pueden conocerse, su matrimonio parecía perfecto. Sin embargo, sigue echando de menos la casita de la hipoteca ejecutada donde lo visitaba su amigo. Desde que K. D. se quedó la casa, sólo ha venido una vez, y eso fue en un sueño en que se alejaba de ella. Ella lo llamó y él se volvió. Al instante siguiente, ella estaba lavándole el pelo. Despertó desconcertada, pero contenta al ver que tenía las manos húmedas de espuma.

Soane está recriminándose no haber hablado, sólo hablado, con Deek. Haberle dicho que sabía lo de Connie; que la pérdida de su tercer hijo no era una sentencia contra él, sino contra ella. Después de que Connie le salvara la vida a Scout, el resentimiento de Soane contra ella se evaporó y, puesto que las dos se habían hecho amigas rápidamente, creía que también había olvidado a Deek. Ahora se preguntaba si su miedo a ahogarse en un aire demasiado tenue para respirarlo, su llanto sin consuelo por sus hijos, su deseo de mantener el dolor vivo negándose a leer sus últimas cartas, eran modos de castigarlo sin que lo pareciera. En cualquier caso, estaba segura de que lo de poner en fuga a las mujeres del convento tenía algo que ver con su matrimonio. Harper, Sargeant y, desde luego, Arnold, no habrían movido un dedo contra aquellas mujeres si Deek y Steward no los hubieran manipulado y les hubiesen dado su autorización. Ojalá hubiera hablado con él veinte años atrás. Sólo hablar.

–En qué piensas? –Dovey rompió el silencio.

–No puedo pensar.

–No les harán daño, ¿verdad?

Soane paró el limpiaparabrisas. Ya no era necesario.

–No –contestó. Sólo quieren asustarlas. Para que se vayan.

–Pero la gente no para de hablar de ellas, como si fueran... gentuza.

–Son distintas, eso es todo.

–Ya lo sé, pero eso ha sido motivo suficiente, en otras ocasiones.

–Son mujeres, Dovey. Sólo mujeres.

–Pero son putas, y raras.

–¡Dovey!

–Eso es lo que dice Steward, y si él lo cree...

–Me da lo mismo que lo sean. –Soane no podía imaginar nada peor. Se callaron las dos.

–Lone dice que K. D. está allí.

–Era de esperar.

–¿Crees que Mable lo sabe? ¿O Priscilla? –pregunta Dovey.

–Lo dudo. Si no hubiera sido por Lone, ¿lo habríamos sabido?

–Supongo que no pasará nada. Aaron y Pious los detendrán. Y los Beauchamp. Ni siquiera Steward querrá discutir con Luther.

Entonces, las hermanas se echaron a reír, esperanzadas, y fueron calmándose a medida que corrían a través del glorioso aire del amanecer.

Consolata despierta. Segundos antes, Le ha parecido oír unos pasos que bajaban. Supone que debía de ser Pallas que iba a alimentar al bebé que está acostado a su lado. Toca el pañal para ver si hace falta cambiarlo. Algo. Algo. Consolata se queda helada. Abre la puerta y oye pasos que retroceden, demasiado fuertes, demasiados para tratarse de una mujer. No sabe si alterar el sueño del niño. Después, se pone rápidamente un vestido, azul con el cuello blanco, y decide dejar al niño en la cuna. Sube por las escaleras y de inmediato ve una silueta tendida en el suelo del vestíbulo. Corre hasta ella, coge a la mujer en brazos y se mancha de sangre la mejilla y el lado izquierdo del vestido. Localiza el pulso en el cuello; es débil, y la respiración superficial. Consolata frota la pelusa de la cabeza de la mujer y entra en ella, hasta el fondo, muy al fondo, para encontrar la lucecita. En la habitación contigua se oyen disparos. Los hombres están disparando por la ventana a las tres mujeres que corren entre el trébol y la retama. Consolata entra.

–¡No! –brama.

Los hombres se vuelven.

Consolata entorna los ojos para protegerse del sol, después mira más arriba, como si la distrajera algo situado por encima de las cabezas de los hombres.

–Has vuelto –dice, y sonrío.

Deacon Morgan necesita las gafas oscuras, pero están en el fondo del bolsillo de la camisa. Mira a Consolata y ve en sus ojos lo que éstos han ido perdiendo y lo que él ha perdido. Hay sangre junto a los labios de Consolata. Se queda sin aliento. Levanta la mano para detener la de su hermano y descubre entonces cuál de los dos es el más fuerte. La bala atraviesa la frente de Consolata.

Dovey grita. Soane mira fijamente.

–Puede tardar mucho en morir.

Lone desea desesperadamente un Doublemint mientras restaña la herida de la mujer blanca. Ella y Ren la han llevado hasta el sofá de la sala de juegos. Lone no oye ningún latido y, aunque el pulso del cuello parece estar todavía ahí, ha manado demasiada sangre de esta mujer con muñecas pequeñas como las de una niña.

–¿Alguien ha ido a buscar a Roger? –grita.

–Sí –contesta alguien, gritando también.

El ruido que hay fuera de la habitación le está dando dolor de cabeza y un deseo feroz de mascar. Lone deja a la mujer y va a ver qué están haciendo para salvar una vida o dos en medio de aquel caos.

Dovey llora en las escaleras.

–Dovey, tienes que parar. Necesito una mujer que piense. Ve ahí y tráeme un poco de agua; intenta que aquella chica beba. La arrastra hacia la cocina donde está Soane.

Un poco antes, Deacon Morgan había llevado a Consolata a la cocina y la había sostenido en brazos durante el tiempo en que las mujeres tardaban en despejar la mesa. La depositó con cuidado, como si cualquier gesto brusco pudiera hacerle daño. Cuando Consolata estuvo cómodamente instalada –con el impermeable de Soane doblado debajo de la cabeza–, las manos empezaron a temblarle. Entonces salió a ayudar a los heridos. Menus, incapaz de sacarse el cuchillo del hombro, gemía de dolor. A Harper se le estaba hinchando la cabeza, pero era Arnold Fleetwood el que parecía tener una conmoción cerebral. Y la mandíbula rota de Jeff, así como su muñeca quebrada, necesitaban atención. Habían llegado otras personas de Ruby, despertadas por la primera caravana, multiplicando el desorden y el barullo. El reverendo Pulliam le sacó el cuchillo del hombro a Menus e intentó convencer a los Jury y a los Fleetwood de que consintieran en que los llevaran al hospital de Demby. Llegó un recado del hijo de Deed Sands anunciando que esperaban que Roger volviera de Middleton aquella mañana y que, tan pronto como llegara, su hija lo enviaría para allí. Al final, Pulliam fue persuasivo y se llevó a los heridos.

Las voces masculinas seguían retumbando. Entre acusaciones a gritos y defensas hoscas, aunque menos ruidosas, bajo el ataque de preguntas y profecías de maldición, pasó una media hora antes de que a alguien se le ocurriera preguntar qué había sido de las otras mujeres. Cuando Pious lo preguntó, Sargeant indicó «por ahí», con un gesto de la cabeza.

–¿Se han escapado? ¿Han ido a buscar al sheriff?

–Lo dudo.

–¿Entonces, qué?

–Se cayeron. En la hierba.

–¿Habéis matado a todas estas mujeres? ¿Y por qué motivo? –¡Ahora no sólo atraeremos la cólera de Dios, sino también la ley de los blancos!

–No hemos venido aquí a matar a nadie. Mira lo que les han hecho a Menus y a Fleet. ¡Ha sido en defensa propia!

Aaron Poole miró a K. D., que acaba de darle aquella explicación.

–¿Entras en su casa y esperas que no te echen? –Lo miró con expresión de desprecio, aunque no se mostraba tan gélido como Luther.

–¿Quién tenía las armas? –preguntó Luther.

–Nosotros, pero fue el tío Steward quien dijo...

Steward Le dio una bofetada en la boca y, si no hubiera sido por Simon Cary, habría tenido lugar otra matanza.

–¡Sujetad a este hombre! –gritó el reverendo Cary y, señalando a K. D., añadió–:

–Hijo, te has metido en un buen lío. Pious dio un puñetazo en la pared.

–Ya nos habíais deshonrado, ¿ahora queréis destruirnos? ¿Qué clase de maldad lleváis dentro? –dijo. Miró primero a Steward, pero después su mirada abarcó a Wisdom, Sargeant y los otros dos.

–El mal está en esta casa –contestó Steward–. Baja al sótano y compruébalo por ti mismo.

–Mi hermano miente. Ha sido cosa nuestra. Sólo nuestra. Y somos los responsables.

Por primera vez en veintiún años, los gemelos se miraron directamente a los ojos. Entretanto, Soane y Lone DuPres cerraban los dos ojos descoloridos, pero no podían hacer nada con el tercero, húmedo y sin párpado, que había entre ambos.

–Ha dicho «Divine» –susurró Soane.

–¿Qué? –Lone intentaba tapar el cadáver con una sábana.

–Cuando he llegado junto a ella. Justo después de que Steward... Le he cogido la cabeza y ha dicho «Divine». Y después algo así como «es divino, está durmiendo un sueño divino». Supongo que soñaba.

–Bueno, tenía un tiro en la cabeza, Soane.

–¿Qué crees que estaba viendo?

–No lo sé, pero es un pensamiento agradable, aunque fuera el último.

En ese momento entró Dovey.

–Se ha ido –dijo.

–¿Estás segura? –preguntó Lone.

–Mira por ti misma.

–Ahora voy.

Las hermanas taparon a Consolata con la sábana.

–No la conocía tan bien como tú –dijo Dovey.

–Le tenía cariño. Dios sabe que sí, pero nadie la conocía de verdad.

–¿Por qué lo han hecho?

–¿Han? Querrás decir ha, ¿no? Es Steward quien la ha matado, no Deek.

–Lo dices como si todo fuera culpa suya.

–No era ésa mi intención.

–¿Entonces qué? ¿Qué querías decir?

Soane no sabía qué quería decir, lo único que quería era encontrar un poco de jabón para limpiar todo lo que pudiese. Pero aquella conversación había hecho que la relación entre ambas cambiara de manera irreversible.

Desconcertada, enfadada, triste y asustada, la gente se amontona dentro de los coches y vuelve a junto a los niños, el ganado, los campos, las tareas domésticas y la incertidumbre. Cuánto han trabajado para tener este sitio; qué lejos estaban antes de la barbarie que acaban de presenciar. Cómo es posible que una misión tan limpia y bendita se devore a sí misma y se convierta en el mundo del que ha escapado. Lone ha dicho que se quedará con los cadáveres hasta que llegue Roger.

–Cómo volverás? –pregunta Melinda–. Tu coche está delante de nuestra casa.

Lone suspira.

–Bueno, los muertos no se mueven, y Roger tiene mucho trabajo. –Mientras el coche se aleja, Lone mira hacia la casa–. Mucho trabajo.

No tuvo ninguno. Cuando Roger Best volvió a Ruby, ni siquiera se cambió de ropa. Aceleró el motor de la ambulancia-coche fúnebre y se dirigió hacia el convento. Le habían dicho que había tres mujeres sobre la hierba. Una en la cocina. Otra en el pasillo. Buscó por todas partes. En cada centímetro de hierba, en cada trozo de retama. En el gallinero. En el huerto. En cada hilera de maíz del campo que se extendía más allá. Después buscó por cada habitación: la capilla, el aula. La sala de juegos estaba vacía; también lo estaba la cocina: una sábana y un impermeable doblados eran el único signo de que allí había habido un cadáver. En el piso de arriba, miró en los dos cuartos de baño y en los ocho dormitorios. Otra vez en la cocina, en la despensa. Después bajó al sótano, pisó los dibujos del suelo. Abrió una puerta, que daba a la carbonera. Tras otra puerta, descubrió una cama pequeña y un par de zapatos brillantes sobre un tocador. Ningún cadáver. Nada. Incluso el Cadillac había desaparecido.

SAVE–MARIE

Por eso estamos aquí; en este momento de tristeza, al contemplar la breve vida y la muerte inaceptable, incomprensible de un niño, confirmamos, dejamos en suspenso o perdemos nuestra fe. Aquí, en este mismo instante, en este lugar, todas nuestras preguntas, nuestro miedo, nuestra indignación, confusión y desolación parecen fundirse, arrebatar nos la tierra, y nos sentimos como si cayéramos al vacío. Aquí, podríamos decir, es momento de detenerse, de parar y rechazar los lugares comunes sobre los gorriones que caen bajo Su ojo, sobre los buenos que mueren jóvenes (esta niña no ha tenido opción), o sobre que la muerte es la única democracia. Este es el momento de plantear las preguntas que nos formulamos. ¿Quién puede hacer algo así a un niño? ¿Quién puede permitirlo? Y ¿por qué?

Sweetie Fleetwood no quería discutirlo. Su hija no descansaría en las tierras de Steward Morgan. Era un problema completamente nuevo: el lugar del emplazamiento de las tumbas no se había planteado en Ruby en veinte años y, cuando se hizo necesario escoger uno, todos estaban tan sorprendidos como tristes. Cuando murió SaveMarie, la hija menor de Sweetie y Jeff, la gente dio por hecho que el resto, Noah, Esther y Ming, la seguirían rápidamente. El primero había recibido un nombre fuerte para que fuera un chico fuerte, y, además, era el nombre de su bisabuelo. La segunda se llamó Esther por la bisabuela, que quería y cuidaba al mayor con tanta abnegación. El tercero tuvo el nombre que Jeff se empeñó en ponerle, algo que tenía que ver con la guerra. El nombre de la última era una petición (o un lamento): SaveMarie, y quién sabía si la petición no había sido atendida. De manera que la tensa discusión sobre la necesidad de un cementerio formal no sólo se debía a los deseos de Sweetie y a que esperaran más funerales, sino a la sensación de que, por motivos complicados, la Parca ya podía entrar libremente en Ruby. Por lo tanto, Richard Misner estaba presidiendo la ceremonia en tierra consagrada e inaugurando una nueva institución. Para Sweetie, no obstante, el tema de si debía emplearse el cementerio improvisado del rancho de Steward –ahí donde había sido enterrada Ruby Smith– estaba fuera de toda discusión. Bajo la influencia de su hermano, Luther, y culpando a Steward del lío en que había metido a su marido y a su suegro, dijo que preferiría hacer lo que había hecho Roger Best (cavar una fosa en su propiedad) y que no le importaba nada que hubieran pasado treinta y tres años desde aquel entierro rápido y poco concurrido.

La mayoría entendió por qué motivo armaba tanto escándalo (la mezcla de pena y culpa era difícil de soportar), pero Pat Best creía que la terquedad de Sweetie era más calculada. Al rechazar la oferta de Morgan, sembrar la duda sobre su rectitud moral, podía quitarle algunos favores. Y si la teoría de Pat acerca de los roca ocho era correcta, el afán de venganza de Sweetie ponía a éstos en la difícil situación de crear un cementerio real y formal en una población llena de inmortales. Algo sísmico había sucedido desde el mes de julio. De manera que ahí estaban, bajo un cielo jalonoso en un día templado de noviembre, reunidos a algo más de un kilómetro de la última casa de Ruby, en un lugar que, naturalmente, también era propiedad de Morgan, pero nadie tuvo el valor de decírselo a Sweetie. Mientras estaba entre la multitud que rodeaba a los desconsolados Fleetwood, Pat consiguió algo parecido a la estabilidad. Antes, durante el funeral, la ausencia de elegía la había hecho llorar. Ahora volvía a ser la de siempre, desapasionadamente alegre. Por lo menos, esperaba ser desapasionada, y esperaba que lo que sentía fuese alegría. Sabía que había otros puntos de vista sobre su actitud, y Richard Misner lo había expresado en cierta forma (Triste. Triste y fría.), pero ella no era una romántica, sino una intelectual, y se blindó contra las palabras pronunciadas por Misner junto a la tumba para dedicarse a observar a los dolientes.

Él y Anna Flood habían regresado dos días después del asalto al convento, y él tardó cuatro días en enterarse de lo que había ocurrido. Pat le contó las dos versiones de la historia oficial: una, que nueve hombres habían ido a hablar con las mujeres del convento para convencerlas de que se marcharan o modificasen su conducta; había habido una pelea; las mujeres tomaron otra forma física y se esfumaron en el aire. Y, dos (la versión de los Fleetwood Jury), que cinco hombres habían ido a desalojar a las mujeres; que otros cuatro –los autores– habían ido a contenerlos o detenerlos; esos cuatro fueron atacados por las

mujeres, que escaparon en el Cadillac tras conseguir sacarlas de la casa. Lamentablemente, algunos de los cinco habían perdido la cabeza y mataron a la vieja.

Pat dejó que Richard escogiese qué versión prefería. Lo que no le contó fue su propia versión: que nueve roca ocho habían matado a cinco mujeres inofensivas (a) porque las mujeres eran impuras (no eran roca ocho); (b) porque las mujeres no eran santas (como mínimo, fornicadoras; como máximo, abortistas); y (c) porque podían hacerlo; porque eso era lo que significaba para ellos ser un roca ocho y, además, porque así lo exigía el «trato».

Richard no se creyó ninguna de las dos historias, que rápidamente se convirtieron en verdades indiscutibles, y habló con Simon Cary y Senior Pulliam, quienes le aclararon otras partes del relato. Sin embargo, como ninguno de los dos había decidido nada sobre el significado del final y, por lo tanto, habían sido incapaces de formular una narración verosímil que pudiera convertirse en un sermón, no pudieron aliviar la insatisfacción de Richard. Fue Lone quien le proporcionó, furiosa, los detalles que varias personas desmintieron rápidamente, porque Lone, dijeron, no era digna de confianza. Sólo ella había oído la conversación de los hombres en el horno y, ¿quién sabía lo que habían dicho en realidad? Como el resto de los testigos, llegó después de los disparos; además, ella y Dovey podían equivocarse acerca de si las dos mujeres de la casa estaban muertas o sólo heridas; y, por último, no había visto a nadie fuera de la casa, vivo o muerto.

En cuanto a Lone, estaba trastornada por el modo en que se contaba la historia; por cómo la gente la modificaba para quedar en buen lugar. Excepto Deacon Morgan, que no tenía nada que decir, cada uno de los hombres que habían participado en el asalto tenía un relato diferente, y su familia y amigos (que no habían estado cerca del convento) los respaldaban mejorando la historia, reestructurándola, inventando detalles falsos. Aunque los DuPres, Beauchamp y Poole confirmaban la versión de Lone, ni siquiera su reputación de personas precisas e íntegras logró impedir que la verdad alterada arraigase en otros lugares. Si no había víctimas, la historia del crimen era un relato divertido. De manera que Lone se calló y se guardó para sí aquello que sabía con certeza: Dios había dado a Ruby una segunda oportunidad. Se había convertido en una presencia tan visible e indiscutible que incluso los tremendamente orgullosos (como Steward) y los incorregiblemente estúpidos (como su mentiroso sobrino) tenían que ser capaces de darse cuenta. ¡Había recogido y recibido a Sus siervas en plena luz del día, por el amor del cielo! ¡Delante mismo de sus ojos, por Dios! Puesto que la acusaban de mentir, decidió callarse y observar la manera en que la mano de Dios trataba a los incrédulos y a los falsos testigos. ¿Sabrían que les había sido enviada una señal? ¿O se alejarían más de Él? Una cosa estaba clara: podían ver el horno; no tenían fama de interpretar mal mentir sobre aquello, así que era mejor que se dieran prisa y lo enderezaran antes de que fuese demasiado tarde; y a lo mejor ya lo era, porque los jóvenes habían cambiado otra vez las palabras. Ya no decía: «Sé el surco de Su ceño» El grafito en la campana del horno rezaba ahora: «Somos el surco de Su ceño.»

Por profunda que fuese la división con respecto a lo que había sucedido en realidad, Pat sabía que el hecho principal e indiscutido era que todos los que habían estado allí se habían marchado seguros de que la policía pulularía alegremente por el pueblo (al fin y al cabo, habían matado a una mujer blanca) y detendría a todos los negociantes de Ruby. Cuando se enteraron de que no había muertos que notificar, transportar o enterrar, el alivio fue tan grande que empezaron a olvidar lo que habían hecho o visto. Si no hubiera sido por Luther Beauchamp —que contaba la historia más condenatoria— y Pious, Deed, Sands y Aaron —que corroboraban gran parte de la versión de Lone—, todo el suceso se habría depurado hasta desaparecer. Sin embargo, ni siquiera ellos podían dar parte de unas muertes antinaturales en una casa sin cadáveres, lo que podría llevar a descubrir varias muertes naturales en un automóvil lleno de restos humanos. Aunque eran muchos aquellos a cuya confianza no tenían acceso, Pat dedujo de las conversaciones con su padre, con Kate y de lo que había escuchado de modo furtivo, que cuatro meses más tarde seguían dándole vueltas al problema, pidiendo a Dios que los guiara si estaban equivocados; preguntándose si podía permitirse que la ley de los blancos, contrariamente a todo lo que sabían y creían, se encargara de asuntos que hasta la fecha habían arreglado ellos. Las dificultades agitaban y enredaban a todos: la distribución de la culpa, los rezos para obtener la comprensión y el perdón, la defensa arrogante, las mentiras descaradas y una serie de preguntas sin respuesta que les planteaba Richard Misner. De manera que el funeral no era una conclusión, sino una pausa.

Quizás hubiesen tenido razón sobre aquel lugar desde el principio, pensó Pat mientras examinaba a la gente del pueblo. Quizá Ruby fuera un lugar con suerte. No, rectificó. Aunque las pruebas del ataque fuesen invisibles, las consecuencias no lo eran. Ahí estaba Jeff, rodeando con el brazo a su mujer, los dos adecuadamente compungidos, pero también majestuosos, porque ahora Jeff era el propietario de la tienda de muebles y electrodomésticos de su padre. Arnold, que se había transformado de golpe en un anciano con un dolor de cabeza persistente —y que ahora que Arnette se había marchado disfrutaba de un dormitorio propio—, estaba de pie, con la cabeza inclinada, mirándolo todo a excepción del ataúd. Sargeant Person parecía tan petulante como siempre; ya no había un propietario que esperara el pago de las tierras arrendadas y, a menos que un auditor del condado se interesara por una diminuta aldea habitada por

negros tranquilos y temerosos de Dios –o, por lo menos, hasta que lo hiciera–, su avaricia seguiría intacta. Harper Jury, que no parecía arrepentirse de nada, lucía un traje azul oscuro y una herida en la cabeza que, como una medalla, le permitía asumir la posición del guerrero maltrecho pero con el espíritu incólume ante el mal. Menus era el más desgraciado. Ya no tenía clientes en la tienda de Anna, en parte porque el hombro dañado restringía su habilidad con las herramientas de barbero, pero también porque su afición a la bebida se había extendido a demasiados días laborables. Su disipación estaba conduciéndolo rápidamente hacia el fin. A Wisdom Poole le correspondía el papel más duro. Setenta miembros de su familia lo acusaron de mancillar la reputación de sus antepasados (igual que habían hecho sus hermanos, Brood y Apollo), no le concedieron paz ni una posición entre ellos, y lo regañaron a diario hasta que cayó de rodillas y lloró delante de todos los fieles del Santo Redentor. Después de dar su testimonio en público y asumir, lleno de remordimientos, un nuevo compromiso, intentó volver a hablar con Brood y Apollo. Arnette y K. D. estaban construyendo una casa nueva en los terrenos de Steward. Ella estaba de nuevo embarazada y ambos deseaban alcanzar una posición que les permitiese hacer la vida desagradable a los Poole, los DuPres, los Sands y los Beauchamp, en especial a Luther, que aprovechaba cualquier oportunidad para insultar a K. D. La transformación más interesante era la que se había producido en los hermanos Morgan. Los rasgos que los distinguían estaban desapareciendo: sus distintos gustos en relación con el tabaco (dejaron de masticar tabaco y de fumar puros al mismo tiempo), zapatos, ropa, barba. Pat pensaba que, probablemente, ahora se parecían más que cuando nacieron; pero la diferencia interna era demasiado profunda para que pasara inadvertida. Steward, insolente e impenitente, había acogido a K. D. bajo su ala, se había concentrado en enriquecer a su sobrino y a su sobrino nieto de dieciséis meses de edad (de ahí la casa nueva) y lo había enchufado al primero en el banco mientras esperaba a que volviese Dovey, lo cual parecía estar haciendo, porque existía una frialdad evidente entre ella y Soane. Las hermanas no estaban de acuerdo sobre lo que había sucedido en el convento. Dovey había visto caer a Consolata, pero mantenía que no había visto quién había apretado el gatillo. Soane sólo sabía, y necesitaba saberlo, que no había sido su marido. Lo había visto mover su mano hacia la de Steward para impedir que disparara. Lo había visto y lo había dicho, una y otra vez, a cualquiera que quisiera escucharla.

Los cambios más profundos se habían producido en Deacon Morgan. Era como si hubiera mirado el rostro de su hermano y ya no se gustara. Ante la sorpresa de todos, había entablado amistad (bueno, algún tipo de relación) con alguien que no era Steward, y la causa, motivo y razón de esto era un misterio. Richard Misner no hablaba, de manera que lo único que sabían con seguridad era lo del paseo descalzo, porque había sucedido delante de todos.

Fue en septiembre; todavía hacía calor cuando Deacon Morgan caminó hacia Central Avenue. A los lados del sendero enladrillado que salía de su imponente casa blanca crecían crisantemos. Llevaba sombrero, traje, chaleco y una camisa blanca y limpia. Sin zapatos.

Sin calcetines. Tomó por St. John Street, donde había plantado árboles a intervalos de quince metros, tal era su optimismo veinte años antes. Al llegar a la avenida dobló a la derecha. Hacía por lo menos una década que la suela de sus zapatos, para no hablar de sus pies descalzos, no pisaba tanto cemento. Justo al pasar la casa de Arnold Fleetwood, cerca de la esquina de St. Luke, una pareja dijo: «Buenos días, Deek.» Él levantó la mano a modo de saludo, con la mirada fija al frente. Lily Cary le gritó «Hola» desde el porche de su casa, cerca de Cross Mark, pero él no volvió la cabeza. «¿Coche roto?», preguntó, mirándole los pies. En la tienda de Harper Jury, situada en la esquina de Central Avenue y St. Matthew, más que ver, sintió que unos ojos atentos lo acompañaban con la vista. No se volvió ni miró a través del cristal del Banco de Crédito y Ahorro Morgan a medida que se acercaba a St. Peter. En Cross Peter cruzó la calle y se dirigió hacia la casa de Richard Misner. La última vez que había estado allí, seis años antes, estaba enfadado, receloso, pero convencido de que él y su hermano terminarían por imponerse.

Los sentimientos que ahora lo embargaban no eran propios de un gemelo; se sentía incompleto, experimentaba una soledad amortiguada que le quitaba el apetito, el sueño y la salud. Desde el mes de julio le parecía que los demás hablaban en susurros o le gritaban desde lejos. Soane lo miraba pero, afortunadamente, no iniciaba ningún diálogo peligroso. Era como si entendiese que, si lo hubiera hecho, lo que él le dijera drenaría la vida de ambos. Podría decirle que la primavera había sido socavada; que fuera de esa pérdida, ella era grande y más bella de lo que él creía que pudiera serlo una mujer; que su cabello indomable enmarcaba un rostro de planos tan agudos que deseaba tocarlos; que la sonrisa que esbozaba después de hablar dejaba al sol en ridículo. Podría decir a su mujer que, al principio, había pensado que hablaba con él. –“Has vuelto”–, pero ahora sabía que no era así, y que de inmediato deseó saber lo que veía, pero Steward, que no vio nada, o lo vio todo, los detuvo, no fueran a conocer otro reino.

Aquella mañana de septiembre se bañó y vistió con esmero, pero fue incapaz de taparse los pies. Sostuvo durante largo rato los calcetines oscuros, los brillantes zapatos negros, y los dejó a un lado.

Llamó a la puerta y se quitó el sombrero cuando abrió un hombre más joven que él.

–Necesito hablar con usted, reverendo.

–Pase.

Deacon Morgan nunca había consultado a otro hombre ni le había hecho confidencias. Todas sus conversaciones íntimas habían sido sin palabras, con su hermano, o bien fanfarronas con compañías masculinas. Hablaba con su esposa del modo opaco que le parecía adecuado. Nadie le había pedido que tradujera en palabras la materia prima que expuso al reverendo Misner. Sus palabras salieron como lingotes sacados del fuego por un aprendiz de herrero: calientes, deformes, parecidos a sí mismos sólo en el brillo. Le habló de una pared en Ravena, Italia, cuya blancura, al caer el sol, se llenaba de sombras color vino. De dos niños en una playa que le ofrecieron una concha en forma de ese: qué francos sus rostros, qué fuertes las campanadas. Del agua salada que le quemaba el rostro en un barco de transporte de tropas. De unas chicas morenas con pantalones que saludaban desde la puerta de una fábrica de conservas. Después le habló de su abuelo, que prefirió andar descalzo más de trescientos kilómetros a bailar.

Richard escuchó atentamente y sólo lo interrumpió una vez para ofrecerle agua fresca. Aunque no entendía de qué estaba hablándole Deacon, se percataba de que la vida de aquel hombre era inhabitable. Deacon empezó a hablar de una mujer a la que había utilizado, del modo en que la había despreciado porque sus costumbres de mujer fácil lo autorizaban a abandonarla y humillarla. Explicó que, si bien había sido presa del adulterio durante un corto (muy corto) período, los remordimientos duraron tanto porque él se había convertido en aquello que condenaban los Antiguos Padres: la clase de hombre que se considera capaz de juzgar, condenar e incluso destruir a los necesitados, los indefensos, los que son distintos.

–¿Quién es esa mujer? –preguntó Richard.

Deacon no contestó. Se pasó el dedo por el interior del cuello de la camisa y empezó otra historia. Según parecía, su abuelo, Zechariah, había sido objeto de insultos personales y artículos de periódico que describían hechos delictivos que había cometido abusando de su cargo. Era una vergüenza para los negros y una amenaza y un motivo de escarnio para los blancos. Nadie, negro o blanco, pudo o quiso ayudarlo a encontrar otro trabajo. Incluso fue rechazado como maestro en una pobre escuela primaria del campo. Los negros que se encontraban en situación de ayudar eran pocos (la depresión de 1873 fue severa), pero interpretaban los dignos modales de Zechariah como muestras de frialdad, y su cuidadosa manera de hablar pasaba por arrogancia, burla o ambas cosas. La familia perdió su bonita casa y se fue a vivir (y eran nueve) con la familia de una hermana. Mindy, su esposa, encontró trabajo cosiendo en casa, y los niños hacían alguna chapuza de vez en cuando.

Pocos sabían y menos aún recordaban que Zechariah tenía un hermano y que, antes de que se cambiara de nombre, los conocían como Coffee y Tea. Cuando Coffee consiguió trabajo en la administración del condado, Tea pareció tan contento como los demás. Y cuando echaron a su hermano, se sintió igualmente ofendido y humillado. Un día, años más tarde, cuando él y su gemelo pasaban por delante de una taberna, algunos blancos, a quienes les pareció divertido ver aquel par de rostros iguales, animaron a los hermanos a bailar. Puesto que los animaban con una pistola, Tea, de modo bastante razonable, los contentó, aunque ya era un hombre maduro, mayor que ellos. En cambio, Coffee recibió una bala en el pie. A partir de aquel momento dejaron de ser hermanos. Coffee empezó a planear una vida nueva en otro lugar. Se puso en contacto con otros hombres, otros legisladores anteriores que habían tenido la misma mala fortuna que él: Juvenal DuPres y Drum Blackhorse. Los tres formaron el núcleo de los Antiguos Padres. No es necesario decir que Coffee no le pidió a Tea que se sumara a ellos en su viaje a Oklahoma.

–Siempre había pensado que Coffee, mi Big Papa, estaba equivocado –dijo Deacon–. Se había equivocado en el trato que dio a su hermano. Al fin y al cabo, Tea era su gemelo. Ahora estoy menos seguro. Creo que Coffee tenía razón, porque vio algo en Tea que era algo más que seguir la corriente a unos chicos blancos borrachos. Vio algo que lo abochornó; algo acerca de lo que su hermano pensaba de las cosas, las elecciones que hacía cuando estaba acorralado. Coffee no pudo soportarlo. No porque se avergonzara de su hermano, sino porque la vergüenza estaba en sí mismo. Se asustó. De manera que se marchó y nunca volvió a hablar con su hermano. Ni una palabra, ¿me entiende?

–Debió de ser muy duro –dijo Richard.

–No volvió a dirigirle la palabra y no permitió que nadie pronunciara su nombre.

–Nada de palabras. Nada de perdón. Nada de amor –observó Richard–. Perder a un hermano es algo muy duro. Tomar la decisión de perderlo..., bueno, eso es peor que la vergüenza original, ¿no le parece?

Deacon se miró los pies durante largo rato. Richard permaneció callado a su lado. Finalmente, levantó la cabeza y dijo:

–Tengo un largo camino que recorrer, reverendo.

–Lo conseguiré –dijo Richard Misner–. No me cabe duda.

Richard y Anna dudaban de aquella oportuna desaparición colectiva de las víctimas y, tan pronto como regresaron, fueron a echar un vistazo. Aparte de una cuna de un blanco resplandeciente, que encontraron en un dormitorio en cuya puerta estaba pegada la palabra DIVINE, y de algunos alimentos, no había nada en el lugar que indicara que allí había vivido alguien recientemente. Las gallinas estaban asilvestradas o medio comidas por las alimañas. Las matas de pimientos estaban en flor, pero el resto del huerto se había echado a perder. El campo de maíz de Sargeant era la única seña de actividad humana. Richard apenas miró el sótano. Sin embargo, Anna lo examinó tan detenidamente como le permitió su linterna y vio las terribles cosas que había contado K. D., pero en lugar de ver signos pornográficos o garabatos satánicos, vio la turbulencia de unas mujeres que intentaban domeñar, sin ser pisoteadas, los monstruos que las esclavizaban.

Salieron de la casa y se detuvieron en el jardín.

–Escucha –dijo Anna–. Una de ellas, o quizá más, no estaba muerta. Nadie lo comprobó, sólo lo dieron por hecho. Durante el tiempo que pasó desde que todo el mundo se marchó y llegó Roger, salieron corriendo llevándose a las que habían matado. Es evidente ¿no?

–Claro, claro –dijo Misner, pero no parecía convencido.

–Hace ya semanas que pasó y nadie ha venido por aquí haciendo preguntas. No habrán dado parte de nada, así que, ¿por qué íbamos a hacerlo nosotros?

–¿De quién era el niño que estaba allí? La cuna es nueva.

–No lo sé, pero seguro que no era el de Arnette.

–Claro, claro –repitió él, con el mismo tono de duda. Y añadió–: No me gustan los misterios.

–Eres un predicador. Las creencias de tu vida son un misterio.

Las creencias son un misterio, la fe es un misterio, pero Dios no es un misterio. Nosotros, en cambio, sí.

–Oh, Richard –dijo ella, como si aquello fuera demasiado. Le había pedido que se casara con él.

–¿Quieres casarte conmigo, Anna?

–Oh, no lo sé.

–¿Porqué?

–Tu fuego es demasiado débil.

–Cuando es importante, no.

Anna nunca había pensado que llegaría a ser tan feliz y, al volver a Ruby, en lugar de anunciarlo por todo lo alto, tuvieron que poner orden en el caos que parecía haberse apoderado del pueblo.

–Crees que deberíamos llevarnos esas gallinas? De todos modos, se las comerán las alimañas.

–Si quieres –dijo él.

–No, no quiero. Miraré si hay algunos huevos.

Anna entró en el corral arrugando la nariz y pisando una capa de excrementos de casi un centímetro de espesor. Tuvo que ahuyentar a un par de gallinas para conseguir los cinco huevos que le parecieron frescos.

–¿Richard? –gritó al salir con las manos llenas–. ¿Tienes algo donde poner esto?

En un extremo del huerto había una silla roja descolorida, caída de lado. Más allá había flores y muerte: tomateras marchitas junto con verduras frondosas llenas de flores doradas; malvarrosas tan altas que se caían sobre un rastro de brillantes flores de calabaza; hojas de encaje de zanahorias, marrones y sin vida, junto a las agujas verdes y rectas de las cebollas. Las sandías maduras se abrían para mostrar sus encías de un rojo jugoso. Anna suspiró ante aquella mezcla de abandono y crecimiento inconquistable, mientras sostenía en las manos los cinco huevos cálidos y oscuros.

Richard se le acercó.

–¿Es lo bastante grande? –preguntó, sacudiendo su pañuelo para desplegarlo.

–Quizá. Ten, sujétalos mientras miro si los pimientos han salido.

–No, ya voy yo –dijo él, y dejó caer el pañuelo sobre los huevos.

Cuando Richard estuvo de regreso, mientras se hallaban cerca de la silla, ella meciendo los huevos envueltos en el pañuelo blanco y él con las manos llenas de pimientos –verdes, rojos y negros como ciruelas–, lo vieron. O, mejor dicho, lo sintieron, porque no había nada que ver.

–Una puerta, dijo ella más tarde.

–No, una ventana –objetó él, entre risas–. Esa es la diferencia entre nosotros dos. Tú ves una puerta; yo veo una ventana.

Anna también se rió. Siguieron hablando sobre el tema: ¿qué quería decir una puerta? ¿Y una ventana? Según pensaran en el símbolo o en el hecho; excitados por la invitación, más que por la fiesta. Sabían que estaba allí. Lo sabían tan bien que permanecieron inmóviles durante un largo rato antes de retroceder y salir corriendo hacia el coche. Los huevos y los pimientos estaban en el asiento trasero; el aire acondicionado le levantaba el cuello del vestido. Y se rieron un poco más a medida que se alejaban, intercambiando comentarios amables acerca de quién era el pesimista y quién el optimista. Quién había visto una puerta cerrada; quién había visto una ventana abierta. Cualquier cosa que impidiera reproducir el estremecimiento que habían sentido o decir en voz alta lo que estaban preguntándose. ¿Qué sucedía si uno pasaba a través de una puerta que había que abrir o una ventana invitadora ya abierta? ¿Qué habría al otro lado? ¿Qué podía ser?

El reverendo Misner era objeto de la atención de todos y tenía que pronunciar unas pocas palabras más. Miró fijamente a los culpables, siete de los cuales, movidos por un primitivo instinto de protección, estaban agrupados lejos de los otros asistentes al funeral. Sargeant, Harper, Menus, Arnold, Jeff, K. D., Steward. Wisdom se encontraba más cerca de su familia, y Deacon no estaba allí. Lo que Richard pensaba de aquellos hombres no era precisamente generoso. Fueran los primeros o los últimos, representaran a las más antiguas familias negras o a las más nuevas, lo mejor de la tradición o lo más digno de lástima, habían terminado por traicionarlo todo. Creen que han ganado a los blancos con su astucia pero, en realidad, los imitan. Creen que están protegiendo a sus mujeres y a sus hijos cuando, en realidad, están mutilándolos. Y cuando los hijos mutilados piden ayuda, buscan el remedio en cualquier otro sitio. Su egoísmo, nacido de un viejo odio, un odio que empezó cuando determinado tipo de hombre negro se burló de otro y éste llevó el odio a otro nivel, ha destrozado doscientos años de sufrimiento y triunfo en un momento de tal prepotencia, error y crueldad que hiela el pensamiento. Ruby, desenfundada por las Escrituras, ensordecida por el rugido de su propia historia, le parecía un fracaso innecesario. Qué exquisitamente humano era el deseo de la felicidad permanente, y qué débil la imaginación humana cuando intentaba conseguirla. Ruby pronto sería como cualquier otra población del país donde los jóvenes pensaban en irse a cualquier otro lugar y los viejos no paraban de lamentarse. Los sermones seguirían siendo elocuentes, pero cada vez serían menos los que les prestarían atención o los relacionarían con la vida cotidiana. Se preguntaba cómo harían para mantener unido aquel cielo tan difícil de conseguir y que sólo se definía por la ausencia de lo condenado, lo indigno y lo desconocido ¿Quién los protegería de sus dirigentes?

De repente, Richard Misner supo que se quedaría. No sólo porque Anna quería o porque Deek Morgan había ido a buscarlo para hacer una especie de confesión, sino porque no había mejor batalla que librar, no podía estar en un lugar mejor que entre aquella gente exageradamente guapa, imperfecta y orgullosa. Además, quizá la mortalidad fuera nueva para ellos, pero no el nacimiento. El futuro jadeaba junto a la puerta. Roger Best tendría su gasolinera y se construirían las carreteras de conexión. Los forasteros irían y vendrían, y algunos querrían un bocadillo y una lata de cerveza de 3,2 grados de alcohol, de manera que incluso era probable que se abriese una cafetería. K. D. y Steward ya estaban discutiendo sobre la televisión. No era correcto sonreír en un funeral, de modo que Misner recordó a la niña cuyas manos destrozadas le habían permitido sostener en una ocasión, y así pudo retomar su línea de pensamiento. Las preguntas que había planteado en nombre de los familiares necesitaban una respuesta.

—Podría decir que éstas no son las preguntas importantes; o, mejor dicho, que éstas son las preguntas que plantea la angustia, pero no la inteligencia, y Dios, que es la inteligencia misma, la generosidad misma, nos ha dado juicio para que entendamos Su sutileza, para que conozcamos Su elegancia, Su pureza.

Se levantó un poco de viento, pero no lo suficiente como para que alguien se sintiera incómodo. Misner estaba perdiéndolos; permanecían delante de la tumba abierta, cerrados a todo lo que no fueran sus propias cavilaciones. Los pensamientos sobre el funeral se mezclaban con los planes para el día de Acción de Gracias, las consideraciones sobre sus vecinos, la cháchara de la vida cotidiana. Misner contuvo un suspiro antes de terminar sus observaciones con una oración; pero cuando inclinó la cabeza y miró la tapa del ataúd, vio la ventana del jardín, sintió su llamada hacia otro lugar —que no era la vida ni la muerte— allí mismo, un poco más allá, dando forma a pensamientos que no sabía que tuviera.

—¡Esperad! ¡Esperad! —gritó—. ¿Creéis que la vida de esta niña fue corta, lastimosa, sin ningún valor, porque no era como la vuestra? Voy a deciros una cosa: el amor que recibió era grande y profundo, y los cuidados que se le dedicaban tiernos y constantes, y este amor y estos cuidados la envolvían de modo tan completo que se le dedicaban sueños, sus viajes, sus visiones han hecho de su vida algo tan absorbente, tan rico, tan valioso como la de cualquiera de vosotros y, probablemente, más bienaventurada. Somos nosotros los desgraciados si durante nuestra larga vida no conocemos lo que ella supo cada día de su corta existencia: que aunque la vida en la vida es terminal y la vida tras la vida es eterna, Él está siempre con nosotros, en la vida, después de la vida y, especialmente, entre ambas, esperándonos para enseñarnos el esplendor. Se calló, alterado por lo que había dicho y la manera de decirlo. Después, como si quisiera disculparse ante la niña, añadió con suavidad, dirigiéndose a ella—: Oh, SaveMarie, tu nombre siempre sonó como si dijeras

«sálvame, sálvame». ¿Hay otro mensaje escondido en tu nombre? Yo sé uno que brilla para que todos lo veamos: siempre estuviste salvada, Marie. Amén.

Sus palabras hicieron que se sintiera un poco incómodo, pero nunca había visto nada con tanta claridad.

Billie Delia se alejó lentamente de los asistentes al entierro. Había estado con su madre y con su abuelo, y había dirigido una sonrisa de ánimo a Arnette, pero ahora quería estar a solas. Aquél era el primer funeral de su vida, y le hizo pensar en lo expansivo que se sentía su abuelo cuando necesitaban sus conocimientos. Aunque, sobre todo, pensaba en la ausencia de unas mujeres a las que había apreciado. La habían tratado muy bien, no habían hecho que se sintiera incómoda con su comprensión y se habían limitado a ofrecerle su alegre amabilidad. Al verle la cara magullada y los ojos hinchados, cortaron rebanadas de pepino para aplicárselas en los párpados después de darle a beber un vaso de vino. Ninguna insistió en oír el motivo que la había llevado hasta allí, pero ella sabía que, si quería contarle, la escucharían. La que se llamaba Mavis era la más agradable, y la más graciosa era Gigi. Billie Delia tal vez fuese la única persona del pueblo que no se preguntaba dónde estarían las mujeres ni le inquietaba el modo en que habían desaparecido. Sin embargo, se preguntaba otra cosa: ¿cuándo volverían? ¿Cuándo reaparecerían con ojos centelleantes, pinturas de guerra y enormes manos para romper y tirar aquella cárcel que se llamaba a sí misma pueblo? Una población que había intentado arruinar a su abuelo, había conseguido devorar a su madre y casi había terminado con ella. Un lugar inexistente y atrasado dirigido por hombres con un incontrolado poder de control que tenían la desfachatez de decir quién podía vivir y quién no y dónde; que habían visto un motín en unas mujeres desarmadas, libres y alegres y por eso se habían librado de ellas. Deseaba con todo su corazón que las mujeres estuvieran por ahí, bruñidas, metalizándose las uñas, afilando sus incisivos, pero por ahí. Lo que equivalía a decir que esperaba un milagro, algo no del todo disparatado, puesto que ya se había producido un pequeño milagro: Brood y Apollo se habían reconciliado y se habían puesto de acuerdo en esperar a que ella se decidiera. Ella sabía, igual que ellos, que nunca podría decidir y que aquel trío duraría tanto como ellos. Las mujeres del convento se habrían reído a carcajadas. Podía ver sus dientes puntiagudos.

El indulto tardó, pero llegó. Manley Gibson moriría en un pabellón de la cárcel con otros como él y no atado a una silla sin nadie de su familia mirando. Eso estaba muy bien. Era estupendo. Lo hicieron salir e integraba el pelotón de trabajo de la carretera del lago. El lago era de un color azul intenso. La comida del Kentucky Fried Chicken era excelente. Quizá pudiera escapar. Menudo chiste. Un condenado a cadena perpetua de cincuenta y dos años dándose a la fuga. ¿Hacia dónde? ¿Hacia quién? Estaba dentro desde 1961, cuando dejó atrás a una niña de once años que ya no le escribía, y la única foto que guardaba de ella era de cuando tenía trece.

La hora de comer era especial. Se sentaron junto al lago, a la vista de los vigilantes, pero cerca del agua. Manley se limpió las manos con las pequeñas servilletas de papel. A su izquierda, cerca de un par de árboles, una mujer joven extendió dos mantas sobre la hierba y puso una radio en el centro. Manley se volvió para mirar qué pensaba el pelotón de aquello: un civil (y, además, una mujer), allí, entre ellos. Los vigilantes armados recorrían la carretera que corría por encima de ellos. Ninguno dio muestras de haberla visto.

Ella encendió la radio y se enderezó, enseñando una cara que habría reconocido en cualquier parte. Nada habría podido impedirlo.

—¡Gigi! —siseó.

La chica lo miró. Manley, refrenándose, caminó tranquilamente hacia ella, con la esperanza de que los vigilantes pensarán que iba a orinar.

—¿Me equivoco? ¿Eres tú?

—¿Papi? —Por lo menos, parecía contenta de verlo.

—¡Eres tú! Qué coño, lo sabía. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sabías que me habían conmutado la pena?

—No, no lo sabía.

—Bueno, no me sueltan ni nada, pero ya no estoy en el corredor. —Manley se volvió para ver si los demás se habían fijado en ellos—.

—Habla en voz baja —susurró—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se fijó en su ropa por primera vez—. ¿Estás en el ejército?

—Más o menos —contestó Gigi con una sonrisa.

¿Más o menos? ¿Lo estabas?

—Qué va, papi. Cualquiera puede comprar esta ropa —dijo Gigi, entre risas.

–Dame tu dirección, nena; quiero escribirte y contártelo todo. ¿Sabes algo de tu madre? ¿Su viejo todavía vive?

Tenía mucha prisa; el silbato de la comida iba a sonar de un momento a otro.

–Todavía no tengo dirección. –Gigi se levantó la gorra y volvió a ponérsela.

–¿No? Bueno, eh..., escríbeme, ¿de acuerdo? a la cárcel. Mañana te pongo en la lista. Me permiten recibir dos al mes.

Sonó el silbato.

–Dos –repitió Manley. Y añadió–: Dime, ¿todavía tienes el relicario que te regalé?

–Claro que sí.

–¡Oh!, mi niña. Mi niña pequeña. –Manley tendió una mano para tocarla, pero se detuvo y dijo–:

–Tengo que marcharme o me sancionarán. Me sancionan. a la cárcel, ¿lo oyes? Dos al mes. –Se alejó caminando hacia atrás, sin dejar de mirarla–. ¿Me dirás algo?

Gigi se enderezó la gorra.

–Claro que sí, papi. Claro que sí.

Más tarde, mientras estaba sentado en el autobús, Manley repasó cada detalle de lo que había visto de su hija. La gorra del ejército y los pantalones de camuflaje. Gruesas botas del ejército, camiseta negra. Y ahora que pensaba en ello, juraría que estaba recogiendo sus cosas. Miró en dirección al lago, que se oscurecía bajo un sol cada vez más bajo y bonito.

Gigi se quitó la ropa. Las noches enfriaban el lago, y al día siguiente al sol le costaría un poco más calentarla. En aquella parte del lago podía nadar desnuda. Era una región de lagos: agua esmeralda, árboles altos y, en los lugares donde no iban los barcos o los pescadores, una tranquilidad que envidiaría un rey. Cogió una toalla y se secó el pelo. Sólo había crecido un par de centímetros, pero le gustaba el modo en que el viento y el agua, los dedos de las manos y de los pies jugueteaban en él. Abrió un frasco de loción de áloe y empezó a frotarse la piel. Después, tendiendo la toalla a su lado, miró hacia el lago, a cuya orilla se acercaba sin acompañante.

El decimoquinto cuadro que pintó era tan imperfecto como el primero. El esfuerzo por recordar la barbilla había frustrado el primer intento de Dee Dee, pero cuando decidió saltarse la mandíbula y limitarse a sombrear la parte baja del rostro de su hija, encontró que los ojos estaban fatal. El decimoquinto lienzo salió algo mejor, pero seguía faltándole algo. Aunque la cabeza estaba bien, el cuerpo, sombrío y poco interesante, parecía necesitar otra forma, sobre todo en la cadera o en el codo. Nunca había experimentado una compulsión que no fuera sensual y la energía que podía sacar para retocar la figura o empezarla de nuevo la desconcertaba. Los ojos seguían saliéndole con una mirada acusadora, el tono de la piel se le escapaba y el pelo le quedaba siempre como un sombrero.

Dee Dee se sentó en el suelo e hizo rodar el mango del pincel entre los dedos mientras examinaba su obra. Se levantó mientras soltaba un largo suspiro y se dirigió hacia la sala. Apenas hubo tomado el primer sorbo de su margarita, la vio venir por el jardín con una especie de mochila colgándole sobre el pecho. Pero no tenía pelo. No tenía nada de pelo, y debajo de su barbilla asomaba la cabeza de un bebé. Mientras se acercaba, Dee Dee vio dos piernas gorditas, redondas como rosquillas, que salían de la mochila que colgaba sobre el pecho de su madre. Dejó el cóctel y apoyó la cara contra el ventanal. No había duda. Era Pallas. Con una mano sostenía la mochila, en la otra llevaba una espada. ¿Una espada? Pallas esbozaba una sonrisa beatífica, y el vestido, castaño y rosado, se le arremolinaba en los tobillos a cada paso que daba. Dee Dee agitó la mano y la llamó. O intentó hacerlo. Mientras pensaba «Pallas», sólo consiguió decir algo así como «urg» y «nej, nej». Le pasaba algo raro en la lengua. Pallas caminaba deprisa, pero no en dirección a la puerta de la casa, sino hacia un lado. Dee Dee, aterrorizada, corrió al estudio, agarró el decimoquinto lienzo y salió con él al jardín, gritando: «Urg, urg. ¡Nej!» Pallas se volvió, entornó un poco los ojos y se detuvo como si intentara averiguar de dónde procedía el sonido; después, sin conseguirlo, siguió su camino. Dee Dee se quedó quieta, pensando que quizá se tratara de otra persona, pero con o sin pelo, aquella era su cara, ¿no? ¿Quién iba a conocer mejor que ella la cara de su hija? Como si fuera la suya propia.

Dee Dee vio a Pallas por segunda vez. En la habitación de invitados (donde solía dormir Carlos, aquel hijo de puta), la muchacha estaba buscando algo bajo la cama. Mientras Dee Dee miraba, sin atreverse a hablar, no fuera a salirle de la boca aquel sonido gutural, Pallas se incorporó con un gruñido de satisfacción y sostuvo en alto un par de zapatos que había dejado allí en su primera y última visita. Unos huaraches, pero de piel y caros, no ésos de plástico o esparto. Pallas no se volvió, sino que salió por la puerta corredera de cristal. Dee Dee la siguió y vio que subía a un coche desvencijado que la esperaba en

la carretera. Había más gente en el coche, pero el sol ya se ponía y Dee Dee no consiguió ver si eran hombres o mujeres. Se alejaron rumbo a un violeta tan intenso que le desgarró el corazón.

Sally Albright caminaba hacia el norte por Calumet cuando se detuvo de repente delante del escaparate del Jennie's Country Inn. Estaba segura, casi segura, de que la mujer que estaba sentada sola ante una mesa para cuatro era su madre. Sally se acercó para espiar bajo el sombrero de paja de la mujer. No pudo verle muy bien la cara, pero las uñas, las manos que sujetaban la carta eran inconfundibles. Entró en el restaurante. Una mujer que se encontraba junto a la caja le preguntó:

—¿En qué puedo servirla?

Cuando entraba en cualquier sitio, la gente quedaba desconcertada por culpa del color de su pelo.

—No —dijo ella—. Estoy buscando a... Ah, allí está. —Simulando seguridad, se acercó lentamente a la mesa para cuatro. Si se había equivocado, diría: «Lo siento, la he confundido con otra persona.» Se deslizó en una silla y miró atentamente la cara de la mujer.

—¿Mamá?

Mavis levantó la vista.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisa—. Mira quién está aquí.

—No estaba segura, por el sombrero y eso, pero bueno, por donde mires, eres tú.

Mavis se echó a reír.

—¡Pero bueno...! Lo sabía. ¡Dios mío, mamá, hace años que no te veo!

—Ya lo sé. ¿Has comido?

—Sí, ahora mismo. Tengo un rato para comer. Trabajo en... La camarera levantó la libreta.

—¿Han decidido ya?

Sí —respondió Mavis—. Zumo de naranja, doble ración de sémola de maíz y dos huevos bastante cocidos.

—¿Tocino? —preguntó la camarera.

—No, gracias.

—Tenemos buenas salchichas.

—No, gracias. ¿Sirven salsa de carne con los panecillos?

—Claro que sí. ¿Encima o aparte?

—Aparte, por favor.

—Muy bien. ¿Y usted? —preguntó, volviéndose hacia Sally.

—Sólo un café.

—Vamos —dijo Mavis—. Come algo. Te invito.

—No quiero nada.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

La camarera se marchó. Mavis alineó el mantelillo y los cubiertos.

—Eso es lo que me gusta de este sitio. Te dejan escoger. La salsa aparte, ¿lo ves?

—¡Mamá! No quiero hablar de comida. —Sally tuvo la sensación de que su madre se alejaba, como si intentase simular que el que se hubieran encontrado carecía de importancia.

—Bueno, nunca fuiste muy tragona.

—¿Dónde has estado?

—Bien, no podía volver, ¿no?

—¿Lo dices por eso de la orden de búsqueda?

—Lo digo por todo. ¿Y a ti? ¿Qué tal te va?

—Más o menos bien. Frankie está bien, saca sobresalientes en todo; pero a Billy James no le va tan bien.

—¡Vaya! ¿Y por qué?

—Anda en compañía de unos tipos asquerosos.

—¡Oh, no!

—Deberías ir a verlo, mamá. Hablar con él.

—Lo haré.

–¿De verdad?

–¿Puedo comer primero? –Mavis se echó a reír y se quitó el sombrero.

–Te has rapado la cabeza. –Sally volvía a tener la sensación de que su madre se alejaba—. Pero me gusta. ¿Qué te parece el mío?

–Muy mono.

–No, no lo es. Pensaba que me gustaría llevar las puntas rubias, pero ya me he cansado. Es posible que también me lo corte.

Llegó la camarera y colocó los platos con pulcritud. Mavis echó sal a la sémola de maíz y puso mantequilla por encima. Dio un sorbo al zumo de naranja y exclamó:

–¡Ah, pero si es natural!

Le salió todo de golpe, como si por alguna razón tuviera que darse prisa. Si quería decir algo, debía hacerlo cuanto antes.

–Estaba todo el rato asustada, mamá, todo el rato, incluso antes de los gemelos; pero cuando te marchaste, fue peor. Tú no lo sabes. Tenía miedo de dormirme.

–Prueba esto, cariño. –Mavis le ofreció el zumo de naranja. Sally tomó un trago rápidamente.

–Papá era... mierda, no sé cómo lo aguantaste. Se emborrachó e intentó abusar de mí, mamá.

–¡Oh, Sal!

Pero me defendí y le dije que la siguiente vez que se emborrachara y se quedara dormido le cortarían el cuello. Lo habría hecho.

–Cuánto lo siento –dijo Mavis—. Yo ya no sabía qué hacer. Tú siempre fuiste más fuerte que yo.

–¿Has pensado alguna vez en nosotros?

–Constantemente. Y volví a escondidas para veros.

–¿En serio? –Sally sonrió—. ¿En dónde?

–En la escuela, sobre todo. Estaba demasiado asustada para ir a casa.

–No la reconocerías. Papá se casó con una mujer que le da patadas en el culo si no se porta bien y tiene el jardín cuidado. Además, guarda un arma.

Mavis se echó a reír.

–Bien hecho.

–Pero me marché. Charmaine y yo encontramos un sitio juntas en Auburn. Es...

–¿Estás segura de que no quieres nada? Es muy bueno, Sal.

Sally cogió un tenedor, lo metió rápidamente en el plato de su madre y tomó un montoncito de sémola de maíz con mantequilla. Cuando tuvo el tenedor en la boca, las miradas de las dos se encontraron. Sally sintió entonces algo muy agradable. Algo duradero, profundo, lento, brillante.

–¿Te vas otra vez, mamá?

–Tengo que irme, Sal.

–¿Volverás?

–Claro que sí.

–Pero intentarás hablar con Billy James, ¿verdad? A Frankie también le gustaría. ¿Quieres mi dirección?

–Hablaré con Billy, y dile a Frankie que lo quiero.

–Lamento mucho lo que pasó, mamá. Sólo estaba asustada todo el rato.

–Yo también.

Estaban fuera. La multitud era cada vez más densa, pues a los que salían a la hora de comer se sumaban los que iban de compras y sus hijos.

–Dame un abrazo, cariño.

Sally rodeó la cintura de su madre con los brazos y se echó a llorar.

–Vamos, vamos –murmuró Mavis—. Nada de eso. Sally apretó más fuerte.

–Uf –dijo Mavis, riendo.

–¿Qué pasa?

–Nada, me duele un poco el costado, eso es todo.

–¿Estás bien?

–Perfectamente, Sal.

–No sé lo que piensas de mí, pero yo siempre te he querido, siempre, incluso entonces.

–Ya lo sé, Sal. Por lo menos, ahora lo sé.

Mavis apartó un mechón de pelo negro y amarillo detrás de la oreja de su hija y le dio un beso en la mejilla.

–Cuenta conmigo, Sal.

–¿Volveré a verte?

–Adiós, Sal. Adiós.

Sally vio que su madre desaparecía en la multitud. Se pasó el dedo por debajo de la nariz y después se puso la mano sobre la mejilla que Mavis había besado. ¿Le había dado la dirección? ¿Adónde iba? ¿Había pagado? ¿Cuándo había pagado a la cajera? Se tocó los párpados: estaban remojando los bollos y, al minuto siguiente, estaban dándose un beso en la calle.

Varios años atrás había examinado el hogar adoptivo y vio a la madre, una mujer alegre y sensata que los niños parecían apreciar. Bueno, pues bien. Bien. Podía seguir adelante con su vida. Y eso hizo. Hasta 1966, cuando los ojos se le iban detrás de las niñas con grandes ojos color chocolate. Seneca sería mayor, ya debía de tener trece años, pero fue a ver a la señora Greer para ver si había seguido en contacto con ella.

–¿Y usted quién es?

–Su prima Jean.

–Bueno, estuvo poco tiempo aquí; en realidad, sólo unos meses.

–¿Sabe usted dónde...?

–No, Jean, no sé nada.

A partir de aquel momento, en los centros comerciales, en las colas para sacar las entradas del cine, en los autobuses, de vez en cuando se quedaba distraída. En 1968 creyó haberla visto en un concierto de Little Richard, pero el gentío le impidió acercarse para asegurarse. Jean llevaba a cabo su subversiva búsqueda con discreción. Jack no sabía que había tenido una hija antes (a los catorce), y fue después de su matrimonio, cuando tuvo un hijo con él, que empezó a buscar los ojos. De vez en cuando creta verla, en momentos inesperados y en lugares tan extraños –en cierta ocasión le pareció que la chica que subía a la parte trasera de una camioneta era su hija– que, cuando finalmente la encontró en 1976, quiso llamar a una ambulancia. Jean y Jack estaban cruzando el aparcamiento de un estadio bajo unos potentes focos. Había una chica de pie delante de un coche, con las manos ensangrentadas. Jean vio primero la sangre y después los ojos de color chocolate caliente.

–¡Seneca! –gritó, y corrió hacia ella.

Mientras se acercaba, otra chica, que sostenía una botella de cerveza y un trapo, se adelantó a ella y empezó a limpiar la sangre. –Seneca?–gritó Jean sobre la cabeza de la otra chica.

–¿Sí?

–Qué te ha pasado? ¡Soy yo!

–Un cristal –dijo la otra chica–. Se ha caído sobre un cristal. Ya me ocupo de ella.

–¡Jean! ¡Vamos! –Jack ya estaba a varios coches de distancia–. ¿Qué demonios estás haciendo?

–Voy. Un minuto, ¿vale?

La chica que limpiaba las manos de Seneca levantaba la vista de vez en cuando para mirar a Jean con el entrecejo fruncido.

–Te ha quedado algún trozo dentro? –le preguntó a Seneca. Seneca se frotó las manos. Primero una, después la otra.

–No, creo que no.

–Jean! ¡El tráfico va a ponerse fatal!

–¿No te acuerdas de mí?

Seneca levantó la vista, el brillo de las luces hizo que sus ojos se volvieran negros.

–¿Debería recordarte? ¿De dónde?

–De Woodlawn. Vivíamos en los pisos de Woodlawn. Seneca negó con la cabeza.

–Yo vivía en Beacon, cerca del parque.

–Pero te llamas Seneca, ¿no?

–Sí.

–Bien, pues yo soy Jean.

–Señora, su viejo la llama.

La chica escurrió el trapo y echó el resto de la cerveza sobre las manos de Seneca.

–¡Uf! –se quejó Seneca–. Quema. –Agitó las manos.

–Supongo que me he equivocado –dijo Jean–. Pensaba que eras una persona que conocía de Woodlawn.

Seneca sonrió.

–No pasa nada. Todos nos equivocamos.

–Mira, ya está bien –dijo la chica.

Seneca y Jean se miraron. Tenía las manos limpias, sin sangre. Sólo quedaban unas líneas que tal vez no dejaran señal.

–¡Estupendo!

–Anda, vamos.

–Bien, adiós.

–¡Jean!

–Adiós.

Cuando pisaba el acelerador mientras miraba por la ventanilla trasera, Jack le preguntó:

–¿Quién era?

–Creía que era una chica que conocía de cuando vivía en Woodlawn, en aquellos bloques de vivienda social.

–¿Qué bloques?

–Los de Woodlawn.

–Nunca ha habido viviendas sociales en Woodlawn –dijo Jack–. Eso fue en Beacon. Ahora las han echado abajo, pero no estaban en Woodlawn, sino en Beacon. Junto al parque.

–¿Estás seguro?

–Claro que estoy seguro. Se te ha olvidado, mujer.

En la quietud del océano, canta una mujer negra como un tizón. A su lado hay una mujer más joven cuya cabeza descansa sobre el regazo de la que canta. Unos dedos estropeados acarician en círculos el cabello de color castaño rojizo. Todos los colores de las conchas –trigo, rosado, perla–, se funden en el rostro de la joven. Sus ojos de color esmeralda adoran el rostro negro enmarcado en un azul cerúleo. Alrededor de ellas, en la playa, brillan los despojos depositados por el mar. Unos tapones de botella lanzan destellos cerca de una sandalia rota. Una radio rota baila sobre la espuma tranquila.

Nada rompe este consuelo, y de eso trata la canción de Piedade, aunque las palabras evocan recuerdos que ninguna de las dos ha vivido: de una vejez en compañía, de palabras compartidas y pan dividido que humea por el fuego, de la bendición inequívoca de regresar a casa para estar en casa, de la dulzura de volver al amor iniciado.

Cuando el océano se alza y envía agua a la orilla, rítmicamente, Piedade mira para ver qué ha venido. Quizás otro barco, pero distinto, que se dirige hacia el puerto, en el que la tripulación y los pasajeros, perdidos y salvados, se estremecen porque han vivido mucho tiempo sin consuelo. Ahora descansarán, antes de dedicarse al trabajo interminable para el que fueron creados, aquí, en el Paraíso.

FIN